Juan Patricio Riveroll

TODO EL ORO DE LISBOA

colección andanzas

TUSQUETS EDITORES

JUAN PATRICIO RIVEROLL

TODO EL ORO DE LISBOA

TUSQUETS
EDITORES

Índice

La historia narrada (2009)

Don Quixote and Sancho (2017-2018)

Las dos guerras (1919-1944)

Castillos de arena (2018-2019)

Tercer Imperio Mexicano (1901-2013)

Amatlán de Quetzalcóatl (2019-2020)

Informe Oliveira: diario de una interpretación (1937-2018)

El último encuentro (2020)

Agradecimientos

Acerca del autor

Créditos

Planeta de libros

A Santiago
y a mi abuela María Rosa.

La historia narrada (2009)

Su vista se perdía en las pocas nubes que rodeaban la aeronave, en el azul que se extendía hacia el infinito, y pensaba en la desdicha que lo traía a Lisboa y en los pedazos de una vida que no reconocía como suya. Extrañamente, recordó a la mujer que lo embrujó y empañó su matrimonio, esa hada con quien hubiera pasado el resto de su vida, llena de una vitalidad capaz de iluminar la noche. Luego de seis años de fidelidad se encontró con quien habría de sacarlo todo de balance.

Quizá debió separarse en ese momento, pero la inercia y la costumbre fueron más fuertes que él. Las noches en vela y los días de angustia no fueron suficientes para abandonar un hogar que dejaba de pertenecerle. Sentía cómo una fuerza desconocida tomaba el control, incapaz de mirar a su mujer a los ojos al sentir una presencia extraña, la protagonista de sus pensamientos, la dueña de toda su consciencia, sin un solo destello de reciprocidad. Gritaba en silencio desde el fondo de una celda, atrapado entre la cotidianidad y la tímida expresión de algo para lo que no podía usar la palabra amor. Apenas la conocía. El breve intercambio de mensajes dejaba en evidencia que ese vínculo, para él tan significativo, solo existía en su cabeza. Para ella el mundo estaba en paz, y no había necesidad de modificarlo. Durante la noche que pasaron juntos pensó que ya no irían a separarse, pero nunca la volvió a ver.

Años después, desde un asiento a miles de metros sobre el Atlántico, recordaba aquel rostro con cariño: despertar entre sus brazos fue uno de los momentos más plenos de su vida, y había algo mágico en el hecho de que solo sucediera una vez.

El capitán anunció el descenso y él desvió la mente hacia el único motivo del viaje: reconocer el cuerpo de su padre y recibir el parte de la policía, enfrentar el hecho de no tener idea que estaba en Portugal. Aunque habló con él en días previos, su padre no lo mencionó, y por ende Santiago asumió que, como siempre, lo llamaba desde su departamento en Pontevedra. Pol lo engañó, o al menos le ocultó la verdad. El miedo ante lo que podría esconder esa omisión lo hizo desviarse de nuevo hacia los nebulosos caminos de la memoria, como un refugio.

Era fácil darse cuenta del aislamiento al que lo orilló su esposa. De ser una persona por demás sociable, Santiago fue replegándose en un soliloquio de pareja cada vez más hermético, en el que sentía que

una parte de su espíritu se diluía en esos ojos claros que le dirigían una mirada gélida, que lo juzgaban, y que a veces lo torturaban. Se entretenía haciendo la conexión entre el pasado tormentoso de su mujer y la manera en que reaccionaba ante detalles que tomaba como muestra de su falta de cariño. Si lo veía con un plato de cereal se molestaba porque no hubiera tenido la delicadeza de ofrecerle uno a ella, y lo demostraba ignorándolo durante el día. Se veía obligado a analizar las horas pasadas, en un intento por descifrar en dónde estuvo su falta. La única manera de llevar la fiesta en paz era siendo un modelo de perfección. Solo tras un día dedicado a ella podía verla sonriendo antes de dormir, orgullosa del hombre con quien decidió unir su vida, sin preguntarse si todo era un error. La diferencia de esos días con los demás era visible, porque para ella Santiago era un desastre, y él había terminado por creerlo. Se veía como el ser plagado de defectos que ella afirmaba que era, le agradecía inconscientemente que lo soportara y lo cuidara y lo guiara y lo corrigiera para llegar a ser la persona que percibía en el horizonte, a la que nunca se acercaba lo suficiente. En esos tiempos tenía la seguridad de estar avanzando hacia un lugar que ahora, en un avión sobre el océano, sabía que no existía, o que solo existía en el mundo paralelo de su reclusión. Aún podía verla regodeándose al señalar lo opuestos que eran, y mientras más lo hacía a un lado, más se obsesionaba con ella y más se empeñaba en hacer que su matrimonio funcionara, bajo la premisa de adaptarse a sus deseos, a su noción del bien y del mal, a su ideal de pareja y del deber ser.

Aun con esos detalles, que ahora distinguía con claridad, la entendía o creía entenderla, y sobre todo se negaba a odiarla. Al fin y al cabo ella, en parte, había forjado su carácter, un tipo de enseñanza emocional. El amor que le tuvo, y que quizá le seguía teniendo, era una parte fundamental de su espíritu, a pesar de las complejidades de su relación y los días más aciagos. A pesar del dolor, o incluso gracias a él. Quizá la historia familiar de su esposa no podía justificarlo todo, aunque sí explicaba por qué vivía a la defensiva, acaso fuera la razón detrás del miedo al abandono, el nervio detrás de su conflicto con él. Su padre se fue cuando ella tenía cinco años, luego su madre se embarcó en una guerrilla y murió poco después.

Así, ante los detalles más insignificantes venía aparejado un fuerte miedo a perderlo: si no contestaba un mensaje tan pronto como fuera posible, o un correo electrónico el mismo día, si pasaba más tiempo con amigos o si iba a una fiesta sin ella. Si no le consultaba un plan o si gastaba en cosas que él sabía o debería de saber que la enfurecían. Ni pensar entonces en acciones que implicaran en verdad alejarse de ella, como contemplar la separación.

Antes de conocerla le echaba en cara a su padre el no haber estado más presente, pero cualquier reproche a sus progenitores palidecía al lado del drama familiar de su mujer.

De su madre tenía pocas quejas, opacadas por la ausencia intermitente de Pol, que iba y venía de España y que cada vez pasaba temporadas más largas allá, a una edad en la que Santiago todavía necesitaba de un padre, aunque no quisiera aceptarlo. La separación de sus progenitores vino cuando él tenía trece, y al cumplir los diecinueve y entrar a la universidad veía a Pol un máximo de dos meses al año y siempre en viajes cortos, en una relación cada vez más distante, si bien podía decir lo mismo de su madre. De muchas formas se alejaba de ambos en la ruta hacia una independencia que al fin veía como una posibilidad. Empezaba la carrera de Relaciones Internacionales y ya estaba pendiente de un trabajo de medio tiempo o de una pasantía, pese a las advertencias de que no tendría tiempo para mucho más. Su madre lo entendía y lo dejaba ser, en un punto tangencial desde el que le ofrecía su apoyo en caso de necesitarlo.

Para Pol, en cambio, todo fue más difícil.

Las crecientes faenas dentro del negocio de importación en Vigo lo tenían tan ocupado que los viajes a México seguían recortándose, y le costaba trabajo explicarle a su hijo que, aunque pensaba constantemente en él y desearía no estarse perdiendo esos años de su vida, el mundo laboral lo consumía. Al mudarse de vuelta a su país de origen pensó que con Santiago adolescente podrían hacer varios viajes al año para así pasar juntos temporadas largas, pero la realidad resultó muy diferente, ambos con suficientes ocupaciones como para que sus breves encuentros fueran más bien un lujo. Había días en que lo extrañaba tanto que podía sentirlo en los huesos, el hecho de que no fuera recíproco le dolía aún más, y encima no podía quejarse. Si fue él quien decidió mudarse no podía culpar a su hijo por reaccionar de la manera que fuera. Los tres sobrevivían como podían y a él le tocó el papel del padre ausente, muy a su pesar y en contra de lo que creía, sin perder la esperanza de que un día su hijo se mudara con él.

—Además estarías cerca de Lisboa —añadió en una ocasión.

—¿Y eso qué?

—Nada. Solo que es la ciudad más bella del mundo.

—Entonces vamos. No tengo que vivir en Galicia para conocerla, ¿no?

—Vamos, ya está.

Nunca fueron. Esas palabras dichas tantos años antes regresaban con un eco ensordecedor que lo obligaba a preguntarse por qué no cumplió su promesa si esa ciudad le parecía tan importante, si fue un punto clave en su negociación fallida. Un comentario al vuelo cobraba

ahora una importancia primordial. En todos los viajes de Santiago a España su padre no volvió a mencionar Lisboa, y él no pensó en recordarle el compromiso de llevarlo a un lugar que no quedaba de paso hacia ninguna parte, un destino en sí mismo y nada más, al filo de un continente que se expandía hacia el lado contrario. Ahora Pol lo conducía hasta allá de la manera más insólita.

Un viaje tan personal lo sorprendía en solitario, después de la eternidad en la que permaneció en pareja. La expectativa de aterrizar en la capital portuguesa se mezclaba con las condiciones de la muerte de su padre y lo que ello podría acarrear; los nervios se aceleraban mientras la aeronave avanzaba en el aire, con ganas de que el vuelo no llegase a su destino. Tenía la sensación de que sus pasos no serían guiados por él, que perdería el control sobre sus actos. Giró la vista hacia la ventanilla y vio a lo lejos el fin del océano y la primera señal de tierra. El corazón se aceleró aún más, sus manos comenzaron a sudar y las palabras del piloto confirmaron la inminencia del aterrizaje, el último tramo antes de afrontar la incógnita. En ese punto, en contra de su más consciente aspiración, la echó de menos, y comprobó que al fin estaba solo.

La sala de espera en la oficina de administración del puerto de Lisboa era un espacio gris. La pared blanca con manchas opacas hacía juego el viejo mobiliario de madera, incómodo, digno para hacer que esos minutos se alargaran hasta la desesperación, que a su vez impulsaba las vueltas que daba su mente en torno a la gran incógnita. En vez de alojarse en una habitación de hotel, Pol navegó por la costa del Atlántico para atracar su barco en uno de los muelles del puerto, con un costo igual o incluso mayor a las ofertas disponibles en la ciudad. Otra rara circunstancia. Santiago ignoraba hasta qué punto su padre siguió usando el velero de treinta y cinco pies que hacía años, en México, le compró a los hijos de uno de sus mejores amigos, fallecido por un cáncer fulminante. Tal vez nunca se es demasiado viejo para seguir cazando escotas y llevando el timón. Sentado frente a un decolorado afiche que enaltecía la forma de los contenedores y los buques de carga, soltó una leve sonrisa al imaginarse a su padre de casi noventa años sorteando las olas del océano, libre de todo prejuicio ante la vejez. Se debatía entre juzgar a Pol como un irresponsable o celebrar que hasta sus últimos días llevara una vida sin ataduras, y por primera vez sentía el peso de los juicios de su madre, para quien Pol siempre fue un desapegado. Hizo un esfuerzo para separar los puntos de vista que no eran suyos, para ser capaz de ver a su padre sin el sesgo de su madre. Debía olvidar la distorsión que lo influyó durante toda su vida, un esfuerzo que a Pol le habría gustado que hiciera antes, cuando aún vivía.

Los pasos de un hombre vestido de traje, sexagenario, impidieron que se formara el nudo en la garganta que amenazaba con obstaculizar el habla. Se levantó y le estrechó la mano.

—Bienvenido a Lisboa, señor Espasí —dijo en un castellano que sonaba herrumbroso—. *Obrigado* por haber hecho el viaje. Soy el inspector Oliveira.

Pasaron a una oficina igualmente anodina.

—Tomé prestado este lugar para poder *falar* con usted antes de pasar al navío de su padre. ¿Me podría mostrar una identificación, por favor?

—Claro.

El inspector se dirigió a la copiadora que acumulaba polvo en una esquina.

—Muy bien —dijo al volver a su asiento frente al escritorio de madera, y alargó el brazo para devolverle el pasaporte—. Comento para usted lo que sabemos.

Abrió un fólder y siguió a la segunda hoja.

— *Seu* padre atracó en la marina el 17 de febrero, hace poco más de tres meses, y su cuerpo fue encontrado el 5 de junio. Según el médico forense llevaba un par de días de fallecido.

Se le achicó el corazón al pensar en su padre abandonado así, a su suerte, sin nadie que notara la ausencia, su cuerpo en putrefacción en un país extranjero, y sus ojos no pudieron ocultar su exaltación.

—Disculpe —dijo Oliveira—. Esto debe de ser *muito* difícil. ¿Quiere un momento?

—No. Siga, por favor.

—Bien. Llegó con un marinero al que le apodan la Mecha. Al parecer fue contratado por su padre solo para hacer el viaje. Una vez aquí, luego de pasar un par de días en el navío, retornó a Galicia. ¿Sabe usted de quién hablo?

—En absoluto.

—Entiendo. Tal vez pueda usted buscarlo personalmente.

Santiago asintió, sin ganas de llevar a cabo pesquisa alguna, rogando en silencio que el trámite durara lo menos posible para poder agendar su viaje de vuelta y olvidarse de todo aquello, bajo la idea de vivir el duelo en casa y no como turista en una ciudad que ya no tenía intención de conocer. El desaliento se apoderó de él y por un momento se ruborizó, incapaz de impedir esa ola de emociones frente a un completo extraño. Para evitar el instante incómodo, Oliveira siguió como si nada pasara.

—El señor Espasí murió de un ataque al corazón, es decir, que fue una muerte natural, así que el caso queda cerrado. El navío está en el estado en que lo dejó. Hicimos lo posible por dejar las cosas intactas. Usted es libre de hacer con sus pertenencias y con el navío lo que *você* quiera. Según la ley portuguesa, ahora todo eso es suyo.

—Gracias.

El inspector hizo un rudo sonido de garganta, recargó los codos sobre el escritorio y acercó un poco el torso.

—¿Le puedo hacer un cuestionamiento?

—Por supuesto.

—¿Sabe usted por qué vino a Lisboa?

Santiago lo miró a los ojos y dijo lo único podía decir:

—Ni siquiera sabía que estaba aquí. Hablé con él hace unos días y no lo mencionó. Solíamos hablar por lo menos cada dos o tres semanas, y en todos estos meses que usted dice que estuvo aquí, yo lo hacía en Pontevedra.

—¿Era de ahí?

—Bueno, ahí vive… perdón, vivía. Lo siento. Ha sido todo muy repentino y… Ahí vivía desde hace mucho, entre Pontevedra y Vigo, pero nació en Cataluña.

—Descuide, lo entiendo, pero es extraño, ¿no?

—¿Qué?

—Que no haya *falado* con usted de todo esto.

—Muy.

La mirada de Oliveira tenía una intensidad desconcertante.

—Dado que no hubo necesidad de ejecutar una verdadera investigación fuera de los resultados del forense, no indagamos demasiado en las pertenencias que dejó, pero creo que para usted serán de *muito* interés.

Contestó con una mueca que el inspector interpretó como una señal para terminar con los trámites.

—Solo hay una pequeña cuestión administrativa con la que tiene usted que acordar, que mis compañeros del muelle me pidieron que le transmitiera.

—¿Sí?

—El navío debe un mes de estancia en la marina. El monto tiene que pagarlo aquí, en esta oficina, de ser posible en una hora, al retornar la encargada.

—Está bien.

—Ahora, si está usted *pronto* , podemos pasar a la entrega del navío.

La pared de enormes contenedores que cubría un flanco del camino que recorrieron desde la oficina era como una avalancha capaz de devorarlo, con el rayo del sol quemándole la coronilla y la retina del ojo que mantenía entreabierto, andando en silencio a un lado de Oliveira, a quien las palabras se le habían agotado. El verano se le metía entre la ropa, sofocado por una temperatura extrema, la humedad a tope. Se preguntó cómo era posible que el inspector vistiera saco y corbata sin sudar a cántaros, mientras él estaba hecho una sopa, y el humo del cigarro que encendió Oliveira tan pronto salieron del edificio le provocó asco. El calor era lo único que ocupaba su mente, con la vista perdida en el espectro de aire caliente que se disolvía a lo lejos, sobre el inmenso muelle de concreto, y el mar al fondo, desfigurado por la lengua transparente del infierno que lamía esa superficie del mundo. Sus pasos eran cada vez más pesados, desorientados por la proliferación de mástiles a su alrededor, forzado a arrastrar el cansancio del viaje trasatlántico y el cambio de horario. El inspector se detuvo frente al *Tramontana* , apagó la colilla con la suela del zapato, la envolvió en una servilleta y la guardó en la bolsa

lateral del saco; luego lo ayudó a subir.

—Con cuidado.

Apenas reconoció el viejo velero. Se subió en contadas ocasiones cuando era una novedad, y hacía años que se había olvidado de su existencia. Pisó con la suela de los tenis que desentonaban con los pantalones de vestir, necesitó un minuto para acostumbrarse a la sensación movediza del casco sobre el agua y tomó asiento frente al timón, sin entender la importancia que tenía subir al barco. Oliveira pasó a su lado y siguió a la cabina.

—Venga, señor Espasí. Esto le puede interesar.

El sobrepeso del inspector hacía que descender por la escalera corta que bajaba al interior fuera toda una hazaña, mientras él batalló por su estatura. Se mantuvo agachado para andar unos pasos hacia los asientos laterales, y ahí todo se le reveló de golpe: al fin entendió el brillo de curiosidad en los ojos del inspector, quien, como Virgilio, lo conducía a un averno de proporciones desconocidas. Se vio rodeado por decenas de papeles acomodados en hileras verticales u horizontales y punteados por libretas y libros, una vorágine de información que no sabía cómo juzgar. Abandonó toda esperanza.

—¿Qué es esto? —preguntó, un tanto desquiciado.

—Es de lo que esperaba que usted tuviese conocimiento. Como le dije, no tuvimos la necesidad de involucrarnos más allá de los primeros vistazos, por haber sido una muerte natural. Habría sido una complicada labor para nosotros, pero yo estoy intrigado, por eso quise venir con usted en persona. Tenía la ilusión de que estuviera al tanto de las actividades de su padre, pero entiendo que se encuentra tan sorprendido como nosotros. ¿No tiene siquiera una idea de qué pueda ser todo esto?

—Ni la más remota.

—Bueno, pues es una pena. Tal vez sea una situación que le pueda inquietar a usted también.

—Podría pensar que mi padre perdió las riendas de su mente en sus últimos días. Ya sabe, un tipo de demencia senil.

—¿Eso le parecía cuando *falaba* con él?

—No, en las llamadas se escuchaba bien, pero, ¿esto?

—Lo único que puedo decirle es que parece una investigación bien armada, tiene una estructura y un hilo, y toda sucede aquí, en Lisboa. No parece la cosa de un *malouco* . Al revés.

Hizo a un lado una pequeña torre de libros y cuadernos y tomó asiento para perderse en la memoria de su padre y llegar a una posible explicación, aunque de antemano sabía que sería inútil. Desde que colgó el teléfono en México, al terminar la conversación en la que Oliveira le anunció la muerte de su padre, no había parado de darle

vueltas al hecho de que Pol estuviera en Lisboa sin que él lo supiera. Temió estar frente a una caja de Pandora cuya tapa apenas comenzaba a levantarse, capaz de conducirlo por una madriguera a la que se rehusaba a entrar.

Oliveira sacó unas hojas dobladas del bolsillo interior de su saco, las estiró sobre el espacio que hizo en la mesa y puso una pluma a su lado.

—Por favor, señor Espasí. Con su firma queda este asunto saldado de nuestra parte.

—Claro.

Firmó las hojas indicadas y le estrechó la mano.

—Le agradezco mucho su ayuda.

—Gracias a usted por hacer el viaje, señor. Le dejo mi tarjeta en caso de que tenga necesidad de encontrarme. Si recuerda algo, por ejemplo. Tenga presente que me interesa el caso.

Tomó la tarjeta y lo vio batallar para subir los peldaños de la escalera hasta desaparecer, dejándolo con el fantasma de un padre que lo acechaba desde un lugar inexplorado, quizá rogándole que no desechara lo que tenía enfrente. «Si hubiera querido mi ayuda me lo habría pedido», se dijo para abrir el camino hacia una salida. «¿Qué tengo que hacer yo con este lío?». Miró el reloj, abrumado, y en vez de asomarse a los papeles que tenía a su alrededor volvió a la oficina de la administración portuaria para saldar la cuenta pendiente.

La encargada era una mujer que rondaba los cincuenta y que en otro momento le habría parecido atractiva.

— *Você e o filho, então* .

—Eh… sí —dijo adivinando el significado de esas palabras—. ¿Conoció a mi padre?

— *Muito* poco. Cuando iba y venía de la *cidade não* se paraba a *cumprimentar* , la *verdade* , pero me ha impresionado *muito* que a su *idade* tuviera tanta energía. *Uma coisa* increíble —respondió ella en el mejor portuñol del que fue capaz.

—¿Sabe si se juntaba con alguien o si habló con alguna persona aquí?

—Que yo *saiba no falou com* nadie. O inspector nos hizo *essas mesmas* preguntas. Era *um* solitario, como tantos de *os* marineros que *pasam* por estos muelles. *Ninguém* aquí es de *muito falar* .

Aturdido, se dirigió a su hotel y a las cinco de la tarde se metió entre las cobijas. Abrió los ojos a las dos de la mañana y puso una película, luego otra, y otra hasta que amaneció. No quería pensar y no sabía qué hacer. No podía descuidar por mucho tiempo su labor en la consultoría financiera en la que después de años fue ascendido a un puesto de asociado. Las razones por las que terminó como analista

permanecerían en una nebulosa difícil de escudriñar. Primero, cuando fue tiempo de entrar a la universidad no estaba seguro de la carrera que le gustaría estudiar. Su padre quería que se tomara un año sabático en España, cerca de él, con tiempo de sobra para despejar sus pensamientos y meditar una decisión que podría marcar el resto de su vida. Tendría la posibilidad de tomar algunos cursos y entretanto viajar, ver el mundo, abrir horizontes que fueran más allá de los veranos que pasaba en Galicia; en cambio, su madre siempre insistió en que una aventura semejante sería una pérdida de tiempo. Creía que debía entrar a la universidad cuanto antes para luego especializarse, en un mundo cada vez más competitivo en el que el desempeño académico era fundamental.

—Si dejas pasar un año entre la preparatoria y la universidad vas a perder práctica y te va a costar todo mucho más trabajo —le dijo una vez, y a Santiago le pareció un razonamiento válido. Además, era el camino que seguiría la mayoría de sus amigos. El único que no entró a la universidad directamente fue un pésimo alumno que debía materias del último año de preparatoria.

Así su madre lo indujo a que hiciera el examen en las dos universidades que a él le interesaban más, con el fin de entrar a Relaciones Internacionales, y al llegar el día en que recibieron los resultados ya había hecho una profunda labor de convencimiento, cuya conclusión fue que se tomara el par de meses entre la preparatoria y la facultad para recorrer Sudamérica mochila al hombro. Fue una propuesta que no pudo rechazar, a pesar de las crecientes dudas sobre su futuro.

—Si fuera tú no me preocuparía. La carrera que elegiste es bastante general, hay materias que te van a gustar y otras que te van a servir mucho. Luego te especializas en lo que más te guste. La única manera de saber qué quieres hacer es estudiando.

De nuevo su madre parecía tener razón, mientras que las palabras de Pol perdían fuerza al cruzar el Atlántico. Vivir entre las voces disonantes de sus padres era una sensación agobiante para alguien como él, que antes de discutir cedía. Pensar que alguna vez estuvieron juntos era algo que le costaba trabajo creer.

Tras cada victoria de su madre, Pol callaba y tomaba la derrota con estoicismo, y cuando salía el tema hasta sonreía. Esperaba el día en que su hijo lo escuchara de verdad, sin la estridencia que causaba la voz arrolladora de su exesposa. Al acercarse el fin de la carrera las dudas vocacionales no se habían disipado, y una vez más, con ideas similares a las anteriores, Santiago se dejó guiar hacia una maestría en finanzas, dada su facilidad para los números y las posibilidades que ello le abriría. Después no fue difícil conseguir un puesto en la

consultoría y poco a poco abrirse paso, hasta llegar al nivel de asociado que, entre otros beneficios, le permitía tomarse un tiempo indefinido para ir a Lisboa a lidiar con la muerte de su padre. Los socios y el resto de los asociados estaban al tanto, y eso le compraba tiempo; sin embargo, cuánto alargar esa prerrogativa era una cuestión que no dejaría de irritarlo.

Su mayor deseo era volver a la vida que hacía apenas unas horas había dejado atrás; regresar al ritmo corriente, a la rutina, a su departamento, a las actividades diarias que le daban un sentido a su existencia. Era el método probado para sentirse bien, de la hora de ejercicio en la madrugada hasta los minutos de lectura antes de dormir. El café, el periódico, las labores financieras que concretaba con un poco de concentración; los restaurantes y los clientes: un paquete bien estructurado que lo mantenía alerta. Luego de meses de sufrir la ausencia de su mujer recuperaba el poder de estar solo, la facultad de tomar decisiones propias, de disponer del tiempo a sus anchas. Ya que al fin sentía que superaba el dolor de la separación, que otra vez se encontraba a gusto con su vida, la irrupción de la muerte lo sacaba de órbita. No quería estar en Lisboa.

Con los primeros rayos cruzando la ventana cerró los ojos para refugiarse en un sueño del que no quería despertar.

En la morgue contempló el cuerpo inerte de su padre, la palidez de la piel, las facciones neutras. Se resistió al impulso de tocarlo y lo tapó de nuevo. Era inaudito pensar que ya no se levantaría. Hizo a un lado esas reflexiones, llevó a cabo los trámites para la cremación y regresó al barco esa misma tarde. Observó la tira de papeles cuya organización parecía obedecer a un orden preciso, procuró no alterarlo y trató de hacerse una idea de la ruta que trazaban. Leyó nombres que no le decían nada, con explicaciones breves debajo de cada uno que a veces llevaban a una relación entre ellos. También había fechas: muchos de esos hombres habían muerto. En algunos casos se incluían direcciones, pero en ese embrollo no había un solo indicio de la razón detrás de todo aquello. Sin saber lo que su padre buscaba, eran una serie de datos abstractos, nombres y calles sin ningún sentido, una incógnita que Santiago temía perseguir sin conocer el verdadero trasfondo, si bien la única manera de avanzar era seguir el hilo y reconstruirlo. Sin habérselo planteado, con el flujo de sus movimientos decidió no guardar todo en una caja y volver a México. Haría el intento de enfrentar a esa hidra multicéfala.

Entre el cúmulo de información encontró un nombre sin fecha de muerte y una dirección. Tomó un taxi y esta vez pudo fijarse en la sutileza de los edificios que componían el mapa urbano, las paredes blancas bajo los tejados y las ventanas en cuyos vidrios se reflejaba el auto que acabó en una zona venida a menos. El taxista se detuvo frente a un edificio que parecía abandonado, Santiago descendió y tocó varias veces la puerta de madera, hasta que se cansó. Además del edificio, era evidente que la zona estaba deshabitada. En el tiempo que esperó no pasó nadie, ni un solo transeúnte o siquiera otro auto. Era inútil. Regresó al taxi que lo aguardaba, volvió al barco y trató de sumergirse de nuevo en esos datos; tomó al azar un número telefónico y marcó desde el hotel, pero nadie en ese domicilio, en el que solo hablaban portugués, había oído hablar de Pol. Frustrado, sacó la tarjeta de Oliveira y concertó una cita para comer.

Notó cierta alegría en el inspector ante su decisión de seguir.

—Pero ni sé de qué se trata.

—Debe haber un propósito *muito* específico. Nadie hace todo ese trabajo por nada. Tenga paciencia.

—Tengo que regresar a México, no puedo pasar tanto tiempo

acá. Hay varios proyectos que me esperan de vuelta en la oficina.

—Eso sí puede ser un problema, porque no creo que esto sea una cosa rápida. ¿A qué se dedica?

—Depende el proyecto. Ahora tengo que valorar el potencial de una empresa que está a punto de la quiebra. Un conglomerado quiere comprarla. Nuestra labor es evaluar sus posibilidades, y, en caso de considerar que hay futuro, establecer un precio razonable para ambas partes.

—Complejo.

—Más o menos. Suena más complejo de lo que es. Laborioso sería más atinado. Se necesita tiempo para revisar los documentos interminables de la empresa en cuestión.

Leyeron la carta, el mesero les tomó la orden y Santiago siguió:

—¿Podría echarle un ojo a los papeles que hay en el barco? Quiero conocer su opinión.

—Tengo que confesarle que eso ya lo hice. Tuve un primer vislumbre antes de recibir los resultados de la autopsia, pensando en un posible crimen. Después, cuando tuvimos la certeza de la causa de muerte, me asomé un poco más, solo por curiosidad.

—¿Y?

—Le puedo decir mi pensamiento, pero debe tener claro que está lejos de ser una conclusión bien fundada. Es más bien una opinión basada en una revisión superficial de esos papeles.

—Entiendo.

—Pienso que su padre iba en busca de una o de varias personas que habitaron en Lisboa durante la dictadura de Salazar.

—¿Cómo dice?

—Es mi pensamiento.

Callaron por un momento, Oliveira encendió un cigarro y notó la cara de asombro mezclada con una pizca de angustia por parte de su interlocutor, y el color pálido de sus mejillas.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Santiago, tratando de esquivar el humo que le salía al inspector de la boca.

—Podemos decir que de finales de los veinte hasta 1974, aunque Salazar murió en el sesenta y ocho. Claro que todo aquel periodo tiene sus… ¿cómo se dice? Sus *nuances* .

—Sus… ¿matices?

—Eso, tiene sus matices. Por las fechas en los papeles y en las notas que su padre acumuló, podría asegurar que su investigación está centrada entre fines de los años treinta y comienzos de la década del cincuenta, más o menos.

Santiago guardó silencio y bajó la mirada, mientras el inspector intentaba reanimarlo.

—Es un diagnóstico *muito* general, estoy de acuerdo. Es a la única conclusión clara a la que pude llegar. Disculpe.

—¿Qué lo hace pensar eso?

—El conjunto. El lapso de vida de los involucrados, algunas direcciones que antes fueron puntos importantes en la vida de la ciudad, pero que ahora no tienen relevancia, y las pocas notas regadas en los manuscritos: todo apunta a esa época, que fue especialmente convulsionada aquí en Lisboa, y pienso también que su padre no había llegado lejos. En los meses que tardó en construir esa red no creo que viera resultados satisfactorios.

—Pero ¿por qué aquí?

—¿A qué se dedicó su padre en esos años?

—No tengo la menor idea. Según entiendo vivía en Galicia.

—Tal vez pueda comenzar por ahí.

Se llevó una mano a la cara mientras el inspector comía, y enseguida lo miró a los ojos.

—¿Entonces qué buscaba?

Tragó el bocado antes de contestar:

—No lo sé. No encontré nada en esos papeles que lo aclare. —Se limpió los labios con la servilleta y continuó—: Lo más probable es que buscara a varias personas, pero no sé qué nombres pudieron ser su objetivo y cuáles una vía para llegar ahí, si es que el asunto va por ese rumbo. Aunque también pudiera ser otra cosa, dinero tal vez, alguna cuenta pendiente.

—¿De hace tanto tiempo?

—Pues… ignoro. Parece difícil, ¿no? La verdad es que eso es lo que no cierra.

Santiago miró a su alrededor antes de regresar la vista a su interlocutor.

—¿Por qué no me dijo esto ese día?

—No quería predisponerlo. Se lo digo ahora porque me lo pregunta directamente. Entienda que yo tampoco estoy seguro de nada, es una corazonada que iba a seguir si resultaba ser un homicidio, eso es todo. Si le decía mi pensamiento iba a ser como alentarlo en la búsqueda, y eso tiene que venir de usted. Al fin su padre ya no está con nosotros. Si esto no sale de una decisión propia no llegará a ningún lado.

El panorama se oscurecía, y una poderosa fuerza en su interior se hacía cada vez más grande: si todo estaba relacionado con el pasado de su padre, ¿en realidad él qué sabía? Podría asegurar que nació en un pueblo de Cataluña, de madre gallega, y que alrededor de la década de 1950 llegó a México, pero ni siquiera estaba seguro del año preciso. Conoció a su madre a mediados de los sesenta y regresó a

España en los ochenta. Lo que entendía como la biografía de Pol era bastante escueta, y la única que podía despejar sus dudas era su madre.

Al volver a su habitación hizo la llamada de larga distancia que venía esquivando hacía días.

—Necesito que me cuentes lo que sabes de la vida de papá antes de que se conocieran.

—¿Para qué?

—Por favor. Luego te explico con calma, ahora necesito saber todo lo que tú sabes.

—Pues mira, sé que le gustaba mucho la fiesta, las mujeres de tacón dorado, y fuera de un restaurante no tenía mayores preocupaciones en México.

—Eso ya me lo has dicho. ¿Sabes a qué se dedicó antes de emigrar?

—¿Durante la guerra?

—Sí, exacto.

—¿Cuál de las dos?

—¿Cómo?

—Cuando estalló la Guerra Civil era muy chico, un adolescente apenas, y que yo sepa se mantuvo al margen de esa situación. Fue el único español de los que conocí en mi vida que no tomó partido por uno u otro lado. Ni franquista ni republicano. Era como lo conociste, neutro, y ni en una cosa tan seria como esa tuvo una postura definida, ni en ese entonces ni después. Bueno, eso es lo que sé, porque su pasado era una serie de bóvedas sin conexión entre ellas. Yo sabía que ahí había algo, pero también sabía que ese algo estaba fuera de mi alcance. ¿Eso querías saber?

—Eso me sirve. ¿Y la otra guerra?

—Esa le pasó de lado. Mientras toda Europa se peleaba él estuvo a salvo, lejos de los campos de batalla. Toda la península fue neutral.

—¿Sabes si vivió en Portugal?

—Lo dudo.

—¿O si pasaba tiempo ahí o algo?

—No creo, tampoco, pero podría ser, ¿no? ¿Qué pasó allá?

—Después te doy detalles. Ahora lo que necesito es información.

—Está bien. ¿Qué más quieres saber?

—Una vez en México, ¿no sabes si viajaba a Portugal por alguna razón? ¿Tal vez de negocios?

—¿Antes de que yo lo conociera?

—Antes y durante.

—Pues no que yo sepa, pero como te dije: había partes en la vida de tu padre totalmente herméticas. Antes de que se regresara a

vivir a España no viajaba a Europa, por lo menos desde que yo lo conocí y hasta donde yo sé. Pensándolo bien creo que hubiera sido difícil ocultar viajes tan largos.

—¿En qué año lo conociste?

—Era 1965. En la fiesta de ese año nuevo, o sea que más bien en el sesenta y seis.

—¿Entonces qué lo pudo haber unido a Portugal?

—Nada.

Santiago bajó el auricular. Trató de poner en orden sus pensamientos mientras su madre esperaba al otro lado de la línea.

—Okey, entonces, ¿sabes por qué decidió vivir en México? —preguntó al fin.

Recapacitó por un momento antes de contestar:

—Nunca me lo platicó bien, y es que cuando nos conocimos ya llevaba más de quince años aquí, casi había perdido el acento.

—¿En qué año llegó?

—No me acuerdo bien. Calculo que por ahí del cincuenta, pero estoy adivinando, la verdad es que no lo tengo claro. No era un tema de conversación con tu padre. Hay gente que le gusta hablar de su pasado, que se enfrasca en anécdotas, pero él no era de esos. Al contrario. Los recuerdos se los guardaba y se enfocaba en el presente o en sus planes a futuro, que un día ya no me involucraron a mí.

El tono de melancolía que le imprimió a sus palabras ponía en relieve las heridas de antaño, pero esta vez Santiago notó un cambio, como si la muerte de Pol le hubiera permitido a su madre lamentar su separación, o como si al fin lo hubiera perdonado, aunque fuera de una forma inconsciente. Recordó lo duros que fueron los años de adaptación para su madre, la soledad que arrastraba por la vida, la fiereza de sus juicios ante cada cosa que hacía su padre, años perdidos en el tiempo que ahora regresaban, galopantes. Y volvió también la compasión que en ese entonces sintió por ella.

—¿Santi?

—Sí, ma. ¿Sabes a qué se dedicó durante los años que vivió en España, antes de emigrar?

—Muy por encimita. Algún tipo de comercio, creo, pero no estoy segura. Cuando lo conocí ya tenía una posición bien afianzada acá, varios negocios que él nada más supervisaba y que le dejaban mucho tiempo libre.

—¿Y esos negocios los empezó él?

—No creo, me da la impresión de que los fue comprando.

—¿Mis abuelos entonces tenían dinero?

—Tampoco creo, pero podría ser. ¿Por qué te interesa saber todo esto? ¿No me dijiste que murió de un infarto?

—Así es, pero dejó una cantidad de papeles que parecen llevar a alguna parte, y todavía no sé a dónde.

—¿En Lisboa?

—Sí. ¿A ti no te habló de Portugal?

—Jamás.

—Eso es lo más raro de todo. Qué hacía aquí y por qué estaba buscando gente.

—¿Buscando gente? Sabrá Dios. Lo que te puedo decir es que tu papá siempre fue muy raro. Llevaba una vida organizada como en diferentes cajones, y nunca los juntaba. Si tú pertenecías a uno ahí te quedabas. Los negocios se quedaban en los negocios, la familia en la familia, el pasado en el pasado, España en España y México en México. Nada de eso podía mezclarse. Tú fuiste el único invitado a ir y venir entre España y México, faltaba más, pero solamente por ser su hijo. A los amigos que hizo aquí no los invitó como a ti, y yo nunca conocí a la gente con la que creció allá. Tal vez por ahí puedas averiguar algo, en Vigo, o en Pontevedra.

—No puedo quedarme tanto tiempo.

—Tal vez debas hacer un esfuerzo. Parece que es algo importante, además es como si te estuvieras despidiendo de él. Velo de esa forma.

La actitud de su madre lo sorprendió. Colgó conmovido al darse cuenta de que los hilos que unieron a sus padres quizá seguían ahí, aunque solo hasta ese momento supo que ahí estaban. Era evidente que sus mejores tiempos los vivieron antes de su nacimiento y durante su niñez, y que al empezar el desarrollo de la consciencia ellos a su vez comenzaban el principio del fin de una relación que para ese niño quedaría escondida en sus primeras memorias. No recordaba haber sido testigo de su amor, hasta ese día en que sentado en una habitación de hotel se atrevió a soltar una lágrima, mezcla del dolor de haber perdido a su padre y de la amargura de lo que el divorcio significó para su infancia. Antes que afrontarlo, su papel de víctima de esa separación se escondió en las partes subterráneas de su psique, y solo ahora salía a la luz, temblando.

También fue la primera vez que su madre le pareció conciliadora frente a algo que tuviera que ver con Pol, y quizá era la única persona capaz de comprender por lo que estaba pasando. Le haría caso. Como despedida, haría otro esfuerzo por indagar un poco más.

Ir a Pontevedra implicaba otra llamada que no quería hacer, que difícilmente vendría con la grata sorpresa de la anterior, pero como el viaje estaba ya decidido, eligió hablar con uno de los socios más jóvenes de la consultoría y no con el fundador, cuya disciplina laboral llegaba a niveles clínicos. Al socio no le quedó más opción que

escucharlo y desearle suerte, con la amenaza, disfrazada de promesa, de pasar su mensaje a la mesa directiva. Fuera de un recorte del bono anual y una penalización por el bajo rendimiento de ese mes no podían hacer mucho en su contra, según los beneficios del escalafón en el que se encontraba dentro de la empresa. Lo que más le preocupaba era el desgaste de su relación con el fundador, una sutileza que siempre cuidó con esmero, quizá la causa de su vertiginoso ascenso. La gravedad del asunto podía comprarle un tiempo limitado que con el paso de los días se acercaría a una frontera difusa que ya veía con ansiedad. A lo mucho podría ausentarse dos semanas, antes de una confrontación.

Antes de tomar el tren a Galicia esperó a que el servicio de cremación le entregara las cenizas, un par de días en los que recorrió la ciudad a la que sin querer Pol lo condujo en su último viaje. Respiró el legado árabe de Alfama, tocó el mar frente a la plaza de Comercio y anduvo por los recovecos del Barrio Alto, y de esa forma comprobó la afirmación que su padre nunca repitió. Lisboa cargaba con un cálido velo de nostalgia, un vestigio de otras épocas que se abrían paso entre sí para resaltar esa belleza construida hacía doscientos cincuenta años, luego de que un terremoto a mediados del siglo XVIII la destruyera y el fuego y los tsunamis se llevaran las cenizas de una ciudad que para siempre dejaría de existir, con decenas de miles de muertos como cimiento de lo que vendría más adelante. Esa labor de construcción de una ciudad nueva caería en los hombros de un ministro real a un tiempo culto y despótico, apto para organizar a una parte de la población en ese ambicioso plan urbanístico a lo largo de más de dos décadas. Así Lisboa, que durante siglos se mantuvo en el límite de una Europa que solo la buscaba por lo que traía de sus colonias, renació en esas calles y avenidas del centro de la ciudad, y comenzó un proceso de modernización en las demás esferas de la vida pública. Y a pesar de las historias que Santiago averiguó durante sus paseos, aún percibía una sensación de aislamiento, como si Lisboa fuera una isla y Portugal estuviera amurallado, paralelo al mundo, en donde el tiempo fluía con lentitud.

Con una pequeña maleta y la urna de caoba tomó el tren a Vigo y siguió en autobús a Pontevedra, de vuelta en territorio conocido, acostumbrado al departamento que vio por primera vez en el segundo viaje que hizo a España después del divorcio de sus padres, y en el que siempre tuvo su cuarto. Subió por la escalera, metió la llave en la cerradura y al entrar se sintió verdaderamente solo. Puso la urna en el centro de la mesa del comedor, tomó asiento en el sillón en donde pasó el mayor tiempo con Pol, frente al televisor o con alguna de las amistades, e hizo un esfuerzo por retener las lágrimas. No tenía ganas

de llorar. Tomó el teléfono para huir de esa soledad y marcó el número de Kin, el más cercano de entre quienes se rodeaba en Galicia, y media hora más tarde estaba tocando la puerta con una botella de ginebra, tabaco para liar y un trozo de hachís que para Santiago fue una sorpresa, que rendiría toda la tarde y buena parte de la noche. Llevaba años de no probar nada que no fuera café y alcohol, y en esa ocasión apenas tocó el tabaco mezclado con hachís, sin darle el golpe. Solo de joven, precisamente en las noches de juerga que pasó al lado de Kin, había incurrido en algo que para él era una rareza, más como una travesura que por una verdadera vocación de psiconauta. Ya ni recordaba el efecto.

—Si me hubieras avisado te habría acompañado a Lisboa, coño —le dijo al escuchar la razón de su repentina presencia en Pontevedra.

—No habrías sido de ninguna ayuda, pero si de veras quieres contribuir puedes ayudarme con la ceremonia para despedirlo, pasar la voz entre sus amigos.

—Amigos, lo que se dice amigos, no creo que quede ninguno.

—Con alguien se tuvo que haber llevado en esta ciudad.

—Sí, por ahí quedan algunos conocidos, gente con la que jugaba ajedrez.

—Exacto, ellos.

—¿Y qué tienes pensado hacer?

—Creo que lo mejor sería algo simple, aquí en su piso, diré algunas palabras y quizá haya quien se anime a decir algo. Tú también tienes que hablar.

—Yo no hablo en público.

—¿No que me querías ayudar?

—Quiero ayudar, coño, pero no así.

Sonrió mientras veía a Kin sostener un encendedor para que el hachís derretido cayera sobre el tabaco.

—¿Cuándo queréis hacerla?

—Tampoco sé. Debería ser pronto porque no puedo quedarme mucho, pero hoy por hoy no tengo ganas de hacer nada. Estoy intrigado con lo que podía estar haciendo mi papá en Lisboa. ¿Tú tendrás alguna idea?

—¿De qué?

—De lo que hacía allá.

—Mira, Santi: yo veía a tu padre cuando venías tú. Me lo encontraba a veces en restaurantes o en alguna cosa social en la que coincidíamos, y de vez en cuando nos poníamos a platicar largo, casi siempre sobre ti, aunque también tocábamos algún otro tema local. Hasta ahí llegaba mi relación con él. Lo que te puedo decir es que jamás me habló de esa ciudad, así que menos aún podría saber qué

estaría haciendo allá. Me suena más bien que las cabras se le habrán ido todas al monte, ¿no?

—¿Crees? ¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

—Déjame pensar… Hace unos seis o siete meses, en el Mesón del centro.

—¿Y cómo estaba?

—Perfecto, como siempre.

—¿Entonces?

—Pudo haber perdido la cabeza en estos meses, qué sé yo.

—El inspector dice que lo que había en el barco era una investigación bien hecha, y por la forma en que habla de todo eso, creo que tiene razón.

—Esos portugueses nunca han sido de fiar —dijo sonriendo.

—Necesito que me ayudes a buscar a gente que lo conoció, cuando era joven.

Kin encendió el cigarro, detuvo el humo en sus pulmones durante algunos segundos y exhaló con la vista perdida en el horizonte, como si descifrara uno de los problemas filosóficos más esenciales de la humanidad, con los párpados tensos y entrecerrados y un gesto que no podía más que causar risa. Fumó de nuevo y siguió pensando.

—Yo tenía entendido que tus abuelos vivían en Vigo, ¿cierto?

—Sí.

—No hay más que empezar ahí. Aquí no vas a averiguar nada de lo que pasó con él antes de la guerra.

Ahí se abría el hoyo negro, la entrada a un bosque espeso sin un solo camino visible, y sin saber cómo abrirse paso.

—¿Vamos?

—Me encantaría, pero yo sí tengo que trabajar, Santi. No puedo estar de vago como tú —dijo con otra sonrisa en el rostro.

—Pero ¿por dónde empezar?

—Ahí sí no sé. Su agenda telefónica, tal vez.

Siguieron con otro *gin-tonic* , la conversación giró a las pequeñas tramas sociales de Pontevedra, hablaron de mujeres y de aventuras pasadas, y, a media frase, Kin lo interrumpió con brusquedad, tomándolo del brazo:

—El club de ajedrez.

—¿Qué?

—A eso iba tu padre a Vigo, al viejo club a jugar con la gente de allá.

—¿Todavía hay clubes de ajedrez?

—Pues al parecer ese de Vigo existe. Aquí jugaba en domicilios particulares o en algún restaurante, no sé si alguna vez hubo uno, pero

si lo hubo ya no hay ningún vestigio de él. En cambio, el de Vigo se mantiene. Por eso le gustaba de repente hacer el viaje. Alguna vez me dijo que ahí fue donde empezó a jugar en serio. Le tenía cariño a ese lugar.

Ya con un objetivo claro cambió la ginebra por vasos de agua y siguió fumando hasta quedarse dormido en el sofá de la sala, sin darse cuenta del momento en que Kin apagó las luces y se fue, horas antes del alba. Hacía mucho que no pasaba tiempo en Vigo más allá del trámite de conexión para seguir a Pontevedra. El puerto no había parado de crecer, con un nivel de agitación urbana que lo dejó deslumbrado, perdido en la ciudad de sus ancestros, aunque en realidad nadie nació ahí. Su abuela era de un pueblo apartado en las montañas, a unas horas de distancia por una carretera angosta y ondulada, e ignoraba por qué sus abuelos se mudaron al puerto. El predio en el que estaba la casa en la que vivió su padre al llegar de Cataluña formaba parte de una nueva plaza comercial, y no tenía otro referente más que el club, olvidado en el segundo piso de un edificio del centro.

Era un lugar oscuro sin ventanas al exterior, con muebles de hacía décadas que incluían un sillón y cinco mesas con tableros de ajedrez, y la barra en una esquina. Un hombre que vestía uniforme se acercó.

—¿Se le ofrece algo?

—Estoy buscando a…

La mirada de aquel hombre solícito lo pasmó.

—La verdad es que no sé a quién busco. Mire, lo que pasa es que mi padre falleció hace unos días.

—Lo siento mucho.

—Gracias. Falleció, y dejó un asunto inconcluso que estoy tratando de cerrar.

—¿Y en qué podemos ayudarle aquí?

—Era ajedrecista y a veces venía. Pol Espasí, ¿recuerda de casualidad ese nombre?

Lo pensó por un momento y respondió:

—La verdad no, disculpe.

—Es que no vivía aquí, pero dicen que venía de vez en cuando.

—Pues mire, ahora todavía es temprano. Si espera algunas horas es probable que lleguen jugadores, pero si quiere asegurar una concurrencia un poco más amplia, venga mejor mañana. Es el día importante del club.

Un poco desvelado enfiló de vuelta a Pontevedra en el auto de su padre, y una hora más tarde estaba otra vez solo en el departamento. Se le cerraron los ojos al poco tiempo de encender el

televisor, y al despertar alcanzó a ver el sol desaparecer en el horizonte. El peso de saberse insignificante lo sepultó de nuevo bajo las sábanas, con el control remoto como su único aliado ante aquella levedad descomunal.

Llegó temprano a Vigo y una vez más deambuló por esas calles, incapaz de reconocer algún espacio de una ciudad que solo visitó durante las primeras temporadas de Pol fuera de México. Menos aún podía pensar en conocidos que aportaran alguna pista. A las cuatro entró de nuevo al club, y un viejo se acercó enseguida.

—¿Santiago?

—Sí…

Le estrechó la mano con verdadero cariño.

—Tanto gusto. Soy Joaquín. Felipe me contó en la mañana que viniste ayer, y me dijo también la razón de tu visita. Siento mucho la muerte de Pol. Yo lo quise mucho.

Lo condujo hacia unos sillones, pues las mesas estaban reservadas para las partidas, y pidieron un par de cervezas. Había más luz, con el doble de lámparas encendidas, y dos mesas ocupadas habían logrado quitarle el aire fantasmagórico del día anterior. Ahora tenía la pinta de un espacio acogedor.

—Dime por favor de qué murió.

—Un infarto.

—Claro. Ya a nuestra edad es de lo más normal. Es una lástima.

—¿También tiene noventa?

—Ja, no, aún no, pero ya me falta poco. Entonces, ¿qué te trae por aquí? Me imagino que no viniste solamente a avisarnos. ¿Te estás quedando en Pontevedra? ¿Cómo te trata Galicia?

—Sí, estoy en Pontevedra y Galicia siempre me ha gustado, pero vine porque estoy tratando de averiguar qué hacía mi papá en Lisboa.

—¿Cómo?

—Ahí murió.

La cara de Joaquín transmitía su desconcierto.

—Veo que para usted es también una sorpresa.

—Total.

—Entonces no me va a poder ayudar mucho.

—Si eso es por lo que estás aquí, me temo que no.

—El inspector que atendió el caso cree que tiene que ver con el pasado, con los años cuarenta o cincuenta, por eso estoy buscando a alguien que lo conociera de entonces.

Joaquín se llevó un dedo a la boca y giró la mirada a la ventana. Hacía un esfuerzo por buscar entre sus recuerdos alguna información que pudiera serle útil al hijo de un buen amigo, como esperaría que a su vez trataran al suyo, mientras que Santiago pensaba en lo fútil de

su visita. Se acabó la cerveza y sus ojos buscaron al mesero para pedir otra, sin suerte.

—Pues mira —retomó Joaquín—, yo lo conocí hace poco más de treinta años, cuando recién se mudó de vuelta a Galicia. Antes de Pontevedra vivió acá, y en ese entonces se hizo miembro del club y venía tres o cuatro días a la semana. Eran otras épocas y esto estaba mucho más activo. Ahora con el internet es más fácil para las nuevas generaciones encontrar a gente con quien jugar en línea. Pero de ese tiempo para acá no nos dejamos de ver, casi siempre aquí.

—Y en todo ese tiempo nunca mencionó algo que tuviera que ver con Portugal.

—Que yo recuerde no, pero no podría estar seguro. Fueron muchos años de amistad.

Santiago bajó la cara.

—Qué pena no poder ayudarte, chaval. ¿Esta averiguación es urgente?

—No sé. Quizá no tenga importancia.

—Claro… Pues no sé qué decirte. De los miembros del club yo soy el más cercano a Pol. Otros buenos amigos ya también nos han dejado. Ahora solo he quedado yo.

Un nudo en la garganta le impidió seguir. Giró la cara al lado opuesto para quitarse un par de lágrimas, se contuvo y respiró profundo. Santiago sintió unas ganas repentinas de abrazarlo, como si en ese hipotético abrazo también abrazara al padre que ya no volvería a ver.

Volteó recompuesto y Santiago pidió otro par de cervezas.

—Va a ser difícil que encuentres a alguien que lo conociera de antes que se fuera a México. Yo no sé de nadie. Quizá hace diez, veinte años pudo haber sido una búsqueda menos complicada, pero ahora ya ves. El mundo ya no es como antes.

Asintió y cambiaron de tema, y hasta se movieron a una mesa con tablero en donde jugarían tres partidas, en las que Santiago no pasó de los treinta movimientos antes de rendirse. Joaquín tenía curiosidad de ver hasta qué punto Pol le transmitió sus habilidades, y comprobó que el hijo fue un pésimo alumno. Santiago aprendió de niño y cada vez que se veían jugaban, ya viviendo en diferentes continentes, pero nunca le apasionó. Para él era solo una manera rutinaria de acercarse a su padre.

Intercambiaron números al despedirse para estar al tanto de la fecha en la que celebrarían la ceremonia luctuosa.

—Ahí estaré, sin duda —dijo Joaquín al estrujarlo entre sus brazos—. Y creo que hay dos o tres a los que también les gustaría asistir.

—Claro, muchas gracias.

Joaquín le impidió pagar por sus cervezas, Santiago volvió a Pontevedra de noche y se sumió en un extraño estado de ánimo, como si su vida estuviera perdiendo el rumbo. Sin una sola ancla a su alrededor iba a la deriva en una búsqueda que paulatinamente perdía todo sentido. En realidad, todo ese embrollo no tenía nada que ver con su vida, podía elegir verlo como una cuestión personal de un padre distante en la que no debía de involucrarse —las señales que recibía le decían eso—; sin embargo, algo más poderoso le impedía volver a México sin una respuesta, por vaga que esta fuera.

Al día siguiente despertó aturdido y para despejar su mente se enfocó en hurgar entre las cosas que Pol dejó atrás. Del armario de la habitación principal sacó una caja llena papeles, en la que estaban el título de propiedad del departamento, un buen número de cartas y algunas fotografías de diversas épocas de su vida. En varias aparecía Santiago, había una en la que incluso estaba su madre, pero la gran parte era con gente de su misma edad o hasta mayor, caras que no reconocía. Leyó fragmentos de esas cartas, enunciados elegidos al azar, y se abocó a organizarlas por fecha. La más antigua era del cincuenta y tres, y el contenido dejaba claro que la recibió en México. Se hablaba de una obra que Pol enviaría en los siguientes días, sin mayores especificaciones adicionales. Una de las cartas que no incluían fecha también hablaba de una pieza, y en otra encontró una referencia «al cuadro que quedaste de enviarme, el que tan bien has guardado». Ese tipo de lenguaje era una constante en una parte de la correspondencia. Santiago levantó la vista y lo primero que vio fue el cuadro que Pol tenía sobre su cama. Poco adepto a las artes, le era imposible conocer el nombre del pintor con solo ver su firma.

Se levantó para acercarse a cada uno de los cuadros que colgaban de los muros. Los había visto mil veces sin darles importancia, y Pol en ningún momento los mencionó. Eran parte del mobiliario, pasaban desapercibidos. No había focos dirigidos a ellos como los hay en otras casas, y no ocupaban espacios particularmente destacados. Era como si los hubiera dejado ahí por descuido, si tal cosa fuera posible. Entre más lo analizaba, más podía jurar que su padre acomodó el arte que tenía en su casa de la manera más inadvertida. De un total de cinco había tres de estilo abstracto y dos más bien realistas, uno en claroscuro y otro un poco más colorido, y una pequeña escultura adornaba el buró de la cama principal.

Revisó el departamento y dio con la bolsa de tela con la que llegó Kin hacía tres noches, con papeles para rolar, restos de tabaco y hachís, y por debajo de las hebras desperdigadas descubrió lo que parecía ser la parte residual de un gramo de cocaína dentro de una

pequeña bolsa de plástico, cerrada herméticamente. Era la primera vez que tenía una en sus manos. No ignoraba que en ciertas partes del mundo, como en México, podía considerarse una práctica común, aunque no para él. Kin no lo mencionó. El cigarro que mal roló con las sobras del tabaco daba lástima, y aún así trató de fumárselo, antes de que el asco lo empujara a correr al baño para tratar de vomitar. Había pasado una década desde que dejó de fumar. Sacó un par de escupitajos llenos del sabor fuerte del tabaco suelto, y tiró al escusado el medio cigarro que le quedó.

Así agotaba las horas del día, entre la observación de cada uno de los cuadros, la correspondencia y otros tantos papeles. Pensó en el valor que pudieran tener. No sabía si venderlos de una vez o quedarse con dos, tal vez tres, o hasta incluirlos en la venta si lograba deshacerse del piso. Uno le gustaba más que los otros. Quizá valía la pena guardar ese. La disyuntiva entre aferrarse a lo que pudiera y dejar todo atrás lo inquietaba, así que abrió una botella de whisky a medio consumir, echó un par de hielos a un vaso y le dio un trago frente a los papeles que cubrían la mesa del comedor. Caía la noche, no había comido nada y seguía sin hambre. Pensó en llamar a Kin y enseguida desistió. Debía enfrentarse a la pérdida solo, y en el camino hacerse una idea más clara de lo que significaba eso que tenía a su alrededor. No dejó un solo milímetro del departamento sin explorar, y entre las dos habitaciones, la sala y el comedor no encontró nada que pudiera aclarar las circunstancias que llevaron a Pol a Lisboa.

Se acabó la botella revisando papeles y volviendo a ver las pinturas. De lo poco que sabía de arte podía darse cuenta de que en esa pequeña colección no había nada nuevo, nada que no tuviera por lo menos cincuenta años, y de entre las pinturas de estilo clásico había dos que parecían realmente viejas. Al observarlas, una en la habitación principal y otra en el oscuro pasillo que iba a la suya, sintió un miedo que no podía explicar, inentendible. Las rodeaba un halo de misterio, una densidad que daba escalofríos. Los tragos de whisky suavizaban la sensación que le roía los huesos, y durante un rato no pudo dejar de mirarlas, hasta que el frío del viento colándose por el pasillo lo hizo temblar.

Un departamento que conocía tan bien, que hasta hacía algunas horas había sido un hogar más en su vida, se transformaba en un espacio inhóspito, en algo que no le pertenecía. Tomó la bolsa de tela y sacó lo que sobraba del gramo, lo esparció sobre la mesa y trazó una línea como las que solo había visto en películas, la inhaló y encendió el televisor para distraerse; siguió con una botella de vodka y pasó por todos los canales que ofrecía el servicio por cable. Podía percibir una sensación de alerta, los sentidos afilados y una cierta tensión en los

músculos, como si hubiera tomado un par de tazas del café más cargado. Sin poder concentrarse en un programa vio un pedazo de una película de acción, el final de un partido de futbol, el noticiero local y un programa de comedia, leyó un poco y se tomó otro vodka, hasta que un documental sobre la confusión que implica una guerra acaparó su atención. Se asombró de estar tan lúcido luego del puñado de tragos que tomó esa noche. Era como si no hubiera ingerido ni una gota de alcohol, y el sueño parecía todavía lejano. Un par de horas después, habría de quedarse dormido frente a un programa de dibujos animados dirigido a los niños más tempraneros, imágenes que iluminaban la sala de manera intermitente y que le desfiguraban la cara mientras luchaba con sus pesadillas, en una madrugada que marcaría su entrada en el abismo.

Esa tarde huyó de Pontevedra. No podía pensar en una ceremonia para honrar la memoria de su padre con esas persistentes dudas sobre él, sobre su muerte y sobre su vida. En el trayecto de vuelta a Lisboa, ahora por carretera, trató de recordar la manera en la que Pol se fue de México. Empezó con viajes cortos en los que iba siempre cargado de cosas, y aunque Santiago solo tenía trece años, le fue fácil darse cuenta de lo que estaba pasando, del cambio que esos viajes significaban y de lo que traerían consigo. Su madre permanecía malhumorada. Se encerraba en su habitación y delegaba su responsabilidad de madre entre la servidumbre, de la cocinera al chofer que Pol contrató por exigencia suya. Antes de esa temporada, era su madre quien lo llevaba a las clases vespertinas o quien lo recogía en casa de alguno de sus amigos; desayunaba, comía y cenaba con él, en tanto que Pol no tenía una agenda definida. A veces cenaban los tres juntos, y otras también llegaba a comer con ellos, pero eso no sucedía a menudo. Jamás lo vio en las mañanas.

En vez de separarse de tajo, de un día para otro, Pol primero rentó un departamento en Vigo para arrancar una empresa de importación y exportación entre México y España, o eso les dijo a ellos. Uno de los efectos de las condiciones en las que murió su padre fue obligarlo a dudar de todo lo que sabía de él, de todo lo que no podía comprobar a partir de su experiencia. No podía estar seguro de que alguna vez existió la empresa, aunque esa fue la versión oficial de la vuelta a su país de origen. Cada vez pasaba más tiempo en Galicia, hasta que un día su mujer decidió proceder con el divorcio. En estricto sentido fue su idea, una idea que Pol la forzó a tomar mediante la distancia y el desdén. Ahora lo veía tan claro.

Su primer viaje a Vigo fue bastante fugaz. Con quince años recién cumplidos, el divorcio comenzaba a ser una cuestión del pasado y era momento de establecer los lazos de la nueva dinámica familiar. El departamento que rentaba su padre tenía una nítida vista del puerto. Las grúas para mover contenedores estaban a cientos de metros, el mar se extendía en el horizonte y algunos techos de tejas rojas o anaranjadas hacían juego con el color del casco de varios buques de carga. Recordó el escueto mobiliario, una ambientación anodina que resultó ser pasajera, y según su memoria no había decoración, nada colgando en las paredes. No obstante, se acordaba

también de una esquina invadida por cajas y objetos rectangulares forrados en hule-espuma, un espacio que hacía las veces de pequeña bodega a la vista de todos, cosas que su padre no tenía intención de abrir. Pasearon por la ciudad y lo llevó a Pontevedra, en donde ya buscaba un lugar para vivir. Vigo era solo un primer paso en su plan de asentamiento.

—¿Te gusta? —le preguntó en Pontevedra con sinceridad, y Santiago no podía recordar su respuesta. Quizá levantó los hombros en señal de indiferencia, o tal vez dijo que sí para salir del paso. En realidad le daba igual. Esas ciudades no tenían por qué interesarle. De alguna forma habían contribuido a la separación de sus padres, o así lo vieron sus ojos adolescentes, y es probable que en ese momento haya pensado que la pregunta era hasta cierto punto descarada. El resentimiento que causó su partida no iba a sanar pronto. Ese primer viaje le costó trabajo, se veía obligado a hacer un esfuerzo para convivir con Pol, emocionado por sus nuevos planes. No entendió que estaba viviendo el retorno de su padre al lugar donde creció, y así, por más intentos que Pol hiciera para transmitirle esos sentimientos, sus palabras sonaban envenenadas. La depresión en la que se sumió su madre pesaba sobre Santiago, y llevarse de maravilla con su padre equivaldría a una traición, pese a que ella lo empujó a hacer el viaje. Recurrió a la memoria con todas sus energías y no pudo recordar nada raro durante aquellos días, en los que Pol dedicó todo su tiempo a él.

Su segundo viaje fue un par de años más tarde. Ya establecido, el departamento en Pontevedra estaba totalmente montado. Ya existían los muebles finos de la sala y del comedor, había camas matrimoniales en ambas habitaciones y una decoración más acogedora. Para los ojos de un joven de diecisiete años los cuadros eran adornos, no pasaban de ser los colores que le daban un poco de vida al lugar; las formas abstractas no le llamaron la atención y las pinturas clá sicas no parecían a sus ojos más sobresalientes que tantas otras que había visto en otros lugares. Lo que sí tenía claro era que en ese entonces había más, no solamente los cinco que encontró en su última visita. Para él no significaban nada, pero ahora que se veía obligado a repasar aquellos años, estaba seguro de que esas paredes estaban más pobladas. Varios de ellos venían de su casa en San Ángel, en la Ciudad de México, un lugar que en su momento albergó muchos más. Le vino a la mente uno pequeño, de unas líneas de colores llamativos que por muchos años estuvo a un lado de la entrada a la cocina en Pontevedra. Hasta ahora se daba cuenta de que ya no estaba, y que otros que no podía recordar con claridad también se esfumaron. Pol jamás habló del tema y a Santiago no podía importarle menos.

Esa vez lo que cambió fue su relación con él. Santiago llegó más abierto, curioso por darle el golpe a una ciudad que Pol ya consideraba suya, y su padre lo trató como si fuese un adulto. Tenía permiso de salir solo y regresar a la hora que él considerara prudente, algo que a su madre le habría escandalizado. Mientras que en México tenía prohibido llegar después de la una de la madrugada, en Pontevedra volvía alrededor de las cinco, por lo general con una digna borrachera a rastras. En esas escapadas conoció a Kin, y de inmediato forjaron la amistad que todavía los unía. Ese viaje marcó el verdadero reencuentro con su padre, en el que empezaron a llevarse un poco más como amigos. Pol confiaba en su juicio y ahí Santiago tenía más libertad. De vuelta en México echó de menos las semanas que pasó allá, tanto que cuatro meses después decidió pasar la Navidad en Pontevedra, para espanto de su madre. Ese tercer viaje lo pasó con Kin y con el grupo de amigos al que se acopló de maravilla. Vio poco a Pol, que entre sus breves viajes a Vigo y su agitada agenda permaneció al margen de las actividades de ese joven inquieto. Siempre estuvo agradecido de que lo tratara casi como a un igual. Santiago prefería ese trato al que le daba su madre, para quien aún era un niño.

Sus obligaciones en México hicieron que las idas a Pontevedra fueran cada vez más esporádicas, y cuando al fin estaba allá pasaba los días con Kin y sus amigos en vez de conocer el resto de España junto con Pol, como dictaba el plan original. Empezó a notar un cierto letargo en la vida cotidiana de su padre, algo que lo mantenía alejado de él, como si cargara con un peso que para Santiago tenía que ver con la edad. Creía que era la vida que se le estaba acabando, pese a su impecable estado de salud. Pasaba muchas horas frente al televisor, y al puñado de amigos que ya tenía los frecuentaba cada vez menos. Vio a su padre marchitarse desde mucho antes de que emprendiera ese último viaje al sur.

Mirando por el parabrisas se sorprendió del cúmulo de recuerdos que pudo rescatar. Tal vez sabía más de lo que creía sobre quién fue su padre, solo faltaban otras piezas de un rompecabezas que no encontraba la manera de completar. Y por primera vez se resistió ante la idea de regresar a México. La posición en la que se encontraba era la perfecta excusa para ausentarse más de lo normal, y así hizo una primera llamada al llegar al mismo hotel en el que se hospedó cuatro días antes. Esta vez le explicó los detalles de la muerte de Pol a otro de los socios e inventó que la policía lo necesitaba para una investigación que no existía, y agregó que no había una fecha concreta para que el caso se diera por concluido. El socio quedó de organizar el envío de las labores que pudiera adelantar desde allá, incapaz de

hacerle un reclamo, y una vez más le marcó a su madre con una sola pregunta.

—¿Qué sabes de la colección de arte que tenía mi papá?

Después de un largo suspiro, respondió:

—Todo y nada. Era una colección grande que fue disminuyendo con los años. Casi no compraba arte. Es más, no me acuerdo de una sola vez que comprara un cuadro. Ya tenía todo cuando lo conocí. Yo asumí que era un aficionado que se había hartado de ese mundo, que estaba contento con lo que tenía y que no necesitaba más. De vez en cuando se llevaba un cuadro que ya no regresaba y en su lugar aparecía otro, y poco antes de que empezara con sus viajes a España dejó de reemplazar los que se llevaba.

—¿Y no te daba curiosidad?

—Al principio sí, y él contestaba con evasivas hasta que un día me pidió que no le preguntara, así nada más, y yo dejé de preguntar. A fin de cuentas eran sus cuadros, no los míos. Nunca compramos uno juntos.

Recapacitó por un momento y continuó.

—Estaba acostumbradísima a que se llevara cosas que me gustaban, porque no eran nada más cuadros. De repente también desaparecía una escultura o algún objeto del estilo.

—¿Crees que valían mucho?

—Unos más que otros, por supuesto, pero la gran mayoría, si no es que todos, tenían cierto valor, porque eran de autores reconocidos y muchos eran viejos. ¿No te acuerdas de ese pequeño, una imagen campestre debajo de un árbol dando sombra, que estaba en la pared afuera de tu cuarto? Era un Fragonard.

—Sí, ahora que lo mencionas. No sabía que era valioso.

—Eras muy chico cuando se lo llevó, has de haber tenido unos diez u once años. A esa edad qué, ¿verdad?

En el silencio que se abrió en la conversación ambos pensaron en aquellos años, quizá los más felices de la familia, cuando iban al cine los tres juntos o llevaban a los amigos de Santiago a patinar a Ciudad Universitaria. En una época les dio por hacer picnics en las faldas del Ajusco y en fines de semana largos se hospedaban en el hotel Princess de Acapulco, en donde los tres daban con planes a su medida y se encontraban después para cenar o meterse al mar, al atardecer. Tal vez el Fragonard había pagado esos viajes.

Fue su madre quien salió de la ensoñación.

—¿Por qué te interesan los cuadros?

—Encontré unas cartas en el departamento y muchas hablan de piezas de arte.

—¿Cuántos cuadros dejó?

—Cinco, y una escultura.

—Órale, casi se los acabó. Yo no he vendido ni uno de los que dejó aquí en San Ángel. Creo que ahora sí ya puedo decir que son míos, ¿no? ¿O son tuyos?

—No sé, pero si fueran míos te los regalo.

—Gracias, amor. Les he tomado mucho cariño.

Llamó a Oliveira y dejó un recado en el contestador. «Necesito verlo, inspector». Media hora después recibió la llamada de vuelta y quedaron de encontrarse en su domicilio, a las siete de la tarde del día siguiente.

Esa noche le costó dormir. El mal presentimiento con el que aterrizó en Lisboa se convertía en una sensación un poco más concreta, en una sustancia más densa y más real que lo obligaba a involucrarse, y su primer miedo fue la palpable posibilidad de que la figura paterna bajo la que vivió durante toda su vida lo desilusionara. No hay nada de qué alarmarse, pensó. Esas piezas y su posible valor eran una buena noticia, aunque tantas lagunas en una vida tan larga dieran pie al escepticismo. Y lo peor, lo pesadillesco, era que en él predominaba el deseo de no enterarse, de que la memoria de sus años con Pol quedara intacta.

Si tan solo pudiera ignorar esa fuerza que lo empujaba más allá de su consciencia…

Le costó dar con el domicilio, en la esquina de uno de los callejones del barrio de Alfama, arrinconado en el caos de esos cientos de escalones. Para llegar era necesario subir por la andadera paralela hasta pasarse de la altura a la que estaba la casa, luego cruzar por un angosto pasadizo que conectaba con la cuchilla por la que había que bajar algunos metros y volver a doblar a la derecha. La puerta se escondía detrás de un muro que le daba cierta privacidad a la entrada, con un par de macetas llenas de plantas casi muertas de sed. Tocó veinticinco minutos después de la hora acordada, varias gotas de sudor resbalando por su cara, sin aliento. Era imposible llegar en auto: ahí había estado su error de cálculo al ver el mapa antes de salir.

Oliveira abrió la puerta con un cigarro en la boca, le estrechó la mano rápidamente y lo invitó a pasar con mucha prisa, desoyendo sus disculpas.

—Estaré con usted en un momento —dijo antes de escabullirse por el pasillo. Santiago se quedó inmóvil sobre el piso de madera en medio del recibidor. Estaba rodeado de libros, no solo en la sala a pocos metros de él, sino en todas las repisas colocadas en donde cupieran, en una casa tan pequeña que en un par de pasos podía apreciarse casi por completo, de dos plantas y espacios microscópicos. Era increíble que ahí viviera una persona adulta. Se acercó a los estantes y se fijó en los títulos, sobre todo en portugués, pero también en español, inglés y varios en francés, bien mezclados: tratados legales junto a una novela y un poemario, los de historia con el código penal y algunos libros de arte sobre la mesa de la sala. Sacó una biografía de Fouché que compartía repisa con un análisis del sistema legal romano, varios tomos sobre mitología, una sección de psicología y otra de filosofía. Ventanas redondas daban una ventilación cruzada que hacía que corriera el aire, el humo del cigarro se disipaba y la sensación de claustrofobia dejaba de ser tan opresiva. A un lado de la sala había una cocineta y más allá la oficina en la que Oliveira seguía fumando. Las escaleras llevaban a la única habitación. Santiago se preguntó si no sería peligroso que alguien de la edad y complexión de Oliveira se aventurara por esos escalones altos y empinados, y en ese momento apareció.

—¿Le ofrezco algo de beber, señor Espasí?

—Llámeme Santiago, inspector, por favor. ¿Usted tomará algo?

—Depende.

—¿De qué?

—De a qué se debe su visita.

—Quiero escuchar su opinión.

—Ya se la otorgué.

—Encontré estos papeles en el departamento de mi padre. Si fuera tan amable de echarles un ojo, se lo agradecería.

Le entregó las cartas, Oliveira se colocó los anteojos que le colgaban del cuello y tras una somera observación volvió a retirarse. Dos minutos después estaba de vuelta con una botella de vino y un par de copas.

—Siéntese, por favor.

Mientras Oliveira devoraba el contenido de la correspondencia Santiago llenó las copas. Cuando parecía que la ceniza caería al piso, el inspector movía su brazo sobre el cenicero, apenas volteando de reojo, hasta que caía por su propio peso y el tabaco seguía consumiéndose. Iba dejando las cartas a un lado, sobre el sillón, se llevaba el cigarro a la boca y ponía dos cartas frente a él para compararlas. Después de un rato, al haber pasado por cada uno de los documentos, al fin tomó su copa y le dio un trago.

—El señor Espasí, su padre, estuvo dedicado a la venta de arte.

—Al parecer.

—¿Usted ya tenía conocimiento?

—No.

—En su ordenador deben de estar los correos electrónicos. La carta más reciente es de fines de los noventa, cuando la tecnología cambió y nos dejamos de comunicar de esa manera.

Claro, la computadora. Hacía años que su padre la había desconectado para dejarla arrumbada en un clóset lleno de cosas, en donde también se guardaban los productos de limpieza. Le habló de los cuadros en el departamento y le contó lo que le dijo su madre. Oliveira escuchó con atención, rellenó las copas y miró a través de la sala, como si en vez de las paredes y los libros pudiera ver el horizonte. Santiago le explicó cada detalle lo mejor que pudo, y al sentir la urgencia de pedirle un cigarrillo, Oliveira le extendió también la llama del encendedor, con toda parsimonia.

El inspector se levantó y dio unos pasos hacia la cocina, sacó un par de vasos y llenó una jarra de agua.

— *The plot thickens* , ¿no es cierto?

—Definitivamente.

—¿Qué busca entonces de mí?

—Su opinión.

—¿Sobre los cuadros? Tendría que mirar los que todavía

quedan. Si es verdad que en su casa había un Fragonard no estamos hablando de cualquier cosa. Yo le recomendaría irse con tiento en lo que sea que quiera hacer. Las prisas podrían meterlo en problemas.

—¿Cómo?

—Es una corazonada, simplemente.

—Usted y sus corazonadas —dijo Santiago al encender otro cigarro y terminarse la copa de vino. Su mente no podía ir más rápido, y Oliveira notó ese nerviosismo.

—Pero cálmese. Si hasta hace poco todo iba bien en el mundo de su padre, no hay razón para pensar que no pueda seguir así. Yo solo tendría cuidado al compartir la información que tiene. ¿Con quién ha *falado* hasta ahora sobre ese tema?

—Con mi madre, nada más.

—Que imagino está de su lado.

Santiago asintió y enseguida dijo:

—Venga conmigo.

—¿A Pontevedra?

—Por favor.

—Imposible que deje Lisboa. Todas mis obligaciones se encuentran aquí.

—Se lo ruego. Estoy dispuesto a pagar por su tiempo, además de cubrir cualquier gasto para llegar allá. Podríamos salir mañana mismo.

—No se adelante, señor, por favor.

Se levantó y volvió a desaparecer por el pasillo. Santiago tomó la botella y al verla vacía la regresó a la mesa. No tenía la confianza para pedir que abriera otra o que sacara algo más fuerte. Esperó fumándose otro cigarro. El tabaco de las marcas transnacionales fluía con más facilidad que las hebras sueltas que fumaba Kin.

—Mire —dijo Oliveira al volver—. El viernes de la semana que viene podría hacer el viaje.

—En diez días.

—Exactamente. Antes me es imposible.

Suspiró desanimado y por los siguientes minutos trató de convencerlo, ofreciéndole más dinero y el modo de transporte que fuera de su agrado, un ruego que no encontró el eco que buscaba en su interlocutor.

—No puedo. Realmente lo siento —fue la respuesta final. Santiago recapacitó, se levantó, le extendió la mano y dijo:

—Entonces nos vemos en diez días.

—Estamos en contacto.

Se metió al primer bar con el que se cruzó, pidió un whisky doble en las rocas y por primera vez en una década compró una cajetilla de cigarros. De un momento a otro el viaje se alargó diez días.

Era una irresponsabilidad. En vez de estar pensando en la manera de atar los cabos burocráticos que le permitirían volver a México, abrió otro campo de batalla, con un aliado que casi parecía sonreír ante las complicaciones. El camino, empero, estaba trazado, y no cabían las dudas.

Esa noche terminó de emborracharse, al día siguiente se recuperó y al siguiente pudo trabajar en las tareas que recibió de México. Tres días más tarde estaba libre para recorrer los bares de la ciudad, en los que entabló conversaciones y empezó a hacer amistades. Un francés lo invitó al departamento que compartía con su novia y participó en un trío, y controló la cruda del día siguiente a punta de *bloody marys* . Fue la primera época de su vida en la que de verdad tuvo tiempo para la fiesta. Desde el viaje a Sudamérica de mochilero hasta que lo ascendieron en la consultoría fue primero un joven y luego un hombre muy ocupado, sin tiempo que perder en nimiedades. En Lisboa se liberó de más de un prejuicio y de algunas ataduras: mientras que hasta ese punto fue un ser sumamente contenido, preocupado sobre todo por cómo lo veía la gente a su alrededor, ansioso por quedar bien, amarrado a las obligaciones que acabaron adueñándose de todo su tiempo, en Lisboa sus días le pertenecían por completo y nadie lo conocía, y entonces tuvo que lidiar con otro tipo de presión: en tanto que su lucha con el pasado se iba concretando, se resguardó en las botellas que se abrían frente a él, sosegado por el humo del cigarro que ya se había vuelto una constante. Se olvidó de la cotidianidad que dejó atrás y construyó una nueva, más caótica y más libre, una rutina en la que la sorpresa cumplía un rol fundamental, en las antípodas de su vida anterior. No le resultó difícil acostumbrarse a perder la estructura sin la que antes no habría sabido sobrevivir, para extraviarse por un rato en una nueva realidad.

En vez de irse juntos, Oliveira le pidió un monto para viajar por su cuenta. Quedaron de verse a las siete de ese viernes, en el número nueve de la Plaza de Barcelos, ya en Pontevedra. El inspector llegó puntual y Santiago, de nuevo, un poco tarde, en un estado lamentable que Oliveira le achacó a los nervios.

—Debe usted cuidar de su apariencia —dijo al verlo. Santiago lo ignoró y abrió la puerta, subieron las escaleras sin cruzar palabra, entraron al piso y Santiago se tiró en la cama de la habitación principal.

—Está usted en su casa, inspector —dijo antes de cerrar los ojos y quedarse profundamente dormido. Intrigado, Oliveira miró a su alrededor, encendió todas las luces y empezó a moverse por el departamento.

El aroma del café recién hecho despertó a Santiago a la mañana siguiente. Le dolía la cabeza y tenía la boca seca, y al darse cuenta de que había dormido con la ropa puesta sintió algo de vergüenza por lo que Oliveira pudiera pensar. Se quedó en ropa interior, metió los brazos a la bata de su padre y antes de ducharse salió a la cocina a servirse una taza. Extendidos en la mesa del comedor había una nueva serie de documentos bajo la lupa del inspector, quien con un cigarro en la boca y sus anteojos puestos leía con atención uno de ellos. El pantalón de vestir hacía juego con los tirantes y con la camisa blanca con tres botones desabrochados, y las pantuflas color crema desentonaban con el atuendo. Antes de hacer cualquier pregunta Santiago se sirvió un café, y el inspector, sin siquiera mirarlo, levantó también su taza para que la rellenara; luego soltó el papel que sostenía en la mano y levantó la vista.

—Más cartas y más documentos. Hay uno en particular que le va a interesar más.

Empujó hacia él un fajo de folios tamaño oficio y Santiago tomó asiento para hojearlos mientras trataba de tomar café sin quemarse los labios. Era el testamento de su padre.

—¿En dónde encontró…?

—En el librero.

Las únicas dos repisas de libros sobre el televisor no habían cambiado desde la mudanza inicial, pero ahora algunos estaban desperdigados por la sala y pocos seguían en su lugar.

—Ese estaba debajo de la Enciclopedia Británica. Lo demás lo encontré entre los libros o hasta dentro de algunos de ellos. Estas cartas son un poco más específicas, y en algunas se mencionan nombres y apellidos. Con eso será más fácil seguir. ¿En dónde resguarda la investigación del navío?

—Ahí sigue.

—Tiene usted que comparar todo esto con lo que hay allá, ver si existen paralelos y construir una teoría. Estoy seguro de que lo podrá hacer.

—¿Yo?

—Ciertamente. Debe de ser usted.

Para evadirse de lo abrumador que significaba para él la sugerencia de Oliveira siguió leyendo el testamento, que entre mucha palabrería decía lo que suponía: le dejaba a él todos sus bienes, sin otra especificación. Levantó la vista y se encontró con la mirada alegre del inspector.

—Todo esto es suyo, señor Espasí.

—Santiago, por favor. Me tiene usted que ayudar.

—Nuestro pacto se limitaba a este viaje, y aquí me encuentro.

Más no puedo hacer.

Santiago se terminó el café y se levantó a servirse otra taza.

—Me voy a duchar.

—Yo debería hacer lo mismo.

—¿A qué hora hizo todo esto? ¿De dónde salió el café?

—Duermo muy poco. Un signo de la edad, seguramente.

Al salir de la cocina escuchó de nuevo su voz:

—Algo sí le puedo adelantar.

Se detuvo, dio un paso atrás y lo volteó a ver.

—Los cinco cuadros valen, y la escultura también. La pregunta es cuánto, y para tasarlos en su debido precio necesita usted de otros ojos. No he encontrado un documento que avale otras propiedades. Tal vez su madre tenga algo.

Al salir bañado de su habitación se encontró a Oliveira con maleta en mano.

—¿Se va?

—Mi labor aquí ha terminado. Para usted apenas comienza. —Le estrechó la mano y salió antes de que Santiago pudiera detenerlo.

No quería estar solo en ese lugar, pero menos tenía ganas de seguir las instrucciones del inspector. Quedó con Kin para tomar una cerveza y en vez de desahogarse guardó silencio, sin hacer tampoco mención de lo olvidado noches antes en su departamento. La cruda al día siguiente fue peor que la del día anterior, y en un arranque de pragmatismo dejó de tomar por unos días, hasta que el testamento quedara validado y pudiera poner en renta aquella propiedad. Ya no la quería vender.

Descolgó los cuadros, los tapó con una sábana y los acomodó en una esquina, luego volvió a Lisboa y se dirigió a Alfama tan pronto como dejó su maleta en el hotel. Oliveira no ocultó su desazón al verlo.

—Hubiera llamado antes, Santiago.

—Tenía prisa por hablar con usted.

—Está bien, pase. Aguarde en la sala.

Tomó asiento y cerró los ojos por unos minutos. Oliveira despidió a un hombre que vestía traje y corbata, quizá un burócrata o un abogado, que miró a Santiago con una media sonrisa. Cerró la puerta y el inspector permaneció de pie.

—¿Qué más busca de mí?

—Que se involucre en el caso. Lo he pensado mucho, y no puedo imaginar a nadie mejor que usted para llevarlo.

—Soy un hombre viejo. Ahí están las pistas. Yo lo puedo guiar, pero no tengo el tiempo para destinarlo a eso.

—Puedo pagarle. ¿Cuánto valen sus servicios, inspector? Deme

una cifra mensual.

Oliveira respiró profundo, avanzó hasta el sillón y tomó asiento a su lado. Encendió un cigarro y volvió a suspirar, mientras Santiago tomaba la cajetilla para sacar otro. El portugués lo miró de reojo mientras sus respiraciones llenaban toda la casa, movió la cabeza de un lado a otro, en negación, y volvió a llevarse el cigarro a la boca. Bajó la vista al suelo y enseguida volteó al techo, debatiéndose frente a una encrucijada que de alguna forma él había buscado.

—Si tomo el caso me iré hasta el fondo. ¿Eso busca? —dijo Oliveira finalmente.

—Creo que sería lo mejor. Sí.

Volvió a suspirar, fumó otra vez y recargó todo su peso en el respaldo del sillón.

—Quedaremos en una cifra mensual que cubra mis gastos básicos de operación, y el resto contra resultados, ¿conforme?

—Me parece bien.

—Listo. Y no puedo trasladarme al puerto cada vez que necesite algo de allá. Tráigame todo lo que hemos encontrado hasta ahora, de la manera más próxima a como lo encontró.

Empacó en una caja los papeles y los cuadernos de notas y puso en venta el velero. De vuelta en el hotel tenía dos notas urgentes: debía de comunicarse cuanto antes a la consultoría, y la agencia de bienes raíces también tenía noticias. Pospuso la llamada a México y contactó a la agencia, que ya tenía interesados para la renta. Lisboa le sentaba bien, y el solo pensar en hablar con uno de los socios le revolvía el estómago. Estaba cada vez más lejos del mundo acartonado que lo esperaba en otro continente, la distancia aumentaba con cada trago y cada callejuela que lo conducía a otro rincón de la ciudad blanca, perdiéndose dentro de un laberinto que ya iba conociendo mejor. Disfrutó al notar que su destreza para sobrevivir en una ciudad ajena aumentaba, orgulloso de unas habilidades de adaptación que no sabía que tenía. Buscó un estudio para rentar, con la cama, la cocina y la sala en el mismo espacio, fue a Pontevedra y empacó los cuadros, los libros y los pocos muebles con los que se quería quedar, además de la escultura de una bailarina fundida en bronce. Ya instalado en la capital portuguesa, fue a casa de Oliveira antes de cruzar el Atlántico para entregar su renuncia y desalojar también su departamento, decidido a cambiar de rumbo.

Había documentos regados en la oficina, la cocina y la sala. Oliveira caminaba de un lugar a otro, levantaba un papel y lo volvía a leer, para luego acomodarlo en otra parte.

—No he logrado encontrar una relación directa entre las cartas y las piezas de arte con la investigación del navío. Pensé que sería

evidente, que tenían que estar conectados, pero tal vez no sea así. Una cosa es la venta de piezas de arte, en lo que su padre estuvo definitivamente involucrado, y otra quizá distinta es la búsqueda que llevaba a cabo aquí. No he dado con un solo punto en común. ¿Pudo entrar al ordenador?

—Estaba oxidado, tenía hasta moho. En el lugar a donde lo llevé a arreglar se burlaron de mí. No hay manera de salvar lo que había ahí dentro.

—Bueno, voy a Galicia. Lo veo a mi regreso.

—Yo tengo que ir a México a cerrar varios asuntos. Este es mi número.

A diferencia de lo que pensó que ocurriría, su madre apenas se inmutó cuando le contó sus planes. Una vida moldeada a partir de sus consejos se transformaba en una cosa distinta. Después de tanto estudio y tanta dedicación daba por concluida una etapa, y en vez de poner el grito en el cielo, su madre le deseó suerte. La muerte de Pol hizo que algo en ella también cambiara. Sin un opuesto ya no existía la batalla, las fuerzas antagónicas dejaban de chocar, y el futuro parecía despejado, con menos presiones. No pretendió que la gente de la consultoría comprendiera. Para ellos ese viraje era ilógico e inconsecuente, causado por un desbalance anímico. En vez de renunciar deberías de ir al psicólogo, le dijeron, hablar con un profesional y no radicalizar tus decisiones tan pronto. Santiago asintió, fingió escucharlos y siguió su marcha sin voltear atrás, y se enorgulleció de que una maniobra como esa, que desde afuera debía de parecer descabellada, no le costara trabajo, que esos pasos le resultaran tan naturales. Sintió placer al practicar el desapego.

Dos semanas después de aterrizar en México, al empacar lo último del departamento que rentaba en Santa Fe, a las afueras de la ciudad, recibió una llamada del inspector.

—La hermana de la novia de su padre todavía vive.

—¿Qué novia?

—Su primera novia. Y no quiere *falar* con nadie más que con usted.

Don Quixote and Sancho
(2017-2018)

El camino que me llevó a esta historia ha dado muchas vueltas. Tras una década de no cruzar el charco gasté mis ahorros en un vuelo a Madrid con el fin de visitar a un par de amigos en Europa y así desconectarme por un rato de la Ciudad de México, que sin darme cuenta me estaba sofocando, perdido en un *loop* de supervivencia al que ya no le hallaba el sentido. Tenía que haber algo más que simplemente sobrevivir. Las pequeñas labores que me mantenían a flote ya no me interesaban, pero las necesitaba y las podía hacer desde cualquier lugar. De esa forma anduve por el viejo continente con mi computadora al hombro.

Tres paradas marcaron mi itinerario. En Londres llegué a quedarme con mi primo recién casado, dedicado a la banca y esperando a su primer hijo. De ahí tomé un vuelo a Ibiza, en donde se llevaría a cabo la inauguración de la Mezcalería Mexiterránea, el restaurante que después de miles de obstáculos abría uno de mis mejores amigos, y finalmente iría a visitar a una pareja igual de cercana, que hacía tres años se había mudado a Finlandia. Mi situación era tan precaria que tuvieron la amabilidad de ayudarme con parte del costo del vuelo para llegar allá. Dada la nula perspectiva para desarrollarse en México decidieron emigrar, él finlandés por el lado paterno e italiano por el materno, ella cien por ciento mexicana, él fundador de los Poncho Kingz y ella de El Patio de mi Casa, una banda de hip-trop y uno de los bares emblemáticos de principios de siglo en el Centro Histórico del Distrito Federal. Sentado a la mesa de su casa en medio del bosque escandinavo recibí un mensaje de Luca Ortega, otro gran amigo que me invitaba a Berlín a escuchar su nuevo proyecto musical, bajo el nombre de Arent Volten, pero no me daban las fechas para alcanzarlo. La única manera de no perderme su ejecución era lanzarme a Lisboa dos días antes de mi vuelo de regreso a México.

Hacía meses que no lo veía. En preparación para la temporada que pasaría en Europa estuvo sepultado en una labor creativa que aún no logro comprender del todo. Sus nuevas piezas requerían de un nivel técnico más elevado que sus proyectos anteriores, y eran imposibles de tocar sin una decena de máquinas llenas de perillas y botones, ya sin un programa de computadora como intermediario entre él y toda esa mecánica. Eran progresiones que podían durar

horas, que ya no estaban divididas por rolas que podían durar cinco o diez minutos, como se compone tradicionalmente. Arent Volten era una nueva manera de acercarse a la composición electrónica, más allá del esquema convencional, un ejercicio que trasgredía límites e imponía nuevas restricciones; para que funcionara como debería tenía que dominarlo, y para dominarlo tuvo que pasar frente a las máquinas más horas de las que uno pensaría que fuera sano. Del estudio montado en su departamento no salía ni para comer, y así dejamos de vernos durante esa temporada.

Nos encontramos en la estación de metro que conecta con el aeropuerto en la capital portuguesa, me estrechó entre sus brazos con una sonrisa que auguraba una noche memorable, dejamos mis chivas en el departamento en que lo hospedaban y fuimos por unas cheves.

—Vas a ver cómo se va a poner hoy, mijo.

—Venga.

Le pedí veinte euros prestados, se adelantó para hacer las pruebas de sonido y me fui a deambular por las calles de una ciudad que apenas descubría, con el fin de extender lo más posible un capital que me ponía oficialmente en números rojos. Entré a la librería más antigua del mundo, me perdí en sus recovecos tapizados de libros y vi nuevas ediciones de Pessoa y Saramago, anunciadas en las novedades como si todavía vivieran, un par de árboles robustos dando sombra en el campo de la literatura lusitana. En la Plaza Camões me senté bajo el pedestal de su estatua y vi pasar el flujo de la vida atlántica, un turista más entre la turbulencia de un viernes por la tarde, el sol detrás de la ciudad y un aire ligero que subía del mar, cubriéndolo todo de un olor que ya anunciaba la noche. Entré a un bar y luego a otro, y me dirigí al toquín antes de que la incipiente vida nocturna con la que me tropecé me doblegara.

Se entraba por una vieja puerta de madera, en el Barrio Alto de la ciudad, resguardada por una mujer trans cuya labor era asegurarse de que la concurrencia mantuviera un cierto nivel de calidad basado en estándares indescifrables. Di mi nombre, lo encontró en la lista, y esa guapa mujer con palanca al piso me abrió el paso para ahorrarme la cola de unas veinte personas. Pedí una chela en la barra de un espacio parcialmente abierto, tapado por un techo alto y sin paredes laterales, luego bajé los escalones que llevaban a una puerta para la que era necesario agacharse antes de entrar a la habitación rectangular en la que al fondo estaba el DJ , rodeado de las máquinas con las que más tarde tocaría Luca. El techo era oscuro, las paredes y la alfombra también negras recubrían esa suerte de búnker en el que lo único importante era la música, acondicionado para que las notas sonaran tan prístinas como fuera posible, con dos torres de bocinas a

cada lado del escenario y otras tantas colocadas en las esquinas del lugar. Era el sueño de cualquier melómano.

El delirio musical que implica Arent Volten es difícil de poner en palabras. El sonido viene de cada uno de los sintetizadores y de las cajas de ritmo conectadas al Midas 240, un *mixer vintage* de veinticuatro canales que ya no se fabrica. Este proceso artesanal y atípico, en estos días en que la computadora soluciona o simplifica todo tipo de coyunturas musicales, hace uso de los veinticuatro canales y de la decena de máquinas que ahí se conectan, conformadas por una combinación de artefactos casi de museo, como el mítico Roland TB-303, pasando por máquinas de media generación, como el surrealista Evolver, creado por Dave Smith, el inventor del Midi, hasta las de última generación, como el Analog Rytm y el Octatrack, ambos de la marca sueca Elektron, de las más avanzadas para generar música electrónica. Así se forma el caldo de cultivo en el que Luca aprovecha las ventajas y limitaciones de esos dispositivos para en conjunto crear esa puerta al Hades, a la cual todos son voluntaria e involuntariamente arrastrados, en un proceso que ni él ha terminado de comprender por completo. Cada uno de los veinticuatro canales contiene un elemento, manipulado a través de los ecualizadores del Midas 240 y de los procesadores de audio externos. No hay un plan previo, más bien todo se ejecuta según el contexto de cada toquín, único e irrepetible, porque todo lo que sucede en una noche es incontrolable e inesperado, definido por la energía colectiva que se crea en esos momentos. Uno de los canales hace las veces de bombo, si se quiere un símil con una banda de rock; el otro podría ser el bajo, y puede llegar a haber requintos, pero sobre todo varios bajos que se entrelazan entre sí y se acompañan según las capas que se forman mediante la singular ecualización del Midas, en donde sucede toda la acción. Cada máquina está corriendo constantemente en cada uno de los veinticuatro canales, por eso el verdadero mole se lleva a cabo en la consola, en la forma en la que cada línea se entrelaza con las demás, se cortan y renacen: una pequeña orquesta tocada en vivo por el compositor. Instantes de imposibles saturaciones sonoras daban pie a la calma de un solo canal, de un solo bajo, que poco a poco era acompañado de nuevo por el resto de unos sonidos que parecían venir de otra galaxia, y que para mi oído poco entrenado se escuchaban disonantes, como si fueran a ritmos distintos. Más tarde me explicó que son ritmos sincopados e irregulares que aunque podrían dar la impresión de no pertenecer a la misma rola, no es el caso: está todo sincronizado para engranar por medio de un secuenciador. Música compleja que no por eso falló a la hora de hacer bailar a los setenta y tantos que se dieron cita esa noche, entre los que me encontraba

concentrado en las mujeres a mi alrededor, ávido de un mínimo contacto visual que hiciera eco a través del tiempo, de un brillo en unos ojos que pidieran no olvidarlos nunca.

Antes de que terminara Luca ya estaba listo el músico siguiente. Nos encontramos en la pista y luego de un abrazo me dijo que tenía que regresar al departamento a dejar varias cosas, y en eso se acercó una española a felicitarlo.

—Vamos a seguir a un bar cerca de aquí, ¿queréis venir?

La reacción de Luca no se hizo esperar.

—Yo todavía tengo que desconectar y organizar mis cosas, pero él sí va con ustedes —dijo dándome una palmada en la espalda.

Ella asintió decepcionada ante la negativa de Luca y me hizo un guiño con la cabeza en dirección a la salida.

—Bueno, pues si vas a venir, vamos.

—¿Nos alcanzas después? —le pregunté a Luca.

—Sí, los alcanzo, pero vas —y me dio un leve empujón en dirección a la española que ya se había alejado.

Caminé como autómata detrás de ella, todavía confundido por lo que estaba pasando, en plena ausencia de mi poder de decisión. Dos hombres y otra mujer ya la esperaban afuera.

—Viene con nosotros —dijo de manera categórica, señalándome.

—Bueno, se aprietan —contestó el que parecía el alfa, con un marcado acento que no pude identificar, y los cinco nos encaminamos por calles angostas, luego bajamos tres escalinatas hasta llegar a una avenida que desembocaba en un parque, en donde estaba estacionado el auto en el que habían hecho el trayecto desde Valencia. En ese punto lo más sensato hubiera sido rechazar la invitación. Quedaría un poco en ridículo después de la caminata, por no haber hecho una sola pregunta, pero al menos mantendría el control sobre dónde quería estar. Sin acceso a la red solo podría escribirle a Luca desde un teléfono prestado, que dada la velocidad con la que anduvimos al salir del antro no tuve tiempo de pedirles. Tenían prisa.

—¿No que el bar estaba cerca? —le dije en voz muy baja a la española.

—Sí, está a veinte minutos. Eso es cerca, ¿no?

—¿Veinte minutos en auto?

Asintió, se subió al asiento del copiloto y sentí cómo en ese momento la situación se salía de mis manos, presa de un secuestro irreflexivo a partir de fuerzas extrañas. Era el único que faltaba en subir, la portezuela trasera abierta y una mujer cuyos ojos veía por primera vez mirándome con una sonrisa a mitad del asiento, con un espacio libre para mí.

— *Are you coming* ? —dijo en un inglés con un claro acento

gringo, una oferta difícil de rechazar. En el instante que cerré la puerta pensé que mi suerte estaba echada. Podía terminar en los brazos de aquella mujer o desmembrado por una banda de traficantes de órganos, así de opuestas las opciones que barajeaba mi mente, entre la utopía y la paranoia que se disipó con las primeras palabras que crucé con Elise.

— *Like the song by The Cure* .

— *Exactly* .

— *And blue eyes, too* .

Era una sonrisa que hipnotizaba, y sonreía a la menor provocación. Los dos hombres hablaban en un idioma que parecía alemán, la española no dijo una palabra en la media hora de viaje y Elise y yo no paramos de hablar, de música, de cine, de México, de California. En ese punto, si me llevaran a ho ras de distancia a cruzar varias fronteras ya nada me habría importado. Si en efecto fueran una banda de maleantes no podía pensar en una mejor carnada que esa mujer.

Llegamos a un bar no muy concurrido que daba a la playa de Carcavelos, con vista a una fortaleza medieval, en un piso de madera que flotaba sobre la arena, sostenido por pequeños pilotes. Frente a nosotros se alargaba la playa a cientos de metros, antes de hundirse bajo las olas, que a su vez reflejaban el brillo de la media luna que se postraba sobre la costa en un cielo despejado. Mientras los otros se acercaban a la barra me dirigí a la orilla del piso, pensando en lo aleatorio de mi presencia ahí, en la historia que podía tener la fortaleza y en lo desconocido que era para mí el Atlántico. Sabía algo de historia portuguesa, de su monopolización del océano Índico por su destreza al rodear África, de su legendario espíritu de aventura. México y sus problemas estaban más lejos que nunca, y me atreví a pensar en lo que sucedería si no regresaba.

— *Wanna go for a walk* ? —me preguntó Elise al acercarse a mis espaldas.

— *I'd love to* .

Bajamos los escalones que nos separaban de la playa, se quitó los tenis y los calcetines y enseguida la imité. Dejamos el bullicio para adentrarnos en la arena, los pies mojándose en el agua salada, y no hablamos hasta que dijo:

— *I'll race you* .

Y se arrancó para que la siguiera. Corrí sin poder alcanzarla hasta que se detuvo en un espacio de playa en el que no había comercios ni otra cosa alrededor, entre dos postes de luz que a la distancia apenas se distinguían. Se empezó a desvestir.

— *First at sea, rocks* .

Al darme cuenta de sus intenciones volteé hacia el agua. Aunque las olas no parecían grandes era un mar que no conocía, al que debía tenerle respeto, aún más de madrugada, sin un alma a cientos de metros a la redonda. Tomé la decisión contraria.

— *Come on* !

Ya se quitaba los pantalones cuando empecé a desnudarme. Se desabrochó el sostén y se bajó el calzón y riendo corrió hacia el mar, la seguí con pasos largos hasta zambullirme, y al asomar la cara sobre la superficie, la cresta de una ola me cubrió nariz y boca, ahogándome por un momento. Se alejó nadando y se colocó en el punto exacto del romper de las olas, que la cubrían completa antes de chocar contra sí mismas y hacer la espuma que llegaría hasta mí, con tal fuerza que a veces me obligaban a ir con ellas dando tumbos. Era una experta, en cambio yo no paré de tragar agua. Miré hacia arriba y vi la luz de la luna por un instante, ya sin pisar el fondo, con el único propósito de mantenerme a flote. Minutos después nadó con ímpetu para deslizarse sobre la ola que nos acercó, trató de sujetarme y yo, temblando, la miré confundido por los golpes de cada ola que pasaba.

— *Let's get you out of here* —dijo al tomarme del brazo para salir. Esperó a que llegara el impulso de la siguiente y me jaló.

— *Ready, go* !

Nadé a su lado con todas mis fuerzas y con ese empujón salimos. No perdió tiempo en empezarse a vestir mientras yo recuperaba el aliento, y la seguí en cuanto pude. Al terminar se acomodó en la arena y nos quedamos contemplando el mar. Mi cuerpo vibraba y solo podía pensar en ella, en su resplandor, con ganas de enamorarme esa misma noche. Creció en el mar porque sus padres eran grandes aficionados al *surf* , y desde niña pasaba algunos veranos en esas mismas playas. Dijo que esta vez estaba con un grupo de amigos que también surfeaban, en un departamento rentado por un mes.

— *So, your friends are also surfers* .

— *Not the ones you met, no. We met the other night at a bar, and they told me about your friend's music. I was very curious. He's really great. Please let him know that* .

— *I will* .

Sus palabras no auguraban el futuro que me imaginaba.

— *Tomorrow is surf day. I won't be able to sleep much, but it was fun* .

Se acercó, sus labios apenas rozaron los míos, y se levantó.

— *You better go back and find them, so you can hitch a ride back to Lisbon* .

— *Okay* —dije desanimado—. *So great to meet you* .

— *Yeah, you too* .

Y se alejó por la playa sin voltear atrás.

Caminé de vuelta al bar preguntándome si pude haberme ahogado por seguir a una chica que ni estaba interesada en mí. Quizá habría sido posible, hasta este día no lo sé. Me gusta pensar que Elise sabía lo que hacía y que tenía la situación bajo control, pero con el océano no existe tal cosa. Tuve la rara sensación de haber sido usado sin saber a ciencia cierta de qué forma, y no me quedó más que burlarme de mi ingenuidad y mi deseo. La consciencia que tenía esa mujer en cuanto a su poder era asombrosa, lo disimulaba y sabía cómo ejercerlo.

En el bar ya no había rastro de la española ni del par de alemanes. Pedí un trago para tratar de acoplarme y tal vez encontrar la manera de volver, pero no logré entablar una sola conversación, no encontré a nadie que pareciera receptivo a las necesidades de un mexicano extraviado. Le rogué al barman que me pasara la clave del wifi, que por regla general no daban a los clientes, y lo forcé a escuchar mi historia para justificar semejante excepción.

Tenía varios mensajes de Luca buscándome.

—Estamos en el departamento del promotor del toquín, carnal. ¿Dónde andas? —me preguntó cuando al fin pude comunicarme. Le di las coordenadas que pude.

—¿Dónde chingados está eso? Vente pa acá.

—¿Cómo?

—No sé, como puedas. Si se te complica me avisas y vemos qué pedo, pero aquí nadie tiene nave y de todas formas nadie está en condiciones de ir por ti. ¿Cómo llegaste hasta allá, broder?

—Ya ni sé.

—Pus ponte las pilas y jálate.

El barman estuvo de acuerdo en que conseguir aventón no sería fácil. Me dirigí entonces a la estación de tren, despotricando de mi mala suerte; anduve el trayecto cansado y hambriento y al llegar me topé con todo cerrado. Faltaban cuarenta minutos para la primera salida. En vez de negarme ante el empujón de Luca me dejé conducir, sin pensar en el camino y sin poder decir que no, como si no existiera el libre albedrío: un muñeco de trapo totalmente manipulable, ahora abandonado en una estación de tren a mitad de la nada. Una cosa es no tener madera de líder y otra muy distinta es seguir órdenes sin cuestionar, ser parte del ganado sin otra guía que la oveja de enfrente, a la sombra de las decisiones de otros, de ideas ajenas. No tenía nada que hacer ahí, sabía que ese lugar no formaba parte de la ruta en la que debía andar. Quizá si Elise hubiese tenido algo de interés en mí vería las cosas desde otra óptica, pero ese no era el punto. Esa circunstancia no me correspondía, o me correspondía solo por

subyugarme a las expectativas de los demás.

Miré en torno a la estación, maldije la infinita soledad del alba y me senté en una banca helada. Traté de pegar el ojo para olvidarme del hoyo en el estómago que crecía en mi interior, y no sé si logré dormir un poco.

Amanecía cuando llegué a Lisboa, y el reto de encontrar la dirección en la que estaba Luca se hizo más fácil con la gente que empezaba a asomarse a la calle. A base de preguntas y del mapa en el teléfono logré tocar el timbre, me abrió con una carcajada al ver la derrota reflejada en mi cara, me ayudó a preparar un sándwich y me sirvió un gin tonic bien cargado mientras le conté las peripecias de esa noche. Nada divierte más que unos buenos tropiezos nocturnos.

Tras saciar mis necesidades básicas pude apreciar el *after* a todo vapor que se desenvolvía a mi alrededor, con el número justo de personas para ese espacio, musicón a buen volumen y una clara mayoría femenina, y como por arte de magia un segundo aire se apoderó de mí, listo para darle la oportunidad a esa mañana y así limpiar lo sucedido horas antes, pese al viaje trasatlántico del día siguiente que comenzaba a nublar el panorama. Temía una decaída monumental a medio vuelo; sin embargo, una vez más, tomé la decisión contraria a la que me exigía el sentido común, y me dejé ir.

—Cambia tu vuelo, compadre —me dijo Luca, ambos con lentes prestados de colores ridículos.

—No mames, sale carísimo. ¿Tú lo pagas?

—Estarás tan bueno.

—Además, ¿tú cuánto tiempo te quedas?

—¿En el *after* ?

—En Lisboa, pendejo.

—Tengo que regresar mañana a Berlín a huevo.

—Ahí está, ni para qué lo cambio entonces.

—Te vienes a Berlín, ahí también cabes, unos días por lo menos.

—Me encantaría, pero imposible. No tengo dinero para un cambio de vuelo. Pagué el tren con lo último que sobraba de los veinte euros que te debo.

—No hay pedo.

—Además tengo que regresar a una junta que ya tuvieron que aplazar por mi culpa.

Estábamos en proceso de revisar la biblia de una serie de televisión, basada en una novela mía, y todavía quedaba mucho por hacer para terminar de armar ese mundo que se traduciría más tarde en imágenes. La biblia debe contener cada detalle de la serie, desde el número de temporadas hasta el concepto de cada episodio, la descripción de personajes y cualquier otro rubro relevante. El

siguiente paso era escribir el guion para el piloto, con ayuda de una guionista experta en los nuevos formatos televisivos. No era nada más mi situación financiera la que estaba en juego. Hacía un par de años que había salido ese libro, y desde entonces no lograba sacar adelante un solo proyecto. Algo tenía que salir y en esos momentos la serie era lo más prometedor.

—Pues qué lástima que no te puedes quedar para que te dé un paseo por un Berlín que nunca vas a conocer.

—Me imagino, pero no se puede todo en esta vida.

Antes de conocernos, Luca vivió seis años en la capital alemana, y aunque ese verano estuvo ahí tan solo unas semanas, en la práctica se manejaba como local. Conocer esa ciudad guiado por él era sin duda una propuesta atractiva, pero el monto que tenía en mi cuenta era lo mínimo que necesitaba para cubrir el viaje al aeropuerto de Madrid.

Salí al balcón a ver la subida del sol sobre los tejados de la ciudad. Miraba el reloj con resentimiento cuando se acercó un tipo a pedirme fuego para encender un porro. El hecho de que ambos fuéramos mexicanos ya creaba un vínculo. Era un poco mayor que el promedio, quizá pasaba los cincuenta, tenía el cabello enmarañado y no muy largo. El descuido en su apariencia parecía ser sincero, daba la impresión de que rara vez se veía en un espejo, que iba por el mundo a la deriva.

Saqué un encendedor que por error se quedó en mi bolsa, le acerqué la flama y le dio una buena calada. Yo apenas lo probé, débil como soy ante los efectos de la marihuana. Puedo controlar el resto de los estupefacientes que he probado, pero la hierba es capaz de mandarme a una esquina por varias horas sin poder hablar, o catapultarme hacia espacios mentales llenos de dudas e inseguridades de los que cuesta trabajo salir. La única vía es experimentar en carne propia, poco a poco, qué tan fuerte es la mota en cuestión.

—Estuvo bueno el toquín, ¿no? —le pregunté para hacer conversación.

—Bueníchimo. Es una riata ese güey.

—¿Vives acá?

—Sí, bueno, apenas.

—¿Cómo apenas?

—Estuve acá por años, pero ya voy de retache al df.

—¿Y qué hacías acá?

Le dio otra calada y perdió la vista en las nubes, tal vez pensando en qué contestar. Exhaló y se quedó en silencio un rato más. ¿Se habría olvidado de la pregunta o estaba jugando conmigo? Giré la cara hacia la sala en busca de una salida a ese incómodo paréntesis,

pero no conocía a nadie y no había nada que pudiera salvarme. Luca estaba de espaldas. Consideré la posibilidad de inventar una ida al baño para alejarme de ahí, hasta que al fin me miró y dijo:

—Aguantando vara, nada más. ¿Tú, de vacaciones?

—Ey. Aproveché que estaba cerca para venir a oír a Luca.

—Hiciste bien. Ya lo estuve chingando un rato antes de que llegaras, ya me tiene hasta la madre.

—¿Por?

—Es raro ver a un mexicano tocando esa música en esta ciudad. Como un oasis en medio del desierto. Casi no hay mexas por aquí. Llevo ya demasiado tiempo de exiliado. Es un pinche serio tu cuate.

—Solo parece.

—Parece alemán, es lo que pasa.

Sonreí porque en parte era cierto. No solo la música sino la mera forma de comportarse tenía a veces más que ver con la cultura germánica que con la idiosincrasia mexicana, sobre todo en aquel entorno.

Fuimos por un trago y Luca nos pasó una pastilla a cada uno, el puente necesario para cruzar de la mañana a la tarde. Nos echamos en el sillón con vista a la ciudad y de un momento a otro la cábula tomó el control. No paramos de reír. El extraño hizo otro porro y una vez más lo encendí, seguimos hablando entre carcajadas hasta que el sol empezó a bajar y la gente empezó a irse. El *after* , tristemente, se acercaba al fin. Éramos los únicos mexicanos, y en vez de cotorrear con alguna chica o socializar con la fauna europea nos quedamos albureándonos, una versión ligera del síndrome del Jamaicón Villegas. Pese a la diferencia de edades no cabía duda de que ese extraño era uno de los nuestros.

—Habrá que adoptarlo ahora que llegue a México —le dije a Luca, y él asintió.

El extraño se puso de pie frente a nosotros e hizo una reverencia estilo japonés, con las palmas unidas frente a él y la cabeza gacha, luego se puso a bailar de una manera extravagante, una mezcla entre danzas indígenas y el juego del limbo, sin temor al qué dirán. Su cuerpo a contraluz se contorsionaba sin importar el ritmo del techno que escuchábamos, todavía a buen volumen; su silueta se pandeaba y se movía como veleta en una desconexión total del mundo. Antes de eso nunca vi a alguien hacerle justicia al dicho de baila como si nadie te estuviera viendo, porque me pareció evidente que no se estaba luciendo, que más bien tenía cierta facilidad para dejarse llevar. Podía desenchufarse y hacer un paréntesis del mundo físico para explorar una realidad interna de la que no podíamos ser partícipes, y así entendí que cuando se tardaba en seguir una conversación era por eso,

porque de pronto su mente ya no estaba tan presente, aunque luego volvía. Todo su ser transmitía un misterio tenue y perturbador.

Con el cansancio a cuestas, los párpados se me cerraban, me hundía en un sillón cuya comodidad aumentaba por segundos hasta que de nuevo abría los ojos, sin saber si había dormido. De pronto tuve enfrente una michelada que el extraño se esmeró en hacer, una para cada quien. Me supo a gloria.

—Es usted un maestro —dije con toda seriedad mientras se volvía a acomodar en el sillón, y le estreché la mano.

—Santiago, tanto gusto.

—El gusto es todo tuyo.

La adaptación de *Fuegos artificiales* a la televisión no representaba una empresa demasiado difícil. Aunque es una novela corta, la trama da para tres temporadas de diez capítulos cada una, con un nutrido grupo de personajes y varias subtramas para sostenerla. El principal problema al que nos enfrentamos fue el costo elevado de producción, sobre todo en la tercera temporada, en la que hay una revolución en el país ficticio en donde se desarrolla la historia y todo queda ardiendo en llamas, devastado, luego cubierto por una nevada que termina por sellar la suerte de todo un pueblo. Las reuniones para las que tenía que estar en la Ciudad de México no solo se enfocaban en si funcionaba el esquema trazado en la biblia de la serie; también se convirtieron en sesiones contables de producción en las que se discutían maneras de bajar los costos para así atraer la inversión requerida para producir el piloto. Lo que más me seducía de toda esa situación era la idea de plasmar un mundo en la pantalla a partir de lo concebido en las páginas de un libro, además breve, y no me interesaba tanto sentarme en la silla del director en algún episodio. El piloto quedaría en manos de un realizador más experto que yo, que llevaba diez años sin tocar una cámara, después de los dos largometrajes que hice al poco tiempo de salir de la escuela de cine. El plan estaba trazado.

Los trabajos de traducción y corrección de estilo con los que me mantenía a flote eran apenas suficientes; mientras, revisaba mi novela sobre una familia, que se desenvolvía a lo largo de varias décadas, con una proliferación de personajes que parecían ser un obstáculo para que el lector se entusiasmara con la trama. Además, tenía otras dos escritas, esperando en los archivos de la computadora, que ya ni soñaba con sacar en el corto plazo. Podía seguir escribiendo, pero de ahí a que mis novelas llegaran a ver la luz del día era una cosa muy distinta, lo cual hacía que el proyecto televisivo de *Fuegos artificiales* cobrara mayor relevancia. Debía hacer todo lo necesario para que se materializara lo antes posible.

Volví de Europa con energías renovadas, y las horas que dedicaba a la serie, a la revisión de la novela y a las traducciones y correcciones acaparaban todo mi tiempo, días enteros sin salir del departamento en la colonia Escandón, sumido en textos que en mi mente llegaban a confundirse.

Santiago regresó a México dos semanas después que yo, y tardamos meses en vernos de nuevo. Le escribí un mensaje que no contestó, redacté otro y sucedió lo mismo. Tal vez no tenía bien el número, o simplemente estaba ocupado. Perdí interés en buscarlo y me olvidé, hasta el día en que me llamó por teléfono desde el número al que ya le había escrito.

—Caile a una fiesta en mi casa el sábado —dijo ahorrándose cualquier tipo de intercambio trivial.

—Va —dije sin pensarlo dos veces. La pasamos tan bien en Lisboa que valía la pena hacer un intento por repetir la dosis.

—Dile al imbécil de Luca. Aquí los espero.

Me dio la dirección y colgó sin despedirse.

Esa noche Luca tocaba en Tijuana, en una continuación de la gira que arrancó en Europa, así que me vi obligado a llegar solo. En México tenía un público un poco más reducido; él y una docena de veteranos músicos de electrónica seguían abriendo trecho en territorio nacional, tratando de ampliar la escena en pequeños lugares del subterráneo. Un ejercicio demandante, sin mucho beneficio. Era común que los clubs no pagaran bien o que no tuvieran el equipo solicitado o que desdeñaran el trabajo de quien dependía que la noche funcionara. A veces pasaban las tres cosas al mismo tiempo, y ahí era cuando regresaba furioso con el promotor o con el dueño del antro, hasta llegar a jurar que jamás volvería a tocar en ese lugar de mierda, al que terminaría regresando meses más tarde porque en realidad no había tantas opciones fuera de la Ciudad de México.

El número cinco del Callejón 57 estaba a unos pasos de Donceles, en mero Centro Histórico, y el departamento se ubicaba en un primer piso al que subías por unas escaleras angostas. Me dio un abrazo y noté su decepción al ver que no llegué acompañado.

—Le dio miedo al pinche Luca, obviamente —dijo para zanjar el tema antes de empujarme hacia la barra y desaparecer por un pasillo. De la cocina salías a una terraza con vista al patio de la vieja casona de la que el departamento formaba parte, y la casona, a su vez, era un pedazo más de la vecindad que se veía desde arriba. Los rodeaban algunos edificios, y la terraza estaba llena de plantas y de luces cálidas que apenas iluminaban el conjunto de botellas desordenadas en la mesa-barra. Las velas entre los vasos y el cubo de hielos ayudaban a la visibilidad, la música venía de una bocina de buen tamaño y la decena de invitados ni me volteó a ver. Fue un error no haber hecho un esfuerzo por convencer a alguien que me acompañara, aunque no era una empresa fácil. Años atrás, una de las épocas doradas del Centro había llegado a su fin. Por alguna razón dejó de ser apetecible ir a ese cuadrante a reventar, después de más o menos una década de ser algo

habitual, y una barrera conformada por esos quince minutos de viaje en taxi se había vuelto a levantar.

Me serví una cuba y no un mezcal para estar ocupado lo más posible y levantar el ánimo. Le di un trago y cuando volteé habían llegado otras cuatro o cinco personas. La fiesta arrancaba gradualmente. No logré hacer contacto con alguno de los invitados, di unos pasos hacia la cocina y crucé el pasillo hasta llegar a la sala, con dos grandes ventanales que daban a la calle, en donde otro grupo esperaba a ser admitido. Sin nadie alrededor, bajé y me llevé varias sonrisas al abrir la puerta, pasaron a la terraza a mezclarse con el resto y yo anduve de nuevo hacia la sala hasta que Santiago me atajó en el pasillo.

—Ven, ¿ya conociste a la güera?

Negué con la cabeza y lo seguí.

—¿A qué se debe el convite?

—Una pedita nomás —me contestó quitándole importancia, mientras un tipo con el que nos cruzamos remató:

—Es su bienvenida.

Santiago asintió.

—Me tardé un poco en aterrizar, hasta ahorita pude hacer algo para ver a todos estos pinches zánganos. Mira, ven.

Salimos a la terraza y me presentó a una chica un poco mayor que yo, como el resto de los invitados. Nos saludamos, alguien hizo un chiste y me uní a la plática por instantes, hasta que el grupo se dispersó y una vez más me quedé solo. Pensé en desaparecer, regresar a casa o buscar otro plan, cuando sentí la mano que Santiago me puso en el hombro para dirigirme hacia el pasillo. Entramos a su habitación y sacó un pase.

—¿O no está rica la güera?

—Cómo no.

—Anda bien soltera.

Hice una mueca antes de acercar la llave a la nariz, y en ese instante me quedé helado. En el único librero del departa mento, en la esquina de la habitación, entre otros treinta o cuarenta libros estaba *Don Quixote and Sancho* . Lo saqué y abrí las primeras páginas para descubrir además una dedicatoria.

—¿Qué chingados haces con esto? —pregunté con evidente desconcierto.

—A ver.

Antes de que pudiera leer las palabras escritas con tinta azul en una de las primeras páginas, lo arrancó de mis manos y comenzó a hojearlo.

—Era de mi jefe. Casi todos esos libros los heredé.

—¿Ya te lo echaste?

—No mames. Si no me lo he echado en español menos lo voy a leer en inglés. Qué raro que sea tan flaco.

Era un tomo de doscientas cincuenta páginas que contrastaban con el grosor de las dos partes del *Quijote* .

—Es casi como un resumen, además de ser una traducción —contesté—. Son los fragmentos en los que don Quijote y Sancho son los protagonistas, y nada más se basa en la primera parte.

—Ah, qué cagado, a ver.

Se detuvo a ver las ilustraciones que acompañaban la prosa. La pulcritud de esa edición es sobresaliente, uno de esos libros de cierta antigüedad hechos con un mayor nivel de esmero, más artesanal que los tirajes industriales de nuestro tiempo. Lo exploró un poco más y me miró con seriedad.

—¿Tú sí lo leíste?

Asentí.

—Es de mi bisabuelo. Es parte de todo un proyecto que tengo arrumbado.

—Es de Cervantes, pendejo.

Le arrebaté el libro.

—La traducción y el *remix* son de mi bisabuelo, mira —y puse el dedo bajo el nombre del traductor—. ¿Sabes por qué lo tenía tu papá?

—Sepa la bola. Lo compró, seguramente.

—No creo que haya salido a la venta, casi podría asegurar que fue una edición para regalar. Según me acuerdo el tiraje fue de mil ejemplares, y además en inglés. Dudo que haya pasado por librerías, pero voy a averiguar.

—¿Cómo que vas a averiguar? ¿Con quién?

—Con mi abuela.

Se congeló y enseguida soltó una carcajada que resonó por todo el departamento, dándome palmadas en la espalda.

—Qué pinche *geek* eres, no lo puedo creer. Vamos a que te mezcles con la mugre más fina de la ciudad, ándale, a ver si aprendes algo y te dejas de pendejadas. Son lo mejor de lo pior.

Me sacó de su habitación casi a empujones luego de aventar el libro sobre la cama.

La primera vez que tropecé con el experimento literario de mi bisabuelo debí de haber tenido trece o catorce años, una edad en que me aburría cuando me llevaban a casa de mis abuelos. No tenía ánimos de jugar con mis primos chicos y tampoco me interesaba la plática de los que me llevaban uno o dos años, menos aún la sobremesa de los adultos. Entonces me veía forzado a inventar maneras de pasar el rato en esa casa grande, con jardín y varios

escondites. Subía a ver televisión o me asomaba por la ventana para mirar a los más pequeños correr sobre el pasto. Teníamos prohibido salir a la calle, lo cual no dejaba mucho camino para la exploración. A veces me escabullía al despacho de mi abuelo o deambulaba por la sala, ponía cada objeto bajo la lupa e imaginaba que tenían vida propia, sobre todo el busto de Gandhi que resguardaba una parte de la biblioteca, en la que había cientos de tomos. Apenas me empezaba a interesar por los libros, y así, en una de esas tardes en las que ya no sabía qué hacer para entretenerme, saqué de las repisas los que parecían más interesantes. Me guiaba por el diseño de las portadas y en realidad iba tras las ilustraciones, una rareza entre todos ellos. Sacaba uno y lo hojeaba y si no encontraba lo que buscaba lo regresaba a su lugar y sacaba otro. Estuve así toda la tarde y el que más me llamó la atención fue ese: el único que contaba con ilustraciones a lo largo de todo el libro, dibujos sencillos pero bien trazados y además a color, que a fin de cuentas contaban una historia. Desde la tapa quedaba claro que tenía alma, cuando menos para un preadolescente como lo era yo.

Los adultos se levantaron de la mesa y a mi abuela se le iluminó la cara cuando me vio con ese tomo en las manos. Se acercó, se acuclilló y me dijo:

—Ese libro lo escribió papá.

La miré extrañado. Nunca se me había ocurrido que quienes escribieron aquellos textos pudieran ser gente cercana, menos aún familiares. Aunque Tito murió tres años antes de que yo naciera, se hablaba a menudo de él, tenía cierta noción de quién era, y así descubrí que también había hecho un libro, porque no lo escribió. Lo tradujo, llevó a cabo la edición y debió de encargarse de casi todo lo demás.

—¿Me lo puedo llevar?

Lo pensó brevemente y tomó asiento a mi lado, en el suelo, en un acercamiento que rara vez sucedía. Sus seis hijos le habían dado decenas de nietos; su tiempo y su cariño se dividían entre una tropa de considerable tamaño.

—Vamos a hacer una cosa. —Me vio a los ojos antes de seguir—. No te lo puedo regalar porque es la única copia que tengo. Imagínate cómo lo quiero. ¿Qué harías con un libro escrito por tu papá?

—Leerlo —dije para caerle bien y que me lo diera. A fuerza me lo quería llevar.

—¿Ah, sí? Qué bien. Pero antes de eso.

—Eh… no sé. Enseñárselo a mis amigos.

Soltó una sonrisa, tomó el libro y comenzó a hojearlo.

—Claro, se lo puedes enseñar a tus amigos. Pero lo más

importante de todo, lo primero que deberías de hacer con un libro escrito por alguien a quien quieres tanto, es cuidarlo.

—Sí, cuidarlo.

—¿Me prometes que lo vas a cuidar?

—Sí.

—Perfecto. Entonces sí te lo presto.

Quería que fuera mío, pero sabía que era imposible si solo tenía uno. Por lo tanto, asentí.

—Está en inglés, ya viste, ¿no? ¿Sabes leer en inglés?

Asentí de nuevo.

—A ver si lo puedes leer. No es muy largo.

Me levanté y me tomó de la mano.

—Solo prométeme que lo vas a cuidar.

—Te lo prometo —contesté mirándola a los ojos al igual que ella, y tuve la certeza de que cumpliría mi promesa.

No lo leí. Creo que ni siquiera hice el intento, y tal vez volví a ver las ilustraciones alguna otra vez, hasta que un día me lo pidió de vuelta y lo regresé al estante de la biblioteca. No lo leí, pero sí lo puse a un lado de mi cama como si lo estuviera leyendo, como un amuleto. No sé por qué me gustaba tenerlo cerca. Era un libro estético y de un antepasado con una personalidad tan exuberante que nos acompañaba de una forma un poco más cercana que los demás, y eso hacía que ese objeto cobrara otra dimensión. Tampoco se lo mostré a nadie. No era un juguete y tenía miedo de que si lo sacaba no le prestaran atención, de que su indiferencia le quitara importancia. Se venció mi tiempo, pero a partir de ese día lo tuve bien ubicado, y cada tanto pasaba a ver que todavía estuviera ahí, en su sitio, de donde podía sacarlo si un día me animaba a leerlo.

Pasaron los años y una clase de literatura en cuarto de preparatoria hizo que de verdad me pusiera a leer. Las lecturas que nos asignó ese maestro ejemplar fueron todas entretenidas y de gran calidad, y el *Quijote* de 1605 fue la más larga y la más difícil por ser la más antigua. Pocos en mi clase lo leyeron; yo me piqué y lo terminé en el lapso asignado. Aun así, no saqué de la repisa la traducción abreviada de Tito. Para qué leer una versión incompleta y en inglés si ya había leído el original, pensé, y seguí mi vida de lector más allá de ese primer toque de literatura en la preparatoria, en paralelo a una cinefilia desaforada. Estudié Comunicación y me especialicé en cine, y aunque ya no dejaría de leer, durante esos años las películas rebasaron por mucho a los libros. Por el tiempo en que hice mi primera película mi tía me enseñó su guion basado en la pintoresca vida de mi bisabuelo. La prima de mi padre decía tener los derechos del otro libro, uno que sí escribió Tito, a caballo entre la autobiografía y la

autoglorificación, como él mismo afirma en la primera página, y la batalla para llevar a cabo una ficción coherente y estructurada a partir de esos retazos de vida parecía estarla devorando. No conseguía que el arco dramático de los personajes estuviera a la altura de las peripecias del hombre en las que se basaba el guion, faltaba algo para que la historia verdadera cobrara vida en el papel y en la ficción, y eso la volvía loca. Entonces yo no podía tocar esa trama, al menos en términos cinematográficos, así que después de terminar la postproducción de mi segunda película incluí varios guiños a la vida de Tito en la novela sobre una gran familia. Pero eso no fue suficiente. Quería entrar de lleno a la historia de su vida y no encontraba el punto para colarme, y ahí recordé su versión del *Quijote* .

Mi abuelo murió y mi abuela se mudó a otra casa, cerca de la anterior pero más chica. Una tarde lluviosa pasé a visitarla y entre los dos buscamos el ejemplar de *Don Quixote and Sancho* , sepultado detrás de las novelas inglesas que leía mi abuelo y que a ella le hacían compañía.

—Me lo cuidas mucho —volvió a decirme cuando por segunda vez salí de su casa con él, esta vez para de veras leerlo.

Un concurso convocado por la Universidad Nacional y el Instituto Cervantes fue la razón por la que en ese momento quise darle el golpe a esa rifadez literaria. El planteamiento era escribir un texto libre que abarcara una historia personal relacionada con el *Quijote* . Podía ser poema, cuento, ensayo, crónica, diario, reportaje, incluso el fragmento de una novela que no rebasara las cinco mil palabras, haciendo eco de la mezcla de géneros contenida en la obra original. Era la ocasión que buscaba para sacarle jugo a una lectura obligada y largamente atrasada. Una amiga de mis años universitarios formaba parte del equipo de una de las revistas literarias de la Universidad, de donde salió la idea del concurso, y su insistencia terminó por convencerme. Mi intención era ceñirme a la primera parte, relacionar el original con los recortes traducidos por Tito, para después llegar a una comparación entre los delirios de don *Quijote* y los de Federico Sánchez Fogarty, mi bisabuelo, ligarlos a partir de su idealismo y de sus muchas fantasías. Podríamos decir que ambos veían más allá de lo evidente, ambos eran creadores de universos internos que no existían en el mundo físico, que vivían en su imaginación y en la gente dispuesta a seguirlos. Las conexiones estaban ahí.

Después de releer el primer *Quijote* abrí por fin las páginas de *Don Quixote and Sancho* , con ganas de ser arrasado por los atributos de esa propuesta reducida, y lo que encontré fue una versión degradada y deficiente, eso sí, en un inglés excepcional: era su lengua materna. Además de la influencia irlandesa que venía de su madre, Tito escuchó desde muy chico a su padre recitar fragmentos del *Quijote* regularmente, en una infancia ligada de manera íntima a las muchas peripecias del ingenioso hidalgo y su escudero, al punto de convertirse en una obra inseparable de su vida y de su historia, por la que él también tuvo de adulto un gran fervor. Su idea entonces fue llevar a cabo una traducción, porque creía que ninguna de las versiones disponibles en lengua inglesa, a mediados del siglo pasado, estaban a la altura del espíritu del original, y los recortes venían porque, para él, Cervantes brilla en todo su esplendor en los episodios en los que el Quijote y Sancho son los protagonistas. Entre los movimientos que hace para llevar a cabo esa simplificación —porque a fin de cuentas es eso, además de una traducción— están los siguientes: en vez de que el cura y el barbero salven del fuego algunos

de los libros de caballería, en un pleno ejercicio de crítica literaria, Tito hace que se quemen todos y no los menciona por título; la pelea en contra del vasco, que se interrumpe al final del capítulo ocho porque ya no hay fuentes, y que continúa a mitad del nueve luego de que el autor encuentra un pergamino en árabe que da cuenta de lo que pasó, en *Don Quixote and Sancho* se cuenta de corrido, sin la ruptura que da pie a la autorreferencia; entonces, jamás menciona a Cide Hamete Benengeli, el ficticio historiador musulmán cuyo texto traducido es la supuesta fuente del resto de la obra; menciona de pasada el entierro de Grisóstomo, sin la historia previa ni el discurso de Marcela; en ocasiones hasta miente de manera ligera: para no mencionar la *Novela del curioso impertinente* , en su interpretación los personajes hablan sobre la locura de don Quijote durante horas, antes de ser interrumpidos por Sancho, mientras que en realidad lo que interrumpe el escudero es la narración dentro de la narración; en el mismo espíritu de tergiversar la trama, Tito afirma que don Fernando y Luscinda estaban en busca de Cardenio y Dorotea, cuando lo cierto es que su encuentro es totalmente fortuito, y a Dorotea le toma largas explicaciones convencer a don Fernando de tomarla a ella como esposa; desaparecen el cautivo y Zoraida y el cabrero; quita los poemas; hacia el final, en vez del diálogo con el canónigo, Tito hace hablar a don Quijote sobre novelas de caballería con el cura, y para que Sancho cierre la novela hablando de su experiencia como escudero de un gran caballero andante, cambia párrafos de lugar. Creo que uno de sus mayores pecados, aun dentro del plan trazado en el prólogo, es haber eliminado el ataque a los disciplinarios religiosos que le devuelven la ofensiva y creen haberlo matado, en un episodio en el que Sancho llora a lágrima tendida por el amor que le tiene, antes de que don Quijote vuelva en sí. Es una parte esencial en su relación y no hay motivo para suprimirla, lo cual para mí la convierte en la gran incógnita de su traducción, algo que no me explico ni siquiera dentro de los límites que él mismo se impuso.

La tradición de abreviar el *Quijote* en Inglaterra y Francia data del siglo XVIII , y en España comienza a mediados del XIX , por eso su empresa encaja dentro de una larga cadena de versiones paralelas. En cuanto a la traducción, hay puntos que merecen subrayarse. Por ejemplo, cuando Sancho se refiere a la pócima de Fierabrás llamándolo «el feo Blas», Tito lo traslada como «Fiery Brass»: un juego gramatical similar, pero con otra sustancia; y en vez de *Sorrowful Figure* , *Rueful Countenance* , *Sorry Aspect* , *Woeful Figure* o *Mournful Countenance* —las distintas versiones de otros traductores— para hablar del Caballero de la Triste Figura él lo pone, simplemente, como *The Knight of the Sorry Figure* . « *To me it is inconceivable that Sancho*

could have expressed himself with such high-sounding word s», escribe en el prólogo sobre las versiones existentes en inglés. Su dominio del idioma era innegable.

Sus capítulos difieren del original, pone subtítulos nuevos y hace una serie de pequeños cambios que en conjunto hacen que sea una verdadera versión suya, una suerte de remix, lo cual de entrada requiere agallas. En un intento más por apreciar su propuesta, inicié un intercambio de correos electrónicos con mi tío Freddy, otro integrante de la familia que ha echado mano de la figura de Tito, al incluirlo como protagonista de varios fragmentos en *A Thousand Moments of Solitude* , un libro que combina la ficción con la literatura clínica y la autobiografía, centrado en el suicidio de su hijo Mitch, mi primo segundo por el lado paterno, y en el que también habla de lo que significó para él la figura de su abuelo, su homónimo. «El simple hecho de haberse atrevido a semejante aventura en el campo de la traducción, y de haber invertido el tiempo y los recursos necesarios para llegar al cuidado de esa edición en 1957, además de las ilustraciones de Xavier Gómez Rubio, es una proeza en sí misma», escribió Freddy en la primera línea de su primer correo. «Tienes que partir de ahí», me instruyó desde su casa en la costa de California, y sí, eso es algo que nadie podría negarle. También hay destreza en cada amputación y cada forma de unir partes que no están ligadas en el original. El problema es que a la hora de reducir una obra de ese calibre se derrumba toda la estructura, o en todo caso es lo que yo creía. Si algo queda claro es que Tito jamás apreció el nivel de libertad que las tramas paralelas le brindan al género de la novela en ese punto fundacional.

Coincidió que en esos días me invitaron a colaborar en el portal de una editorial en la que pagaban con libros, y uno de los que recibí fue *Miguel de Cervantes. La conquista de la ironía* , de Jordi Gracia. A propósito de la multitud de tramas, escribe:

> Ya no respeta ni las fronteras de lo que todo el mundo respetaba, la división entre géneros nobles e innobles, entre aventuras ideales y fantásticas y aventuras a ras de suelo y cómicas, porque también la mezcla de ambas y hasta la intersección de las unas con las otras, como sucede en su libro, son otra conquista de la ironía, ligada a la conciliación de modelos y valores aparentemente irreconciliables.

Si no existiera todo aquello que rodea a don Quijote y a Sancho, sin el juego con las fuentes en las que está basado, si no irrumpiera la realidad dentro de la ficción para hacer el relato más maleable, no

sería la novela que es, y no estaría inventando un género.

> Ni él sabe exactamente la cosa que está haciendo porque es un combinado de todas ellas y algunas más, como si Cervantes mimetizase en ella todos los géneros y modos posibles de la literatura de su tiempo, en un tono conversacional y con una naturalidad a ratos también reflexiva, todo a la vez, en secuencias ligadas muchas veces por el capricho. La ficción moderna, la novela, vivirá en las variaciones inagotables de la suya, como si el invento llevase dentro un atrevimiento y hasta una insania tan original y tan desafiante a lo que es la literatura de su tiempo que intimida y se multiplica.

La manera en la que Tito abordó su experimento estaba en directo conflicto con lo que yo consideraba más valioso del *Quijote* , y así mi ensayo se encontraba en riesgo de no ser escrito. En una charla de viernes por la noche, mi insistente amiga me convenció de seguir adelante, ahora como detractor del libro de mi bisabuelo y defensor de la obra de Cervantes, en un vuelco de ciento ochenta grados de mi concepto original. Para no faltar a lo que en realidad pensaba, debía ponerme en contra de un antepasado al que reverenciaba. Tendría que traicionarlo a él para no traicionarme a mí. Freddy insistía en que el simple hecho de que existiese *Don Quixote and Sancho* era ya milagroso, y en cierto sentido tenía razón, pero no era una idea con suficiente potencia como para sostenerla en un ensayo. Debatiéndome en esas cuestiones me topé con un fragmento que haría que mis diferencias se profundizaran aún más, y que ante todo me obligaría a cuestionar la exclusión de la segunda parte en su versión diluida.

> With the exception of two or three episodes, I believe the second part of *Don Quixote* is not comparable to the first either in spontaneity of style or in originality of narrative. In the first part, Don Quixote is taken lightheartedly and made to imagine everything out of nothing, whereas in most of the second, little is left for the display of his overpowering fantasy, by then almost everybody being in connivance to practice on his morbid credulity. In the first part, windmills are turned into giants and clouds of dust into huge and colorful armies, whereas in the second dukes are dukes and persons actually in power appoint Sancho governor of a small but real domain.

Explica en el prólogo. Respalda sus decisiones con varias razones, hay motivos de peso que sostienen lo hecho, es decir, que no fue solo un

capricho. Conocía cabalmente la obra cervantina, la amaba más que a cualquier otra, y ese amor tenía sus condiciones. *Don Quixote and Sancho* fue su manera de enmendar lo que nunca terminó de convencerle.

En un esfuerzo por recuperar la impresión que me dejó el *Quijote* la primera vez que lo leí, busqué a Tex, el profesor de literatura que en la preparatoria nos recetó una serie de autores que habrían de marcar mi vida. Carpentier, Onetti, Lispector, Rulfo, textos de formación que irían a desarrollar mi manera de leer, a una edad en la que cualquier influencia podía ser decisiva. Retirado, en una casa antigua en el corazón de la colonia Florida, vivía sumido en una biblioteca que recubría las paredes; al entrar parecían venirse encima cual monstruos en un cuento de los hermanos Grimm. Me recibió un hombre joven, y antes de conducirme a la sala en la que se encontraba mi viejo maestro me contó que hacía unos años desarrolló los primeros síntomas de una enfermedad cuyo principal efecto era la gradual dificultad para el lenguaje, hablado y escrito, y que dicha enfermedad ganaba terreno con cada día que pasaba. Su nombre técnico era afasia primaria progresiva no fluente, con la que llevaba tiempo en una batalla perdida de antemano. Primero pensaron que se debía a la fatiga, luego se entregó a todo tipo de pruebas para que los médicos atinaran el diagnóstico. No había mucho que hacer. El tiempo se había llevado consigo el habla; se daba a entender con muecas y señas y algunos ruidos, le costaba trabajo leer y ya no podía escribir. Mas podía escuchar. Pese a eso en buen estado, su mente era obstruida por ese tétrico padecimiento, el lenguaje una barrera en vez de un puente.

Subí a la sala y nos saludamos efusivamente, luego de más de veinte años sin vernos. En su apariencia no había nada raro, la enfermedad se notaba solo al querer comunicarse, al hacer algún tipo de sonido gutural y dirigir su brazo hacia un libro o una pintura, signos que no lograba descifrar del todo. Más allá de mi reacción ante la fragilidad de su estado, del dolor que me causó ver que alguien a quien tanto admiraba había perdido lo más preciado en su vida, estaba seguro de que mi visita no daría los frutos que imaginé al investigar su paradero, y de cualquier forma le hablé del *impasse* en que me hallaba, la lucha interna en la que me debatía. Me escuchó con atención, y en cuanto terminé se levantó en dirección a una pila de libros, debajo de la cual sacó una copia de *El punto ciego* de Javier Cercas, el conjunto de ensayos en los que el *Quijote* juega un papel primordial. Me lo obsequió y me deseó suerte en tres o cuatro señas, y antes de que pudiera despedirme se esfumó, evitando así un momento potencialmente lacrimoso. Murió un par de años después. Esa fue la

última vez que lo vi.

La tristeza con la que salí de su casa duró días, en los que me resguardé entre esas páginas recién obtenidas, algunas de las cuales releí dos o tres veces, de la mano del espectro de lo que alguna vez fue Tex, de vuelta al aula del colegio, y entonces supe sin lugar a dudas lo que quiso decirme: debía escuchar mi instinto y reafirmar mi postura, en defensa de Cervantes y en detrimento de las ideas de Sánchez Fogarty. No quedaba otra salida. Escribe Cercas:

> La modernidad se ocupa ante todo de la realidad, mientras que la posmodernidad se ocupa ante todo de los textos; más precisamente: se ocupa de la realidad a través de los textos; más precisamente todavía: se ocupa de la realidad a través de la representación de la realidad. Lo cual vendría a confirmar de nuevo que el Quijote contiene *in nuce* todas las posibilidades del género: no en vano la primera parte de la novela se ocupa sobre todo de la relación de don Quijote y Sancho con la realidad, mientras que la segunda se ocupa sobre todo de la relación de don Quijote y Sancho con los textos que los representan: la primera parte del Quijote y la falsa continuación del Quijote publicada por Alonso Fernández de Avellaneda. La primera parte del Quijote es moderna; la segunda, posmoderna.

Cómo no disfrutar de tantas irrupciones dentro de la narración para hablar de lo que Cide Hamete, el supuesto autor, está pensando, o lo que le habría gustado que pasara y no pasó. En la segunda hablan del número probable de ejemplares que alcanzó el *Quijote* original —según don Quijote treinta mil volúmenes (un tanto exagerado), según Sansón Carrasco «más de doce mil libros de la tal historia», un estimado altamente probable—; hablan de un episodio que el autor describió pero que el traductor decidió pasar por alto; de las anotaciones de Cide Hamete al margen del texto, en las que explica sus dudas sobre la autenticidad del episodio de la cueva; de lo que sintió Cide Hamete al escribir cierto fragmento; de que «en el propio original de esta historia se lee que llegando Cide Hamete a escribir este capítulo no le tradujo su intérprete como él le había escrito»; y un largo etcétera. Don Quijote y Sancho se enteran de que existe una segunda parte apócrifa, y, al obtener un ejemplar, el Caballero de la Triste Figura lo hojea y lo desecha como falso, incluso decide cambiar su ruta y no ir a las justas de Zaragoza solo para contradecir a ese *Quijote* escrito por «aquel nuevo historiador». En Barcelona lo reciben con estas palabras: «bien sea venido, digo, el valeroso don Quijote de la Mancha: no el falso, no el ficticio, no el apócrifo que en falsas

historias estos días nos han mostrado, sino el verdadero, el legal y el fiel que nos describió Cide Hamete Benengeli, flor de los historiadores». Al entrar a una imprenta ve en las prensas la versión de Avellaneda y se va un poco molesto, y luego un par de diablos en el inframundo condenan ese tomo «a los abismos del infierno», por tan malo y por no ser una historia verdadera. El espejeo con la versión apócrifa llega a su punto cumbre en el antepenúltimo capítulo, en el que se cruzan con un personaje de esa otra versión, y le hacen ver que ellos son los verdaderos Quijote y Sancho, al grado de testificar lo dicho ante el alcalde y su escribano: zanjan la disputa de manera oficial. Además, el cura hace que otro escribano suscriba la muerte del Quijote «para quitar la ocasión de que algún otro autor que Cide Hamete Benengeli le resucitase falsamente y hiciese inacabables historias de sus hazañas».

«La segunda parte evoca una realidad que ha cambiado por obra de la primera», afirma Francisco Rico, otro miembro de esa cofradía cervantina cuya versión anotada de ambas partes del *Quijote* incluye un análisis riguroso de esas obras y de la forma en que se relacionan entre sí. Cercas le da la razón:

> «Gracias al libro de Avellaneda, y gracias al éxito de la primera parte del *Quijote* , que permite que en la segunda don Quijote cumpla el sueño de ser el famoso protagonista de un libro famoso y que tantos personajes conozcan a los dos protagonistas y sepan cómo tratarlos, los personajes adquieren un espesor psicológico y una autonomía virtualmente humanos. El hecho es insólito, sobre todo en la prosa narrativa anterior al *Quijote* . Don Quijote y Sancho poseen vida propia, más que personajes de novela son amigos nuestros. La primera parte del *Quijote* fue un libro tan imprevisto como extraordinario, pero la segunda parte fue (y sigue siendo) un libro que linda con el milagro; suponiendo que ambas partes fueran separables, sin la primera el *Quijote* quizá seguiría siendo lo que es, pero sin la segunda no.

Gracia concuerda en que el segundo es «más genial que el primero», y así elabora:

> La continuación del *Quijote* trata sobre todo del *Quijote* mismo. Explora las condiciones que ha dejado puestas el primero y las ensancha un poco más en una doble dirección que funciona hacia fuera y hacia dentro, mientras crece por rutas que no estuvieron ni ensayadas ni previstas en la primera. Las ideas se le derraman en este libro como en ningún otro y en una medida

muy superior al primero, porque Cervantes ya está en su casa, seguro de la elasticidad sin fin del artefacto y seguro de su mecanismo interior. Logra ampliar aún más la ya vastísima ampliación de los límites de la ficción de su tiempo: se mira a sí misma hacia dentro y deja a la vez que la permee su tiempo histórico casi invasivamente, en otro insólito movimiento irónico de esa extraordinaria novela, todavía más revolucionaria.

Y Rico remata: «En la segunda parte, Cervantes explota a ciencia y conciencia los recursos que le han ganado más aplauso, y lo hace con un dominio absoluto». Hay, pues, cierto consenso.

Una de las grandes inventivas del *Quijote* es la manera en la que el mundo real se mete en la ficción, cómo la ficción llega a poblar el mundo y los límites entre ambos se difuminan. Fechas y lugares precisos quedan asentados con toda claridad en la segunda parte, hay varios vasos comunicantes entre la imaginación de Cervantes y la España de la época; sin embargo, hay otro ángulo que no es así de diáfano, el tipo de sutilezas que marca Rico en su prólogo:

> La omnipresencia de la primera parte en el entramado de la segunda tiende a verse como una artimaña esencialmente literaria, nacida de la pura dinámica interna de la literatura: el libro en el libro, la ficción dentro de la ficción. Pero también es lícito otearla desde un punto de vista diametralmente opuesto: como una proyección del contexto real después de 1605 en el texto de 1615. Las criaturas cervantinas habían cobrado una entidad tan robusta, estaban tan integradas en el repertorio de imágenes y seres familiares, que una novela que pasara un espejo por la España del momento no podía dejar de reflejarlas. Si los duques, don Antonio Moreno y los barceloneses de la segunda parte no hubieran identificado al don Quijote de la primera en el estrafalario individuo que visitaba la Ciudad Condal, tampoco habrían sido fieles a sus contrapartidas en la realidad.

El éxito de ventas del de 1605 fue arrollador. En realidad, el primer tiraje estuvo listo a fines de 1604, para enero ya se preparaba uno nuevo y para marzo la segunda edición salía a marchas forzadas. Se enviaron a México quinientos ejemplares sin encuadernar y otros setenta enfilaron con destino a Lima, sumando alrededor de mil ochocientos ejemplares en pocos meses, un verdadero éxito para la época. En Lisboa dos casas editoriales vendían el libro en su edición pirata, y poco más tarde, antes de 1615, de las impresiones legales había dos en Bruselas, tres en Madrid, dos en Lisboa, una en Valencia y otra en Milán, además de la traducción inglesa de 1612 y la francesa de 1614. Incluso el prólogo de la versión de Avellaneda, que le tira a Cervantes por varios flancos, advierte que «como es verdad y no lo puedo negar, por doquiera que he pasado no se trata ni se habla de otra cosa en las plazas, templos, calles, hornos, tabernas y caballerizas». La cuestión es que, en su momento, pese al gran éxito popular, nadie sabía qué pensar. Considerada como una simple obra cómica y satírica de mero entretenimiento, fue ignorada por las élites más cultas y a Cervantes se le tildó de loco, en imitación a su absorbente creación. Fue mucho después cuando sus virtudes literarias cambiaron el panorama narrativo de una manera definitiva. Lo que hizo Tito fue transformar esa primera parte en una trama decimonónica, sin digresiones y sin la mezcla prosaica de géneros. Confeccionó una versión más acorde con la tradición prequijotesca al negar las inmensas libertades de un artefacto literario que lleva más de cuatrocientos años dando frutos.

Se dice que las primeras décadas de un siglo son la continuación del anterior, y así Tito era en parte un hombre del diecinueve. Para él, la idea de una novela tenía que ver con una trama rigurosa, y el resto era descartable. También podríamos decir que vivió en la época moderna, mientras nosotros estamos anclados en una posmodernidad dentro de la que no es difícil apreciar lo que significa la segunda parte. Es curioso que aunque la segunda procura no desviarse de la trama del ingenioso hidalgo y el señor Panza, siguió sin convencerle. Para él lo importante son las visiones que parten de la locura, que no están en el segundo o han cambiado de naturaleza. La dimensión cuasi humana del personaje en 1615, a la que refiere Cercas, le tiene a Tito sin cuidado, o es precisamente lo que hace que la obra desfallezca

ante sus ojos.

Al fin y al cabo, *Don Quixote and Sancho* es un libro ameno y fácil de leer, en comparación con la dificultad que implica la versión original en español antiguo y la extensión de las tramas paralelas. La traducción mantiene el espíritu libre, jocoso y desenfadado y en ocasiones triste y melancólico de la relación entre el Quijote y su escudero; no obstante, al suprimir las referencias a ese juego de espejos entre los distintos autores, la vuelve un tanto insípida. La primera cita del prólogo de Cervantes a la primera parte dice: «La libertad no se vende bien ni por todo el oro del mundo», y si algo encarnan ese par de obras es una búsqueda guiada por un nivel de libertad jamás visto en la literatura hasta ese momento. «Con el secreto impulso de una libertad total con respecto a sí mismo y a los demás —escribe Gracia—, nace el escritor que conquista una mirada compleja e irónica sobre el mundo a partir del hombre que aprendió escribiendo a ser él mismo, siendo varios a la vez, sin miedo a ninguno de ellos ni excesivas reverencias al más desaforado ni al más cuerdo». Ese monumento a la libertad se esfuma en la traducción que escribió un hombre que vivía enamorado de las visiones que su imaginación proyectó de niño, cuando su padre leía en voz alta los fragmentos más evocadores para una mente infantil. También es válido afirmar que se enamoró perdidamente del caballero andante y su escudero, y que su amor fue tan profundo que en un arranque de celos despojó del mundo quijotesco a todo lo que no tiene que ver directamente con ellos, para que nada distrajera la atención de la dupla más encantadora de la historia de la literatura, y así *Don Quixote and Sancho* queda como la personalísima curiosidad de una mente ágil y extravagante, parte tangencial del gabinete de curiosidades de Federico Sánchez Fogarty.

Mis titubeos para afrontar el tema hicieron que me retrasara tanto que no llegué a la fecha límite, el ensayo se quedó arrumbado y esa noche en casa de Santiago recordé el proceso que me llevó a armar esa versión final. Encontrarme con un libro tan incrustado en mi vida, en el que se fundían tantas historias y en el que había trabajado tanto fue una circunstancia que tardé en digerir. Volvía a toparme con esa pieza en el lugar menos pensado, con alguien que ni siquiera sabía que lo tenía, y aunque traté de provocar una conversación al respecto, en esa fiesta fue imposible. Seguía llegando gente con más botellas y más sorpresas en las bolsas, la música subía de volumen y de intensidad y las chicas se deshacían del pudor por segundos. Yo en cambio batallaba por encajar, por unirme a una plática o por hacer que una de esas chicas me pelara, sin éxito en ningún frente. Cuando de nuevo me crucé con Santiago traté de sacar el tema y una vez más me ignoró. Pensé que a lo mejor se arrepintió de invitarme, fue hasta después que me quedó claro que el tema de su padre era demasiado espinoso para ser tratado a la ligera, y menos con un desconocido como yo lo era en ese entonces.

Deambulé otra vez hacia la sala y al verme solo en el pasillo abrí la puerta de su habitación con el deseo de leer la dedicatoria, y ahí me topé con algo parecido a una pequeña orgía, conformada por un hombre y tres mujeres a quienes no les importó mi presencia. No me atreví a entrar, seguí a la sala y ahí un grupo fumaba de una pipa hecha a partir de una lata de cerveza. Olía a coca quemada, señal que me sugirió marcharme de una fiesta a la que jamás iría a acoplarme. No encontré a Santiago por ningún lado, salí a Donceles y crucé a Tacuba, en donde al fin pude tomar un taxi que me sacaba de ese inmundo purgatorio que hasta cierto punto resultaba encantador. Nada me habría gustado más que haber formado parte integral de aquella fiesta, sin sobresalir como el tipo al que nadie conoce.

Volví a mi rutina y esa noche quedó atrás. Estábamos en proceso de afinar el piloto, haciendo lo posible para contener el presupuesto de esa primera entrega, en la que sumamos a un par de personajes nuevos para que la adaptación funcionara mejor. También ahondamos en la biografía de cada uno de los principales y agregamos varios episodios que no están en la novela, además de largas descripciones de los lugares en los que transcurre la trama y un mapa del país ficticio

que inventé hacía unos años, durante una relación bastante tormentosa con una mujer que me cambió la vida. Al zambullirme en las páginas de mi novela recordaba los días en que la escribí, en un iPad con teclado externo, en el comedor de casa de su madre en Valle de Bravo, en donde ambas vivían. Fueron tiempos rudos que nos dejaron marcados por medio de un tipo de dolor que no había experimentado antes ni he vuelto a vivir después, un dolor que solo puedo describir como existencial. Aún me cuesta recordar aquellos años, y la revisión minuciosa de ese libro me obligaba a confrontar un pasado que tanto luché por dejar atrás. Además del lado técnico que implica una adaptación, para mí fue un periodo de reconciliación con esa parte de mi vida, una forma de aceptar que sin ese dolor no sería quien soy. Pude apreciar en su real dimensión lo que significó aquel tiempo, que forjó mi visión del mundo con herramientas rudimentarias, una educación sentimental que no puedo más que agradecer, por más doloroso que haya sido ese proceso.

La revisión de la novela familiar también llegaba a su fin, y en la búsqueda de financiamiento para el piloto ya no había tareas pendientes de parte mía, de modo que podía volcarme libremente a la lectura entrelazada con las correcciones y la redacción de algunos textos para revistas. De vez en cuando ponía música en bares o en fiestas, un oficio que aprendí en casa de dos amigos DJ con los que viví un año, y que era otra manera de ganar dinero, cansado de dar clases de cine después de diez años en el mundo de la docencia. El entusiasmo con el que empecé a transmitir lo que sabía de cine se había evaporado, y una clase dada sin ánimo no vale un quinto. Al dejar ese lado de mi vida laboral un toquín podía salvar el mes: a veces pagaba más del triple de lo que ganaba dando clases durante el mismo periodo de tiempo, una realidad por demás deprimente.

La siguiente vez que fui a comer a casa de mi abuela, en donde la familia se reúne todos los lunes, le pregunté si *Don Quixote and Sancho* llegó a las librerías en 1957. Se acercaba a los noventa años de edad en muy buen estado, salvo por el pequeño tubo que iba de la nariz a un aparato que surtía oxígeno para evitar los problemas pulmonares que en dos ocasiones la habían mandado al hospital. Seguía dotada de una memoria extraordinaria que le permitía narrar fragmentos de la trama familiar a la menor provocación, y así llenarnos de una sensación de identidad arraigada en los antepasados presentes en sus palabras.

Pensó en la pregunta antes de contestar.

—No creo, la verdad. Fue más bien algo que se pagó él y que repartió entre sus amigos. También lo mandó a algunas bibliotecas en Gran Bretaña y en Estados Unidos, y algunos de esos bibliotecarios le

contestaron con una carta de agradecimiento. Uy, se ponía feliz cuando llegaba una de esas cartas. Pero que saliera de venta al público lo dudo muchísimo.

La conversación se desvió y le envié un mensaje a Santiago preguntándole por el nombre de su padre. Me contestó de inmediato: «Te desapareciste el otro día, canijo. Te iba a presentar a unas nalgas que estaban bien puestas». Contesté que estaba cansado y que sí lo busqué para despedirme, le dije en dónde estaba y de nuevo le pedí el nombre. «Si quieres te regalo el pinche libro», respondió. El temor de que no recordara esa parte de la noche se esfumó, y trajo consigo otro: que no quisiera hablar del tema, la excusa que yo necesitaba para empezar a armar el rompecabezas de la vida de mi bisabuelo.

En la sobremesa aguardé hasta quedarme solo con mi abuela para preguntarle si recordaba el apellido Espasí.

—Claro —dijo sin necesidad de hacer memoria—. El Espasí que yo conozco se llamaba Pol, y era muy buen amigo de papá, sobre todo en sus últimos años. Era más joven, pero se llevaban bien. Gallego, si no mal recuerdo.

No me sorprendió. La única manera de que Pol tuviera un ejemplar dedicado era que conociera a Tito, y de ahí a que fueran amigos había solo un paso. Le marqué a Santiago y no contestó, le envié mensajes y también me ignoró. Los días se convirtieron en semanas hasta que me volví a animar a mandarle otro mensaje, con el mismo resultado. La situación se tornó incómoda. Si el tema le molestaba quizá debía dejar de insistir, aunque lo único que hice fue explicarle que su padre y mi bisabuelo fueron amigos. ¿Qué daño podía hacer ese tipo de información? Era ridículo que por esa coincidencia rompiera la incipiente relación que teníamos.

Aproveché una ida al Centro para darme una vuelta por su departamento y toqué la puerta sin avisar, a la una de la tarde. La música salía de las ventanas, el timbre podía confundirse con los acordes de la guitarra y mis gritos se perdían también entre tanto ruido.

—¡Santiago! —grité con todas mis fuerzas hasta que se asomó. Temía que fuera a recibirme con una mueca o que no me dejara entrar, por eso la forma en que se le iluminó la cara me dejó un poco pasmado. En dos segundos estaba abriéndome la puerta, dándome un abrazo y riendo como si fuéramos los mejores amigos. Apestaba a alcohol y a días sin bañarse.

—A toda madre que te dejas venir. Ven —dijo antes de empezar a caminar hacia Donceles—. Qué pinche milagrazo. Vamos a darnos una de estas, mira.

Entramos a una vinatería y eligió una botella de tequila de

buena calidad.

—¿Quieres algo más?

Viendo que no tenía opción, tomé un seis de cerveza del refrigerador y en el mostrador saqué mi cartera.

—Yo pago —dijo al empujarla para que la guardara.

Parecía que en su departamento había caído una bomba. Había ropa por todas partes, latas de cerveza y de Coca-Cola y botellas vacías de ron y de whisky. La música sonaba a tope y en el sofá apenas había espacio para sentarse.

—Pinche Santi, seguro no has dormido nada.

—Y eso qué chingados. Qué bueno que viniste.

—A ver cómo andabas.

Destapé una cerveza y él sirvió dos caballitos de tequila.

—Salud.

Chocaron los vasos y de un trago se tomó la mitad.

—No sé si debería de disculparme.

—No mames, ¿por qué?

—Pues no sé. Llevo semanas buscándote y no me contestas. Pensé que estabas enojado.

—¿Por qué chingados iba a enojarme contigo?

—No sé.

—Ya ves, no sabes nada. ¿Quieres que te regale ese pinche libro? A ver, pérame tantito.

—No es eso —dije al intentar detenerlo, pero ya se había levantado. Regresó con el ejemplar y me lo aventó.

—Llévatelo. No lo quiero volver a ver en mi vida.

—No me lo puedo llevar, no chingues. Además yo ya lo leí. Guárdalo tú.

—Nelson.

—No entiendo por qué reaccionas así. A mí me dio gusto saber que tu papá y Tito eran amigos, y a ti te caga la idea.

—El pedo es que mi jefe no fue el mejor tipo del mundo. Dejémoslo ahí.

Bajé la cara sin saber qué decir. Una afirmación de ese calibre podía tener cualquier clase de implicaciones, podía esconder toda especie de secretos en los que no me podía inmiscuir. Era una forma lapidaria de cerrar el tema, entonces me relajé. Saqué un cigarro de la cajetilla que había en la mesa y me paré a poner una rola, después otra y otra más, él puso también otras varias y yo bailé a un lado de la ventana, al tiempo que Santiago pintó seis rayas sobre un espejo rectangular.

Nos terminamos el pomo, regresamos a la vinatería y repetimos la dosis, y acabamos tan borrachos que me quedé dormido con las

primeras luces del día siguiente.

La próxima vez que lo vi fue muy parecida. De nuevo no contestó llamadas ni mensajes, de nuevo toqué a su puerta sin anunciarme y de nuevo me abrió contento de que alguien llegara a acompañarlo a beber en esa tarde nublada. *Don Quixote* no entró a la conversación. Ya no estaba en la sala, en donde lo dejé, y asumí que estaba de vuelta en el librero. Lo que fui aprendiendo en nuestras conversaciones fue que vivía de la renta del departamento en Pontevedra, que su padre murió en Lisboa y que esa fue la razón por la que se quedó años ahí, sin entrar en detalles. Era difícil que hablara de cosas relacionadas con esa parte de su vida. Sin necesidad de un sueldo pasaba gran parte del tiempo de fiesta, con visitas ocasionales como las mías, a veces con cinco o seis personas a su alrededor fumando base y tomando cerveza y aprovechándose de su disposición a pagar lo que fuera necesario para seguir hasta que el cuerpo ya no diera más. Si cometía el error de comunicarle mi preocupación ante su estilo de vida se ponía fúrico y amenazaba con echarme de su casa; de hecho alguna vez lo hizo, y salí pensando que ya no regresaría, pero una parte de mí no quería dejarlo solo. Era capaz de sacar el lado fraternal del más frío de los hombres, y eso pasó conmigo.

Con la biblia y el guion del piloto terminados la suerte estaba echada. La productora seguía buscando financiamiento y yo empecé *Antes de la revolución* , una novela histórica sobre los cubanos en México. En ese caso me aventuré en el proyecto bajo la decisión de no inventar nada, de ser lo más fiel a los hechos, que fuera un libro que pudiera volverse parte de la Historia. Sería una suerte de historia narrativa o de novela de no ficción más en el espíritu de *A sangre fría* que de *El hombre que amaba a los perros* , no porque crea que lo que hizo Padura esté mal: es una obra monumental. Más bien pensé que la manera en que se conocieron y se prepararon Castro y el Che no necesitaba de adornos ni de añadidos; es una trama a la que no le hace falta más y que puede ser contada desde un punto de vista austero, haciéndole así justicia a un tema vital para todo un pueblo. Mi forma de rendirle tributo a dicho encuentro sería apegarme a las fuentes, nada más y nada menos, para que el lector tuviera la certeza de estar leyendo hechos comprobables, y para eso comencé por ampliar mi bibliografía.

Dentro de esa búsqueda conocí a una mujer en el pasillo de una librería de viejo, mientras ella hojeaba un tomo sobre la historia del feminismo en América Latina. Salimos durante un mes y un día dejé de llamarla. Vivía una etapa de insatisfacción que permeaba a todas mis relaciones, que era mejor sortear solo, o también es posible que entre más te acostumbras a la soltería más la necesitas, más la quieres

y más cuesta desprenderse de ella cuando llega alguien por quien vale la pena sacrificar esa libertad, y mis años de soltero parecían alargarse hacia el infinito. Quería hacer todo al mismo tiempo, estar en todas partes, no faltar a una fiesta, pero también terminar de leer el libro en el que estaba metido, desvelarme y sacarle provecho al día siguiente. No podía estar quieto, y en donde me encontrara tenía en mente lo que dejé de hacer para estar ahí, veía los planes paralelos que ya no podrían materializarse por escoger ese. Y lo mismo pasaba con las mujeres. Elegir es renunciar, a todos los niveles y en toda situación, de ahí la imposibilidad de conocer a alguien que fuera más allá de una relación fugaz. Bien visto, no era raro que esa parte de mi vida se encontrara tan estancada.

De vez en cuando pasaba por el Callejón 57 y casi siempre terminaba dormido en el sillón, a veces en la cama. Había días que despertaba y Santiago seguía tomando sin haber dormido. Hacía un pedido a domicilio y lo obligaba a comer, aunque fuera unos bocados, luego seguíamos conversando hasta que finalmente él cerraba los ojos. El tiempo que podía durar despierto era alucinante.

Su marcha se detuvo un día de otoño. Ya ni intentaba buscarlo por teléfono, era cuestión de hacer el viaje y tener la esperanza de que estuviera. Un par de veces lo encontré dormido a las cuatro de la tarde y no escuchó el timbre, y en otra ocasión sacó el brazo por la ventana y lo movió de lado a lado, en franca negativa, inmerso en una decaída en la que no podía ver a nadie. Esa tarde el Callejón 57 brillaba por su calma. La música dejó de sonar, las voces se extinguieron, y una sensación de inquietante paz cubría el ambiente. Toqué, se asomó a la ventana y con toda seriedad me preguntó:

—¿Qué pasa?

—Venía a ver cómo andabas.

—Todo bien.

Otra vez el momento incómodo: quedaba claro que lo estaba interrumpiendo. ¿Ni siquiera me invitaría a entrar a su departamento? Para salir del paso dije lo primero que se me ocurrió:

—¿Ya comiste?

Recapacitó un instante, volteó hacia dentro, se llevó la mano a la barba e hizo una seña de que bajaría. Esperé unos minutos y salió de su casa. Tenía la mente en otra parte. En vez de saludarnos empezó a andar con rumbo fijo, y fue hasta un par de cuadras adelante que me dio una leve palmada en la espalda sin mediar palabra. Entramos a una cantina, pidió agua con gas y limón y yo lo mismo, extrañamente intimidado por esta nueva personalidad robótica, y en ese primer diálogo con el mesero ordenamos, como si tuviera prisa.

—Me hubieras marcado antes de aparecerte así nada más.

—Llevas meses sin contestar el teléfono.

Calló. No sabía de lo que estaba hablando, pero tampoco lo podía negar. Los días de abuso dejaban estragos.

—No estás bebiendo —dije para iniciar una conversación que nos sacara del silencio.

—Tengo que bajarle.

—¿Por?

—¿Cómo que por? Tú me viste.

—Sí, pero tal vez hay una razón. ¿O fue así nada más, de un día para otro?

—Fue de un día para otro. —Hizo una breve pausa en la que parecía dudar si debía de seguir hablando, y continuó: —Pero sí, hay una razón.

—¿Se puede saber cuál es?

Me miró a los ojos de una manera desafiante, midiéndome.

—No sé si te puedo contar.

—Órale. ¿Qué pasó?

—No sé si te quiero contar, más bien.

—¿Por qué?

—Porque en una de esas te me pones a escribir y no mames, te mato.

De entre nuestras conversaciones estaba bien al tanto de mi vida. Sabía que me dedicaba a esto y conocía los proyectos en los que estaba envuelto. Me costaba acostumbrarme a ese nuevo distanciamiento: me encontraba sentado frente a un desconocido. Era la primera vez que lo veía completamente sobrio, y era otra persona.

—¿Escribir sobre qué? —pregunté.

—No te voy a contar.

—Está bien, si no quieres no me cuentes, pero déjame decirte que jamás escribiría de algo sobre lo que no quieres que escriba. Tengo temas de sobra, no necesito agarrarme de lo que pasa en tu vida.

Le dio un trago a la gaseosa y una vez más me miró a los ojos, quizá tratando de saber si sería capaz de traicionarlo. Al fin bajó la guardia y empezó a hablar.

—La neta es que sí le quiero contar a alguien, pero ya me temía que fueras tú.

—¿Por qué?

—Porque eres un entrometido. Quieres saber de mi papá y de tu bisabuelo ese que escribió ese libro de mierda.

Me quedé helado ante su hostilidad, e hice lo posible por no parecer afectado.

—Ya lo leí. Bueno, partes, porque no hay razón para leer eso

cuando existe el original, que además está en español.

—Eso es obvio. No lo hizo para hispanohablantes, lo hizo para quienes no lo pueden leer en español.

—Flaco favor que les hizo. Es para gringos huevones que solo quieren conocer las partes más famosas, para los que quieren ahorrarse el tiempo que implica leer el *Quijote* . Es una mamada.

Resumió en una frase de la manera más burda lo que hacía algunos años me tomó varias páginas explicar.

—Si me hubieras querido escuchar sabrías que opino casi lomismo, con sus matices. Nunca te dije que me gustaba.

—No mames, te pusiste feliz cuando lo viste, no lo niegues.

—Por razones sentimentales, no por su valor literario.

Llegó la comida y enfocó toda su atención en atacar el pescado que le pusieron enfrente. Aunque en parte compartía sus quejas, me sentí ofendido. Esa no era la manera de hablar sobre algo que él sabía que me importaba. Ya no quería estar ahí. Estaba a punto de levantarme de la mesa y dejarlo con la cuenta y mi platillo intacto cuando alzó la voz sin levantar la vista del pescado.

—Hace unos días me enteré que falleció un amigo.

Sus palabras me ataron a la mesa. Suspiré.

—Uf, lo siento mucho.

—Gracias. No era un amigo tan cercano. De hecho, no sé si podría llamarle amigo. Pero ahora que murió he pensado que esa es la palabra. Lo conocí el día que llegué a Lisboa a lidiar con los trámites de la muerte de mi padre, en una situación muy extraña.

Me contó algunos brochazos de su llegada a Portugal, de los papeles que había en el barco y del departamento en Pontevedra.

—Necesitaba a alguien que me ayudara a investigar, o que investigara por mí, y para eso Oliveira era un artista. En los años que pasé allá nos veíamos un chingo, casi siempre para ver temas del caso, pero también podíamos sentarnos a chupar y a fumar y a hablar de un chingo de cosas. Era un gran conversador. Qué puta pérdida.

Esperé a que continuara, pero ahí dejó su explicación. Comíamos sin hablar cuando de pronto detuvo el movimiento de la mano que iba del plato a la boca, y se quedó congelado por unos instantes mientras yo lo miraba, atento. Bajó el tenedor con el pedazo de pescado que estuvo a punto de comer y se recargó en el respaldo de la silla. Sus ojos veían al horizonte, no a mí, y yo no podía dejar de verlo. Ignoro si se aprovechaba de mi curiosidad para torturarme o si hacía ese tipo de gestos de manera instintiva, como el día en que lo conocí. De cualquier forma, el resultado era el mismo, esa incomodidad durante aquellos momentos en los que llevaba mi paciencia al límite. Pero era así, él sabía que me intrigaba y que haría cualquier cosa para saber

más. En esas circunstancias me sentía más como juguete que como amigo, hasta que dijo con cierta exasperación, casi en contra de su voluntad:

—Ta madre. A alguien le tengo que contar, y a mis cuates nada más los va a sacar de onda. Porque además ahorita necesito ayuda. Hay partes de los reportes de Oliveira que ni siquiera he visto, no sé por qué, no he podido o no he querido. Al principio tenía ganas de saber, pero entre más escarbaba el gordo, más se me quitaban las ganas. Te platico lo que sé y luego me ayudas a escarbar en esas madres.

Asentí sin pensarlo dos veces y esa tarde la pasamos hablando. Acabamos de comer, pasamos por un café y seguimos a su casa, y me enseñó el primer reporte que llevó a cabo Oliveira, en el que venía una transcripción del encuentro de Santiago con la hermana de Ana, la primera novia de su padre, y me envió el audio correspondiente. No me dio el reporte para que lo hojeara con independencia, más bien me mostró lo suficiente para comprender el contexto de lo que prometió que veríamos en otra etapa, cuando se sintiera más cómodo conmigo.

—Y ya te dije: si lo cuentas te mato.

Las dos guerras (1919-1944)

Según apuntes del inspector y algunos datos que me proporcionó Santiago, Pol nació en Cataluña en 1919 y a los cinco años se trasladó con la familia a una casa en el centro de Vigo. De madre gallega, sus abuelos estaban mejor acomodados en su lugar de origen que la familia catalana de su padre. Hicieron lo que pudieron para sostenerse en las afueras de Barcelona, y cuando las cosas se pusieron más duras decidieron usar el colchón que tenían al otro lado de España, en donde habría trabajo seguro. No hay un registro sobre la naturaleza del negocio familiar en Vigo. La poca información apunta al puerto, como buena parte de los negocios de aquel tiempo, pero no sabemos nada concreto. Es probable que el padre de Pol haya llegado a un puesto detrás de un mostrador, bajo el auspicio del suegro, quien quizá también les ofreció un techo mientras su situación mejoraba. Por lo que Oliveira pudo averiguar en los registros de Vigo, sabemos que la casa del centro tenía alrededor de ciento cincuenta metros de construcción en un terreno de poco menos de doscientos, con un jardín en el que Pol pasó su infancia, aun después de mudarse con sus padres a un piso propio. No tuvo hermanos y los primos que tenía eran mayores que él, siendo su madre la menor de la casa. Por historias que escuchó a lo largo de su vida, Santiago cree que Pol fue un chico extrovertido y bien integrado que pasó una niñez enmarcada en la cotidianidad de la época.

La década del treinta llegó con los ecos de la Gran Depresión, y, aunque no eran pobres, se encontraron de nuevo con problemas financieros, igual que la mayoría. El negocio familiar comenzó a secarse, y sus abuelos se vieron forzados a vender la casa del centro para sostenerse hasta su muerte, pocos años después. Para huir de una realidad que ya no lo satisfacía, Pol se la pasaba fuera de casa, según le platicó a Santiago en una de las pocas ocasiones que le habló de esa parte de su vida. No tardó en perderse en las montañas hasta conocerlas como la palma de su mano, luego su curiosidad lo llevó a hacer viajes en autobús hacia la frontera para entrar y salir de Portugal, cruzando la línea que divide a los dos países, y desde entonces mezclaba el gallego con palabras y frases en portugués. La armonía en una frontera que hasta entonces había sido laxa se rompió con el brote de la Guerra Civil del 36. La administración de António de Oliveira Salazar estaba del lado de los militares rebeldes y en

contra del gobierno republicano electo democráticamente, por miedo a que una posible corriente comunista en España contagiara a su país, en donde el mandatario veía suficientes raíces izquierdistas que serían capaces de construir un régimen unido a una imaginaria península comunista. Eventualmente apoyaría a los rebeldes con hombres y armamento y permitiría que aviones alemanes aterrizaran en Portugal de camino a Marruecos, en contraposición al soporte de armas y de municiones que llegaría desde Moscú a respaldar al gobierno democrático.

Los republicanos perseguidos que cruzaban la frontera eran capturados y hechos prisioneros, y en algunos casos eran entregados a los españoles nacionalistas que controlaban las montañas. Galicia tenía tres puntos clave: la base naval de El Ferrol y los dos puertos, La Coruña y Vigo, este último ocupado por los falangistas en una etapa temprana de la guerra. Escribe Hugh Thomas en *La Guerra Civil española* :

> En Vigo, los soldados cayeron brutalmente sobre la población desarmada, pero las escaramuzas se prolongaron varios días, sobre todo en la zona del puerto. En la deliciosa ciudad de Pontevedra, las gentes de los pueblos vecinos llegaron a combatir a los soldados como si se tratara de una fiesta, con palos, hoces, cuchillos y garrotes, y algo de dinamita, que sería inútil. La provincia cayó rápidamente, y la victoria se debió más a los asesinatos que al combate.

Y más adelante: «Queda por señalar una ayuda alemana al general Franco: en diciembre de 1936, llegó a Vigo, procedente de Hamburgo, una enorme instalación de radiotransmisión Lorenz, tres veces mayor que ninguna otra de las que había en España». A partir de entonces la voz de los nacionalistas pudo oírse claramente en toda España: «Esta noche voy a tomarme un jerez, y mañana tomaré Málaga». En ese ambiente enrarecido por políticas que un joven de diecisiete años apenas comprendía, Pol se haría pasar por un ferviente nacionalista al tiempo que iría afinando su manejo del portugués para encajar aún más en el país vecino, todo esto según la hermana de Ana, la primera novia de su padre. Como tantos otros, Pol quería alejarse de la lucha que se libraba a lo largo y ancho del territorio español, y cada vez le tomaba más cariño al país vecino, organizado y funcional, sobre todo en contraste con el caos de España, y que de alguna forma aguantaba el bajón económico producto de la Gran Depresión. Por una cuestión de supervivencia se convirtió en un ciudadano binacional, que atravesaba la línea fronteriza cuando lo creía conveniente e iba afianzando sus relaciones con los gendarmes que en él veían al nacionalista que decía ser. Tal fue la forma camaleónica que se vio forzado a adoptar como medida para subsistir.

Sorteó así la Guerra Civil, a salto de mata entre los dos países, por medio de pequeños favores a los oficiales portugueses que a cambio le permitían el libre tránsito. Podía actuar de enlace para ellos o cubrir un puesto de observación por un par de horas, llevarles algo de comer o simplemente hacerles compañía, como si formara parte de ese círculo. Ante la victoria de Franco fue más fácil conseguir trabajo en un pueblo portugués o en Oporto que en Vigo o en cualquier otro lugar de esa España en ruinas. Perfeccionó el idioma y llevó a cabo tareas de limpieza y de lavaplatos, o hacía los viajes cortos que le encargaban en algún establecimiento como parte de las compras, ganándose la confianza del dueño de un restaurante o del gerente de un hotel, hasta llegar al puesto de mesero que añoraba desde el inicio. De alojarse en las covachas de este tipo de comercios pudo pagar una cama en una casa de huéspedes y más tarde una habitación, iba a Vigo cada vez menos y solamente de visita y a menudo se mudaba de lugar y de puesto. Al compararse con sus compatriotas sabía que iba por buen camino, en una situación tan contrastante que en varias

ocasiones era su aportación la que sacaba a flote a sus padres. Tenía tanta confianza en su nueva posición que ingresó los documentos necesarios para obtener un permiso de residencia, cuya aprobación llegó días antes de que la Alemania nazi invadiera Francia y la situación en Europa cambiara radicalmente. La anexión de Austria y los Sudetes llegó antes como una nota fuerte, que después de una guerra como la que acababa de vivir tampoco significaba demasiado, y fue hasta la invasión de Polonia y la declaración de guerra por parte de Inglaterra y Francia cuando en ese rincón del mundo se tomaron en serio un conflicto que veían de lejos. Por eso la toma de París y el sucesivo pacto con un gobierno títere que dividiría al país en dos cimbró hasta sus cimientos al resto del continente. En abril de 1940 la presencia alemana cerró las rutas al mar Báltico, el 14 de junio ocuparon París y con ella todos los puertos franceses, y ese mes Italia entró a la guerra y acabó de cerrar el resto del Mediterráneo, dejando a Portugal como la única vía de entrada y salida a Estados Unidos y Gran Bretaña. Todo cambió en ese momento.

Pol dejó Oporto, pasó un rato en Coimbra y se estableció en Lisboa, la ciudad en la que pasaría los siguientes años. Las luces al anochecer subían por las montañas y contrastaban con la oscuridad de la España franquista que apenas se las ingeniaba para no morir de hambre, en una pobreza delirante que dejaba expuestos a los más necesitados, y una depresión económica que Pol evitó como a la peste. Con papeles para trabajar y el vigor de sus veintiún años a cuestas, sentía que tenía la capital portuguesa a sus pies, aunque ese verano conseguir una cama debió ser una tarea difícil, entre las decenas de refugiados que llegaban a diario de toda Europa y los asistentes a la Exposición del Mundo Portugués, que celebraba los ochocientos años de la fundación del reino y los trescientos de la restauración de la independencia, pasando por las grandes hazañas de navegación y conquista de los siglos XV y XVI . El contraste entre la guerra europea y la celebración portuguesa fue una experiencia surreal, como un espejismo entre una nube de humo en el que las naciones vecinas se hacían pedazos mientras Portugal se iba de fiesta, muestra del temple de un mandatario como Salazar, que presumía el logro de permanecer neutral en un mundo cada vez más polarizado. Haría malabares para mantener esa neutralidad. Encima de ser el presidente del consejo, se convertiría en ministro de relaciones exteriores y en ministro de guerra, para concentrar en él un poder absoluto que centralizara todas las decisiones relacionadas con el conflicto bélico. La participación de Portugal en la Primera Guerra Mundial fue devastadora, al igual que la invasión napoleónica más de cien años atrás, en la que su territorio se transformó en un campo de batalla, saqueado y violado, y que forzó

el exilio de la familia real a Brasil. Por consiguiente, lo más importante para Salazar era guardar ese estatus neutral que el mundo veía con creciente escepticismo, arriesgándose a coquetear con el Tercer Reich y con los aliados, en un acto de equilibrismo que nadie sabía si podría funcionar, no solo para permanecer fuera de la contienda sino además para sortear la posguerra de la forma en que pudiera venir.

Pese a estar lejos del campo de batalla era fácil ver la guerra en la mirada de los extranjeros que llegaban a Lisboa, desde los desfavorecidos hasta los más ricos que pasaban las noches en el casino de Estoril, en una ciudad dividida de una forma na tural e inconsciente: los franceses y los belgas tomaron los cafés del bulevar, los alemanes se apropiaban de los parques, los ingleses se trasladaban al campo y los holandeses a las playas. Cada espacio de una urbe cuasi fantasmagórica era ahora reclamado por los desplazados en tránsito, capaces de todo por un asiento en un vehículo que los llevara lejos del infierno en que se había convertido Europa, perseguidos por la incertidumbre de si ese territorio sería, de igual modo, avasallado por la maquinaria alemana.

Aquí las fuentes con las que contó Oliveira empiezan a ser más cercanas, no dependen tanto de lo poco que sabía Santiago ni de la entrevista con la hermana de la novia de Pol, porque tienen que ver con Lisboa, la ciudad en donde nació y sobre la que era un consumado experto. Era una suerte de cronista de esa metrópoli, un estudioso de su historia reciente, sobre todo lo que tenía que ver con los años de la dictadura salazarista. El nivel de organización de esa administración dejó una serie de registros invaluables para indagar en el pasado, con los que Oliveira podía guiarse casi con la certidumbre de un buen contador. Quienes formaron parte de ese gobierno eran tan eficientes como los nazis, incluso al dejar constancia de cada trámite, cada transacción o cada detalle burocrático que parecería no tener importancia, los cuales, acumulados y con el tiempo, serían increíblemente útiles para saber qué pasó en las calles durante aquellos años.

La vida en la capital era cada vez más cara. Pol empezó desde abajo y tomó los trabajos que encontró, sin importar su experiencia previa. Dormía en los espacios más insospechados dentro de la competencia con los refugiados de todos los rincones del continente que también buscaban un lugar donde pasar la noche. Lo único que lo separaba de ellos eran los papeles de residencia con los que podía trabajar legalmente, en un ambiente observado con minuciosidad por las autoridades, y una policía secreta que no tardó en confrontarlo. Además de los papeles en regla, Pol dio el nombre de los gendarmes

con quienes colaboró en la frontera, relató lo que le convenía de su experiencia pasada, se puso a sus órdenes y recibió una mirada condescendiente que no tardó en sacudirse para seguir con sus labores, hasta nuevamente llegar al puesto de mesero, esta vez en el hotel Métropole. Su domicilio variaba entre un puñado de casas de huéspedes, y mientras más entendía lo que pasaba a su alrededor, su capacidad para involucrarse aumentaba.

Abría el ojo antes del alba y salía a las calles desiertas, caminaba entre la niebla que subía del mar y avanzaba entre puertas y ventanas todavía cerradas, parte del espíritu de una ciudad que guiaba sus pasos a través de los siglos. Tenía suerte de estar ahí y eso le daba fuerzas para mantenerse a la altura de una circunstancia que tenía la capacidad de rebasarlo. Era el primero en llegar al restaurante y el último en irse, tan dedicado a sus labores que acabó por volverse parte fundamental del hotel de la plaza Rossio, en el corazón de la capital portuguesa. Ya contaba con un centro de operaciones.

Se sintió parte integral de la heterogénea comunidad que lo rodeaba el día en que empezó a aconsejar a refugiados, según el caso. Meses de aprendizaje involuntario lo habían llevado a saber que, por ejemplo, la representación del gobierno de Vichy mandaría a los franceses de vuelta a su país, bajo el yugo indirecto de los nazis. Era mejor recurrir a las agencias internacionales cuya misión era salvar vidas, ya fueran cuáqueros o asociaciones judías, o podía dirigirlos al consulado estadounidense, a la embajada británica o directamente a la American Export Line o a la línea aérea Panamericana para tratar de conseguir boletos, que normalmente tardaban meses. Los medios con los que se podía alcanzar el continente americano eran muy limitados para la cantidad de gente que los necesitaba, por aire y por mar, y en la mayoría de los casos no había más remedio que esperar, con las habitaciones llenas en todos los hoteles y en cada una de las escalas de precios.

La primera actividad que vio como un negocio paralelo, más allá de la propina que a veces recibía por sus consejos, fue la venta de periódicos. El acuerdo al que llegó con quien atendía el quiosco del hotel consistía en reservar una o dos copias de cada diario internacional de importancia, dado que Lisboa era la única ciudad de la Europa continental en la que se vendían las publicaciones de ambos bandos, con la irónica condición de que a los diarios locales se les imponía una estricta censura por parte del gobierno, y era común que aparecieran con espacios en blanco. A ese extremo llegaba el celo de Salazar por mantener su aparente neutralidad. Cualquier nota de algunos diarios foráneos era más confiable que todos los periódicos portugueses, y así los funcionarios aliados iban en busca de los

alemanes y de los italianos y agentes alemanes se peleaban por una copia del *New York Times* o de la revista *Life* , que podían valer hasta sesenta o setenta dólares mientras el precio de lista era de casi un dólar, pues el número de ejemplares que llegaba era minúsculo en relación con la demanda. El negocio era redondo y daba frutos instantáneos, bajo un modelo que fueron modificando hasta transformarlo en un sistema de apartado en el que Pol hacía las gestiones desde el restaurante y el encargado del quiosco guardaba más copias, las compraba al precio y las vendía cincuenta o hasta cien veces más caras.

El día en que Ana llegó a buscarlo al restaurante él ya tenía cierta categoría dentro del mundo de la información clandestina. Al igual que él, huía de las penurias de la posguerra en Galicia, y en su lucha de supervivencia escuchó que «el gallego» podría ayudarle a conseguir trabajo. Todavía no cumplía los veinte años, de cabello claro y de unos ojos tristes que lo miraron desde el fondo de una desesperación que se había vuelto constante, y que lo desarmaron. Lo imagino atareado a mitad de un día de trabajo, con el lugar repleto, sacándole un emparedado y pidiéndole que esa noche lo espere poco después de las ocho en la esquina de la plaza, al terminar su turno. La necesidad y sus antecedentes comunes fueron los cimientos de una amistad que no tardaría en mutar.

La metió a escondidas a la pensión en la que tenía prohibido recibir visitas. Ana no tenía dónde dormir, así que compartieron cama sin tocarse y antes del amanecer estaban ya en camino del mercado que primero abría. Pol hizo cuentas y se convenció de que era tiempo de cambiarse a un lugar un poco más amplio, apartado del centro de la ciudad; luego, al llegar retrasado al restaurante, dijo tener una emergencia y pidió permiso para ausentarse durante un par de horas a medio día, en las que empacaron sus pertenencias y se mudaron juntos. Semanas antes ubicó ese pequeño estudio que tenía cocineta y una vista a los tejados de la ciudad y el río Tajo a lo lejos, pero prefirió no distanciarse del hotel y pensó que superaba sus necesidades. Ana fue el empujón para que diera un paso que de otra forma quizá no habría dado, para establecerse en un espacio que sentiría más propio, en el que no habría restricciones y en donde podía llevar una vida más libre dentro de la opresiva cotidianidad de la dictadura y la extrema situación europea.

La policía secreta se hacía sentir de una forma ubicua a lo largo y ancho de la ciudad, y un día aparecieron en el restaurante y lo llevaron a la parte trasera para decirle que tenían conocimiento de la presencia de Ana. Impresionado del nivel de vigilancia al que estaba expuesto, supo también que a partir de ese día estaba a su merced. Lo

primero que le pidieron fue que mantuviera los ojos abiertos para recabar cualquier información que les pudiera ser útil, tanto de portugueses como de extranjeros, y él se empeñó en hacer reportes que no perjudicaran o que perjudicaran lo menos posible a quienes pudiera llegar a delatar, y que a la vez aparentaran una colaboración efectiva. Mencionaba a aquellos con documentación en regla en lugar de a quienes pudieran tener más de un secreto, de los cuales en Lisboa sobraban, en un esfuerzo por despistar a un brazo del poder que era capaz de complicarles la vida. Por un tiempo su artimaña funcionó.

La cuestión era que Ana, sin permiso para trabajar, no estaba dispuesta a tomar el papel de ama de casa, a esperarlo con la cena lista después de un día de ocio, aburrida sin siquiera una amistad con quien pasar el rato. Los recuerdos de su hermana eran detallados y parecían sinceros, según el audio de la conversación que grabó Santiago, en el que se deja ver que además de hermanas fueron buenas amigas. Combino lo que me contó con la grabación que empezó en cuanto la vio, para de esa forma reconstruir su encuentro en Vigo cuando él regresó de México, libre de toda atadura, con la idea de establecerse en la capital portuguesa por un lapso indeterminado.

Lo citó en un restaurante en las montañas y él llegó con quince minutos de antelación. Pidió un trago y perdió la vista en la lejanía del puerto, absorto en el Atlántico, tratando de ignorar los nervios que lo carcomían por dentro y pensando que tal vez sería ella quien le revelaría todo de golpe. El lugar era rústico y poco concurrido, con pinta de tradicional. Iba a la mitad de la segunda cerveza cuando llegó un tanto retrasada, con un bastón en el que se apoyaba para caminar.

—Eres la calca de tu padre —le dijo al estrecharle ambas manos —. Supongo que te lo han dicho a menudo.

—A veces. No todos ven el parecido. Para ser sincero, yo no lo veo.

—Porque no quieres. Es evidente.

Pidió un martini seco al tomar asiento, le rogó que le contara las minucias de la muerte de Pol y Santiago elaboró lo más que pudo, sin que ella separara los ojos de los suyos. Dieron cuenta de un plato de pulpo y ordenaron otra ronda de tragos.

—Es increíble que haya regresado —dijo ella al fin—. Mi hermana y yo llevamos una relación muy cercana. Me acabé enterando de todos sus secretos, y algunos secretos más de tu padre. No creo que deba contarte todo.

—¿Por?

—Hazme caso. Te puedo contar las partes lindas de su relación, las que vale la pena que sepas, y podemos dejar lo otro en el cajón del

olvido, que ahí se ha mantenido bien durante todos estos años. No hay necesidad de sacar los trapos al sol, querido. Te lo digo con toda franqueza.

Respiró profundo y volteó de nuevo al mar. Por más que quisiera aceptar esa postura había algo más fuerte que él, algo que clamaba saber, ir al fondo sin importar lo que pudiera descubrir bajo las piedras. Ya estaba ahí, no podía conformarse con la mitad de la historia.

—¿Qué tan feo se puede poner?

—Feo.

—Quiero saber.

—Claro, me lo imaginaba. Sería difícil decirle que no a la verdad, ¿no es así?

—Exactamente.

—Sin embargo, la verdad tiene muchos matices. Te puedo contar los hechos que conozco, pero sin la versión de tu padre estarían sacados de contexto. Si fuese mi hermana la que estuviera sentada aquí tal vez sería un ejercicio de memoria más cercano y más empático que el mío, que ni lo viví ni me enamoré nunca de él. Si te lo contara su enamorada sería mejor.

—Pero ya ninguno está, así que ni modo. Tendrá que ser así.

—Muy bien, como quieras.

—¿Tu hermana era mayor que tú?

—Sí, por dos años. Todo lo que sé me lo contó tiempo después, porque hasta ella era muy joven cuando pasó aquello. En ese tiempo no se podía ser una despreocupada. Nos teníamos que involucrar y ganar la vida, porque si no alguien más se comía tu pan. Era así de simple.

Santiago se levantó al baño y al lavarse las manos se vio en el espejo. Era cierto que había un parecido, la forma de la cara, la boca, la frente. El reflejo de su imagen podía ser un mapa, arrugas que se convertían en ríos y cejas en montañas, volcanes en los ojos que lo miraban desde otro mundo. Pol se escondía detrás de sus facciones.

—¿Sabes por qué mi papá murió en Lisboa? —preguntó al volver a la mesa.

—¿Cómo voy a saber eso?

Una vez más la desazón.

—Pero sí te puedo decir lo que pasó cuando vivió ahí.

Sintetizo de nuevo las más de tres horas que duró la conversación.

Lo primero que hizo Ana para salir del aburrimiento fue sumergirse en largos recorridos por la ciudad, entreteniéndose en conocerla, vibrando el clima de intriga entre refugiados, diplomáticos

de ambos bandos y autoridades portuguesas, un caldo de cultivo para el encubrimiento de todo tipo de tramas, y pronto decidió hacer algo más productivo con su tiempo. Él trató de disuadirla, de hacerle ver que la situación era demasiado delicada como para jugársela sin papeles, y por un tiempo se mantuvo al margen, hasta que el tedio la empujó a participar de mediadora en el creciente mundo del mercado negro, en el que se movían todo tipo de artículos que Portugal no producía o que estaban controlados. Conseguía carne cuando había poca, o papas, mantequilla y pan, e incluso bacalao y sardinas a mejor precio, en momentos en que su valor se duplicaba dadas las necesidades de la guerra y la poca producción en otros países. Salían juntos al alba y en la plaza de Alegría se dividían, ella pasaba a verlo al restorán o se volvían a ver hasta la noche, a veces tan cansados que apenas alcanzaban un bocado antes de caer rendidos. Fueron sus tiempos más felices, ambos arriba en la lucha por la supervivencia y sintiéndose parte de la historia, parte del pulso de una Lisboa que jamás volvería a ser igual.

En el otoño de 1942 Ana bajó la guardia. Un día alguien se le acercó a preguntarle si podría vender una lámpara antigua aparentemente valiosa, ella amplió el círculo en el que se movía y logró colocarla a un precio razonable para ambas partes, y de ahí no pasó mucho antes de recibir la propuesta de vender una estatuilla. Después vino otra y un día tuvo enfrente diversas piezas de arte de quienes necesitaban dinero desesperadamente. Armó un esquema en el que obtenía entre el veinte y el cincuenta por ciento, según la pinta de cada cliente. Si eran más o menos humildes o su pugna era similar a la suya les cobraba el menor porcentaje, y si eran aristócratas o nobles europeos que solo pasaban por un mal rato, se llevaba una mayor tajada, todo subordinado a su juicio. El negocio prosperaba y la vida les sonreía, podían viajar a los alrededores, pasar el día en la playa o hasta aparecerse en el casino de Estoril para codearse con la crema y nata de la sociedad de refugiados, y ese grado de exposición hizo que la policía se volviera a fijar en ellos y finalmente la detuvieran.

El nivel de corrupción que reinaba en los bajos fondos de la burocracia salazarista durante la guerra hizo que sacarla de la cárcel no fuera una tarea difícil. Tras una breve negociación fijaron el precio para liberarla, Pol juntó el dinero y en tres días estaban de vuelta en casa, descapitalizados y sujetos a una vigilancia más severa. Aparte del soborno, el trato contemplaba que ella siguiera con la venta de arte en el mercado negro, pero ahora como parte de los informantes de la policía secreta. Querían los nombres de los involucrados en cada una de sus ventas, quiénes vendían y quiénes compraban, y Ana no tuvo más remedio que aceptar. Las primeras relaciones que entregó

eran totalmente fieles, a pesar del sentimiento de culpa que no podía quitarse de encima, adaptándose al vuelco que había dado su vida. Actuar como intermediaria entre vendedores y compradores en una transacción que le convenía a todas las partes era una cosa, mientras que ser parte del sistema represivo de la dictadura era una cuestión diametralmente opuesta, aunque fuese la misma actividad. Pasaron semanas de nerviosismo, las cosas se calmaron y empezó a esconder ciertas compraventas para proteger a quienes necesitaban del anonimato, como hacía Pol con su colaboración.

—La verdad es que el peso de la traición a un ideal que iba más allá de la guerra no dejó de oprimirla, por más que tratara de burlar a los agentes de la policía secreta con mentiras o con medias verdades —dijo su hermana con un suspiro—. Ana era así. Por un lado era dura y podía aguantar mucho, pero su idealismo la hacía también muy delicada.

El tiempo y la experiencia ayudaron a que Pol desarrollara lazos con diplomáticos en ambos bandos, entre los alemanes y algunos miembros de la embajada británica o del consulado yanqui, en el que una traductora se convertía en el eje de la ayuda humanitaria. A través de ella y mediante una suma de dinero que variaba de cliente a cliente era posible saltarse la cola de gente que llevaba días o semanas esperando a ser atendida por un oficial que podía agilizar el permiso migratorio a Estados Unidos. Por solo hacer el contacto, Pol cobraba su parte y poco después se despedía de los refugiados que iban a verlo con infinitas muestras de agradecimiento. Pero Ana no tenía la misma irreverencia. La ansiedad de colaborar con la policía no la dejaba en paz, y aunque él trataba de que disfrutara la vida que llevaban, a ella le costaba trabajo ignorar la deslealtad en la que incurría a diario. Iban a buenos restaurantes y hasta compraron un auto a precio de ganga, una de tantas oportunidades que se daban a partir de las hordas de refugiados que seguían pasando por Lisboa, y así salían de la ciudad cuando podían. Vivieron Oporto del lado del cliente, en un regreso triunfal que la sonrisa de Pol no quiso esconder, y le contó algunos detalles de su paso por el submundo. Mas no había nada que pudiera regresar la chispa a los ojos de una mujer que a ratos parecía un fantasma.

Había días en que no salía del piso que rentaban, algo insólito hasta ese momento. Se levantaba tarde y con trabajos preparaba algo de comer antes de volver a la cama, no se aparecía en los lugares comunes del mercado negro ni en las galerías, apática ante su entorno, aun cuando Pol la empujaba a buscar otra cosa que hacer. Y es que en Galicia las cosas marchaban peor que en Portugal, Europa estaba secuestrada y el resto de España seguía inmovilizada. Tras semanas de

abatimiento, acorralada en un lugar que dadas las circunstancias no estaba tan mal, tomó fuerzas para salir de la depresión y lo primero que hizo fue poner en orden cada centímetro del piso. Cambió muebles de lugar y reorganizó el espacio, y en una de esas zambullidas encontró un flaco lingote con la insignia alemana y algunas monedas también de oro. La discusión de aquella noche dejaría su huella. Pol se vio obligado a confesar que además de tener contacto con funcionarios de países aliados, cuando un agente alemán ofreció pagarle bien por información, aceptó. Al preguntarle de qué lado estaba, contestó: «Del tuyo, del de ambos. Por ningún motivo estoy dispuesto a subyugarme a los límites políticos de ningún país», dijo la hermana cambiando un poco de tono, imitándolo, y enseguida continuó: «O algo por el estilo. No recuerdo las palabras exactas de cuando me lo contó Ana, pero sé que tenían ese matiz un poco rimbombante, un poco lleno de sí mismo. También dijo que "en esta guerra lo único que importa es sobrevivir", de eso me acuerdo perfecto; y ella contestó: "Estás muy equivocado". Era ese tipo de pelea, sobre cosas concretas, pero también sobre ideas, sobre el punto de vista desde el que cada uno veía la vida».

A pesar de ello continuaron con su relación, un poco distanciados, pero aún juntos, bajo el entendido de que ella no tuviera noción de los tratos que hasta ese descubrimiento él ocultó con destreza. Volvió de lleno al negocio del arte y amplió aún más sus contactos en las galerías y en el mercado negro, volcándose al trabajo para dejar de pensar, con la esperanza de acelerar el paso de los días. Tardó en comprender que por más que intentara alejarse era imposible huir de esa guerra.

Había casos más desesperados que otros. Algunos podían durar meses en el proceso de conseguir una visa y luego un medio de transporte al país americano de su preferencia, para otros la espera significaba acabar de gastarse los pocos ahorros que tenían, y otros más vivían una situación tan precaria que estaban a merced de la ayuda humanitaria de organizaciones como la de los cuáqueros o la de los judíos. Eran estos para quienes la venta de joyas o de una pieza de arte adquiría vital importancia. En casos de esta tercera categoría Ana llegó a no cobrar, como una forma de participar en la contienda del lado de los de abajo, vinieran del país que fuera y sin importar la religión que profesaran. Quizá era también una manera de expiar sus culpas y las de su pareja. Y en uno de esos encuentros se topó con un caso que en Lisboa era más o menos excepcional: el perseguido por la justicia local. Pese a que Portugal seguía declarándose neutral, la dictadura salazarista consideraba como enemigos a los comunistas, al grado de simpatizar con la invasión alemana a la Unión Soviética. Al

joven que llegó a pedirle ayuda con una mirada desencajada, presa de una profunda y bien fundada paranoia y de un miedo que lo acompañaba siempre, no solo le ayudó a conseguir dinero a cambio de un rubí y una pequeña escultura de la que prefirió no averiguar su procedencia, sino además usó los contactos de Pol para ayudarle a conseguir una visa para entrar a Estados Unidos. Fue un caso más que no incluyó en su reporte a la policía secreta.

Un mes después, mientras cenaba en uno de los restoranes caros de la ciudad, se levantó al baño y ya no regresó a la mesa. Dos agentes la sujetaron en el pasillo, la sacaron por la puerta trasera, la subieron a un auto y la llevaron a la fortaleza medieval de Aljube, en donde pasó los dos peores días de su vida. En este punto hay un espacio en la grabación: ambos callan por unos minutos. Como un sonido lejano se escucha un respiro, se puede sentir la angustia que no la deja seguir, y en vez de gastar palabras que no podrían calmarla, Santiago guarda silencio. Ella tarda en recuperarse. Respira de nuevo; se escucha el sonido de los cubiertos rozándose, quizá por la mano de la hermana de Ana al tomar una servilleta para limpiarse las lágrimas o la nariz. No hablan durante un tiempo, en un mutismo estruendoso.

Toma agua, se disculpa y Santiago dice lo que sea para no hacerla sentir incómoda, y enseguida continúa con una voz un poco más débil. Algo esencial dentro de la conversación ha cambiado. Los sonidos que salen de su boca han perdido poder, se han doblegado ante esa parte de la historia, que ahora sigue. Antes de que el joven comunista pudiera salir del país, lo encontraron, y durante el interrogatorio mezclado con tortura se quebró y dio su nombre. La golpearon, la hicieron pasar hambre y sed y la privaron también del sueño en las horas infernales que pasó en ese lugar, con la intención de que entendiera que no le convenía traicionarlos. El foco de la estrecha celda en la que estuvo encerrada nunca se apagó, y los gritos de otros presos acompañaban el horror de un cautiverio que habría durado más si Pol no da con ella. Tras la noche en que no llegó a dormir salió directo a averiguar qué había pasado, escarbó en la red de contactos que tenía dentro y fuera de la policía y, aun así, tardó un día más en saber en dónde estaba.

—Estoy segura de que eso fue lo que hizo que su personalidad cambiara —dijo con la voz entrecortada—. Porque la joven que regresó de esa ciudad ya nunca fue la misma. Algo muy adentro había muerto. El brillo en su sonrisa desapareció, y yo creo que gran parte de la culpa está en lo que vivió esa noche. —Calló de nuevo, quizá pensando si debería sacar lo que tenía guardado. Al fin dijo—: Tal vez también abusaron de ella.

—¿Eso te contó?

—No con todas sus letras, pero la forma en que habló de ese episodio las pocas veces que lo hizo fue con una sensación aterradora. Además, tardó muchos años en poder contarlo, décadas para ciertas cosas. Su cara se transformaba para transmitir un horror indescriptible, un dolor que va más allá del cuerpo. Nunca se recuperó. Los golpes, la privación del sueño, el hambre y la sed, no creo que sean suficientes para causar ese tipo de resquebrajadura. La oscuridad entró en su espíritu durante esa estancia, lo podría asegurar. Se encontró con una maldad inmensa.

Según Santiago en ese momento ella sacó algunas lágrimas, sin mucho alarde, inaudibles; pronto se recuperó y prefirió seguir .

—Tal vez no fue así. No lo sé. Tal vez fue la saña detrás de la tortura. Que yo sepa a nadie le contó mayores detalles, menos aún a tu padre, que se hubiera vuelto loco de rabia.

En el reporte del inspector, al final de la transcripción, Santiago me mostró la copia de la fotografía en blanco y negro que le tomaron al ingresar a la fortaleza. No obstante el odio que transpiran esos ojos, la belleza de Ana es notable en esa imagen, de cabello lacio, finas facciones y una figura esbelta, momentos antes de empezar su reclusión. Vi también su expediente policiaco y el de Ricardo Ferreira, el joven comunista que desapareció después de ser detenido. A él se le acusó de subversivo; a ella, de encubrimiento.

Esa vez le costó más trabajo sacarla. Los oficiales buscaban que permaneciera detenida y que eventualmente pasara por un juicio. Si Pol no llega a un acuerdo, una sentencia larga era lo más probable. Una vez más echó mano de lo que tenía ahorrado y sobornó a medio mundo para sacarla de ahí.

La mujer que cruzó la puerta al salir de la cárcel había cambiado, las heridas en la cara y en el cuerpo todavía frescas. Cuando Pol se acercó para abrazarla, lo rechazó; miró la fortaleza que dejaba atrás, llena de desdén, y siguió andando sin detenerse hasta que él la detuvo. El sentimiento de impotencia que seguramente sintió no debió de haberse comparado con la ira que irradiaba la mujer que amaba.

—Porque fue ira lo que debió de salir de cada poro de la piel de Ana. Es la persona que mejor conocí en el mundo. Sé lo que la hacía vibrar, conocía su mirada cuando algo la molestaba. En el punto más alto de su dolor, podría jurar que fue la ira lo que tomó el control de sus emociones.

Hizo otra pausa en la narración; se oyó el sonido de un vaso, un trago de agua, y, tras suspirar, continuó:

—Después vinieron momentos de mucha intimidad. La detuvo y la abrazó con fuerza y eso hizo que al fin se dejara ir, que sepultara la

cara en su pecho y llorara como si fuera una niña, despojada de su independencia, ya como un ser temeroso y frágil. O así me la imagino. Volvieron a casa y en varios días no salieron. Pol atendió sus heridas y…

De nuevo una pausa, de nuevo un trago, de nuevo un suspiro.

—En temas de intimidad nos contábamos todo —dijo en un susurro.

Esa mujer octogenaria debió de sonrosarse con sus siguientes palabras, azuzadas por la retahíla de martinis de los que dieron cuenta.

—Lo que te puedo decir es que hicieron el amor de una manera desenfrenada, como una forma de regresar al pulso del mundo, una vía hacia la vida, aunque nada lograría borrar esa mirada lúgubre con la que salió de la cárcel. Comieron y bebieron de más, una botella de vino tras otra y todos los antojos que se les ocurrieron y que él pudo encontrar en excursiones al centro de la ciudad. Dormían a todas horas, y el viaje hedonista que ella necesitaba pudo reiniciar la maquinaria interna. Se lamieron las heridas hasta que Pol tuvo que volver al puesto que no podía darse el lujo de perder.

El vacío que Ana sentía en su vientre no se disiparía con sexo ni con sueño, era incapaz de ver la luz al final del túnel por estar rodeada de una oscuridad que le provocaba escalofríos. Pensaba en el joven comunista sin saber si sobrevivió, si estaba encerrado o si fue fusilado, e imaginaba las caras espectrales de sus compañeros de encierro sin haberlas visto nunca. Tanto dolor, tanta desgracia en un mundo que se descarrilaba ante los ojos perplejos de la humanidad entera. Toda Europa ardía en llamas y ella solo era una pequeña víctima que, además, tuvo suerte gracias a los vínculos con la dictadura que la torturó. Sentía que todo estaba fuera de lugar, roto, que nada era como debería, mientras sus viejas convicciones se alejaban de ella. Una vez más tuvo miedo, miedo de perderse a sí misma, y no podía dejar que eso pasara.

Un buen día se levantó a buscar por todo el departamento y encontró el nuevo escondite que Pol usaba como caja fuerte, y confirmó sus sospechas: había otros dos lingotes con la insignia alemana y más monedas de oro, así que se rehusó a retomar una polémica que le causaba repulsión. Lisboa estaba infestada de agentes alemanes, era evidente, y que Pol formara parte de ese entramado resultaba intolerable. Empacó un par de maletas con la ropa que valía la pena llevarse, dejó el oro al descubierto en señal de despedida y se dirigió a la estación, resignada al desamparo que le esperaba en Galicia y que, sin embargo, era preferible al vacío que ya se había cansado de cargar. Los lazos que el franquismo tenía con el nazismo

eran quizá más arraigados que las simpatías de Salazar por Hitler, y no tenía ilusiones de que aquello fuera a cambiar. Pero era su casa. No dejaría que nada se interpusiera entre ella y su tierra natal, tendría que hacer un esfuerzo por recuperarla emocionalmente, no solo regresando. Y lo conseguiría.

Castillos de arena (2018-2019)

Uno de los motivos por los que hice a un lado al cine para dedicarme a la literatura fue la idea de no tener que pedir permiso para trabajar. Se puede escribir todos los días sin depender de que los astros estén alineados para filmar, aunque al final también es necesario que el libro exista, igual que la importancia de haber hecho la biblia y el guion del piloto era grabarlo y en el mejor de los casos llevar a cabo las tres temporadas ya esbozadas. No es exactamente lo mismo, porque una novela es una obra en sí misma, aunque no se publique, en tanto que un guion y una biblia son herramientas cuyo único fin es que sean útiles para ser filmadas, pero la sensación de conclusión en ambos casos acaba siendo similar. Ahí es cuando entra la paciencia, saber que las cosas no suceden cuando uno quiere, sino cuando tienen que suceder, y así la vida se me iba en busca de ese balance, mientras construía en una playa desierta esos castillos que sentía derrumbarse en los archivos de mi computadora. Seguía escribiendo *Antes de la revolución* , el proceso de financiamiento para la serie se alargaba hasta la inmensidad y el editor que me pidió los cambios de la épica familiar también titubeaba, mientras yo pasaba cada vez más tiempo con Santiago. La cuestión era el temor a enfrentarse en solitario a las aristas más punzantes de un padre irreconocible tras la lente de Oliveira. Los reportes que le entregó a lo largo de los años estaban desperdigados, y todavía no abría el paquete que recibió con la noticia de su muerte. Nunca me habría dicho que me necesitaba, no era su estilo, pero no había otra manera de explicar mi presencia ahí. Tenía miedo de escarbar más, de lo que escondía la investigación que había encargado hacía casi diez años y que a la muerte del inspector llegaba a su fin de una manera abrupta e inesperada. Por eso dejó de beber, para entrarle con la cabeza templada, pero ni así lo conseguía. Su desesperación era latente.

Las tareas de traducción y corrección de estilo llegaban a cuentagotas, escribía textos ocasionales para revistas y de vez en cuando me pagaban por poner música, pero ya no era suficiente para vivir sin tener que compartir un departamento. Al ver mi necesidad de mudarme Santiago me llevó al Hotel Virreyes, a varias calles de su casa, en el que rentaban cuartos por semanas o por meses enteros a precios realmente bajos. Lo conocía porque años antes usamos una de sus habitaciones para filmar tres secuencias de mi primera película, un

espacio tan amplio que pudimos transformarlo en tres cuartos distintos —buena parte de los interiores en los que se desenvolvía la trama— en un tiempo tan remoto que lo tenía olvidado. Santiago mantenía una relación estrecha con el Hechicero, el gerente que bajo una gabardina negra nos llevó a los cinco cuartos disponibles, de distintos rangos de precio; elegí el segundo más barato, en el cuarto piso y con vista al tráfico de Izazaga, aunque estaba tan alto que apenas se escuchaba el bullicio de la ciudad. Me mudé al día siguiente.

Después de esos primeros brochazos de la vida de Pol en Lisboa no me enteré de más, y sabía que a Santiago no podía presionarlo con el tema, que las cosas debían darse a su ritmo o no se darían. Lo que sí llamó su atención en sus días de sobriedad fue saber que mi abuela conoció a su padre. Ese camino era una manera más sana de reconciliarse con el pasado, y así empezamos a recopilar información sobre sus primeros pasos en México y sobre cómo fue integrándose a la ciudad a través de la amistad con mi bisabuelo. Comimos con mi abuela y nos contó algo, me llevó también con su madre y compramos un cuaderno que yo era responsable de llenar. Ahora recuerdo que Santiago hizo malabares para que la conversación se mantuviera dentro de ciertos límites. Acotaba las anécdotas que nos contaba su madre y cambiaba de tema cuando podían ampliarse a temas que no quería escuchar o que no quería que yo escuchara. Creo que esas andanzas fueron su primera forma de medirme, de saber si podía confiar en mí para escarbar en el mundo descubierto por Oliveira, y en esos ires y venires empezamos otra vez a tomar, primero unas cervezas en la cafetería del Virreyes, en la que antes solía emborracharse con quien se dejara, luego seguimos al mezcal y al primer descuido ya estábamos en mi cuarto comprándole a un díler que también se hospedaba en el hotel. La seguimos en un bar en la calle Vizcaínas, hicimos buenas migas con la dueña, arrasamos con la barra y acabamos en el departamento de Santiago hasta que a las tres de la tarde me quedé dormido. Desperté de noche y solo, bajé a la calle y regresé a mi cuarto hambriento y sin un quinto. Habría sido una bajeza buscarlo de nuevo y pedirle dinero, después de que pagara la cuenta de la noche anterior. Más bien tenía que encontrar la manera de salir de semejante situación tan pronto como fuera posible. La luz de los autos contrastaba con el asfalto de la avenida varios metros abajo, apretados frente al semáforo a un lado de la capilla de Salto del Agua, la construcción colonial que parecía una isla entre el parque vehicular que la rodeaba. La capilla y el hotel eran parte de un rompecabezas que entraba en diálogo con el peatón, cuyos murmullos eran ahogados por los motores en esa noche cerrada; las nubes

reflejaban el gris de la ciudad y bloqueaban la bóveda celeste. El vaho se volvía parte del ambiente elástico y empantanado, el claxon de un autobús dio pie a una cacofonía que me estremeció, y solo podía pensar en el hoyo que se agrandaba en el estómago. Me acosté y a la mañana siguiente le pedí al Hechicero que me fiara el desayuno en la cafetería del hotel, y fue tan amable de abrirme una cuenta que pagaría cuando tuviera dinero, en la que únicamente podía incluir alimentos y bebidas sin alcohol, acorde con lo que significaba mi amistad con Santiago. Ese miércoles volví al bar de Vizcaínas y le confesé a Karla que no tenía con qué pagar la cerveza que me estaba bebiendo en su establecimiento.

—¿De plano andas tan jodido?

—Simón. Época de vacas flacas.

—¿Has mesereado? —me preguntó sin pensarlo dos veces.

—Jamás.

—Entonces no te voy a dar una chamba con la que me vas a quedar mal. Vas a ser mi asistente.

—Va. ¿Y eso qué significa?

—Todavía no sé, pero no puede ser que andes sin un puto clavo, bróder. A ver qué va saliendo.

La abracé y me devolvió el abrazo.

—Esta chela te la invito, y si quieres, otra. Rocky, dos chelas por noche puede tomarse este señor. Va a trabajar conmigo.

El barman me estrechó la mano y dos horas después estaba de vuelta en el hotel.

—No te me desveles hoy, que mañana te necesito al tiro —me dijo de manera categórica—. La operación nocturna la tenemos ya bien armada.

Tanto el trabajo como la paga empezaron siendo mínimos. Idas al banco a depositar o a cobrar cheques, recibir mercancía de proveedores cuando a ella se le complicaba, abrirle a los músicos que tocarían esa noche y ayudarlos con lo que necesitaran. Ese tipo de cosas. Con el hotel a tiro de piedra podía escaparme a la menor oportunidad y seguir con la redacción de la novela o con alguna corrección ocasional, o escaparme al depa de Santiago para desafanarme de mis labores. En esos días consiguió el otro libro de mi bisabuelo, del que mi tía tenía los derechos, en una librería de viejo cuyo dueño se había vuelto su amigo en fechas recientes. Sus lapsos de sobriedad tuvieron como efecto un súbito vuelco a la lectura, a la que se aferró como si fuera el último salvavidas en medio de una tormenta marítima, y empezó a leer de todo. El proyecto en el que estábamos le daba también cierta dirección, por eso le pidió al librero que mantuviera los ojos abiertos ante ciertos temas, incluido el nombre de

Federico Sánchez Fogarty, y en quince días le tenía apartado el que sería su obra literaria más emblemática.

—Yo también quiero uno.

—Lánzate, a ver si te hace el paro. Si no, te lo presto.

Yo sabía que lo tenía mi abuela, pero me habría gustado ser dueño de mi propia copia. Al acercarme al viejo a pedirle otro ejemplar me miró con una seriedad que bordaba con la burla.

—Fue una suerte encontrar ese. Si me topo con otro sería un verdadero milagro.

—¿Cómo?

—Mira, ahí te va cómo es esto. Le he tomado cariño a don Santi, por eso peiné la zona para conseguirlo. No fue fácil. Es algo que hago para clientes a los que les tengo ley, y lo haré por ti por ser su carnal. La cosa es así: yo pregunto en todos lados y eso pone a los colegas en alerta. La llevamos cachetona, y cuando queremos la armamos. En este caso, entre toda la red del Centro solo apareció ese.

Por su cara comprendí que con eso debería reconocer la situación, y la mía le contestó que seguía en las mismas.

—Mira —dijo con un toque de displicencia—, lo más común es que cuando uno hace este tipo de esfuerzos aparezcan tres, cinco, seis ejemplares, o ninguno. Que solo apareciera uno es un golpe de suerte. —Me dio la espalda, abrió un cajón, sacó un cuaderno de los que se usan en primaria y me lo entregó junto con una pluma—. Yo paso el recado, a ver si cae otro. No puedo prometerte nada. Anota un número en el que pueda localizarte.

Escribí mi nombre y mi teléfono y empecé a caminar.

—Oye —dijo antes de que estuviera lejos—. Si aparece no va a ser baras.

—Dale, ahí luego vemos, tú tranquilo y yo nervioso. Lo importante es que aparezca.

A Santiago ese libro le pareció más interesante, una excentricidad a la que le sobran decenas de páginas en las que menciona a personas desconocidas con títulos nobiliarios inventados que no le dicen nada a un lector actual, pero otras descripciones le divirtieron. Se empezó a dar una idea del personaje que fue, de sus varias dimensiones, y eso puso en perspectiva su versión del *Quijote* , su valor, más allá de la mera traducción y los recortes.

Su biblioteca crecía. Ahora había libros por doquier, el angosto librero de su cuarto era ya insuficiente, y su curiosidad pasaba por una amplia gama de géneros. Poesía, historia y un poco de ficción. Tomé la biografía criminal del Negro Durazo escrita por uno de sus subalternos y con una mueca burlona me la resumió. Leía con el único fin de entretenerse, algo que yo llevaba años sin conseguir, y menos

ahora, enfrascado en una novela histórica para la que todavía tenía que leer a montones. Un par de veces a la semana iba a la biblioteca del Colegio de México o a la UNAM , en donde obtuve acceso al fondo reservado en el que guardan los ejemplares viejos y raros, y pasaba horas leyendo y escribiendo o sacando copias para seguir en el Virreyes. Avanzaba unas semanas en la vida de los cubanos en México y volvía a las bibliotecas para continuar, o echaba mano de la red de librerías de viejo, con quienes establecí una buena relación. De esa forma conseguí un par de libros que aparecían en ciertas bibliografías pero que faltaban en las bibliotecas públicas a las que tenía acceso, verdaderos hallazgos, y así arrastré un proyecto que al principio me entusiasmó y que con el tiempo se convertía en un lastre que me vi obligado a cargar hasta acabarlo, porque era impensable abandonar a medio camino. Todo ese trabajo de investigación, de armar la estructura, y todos los esfuerzos de redacción, debían de concluir con el *Granma* saliendo del río Tuxpan para cruzar el Golfo en plena tormenta, antes de lograr una de las hazañas más increíbles en la historia de América Latina. Por más compleja que fuera esa labor de reconstrucción que en un comienzo me pareció emocionante, por más laboriosa, la única salida era alcanzar la meta, llenar todos los huecos en la trama antes de zarpar el barco. En paralelo crecía en mí la convicción de no volverme a inmiscuir en un tema histórico.

Los encargos que me pedía Karla eran a veces un fastidio, pero también podían ser un respiro del encierro en el hotel, un pequeño espacio que se convertía en todo mi mundo y me consumía, en el que me volvía parte del mobiliario y en donde me enfrascaba en largas conversaciones conmigo mismo. Debatía ideas sobre lo que escribía o cantaba o me regañaba. A la habitación más amplia del cuarto piso se mudó un japonés que hacía unos reventones épicos que duraban días, lleno de mujeres guapas y sobre todo viciosas, en los que se instalaba el díler que vivía en el hotel, y que solo salía para rellenar las arcas. Eran situaciones ideales para distraerme y no volverme loco, darle vuelo a la hilacha y a veces correr con suerte y acabar en mi cuarto con una de sus invitadas, que más tarde regresaba a seguir con una fiesta que parecía no tener fin. Siempre que me apersonaba le avisaba a Santiago, y casi siempre venía. Había una magia entre la gente que podía convocar ese duende oriental, una energía que rejuvenecía y que nos hacía sentir más vivos, el tipo de entorno por el que Santiago era capaz de darlo todo.

El día en que íbamos a ver al hijo de uno de los amigos de Pol cuando recién llegó a México, que prometía tener información que podría sernos de utilidad, Santiago consiguió una camioneta y me pidió que lo ayudara a bajar de su departamento un cuadro que yo no

había notado. Era una de tres pinturas arrinconadas y protegidas por un paño gris. La tapó con otra tela que ya tenía lista y la mantuvo más o menos cubierta durante el trayecto.

—¿Y esto qué pedo?

—Mejor ni preguntes.

Nos dirigimos a la colonia Anzures y nos estacionamos frente a una casa antigua venida a menos, lo ayudé a bajarlo y antes de tocar el timbre me pidió que lo esperara en la camioneta. Recibía órdenes no abiertas a discusión. Era la primera vez que lo veía convertirse en esa máquina, concentrado en esa sola acción, envuelto en una seriedad que no permitía la menor ligereza. Había una tarea que cumplir y nada podía entorpecerla. Quince minutos después salió totalmente cambiado, cerró la portezuela con una sonrisa y me dijo «ahora sí písale, padre», y al llegar al restorán pidió un trago y se recargó en el respaldo del asiento con la satisfacción de un emperador romano. Dudo que haya estado al tanto de lo que nos dijo el vástago del amigo de su padre; disfrutó de la comida y del desfile de bebidas y confió en la grabación que inicié casi al momento de tomar asiento. De vez en cuando nos interrumpía para contar un chiste, o se reía de cosas que no tenían ninguna gracia. Era un agasajo verlo de ese humor, en contraste con el maniquí de horas antes.

Invitó la cuenta con billetes de quinientos, regresamos la camioneta prestada y llegamos en taxi al hotel, con la esperanza de encontrarnos con el consabido pachangón en la suite del japonés. La puerta estaba abierta y sonaba una música apacible, a un volumen bajo: pésima señal. El anfitrión dormía profundo en medio de tres mujeres semidesnudas, dos chicas fumaban mota en el sillón de la sala y un pelirrojo sin playera bailaba solo en medio de la habitación, como si estuviera al centro de una pista llena de gente y con la música a tope.

—Ámonos a la chingada —dijo Santiago casi de inmediato, y lo seguí.

Hacía rato que no iba al bar de Vizcaínas en horas de operación. No me necesitaban. En la banqueta, a un lado de la entrada, había tres tipos recargados en la pared, yonquis vagabundos inyectándose una sustancia que podía ser cualquier cosa, una escena que más valía ignorar. La barra ocupaba todo el lado derecho, y en el espacio siguiente tocaba una banda de siete músicos que apenas cabían en el escenario y que juntos producían un sonido funk hip-hopero y tropical que tenía a la gente brincando. Todos los integrantes rapeaban y la única mujer cantaba. Santiago pidió una botella de mezcal para que los tragos salieran de ahí, ahorrando un poco de dinero; nos metimos a la pista con algunos trabajos y brincamos con la raza el resto del

toquín. De vuelta en la barra, luego de beber toda la tarde y buena parte de la noche, me animé a preguntarle por el cuadro.

—A ti qué más te da.

Me llevé el caballito a la boca y miré a otro lado. Arrepentido de su brusquedad me tomó del brazo para que lo volteara a ver.

—Es una herencia. Ni me gustan esos pinches cuadros, por eso no están colgados. De vez en cuando sale una venta y de ahí saco raja.

Asentí sabiendo que no podía empezar un diálogo.

Me contaría lo que quisiera y ahí quedaría la cosa.

Pero era obvio que la situación era más compleja que esa breve explicación.

—Gracias por el paro. Me daba hueva ir solo. Grabaste todo el choro de la comida, ¿no?

—Claro.

—Luego me lo mandas. Hay buen material.

Chocamos los vasos y en eso Karla llegó a abrazarnos.

—De huevos la tocada —le dije al separarnos.

—Son unos chingones. Lo que no puede ser son los pinches yonquis que ya se apañaron la banqueta. Y no los puedo mandar a volar, no me vaya a meter en pedos. Aquí nuuunca sabes.

—No le hacen daño a nadie —dijo Santiago.

—No mames, claro que hacen. Aquí viene banda híper alivianada pero también banda fresa, y sí se espantan. No mames, Santi, si hasta yo me espanto. No chingues. Ese pedo es indefendible.

Él levantó la ceja, le pidió las llaves de la oficina para darnos unas rayas y ella nos acompañó.

—A ver si puedes averiguar cómo le hacemos para que desaparezcan de aquí. Es tu única tarea hasta que la cumplas —dijo viéndome a los ojos antes de aspirar una.

No sabía por dónde empezar. Cuando al fin volví al hotel y pude dormir algunas horas, bajé a preguntarle al Hechicero qué haría en mi lugar.

—Háblale a la policía.

—No jodas. Eso lo pudo hacer Karlita en un minuto. Tiene que ser una maniobra desde adentro, no puede parecer que somos unos rajones. Perdemos toda credibilidad en la colonia si hacemos una mamada de esas.

—Uta, pues entonces no sé.

Hice más preguntas en lugares cercanos, en otro bar y en una taquería, y me dijeron lo mismo. También traté de hacerles conversación, de convencerlos de instalarse en otra parte, y nada más me dieron lástima. Apenas balbuceaban. Es probable que ni siquiera supieran en dónde estaban. Además, no siempre eran los mismos. La

calidez del bar logró que vieran ese espacio como una clase de guarida, en donde convivían con gente sin tener que interactuar de ningún modo. La cosa no estaba fácil. Karla escuchó lo que me recomendaron tres gerentes de la zona, y su respuesta fue muy similar a un regaño, justo lo que me temía. Esa vía no era posible. Entonces, en vez de preguntar qué harían en esa situación, lo que pregunté fue si había alguien que estuviera a cargo de la zona de una manera, digamos, extraoficial; quería saber si había algo así como un líder sindical, y ante eso llegué a dos respuestas: el cartel La Unión decidía todo lo relacionado a cualquier tipo de estupefacientes, y el equivalente al líder que buscaba era el mero mero petatero de plaza Meave, que controlaba todo lo demás. Tratar de hablar con los narcos jamás sería una opción, así que me dirigí a la puerta de lo que me dijeron era la oficina de ese hombre supuestamente tan poderoso.

—¿Sí?

—Buenas tardes —dije nervioso—. Quería ver si podía hablar con el señor Flores Cruz.

—¿Para qué asunto?

—Trabajo en un bar aquí en Vizcaínas, y tenemos un problema con un grupo de jóvenes que ocupan la banqueta y nos espantan a los clientes.

—¿Tiene cita?

—No. ¿Puedo sacar una?

—Pérame.

El guardia cerró la puerta y esperé recargado en la pared. Las manos me temblaban, no sabía si lo que estaba haciendo era prudente, acaso fuera mejor irme de allí. Podía ser una locura, un atrevimiento por el que podrían castigarme: todas las opciones se me revolvían. Eché un vistazo a los lados, listo para salir corriendo si se me acercaba alguien sospechoso, mas la gente alrededor estaba inmersa en la rutina de las calles aledañas a Eje Central, la muchedumbre obsesionada con el comercio. Estaba a punto de irme cuando se abrió la puerta y el guardia me dejó pasar a una suerte de laberinto dentro del edificio que alberga a la plaza. Caminé unos cincuenta metros por un pasillo angosto que doblaba a la derecha hacia unas escaleras igualmente angostas, doblé a la izquierda y me detuve ante unos barrotes. Estaba más nervioso que antes: ahí ya no podía correr, no había un solo testigo que supiera dónde estaba, podría desaparecer y nadie sabría de mí. Otra vez pensé en escapar, en que tenía que haber otra salida, cuando el sonido de un interruptor me hizo brincar del susto. Había cámaras en cada esquina y una pegada a los barrotes. Alguien me observaba. Empujé las barras de metal y seguí por un pasillo similar al de abajo, de nuevo doblé a la izquierda y me detuvo un gigante.

—De espaldas, por favor —dijo en un tono desprendido de toda carga emotiva, la voz de quien solo cumple una función. Revisó que no tuviera armas y me dejó seguir, hasta llegar a un espacio más amplio, en el que había una puerta más y un escritorio que fungía como custodio, tras el que una secretaria me miraba interrogante. Imaginé que ella sabría que mi presencia ahí era un error, que estaba fuera de lugar, que no t enía idea de dónde me estaba metiendo. Repetí la explicación, bajó la vista a su libreta y preguntó:

—¿Solo trabajas ahí?

—Sí.

—¿No eres el dueño?

—Soy su asistente.

—Tiene que venir el dueño.

—La dueña. Es mujer.

—Como sea.

—Por favor déjeme hablar con él. Mi jefa está muy ocupada.

Sus ojos me acribillaron antes de verse forzada a deletrear lo que para ella era obvio. ¿A quién creía que buscaba? ¿Quién podría estar más ocupado?

—Tiene que venir ella. Hasta luego.

Y otra vez bajó la vista. No había más que decir. Mi oportunidad se había esfumado, y lo único que se esperaba de mí era que siguiera las reglas. Anduve los pasos que me separaban de la salida con una creciente sensación de alivio. Hice todo por lograr mi cometido y las cosas simplemente no se dieron. No había más. El siguiente paso era buscar otra manera de resolverlo, pero ahora con ayuda de Karla, seguro de que no se pararía en ese lugar ni por error.

—¿Tengo que ir yo? —me preguntó en la oficina.

—Eso dicen.

Tomó su cartera y sin chistar se dirigió a la salida.

—Vamos, vente.

Por un momento quedé inmóvil. No quería volver.

Al darse cuenta de que no iba tras ella se detuvo y me volteó a ver con una gravedad que reprochaba mi cobardía. Seguía sin moverme.

—Ándale, cabrón, no tengo todo el pinche día.

Si estaba dispuesta, no había otra opción más que acompañarla.

—Qué desmadre esto, eh —dijo mientras caminábamos hacia la plaza—. Este país es una mamada. Seguro me van a querer bajar un varo, pero ni pedo. Si varo es lo que quieren seguro podemos llegar a un acuerdo. ¿Entonces ni siquiera conociste al tal Flores?

—No, pero dicen que no le gusta que le digan Flores. Es el señor Flores Cruz, así completo, con los dos apellidos.

—¿Neta? Qué mamón.

—Dicen que es un homenaje a los Flores Magón. Como se enteró de que sus descendientes ya juntaron legalmente el apellido, él hizo lo mismo. Ya legalmente su primer apellido es Flores Cruz, y el de toda su familia.

—Órale, qué ilustrado el hombre.

—Más bien está conectadísimo por acá. La lleva bien con el bisnieto de uno de los hermanos, que regentea la casa del Hijo del Ahuizote, atrás del Templo Mayor.

—Sí, lo conozco perfecto. Qué cagado. Ahí imprimimos los carteles de las bandas que vienen a tocar, cuando es un evento choncho, porque es caro imprimir ahí; digo, más caro que en otras imprentas, pero con mucha onda. Unos diseños de huevos. Hay varios enmarcados en la oficina y en el pasillo.

—Los he visto.

—Pues esos. ¿Algo más que deba saber?

—Eh… nada. Bueno, la verdad no sé. Como ni siquiera pude hablar realmente con nadie, es como si fuéramos por primera vez.

Llegamos, toqué y el tipo de la entrada nos volvió a dejar afuera unos minutos. Me sentí mejor acompañado. Le acepté a Karla un cigarro y los nervios se diluyeron con el humo del tabaco. La música que salía del local de enfrente le daba un toque de fiesta a una situación tensa, bocinas en venta que no llegaban a tronar por más que le subieran, que arrastraban consigo la coherencia de ese gran circo que se desenvolvía en torno nuestro, en el que la compraventa se convertía en un rito ceremonial aderezado con punchis punchis de barrio. En eso se abrió la puerta, tiramos la colilla al suelo y Karla entró primero. Di un paso adelante y el tipo cruzó el brazo para bloquearme la entrada.

—Nada más puede pasar una persona.

—Ya hablé con la secretaria del señor Flores Cruz. Nos está esperando.

—Nada más puede pasar una persona —repitió en el mismo tono.

—No hay pedo, ahí vengo. Aquí espérame —dijo Karla y el tipo me cerró la puerta. Me avergoncé de no poder acompañarla, en una situación que estaba fuera de nuestro control, en la que no había más que hacer caso. Me acomodé en la banqueta y me recargué en la pared bajo el rayo del sol. Qué carajos estaba haciendo ahí, en una vida que solo me correspondía porque la arrebaté, porque me impuse, y en ese instante se me reveló mi posición ridícula, a la deriva en un mundo en el que debería de estar haciendo otra cosa. Quizá era tiempo perdido, aunque también cabía la posibilidad de que el futuro fuera

absolutamente opuesto al que imaginé hasta ese punto de mi vida. Si dejaba de pensar en lo que yo esperaba de mí y en lo que la gente a mi alrededor esperaba que hiciera, si de una vez por todas evitara darle seguimiento a un guion impuesto por ideas preconcebidas y por algunos prejuicios sociales, las opciones que podrían abrirse frente a mí serían como un abanico de una amplitud inmensa, y este momento equivaldría a un punto de partida. Dentro de tal escenario, todo representaría una nueva posibilidad. Si cambiaba de chip no había nada que pudiera detenerme. La clave era no ver el cambio como una traición al destino, sino como una liberación, o una purga. La clave era aprender más y en otras direcciones y traicionar cada vez que fuera necesario. Librarse de las ataduras y de todo lo predestinado. Tal vez en aquella senda estaba la realización, pero ¿qué significaba eso? Si a este mundo venimos a aprender, cada cambio de rumbo es una nueva apuesta para ahondar en lo que no sabemos. Para crecer. Me encontraba entonces justo en el lugar en el que tenía que estar, fuera del laberinto del señor Flores Cruz, al son de un techno-infierno para darse un tiro y con el rayo del sol en la cara, a la espera de saber si nos libraríamos de una bola de yonquis. Qué carajos estaba haciendo ahí.

Vi la puerta abrirse y a Karla salir con parsimonia. Me levanté de un salto en lo que ella encendía otro cigarro.

—¿Quieres?

Negué con la cabeza y emprendimos el camino de vuelta con más calma. Le dio un par de caladas antes de hablar.

—A toda madre el gordo, la neta.

—Cállate, no mames. Que no te vayan a oír.

—Serénate, no pasa nada. Ya hasta nos volvimos compas.

—¿Neta?

—Obviamente no, pero le caí bien. Que una pinche güerita tenga su bar aquí al lado y se le plante enfrente para pedirle un paro le pareció un detallazo. No me pidió ni un centavo, quiso saber de qué iba el antro y al final me dijo que ya no me preocupara, que si volvían a aparecer regresara a verlo.

—Qué maravilla.

—Amerita un mezcal.

Esa noche, por arte de magia, la banqueta se había despejado.

En los días que lo dejé de ver, Santiago se mantuvo ocupado. Me envió un mensaje de texto que decía: Pol Espasí = Príncipe de Vigo y Gran Inquisidor del Imperio. Llegué a su departamento para ver el nombre de su padre en una de las listas en las que mi bisabuelo consignó a los invitados de sus famosas fiestas, a un lado de su título nobiliario: la prueba indiscutible que estaba buscando, un elemento

que lo empujaría a redoblar esfuerzos para recrear algunas partes de su vida, cuando recién llegó a México. Visitamos a la tía Magas, hermana de mi abuela, y fuimos también al asilo en el que un amigo de Pol, diez años más joven, pasaba el ocaso de su vida. El armado del rompecabezas avanzaba y cada vez dedicábamos más tiempo a llenar el cuaderno de notas y a grabar entrevistas, mientras se formaba frente a nosotros una imagen de Pol más gentil. Por ejemplo, en palabras de mi abuela, siempre fue amable y cariñoso con ella y sus amigas, y a pesar de llevarles varios años, las sacaba a bailar y las hacía reír.

Descubrimos también a un grupo de catalanes a los que Pol frecuentó poco después de haber desembarcado, rastreamos al par de sobrevivientes, y aunque ya había un nutrido grupo de familias gallegas expatriadas en México cuando él llegó, nunca se acercó a ellas, quizá para mantener un bajo perfil. Fue la única época en que nuestra amistad no estuvo basada en el reventón. Nos podíamos tomar un par de chelas o un vino en las pláticas de aterrizaje después de una entrevista, sin desvelarnos, para al otro día seguir con la cada vez más visible pista que dejó su padre en este país. Yo estaba cerca de terminar la novela histórica, y con los encargos de Karla no tenía tanto tiempo, mientras que él se dedicó a hurgar más en el material que íbamos acumulando. El cuaderno se quedaba en su departamento y él a veces se animaba a hacer anotaciones, por lo general escuetas, y siempre ligadas a una de las fuentes que ya teníamos. Así encontró lo que parecía ser la autobiografía de don Archibaldo Burns, un nombre que también aparecía en las listas de Tito, cineasta y escritor, adversario sentimental de Octavio Paz y Luis Buñuel. En el *Botafumeiro* , un libro de recuerdos y anécdotas de su vida escrito en un estilo que borda lo pomposo, dimos con fragmentos que embonaban y que ampliaban lo que ya teníamos armado, otro verdadero hallazgo al que llegó gracias a las bondades del viejo librero que seguía sin encontrar el ejemplar que le pedí. Por medio de charlas en las que yo no participaba, el viejo estaba al tanto de lo que estábamos haciendo, y cada tomo que llegaba a sus manos y que tenía que ver con la época o el tema era apartado para que Santiago le echara un primer vistazo. Así dio también con la antología dialogada de Gallo y Padilla sobre once heterodoxos mexicanos, en la que Tito aparece como ensayista, y terminamos por sacarle copias a la correspondencia que todavía guardaba mi abuela y a los textos para publicaciones periódicas. Imprimimos los escritos disponibles en la red que estaban sobre todo dedicados a su labor de pionero de las relaciones públicas, y todo lo organizamos de manera cronológica y lo dividimos en dos: lo que pertenecía a Pol y lo que pertenecía a Tito.

La cuestión era entonces qué hacer con toda esa información. Santiago quería que entre los dos hiciéramos un documental más enfocado en mi bisabuelo que en su padre, que no cruzara las fronteras mexicanas, y en principio me gustó la idea. Lo último que buscaba era embarcarme en la escritura de otra obra histórica, que además tendría que llevar a cabo solo, porque Santiago no iba a sentarse a escribir. En cambio, sí podíamos hacer un documental juntos. Yo nunca había dirigido uno, pero sí pasé por Artegios, la compañía productora y distribuidora de documentales a la que le dediqué poco más de tres años, especializada en el género, y a partir de ahí tenía una idea bastante clara de lo que implica dirigir una obra de ese corte. Podría delegar varias responsabilidades, y la experiencia financiera de Santiago sería útil a la hora de levantar el proyecto. Teníamos las voces grabadas, aunque no siempre en la mejor calidad de sonido. Por ejemplo, el audio del restaurante con el hijo de uno de los amigos de Pol sería difícil de rescatar, a la madre de Santiago no siempre la grabamos y la voz de la tía Magas se escuchaba lejana. Habría que repetir varias ya con una cámara y un par de luces, y habría que armar la investigación iconográfica y lo que pudiéramos encontrar filmado o en video. Que mi tía Susy tuviera los derechos de adaptación del libro de Tito en el que habla de las fiestas y en el que cita aquellos nombres y títulos inventados no quería decir que no pudiéramos llevarlo a cabo en formato documental. Es más, quizá hasta podríamos involucrarla; era probable que le interesara participar en la producción, pues hacía tiempo que no sabía nada de su intento por escribir un guion a partir de esas páginas. Había potencial. Sin embargo, para que un proyecto basado en eso funcionara, era necesaria una fuerte dosis de creatividad a la hora de dramatizarlo, en el caso de la ficción, o de estructurarlo, en el caso del documental. Sería un reto que podríamos enfrentar entre los tres.

La rutina de mis días en el Centro se había estabilizado. El japonés ya no estaba, y en su lugar desfilaba por los pasillos del Virreyes una fauna que no dejaba de ser alucinante: dos chicas que estudiaban en el claustro de Sor Juana pero que en realidad vivían de noche, igual que el japonés pero sin presupuesto; un artista que no salía de su habitación, y que al hacerlo no cruzaba miradas con nadie; un periodista de *La Jornada* especializado en las historias del narco, que quizá estuviese investigando a La Unión, y que usaba ese espacio más como oficina: pocas veces pernoctaba; una pareja disfuncional que se peleaba en todas partes y a todas horas, a gritos y a veces a golpes; un mimo; y una septuagenaria que vestía de largo y se cubría de una insana cantidad de maquillaje, cuya mente estaba a punto de perderse: nadie quería acercársele.

Las piezas que ahora conformaban el hotel ya no embonaban. Algo imperceptible había cambiado. Lo que antes fue un lugar armónico se transformó en un purgatorio, una tensión que podría explotar en cualquier momento, cada una de las partes ajenas entre sí.

En esos días llegó un emisario de Flores Cruz a pedirle a Karla que se presentara en su oficina tan pronto como le fuera posible.

—Ahí viene el chingadazo —me dijo en cuanto él se fue—. Era obvio que en algún momento me cobraría el favor. Qué pendeja. Yo creyendo que era solo por buena onda. Ahí vengo. Voy de una porque la curiosidad me mata.

—Te acompaño.

—Para qué, si ni te van a dejar pasar. Ahorita regreso.

—¿Segura?

—Si ese vato quisiera hacerme algo no habría nada que pudieras hacer.

Tenía razón. Los tentáculos de alguien como él eran más largos y poderosos de lo que nos hubiera gustado aceptar. La esperé mordiéndome las uñas, un poco sorprendido por mi agitación. De esa entrevista podía salir cualquier amenaza a un lugar con el que ya me había encariñado y del que, además, económicamente hablando, dependía.

En ese rato recibí el pedido de refrescos para toda la semana, y cuando estábamos a medio descargar, regresó; cruzó como bala, sin siquiera saludar al repartidor, y se encerró en la oficina. Acabé de acomodar las cajas, cerré la entrada a la calle y toqué a su puerta antes de entrar. Me abrió alebrestada y con un cigarro a medias.

—Ya valió madres este pedo.

—Qué pasó.

—Uta —dijo antes de soltar la bomba—. Quiere que dejemos entrar a uno o dos tipos del cartel para que puedan vender sus chingaderas aquí adentro. Dice que van a ser muy discretos, que no lo vamos a notar, y que no somos los únicos.

Me quedé atónito. Continuó:

—Dice que es parte de una tregua que tuvo que hacer con ellos, que tampoco le gusta la idea, pero que es esto o la guerra, y que él no puede pelearse con ellos. Que lo destruyen, y a nosotros ni te cuento. No hay pa dónde hacerse.

Me senté con el peso de la frustración a cuestas, Karla caminando de un lado a otro del pequeño cubículo.

—También podría ser que no me esté diciendo toda la verdad, que en realidad ya forme parte de La Unión o que sean socios, y eso de que se lo están imponiendo sea pura mamada.

Largas caladas al tabaco hacían que se consumiera rápido, y

enseguida encendía otro.

—Sea lo que sea, eso fue una orden. No era una pregunta ni una sugerencia.

La miré desconcertado hasta que tomó asiento.

—¿Y entonces? —pregunté cuando guardó silencio.

—No sé. No sé qué chingados. Los tengo que dejar pasar y los tengo que dejar vender. Y yo no sé qué va a pasar después, qué chingados sigue. Si les abrimos la puerta, ya nunca nos los quitamos de encima. Puta madre.

El primero llegó tres noches más tarde y se instaló a la salida del baño, sin anunciarse ni pedirle permiso a nadie, como si fuera el dueño. Ofrecía tachas y perico en una voz discreta que no pretendía esconderse, un tono eficiente sin ser disruptivo, y frente a un interesado la transacción sucedía ahí mismo, sin tapar nada. Karla reunió al personal el mismo día en que nos enteramos de lo que iba a pasar, explicó la situación y dijo que si alguien quería renunciar ella entendería, pero todos se quedaron. Estábamos listos y las primeras noches las cosas fluyeron como de costumbre. Luego llegó una chava y así ambos podían operar dentro de cada baño, guardando un poco de recato que finalmente daba igual. Su misión no era pasar desapercibidos, sino al contrario.

La noche en que llegamos ya con un par de pomos de mezcal circulando dentro del organismo, Santiago celebró la comodidad de poder comprar drogas abiertamente en su bar de confianza. Ni traté de explicarle el potencial de riesgo que tenía una situación como esa, y además no fue necesario: lo comprobaríamos minutos después. Veníamos de pasar la tarde en su departamento discutiendo sobre todo tipo de temas. En cada instancia, a la hora de los detalles pensábamos distinto, algunas veces de manera opuesta. Él quería mezclar las entrevistas con dramatizaciones, fragmentos que involucraran ficción con actores, vestuario y locaciones de época, lo cual elevaría el costo y en mi opinión le restaría seriedad, sobre todo porque recrear de manera convincente lo que fueron las fiestas de mi bisabuelo sería una empresa difícil, si no imposible. El peligro de ridiculizarlas era muy alto, un riesgo innecesario que podría duplicar el presupuesto, pero él no lo quería entender. Aunque las andanzas de su padre serían más sencillas, un rodaje que implique una época —en este caso la posguerra en la Ciudad de México— es costoso y complicado. Y no solo discutíamos sobre el proyecto que en teoría íbamos a codirigir. Tampoco estábamos de acuerdo sobre películas y documentales que podríamos usar de referencia, e incluso chocábamos en temas literarios. El que para mí era un libro excepcional él lo tildaba de chatarra, y, a su vez, algunas de sus lecturas me parecían infantiles. La

discusión se acaloraba con cada mezcal y yo a veces callaba, aunque por dentro me carcomiera el coraje. Me tildó de pocos huevos, de encubrir una tibieza creativa en la que no arriesgaba nada; hablaba de más y echaba mano de toda la crítica de la que era capaz. En una ida al baño respiré profundo y me propuse desacelerar el encono, tratar de parchar las cosas, y antes de que pudiera decir algo le subió a la música y se puso a bailar de espaldas a mí, como niño chiquito. Claro que el alcohol no ayudaba; ambos seguimos tomando y nuestras voces se elevaron por encima del par de parlantes que sonaban duro, y llegó el momento de quiebre en el que ya no pude más. Inventé que esa noche tenía que ir al bar, y en lo que guardaba el tabaco y el encendedor, se cambió de camisa y tomó sus llaves.

—Vamos —dijo dando los primeros pasos hacia la salida. Yo no lo podía creer.

Caminamos callados durante las primeras cuadras, y al llegar al bar estábamos de nuevo enfrascados en un pleito que ninguno estaba dispuesto a soltar. Tal vez era una manera inconsciente de saber si podríamos trabajar juntos a pesar de nuestras diferencias, con la borrachera encima y el pase que compró en el baño casi llegando, y así entramos al tema de cómo financiar la película. En vez de aprovechar sus conocimientos, hacer una carpeta con lo que ya teníamos y un plan para buscar financiamiento por medio de los canales correspondientes, en fondos nacionales y extranjeros y en diversos festivales de cine o asociaciones que apoyaban ese tipo de proyectos, él quería que nos fuéramos por la libre y lo pagáramos nosotros.

—¿Cómo chingados? —pregunté casi gritando, harto de sus necedades y de su actitud. Me dejó de causar gracia que aparentara que nada le importaba. Me sacaba de quicio que pensara que podía darle la vuelta a una industria que yo conocía mejor que él, porque se puede hacer cine con poco, pero el nuestro no era un proyecto barato. No teníamos ni idea de cómo buscar el material iconográfico que necesitábamos; por eso, como mínimo, un equipo de investigación era esencial, gente especializada que no movería un dedo sin un sueldo que duraría meses. Su respuesta fue lo que me temía.

—Lo voy a pagar yo.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo?

—Tú no te preocupes por eso. Yo pongo el varo —dijo, recargado en la barra, antes de acabar con otro caballito de mezcal.

—¿Con esos cuadros que ni me has querido enseñar?

—Te vale madres con qué. Yo lo pongo.

—Nel. Quiero saber de dónde viene esa lana. Esto tiene que ser transparente.

—No seas puto. Lo que importa es conseguirla, y ya te dije que yo la consigo.

—Eres una mamada.

Dio un paso hacia adelante y me picó el pecho tres veces con el dedo índice, al decir lentamente:

—Tú, a mí, me la pelas.

—Mira nomás quién habla. No tienes los huevos de darle un buen llegue al tema de tu jefe pero al de las fiestas sí le entras y hasta lo patrocinas. Eso sí es tibieza creativa, pa que veas.

Abrió los ojos de par en par y en un arranque de furia me tiró un golpe a la cara justo en el momento en que otra trifulca venía de la pista. Me rozó el pómulo y una bola de gente nos empujó contra la barra. Sentí un dolor en la espalda y empujé de vuelta para no ser aplastado, y solo pude ver un borbotón de sangre saliendo de la cara de alguien al pasar. El díler continuó la golpiza en la banqueta y nadie se metió a separarlo. Pateó al chavo que ya estaba tirado y ensangrentado hasta que se dejó de mover, luego subió la vista y dijo en un susurro ensordecedor:

—Pa que vean lo que sucede si se pasan de listos. Aquí solo vendemos nosotros.

Le escupió antes de volver a entrar y el tumulto se dispersó, unos de vuelta al bar y otros de plano se fueron. Karla se acercó al herido, comprobó que respiraba y al buscar con los ojos a un aliado dio conmigo.

—Vámonos al hospital —imploró conteniendo las lágrimas, en un estado de fragilidad que me llenó de tristeza. Paré un taxi y antes de subir vi a Santiago alejarse por la banqueta, de espaldas y sin voltear atrás. Al llegar a Urgencias le pidieron a Karla que pasara a una oficina a llenar un formulario con el que no iba a poder, al no tener idea de los datos del herido, y mientras aguardé en la sala de espera, ya sabiendo que los golpes no fueron tan graves como suponíamos, fui consciente de que esa noche se rompió algo que ya no se repararía. Algo indescriptible pero certero, y nada volvería a ser igual. El encanto que alguna vez reinó en el bar fue opacado por fuerzas que iban más allá de la golpiza. En cuanto a Santiago, pensé en las tantas horas largas de trabajo para algo tan intangible, que ahora permanecía en el limbo de su necedad. Era una locura depender de él para algo que involucrara un compromiso serio, pero al menos podía recurrir a la memoria. Me pregunté si podría prescindir de los documentos y de las voces, si lo que sabía era suficiente, y solo había una manera de averiguarlo.

Tercer Imperio Mexicano (1901-2013)

Poco se sabe sobre la llegada de Pol a México. Lo más probable es que arribara al puerto de Veracruz, como tantos otros inmigrantes en aquella época, que desde la Guerra Civil española no dejaron de entrar, pero no hay datos concretos. Para 1945 ya estaba en la capital, pues la foto más antigua que se conserva de él en México es de fines de ese año, en una calle del Centro Histórico, cerca de una pensión para refugiados. Da la impresión de que tan pronto puso un pie aquí navegó con esa bandera, la de un hombre huyendo de las consecuencias de la guerra, y aunque había mucho de engaño en su postura, también había una parte de verdad. Sin Guerra Civil y sin Guerra Mundial su vida no habría sido esa; quién sabe lo que Pol pudo haber sido, y la necesidad y la supervivencia hicieron que afloraran comportamientos que, en otro contexto, es probable que permanecieran dormidos. Que no fuera un desprotegido no le impidió hacerse pasar por uno, celoso de un pasado que nunca contaba, y así la gente que se relacionó con él pensaba en tragedias familiares que convenía callar.

En ese entonces la Ciudad de México tenía una población de alrededor de dos millones de habitantes. Era el punto cumbre de la época de oro del cine mexicano, los muralistas estaban en todo su esplendor, Agustín Lara tocaba el piano y André Breton llamaba a México el país surrealista por excelencia, embriagado por el sentido de las mentadas de madre explicadas por Octavio Paz. El tránsito fluía en toda la ciudad y a cualquier hora, los parques y las alamedas eran el foco de su población, las distancias eran caminables y en el Centro Histórico se concentraban prácticamente todas las actividades productivas. La ciudad brillaba en sus monumentos y en sus arboledas, en una armonía urbana de la que apenas se tiene memoria, lejos del caos de las décadas posteriores. Se empezaban a construir los primeros multifamiliares, se pavimentaban las avenidas Insurgentes, Chapultepec y Obrero Mundial, y arrancaba también la obra de

Ciudad Universitaria, en un paraje alejado de lo que constituía la ciudad. El plan urbano se expandía y la metrópoli bullía.

Hay otra vieja fotografía de aquellos años, en la que Pol está frente a un tablero de ajedrez. Ignoro si lo practicaba desde España, desde sus días en Portugal o si vino a descubrirlo a México; lo que pudimos averiguar es que poco después del desembarco, ya era miembro de un club de ajedrez para españoles republicanos sobre Isabel la Católica, en donde hoy se encuentra un estacionamiento. En la foto tiene la mirada fija en su posición desventajosa, abandonado en la partida, sin percibir la cámara que lo retrató vistiendo traje y corbata, antes de cumplir los treinta años. La luz que entra por la ventana ilumina las piezas de un lado y dibuja largas sombras del otro, en una composición fantasmagórica y bien contrastada.

Tampoco se sabe mucho de sus actividades durante esos primeros meses, fuera de lo poco que esos registros fotográficos nos puedan decir. La conclusión más lógica es que sobre todo se dedicó a observar, a analizar cuál sería la mejor manera de invertir el capital que trajo consigo desde Portugal, y que todo parece indicar que logró meter a México intacto. Además de conseguir información para agentes o autoridades, Pol sabía de restaurantes, así su mente se enfocó en ese rubro para continuar con una vida que parecía truncada. Quizá tomó un trabajo de mesero en lo que abría su propio lugar, porque, aunque tal vez no lo necesitaba, habría sido una manera de acercarse al oficio para empaparse de las costumbres locales. La primera noticia que sobrevive hasta nuestros días es que en algún momento de 1947 o 1948 abrió un local en la calle de Bolívar, cerca de República de Uruguay, con solo cuatro mesas y una carta limitada de platillos de comida gallega. Desde entonces quedó desterrada la influencia portuguesa: en vez de sacarle provecho a la cocina que mejor conocía, volvió a sus orígenes. Tampoco sabemos si los gastos en los que incurrió fueron costeados en metálico, en oro o, quizá, en una mezcla de ambos. Lo que es un hecho es que parte de su maduración al llegar a México fue afinar sus facultades de administrador, dedicándose a crecer el capital a partir de ese primer momento, con mucho éxito.

Las cosas marcharon bien hasta que su presencia en territorio nacional entró en el radar de la oficina de migración. Después de cuatro años con visa de turista, ya con un comercio propio, le notificaron que tenía días para salir del país si no quería ser deportado. Parte de mi investigación para *Antes de la revolución* estuvo centrada en Alberto Bayo, quien se encontró con el mismo problema después de años de haber llegado, y cuya solución fue la misma que para Pol, aunque sus casos difieren en los detalles. Lo que ambos

supieron después de sortear los tortuosos pasillos de la burocracia mexicana fue que la única manera de permanecer aquí sería declarándose refugiados políticos, para quienes las puertas estaban abiertas. Pol solo tuvo que cambiar su estatus migratorio. El caso de Alberto fue un poco más complejo por haber usado la nacionalidad cubana de parte de su madre para entrar a México, en un esfuerzo por desentenderse de la española y así dejar de pertenecer al país comandado por el generalísimo. Muy a su pesar, se vio forzado a hacer el cambio de vuelta a la española. Una de las grandes diferencias entre ellos es que Pol, mucho más joven, no luchó en la Guerra Civil, y si de algún bando se hizo pasar fue el de los militares rebeldes que acabaron ganando. Pero él buscaba quedarse en México, y fiel a su camaleónica personalidad haría lo que fuera para lograrlo. La distancia que aleja a ese par es enorme: uno, general bajo el gobierno republicano, acabaría por entrenar a los cubanos que eventualmente derrocarían al régimen de Fulgencio Batista; el otro era un advenedizo que velaba por sus intereses y que pronto se uniría a la pequeña burguesía del país que le dio cobijo. Bayo cambió su estatus hablando con la gente que podía ayudarlo, que lo conocía y tenía una idea de lo que fue su vida hasta entonces; por el contrario, hay una alta probabilidad de que la vía de Pol fuera el dinero. Carecía de contactos y no le convenía que se indagara en sus acciones antes de pisar tierra azteca. La salida más rápida, la más eficiente y la más común en México era el soborno, y Pol entendía bien ese juego.

De ahí en adelante pasaría por exiliado republicano cuando la situación lo obligara a etiquetarse. Pese a haber sido una suerte de imposición, la causa republicana vendría a favorecer su vida, y aunque en los años de esa guerra fue apenas un adolescente, se apropió de ese emblema como si siempre le hubiese pertenecido. No era un tema que le gustaba tratar, más bien lo usaba como su última carta en momentos críticos, según recuerdan su esposa y otros de sus contemporáneos.

Sorteado ese obstáculo, ya con los pies mejor plantados, se abocó de lleno a hacer que el negocio prosperara, y se mudó a un local más amplio en la calle Madero a fines de 1949. Al principio le costó trabajo llenar las once mesas en los días de mayor afluencia, luego se amplió la clientela recurrente, dado su empeño y el conocimiento que tenía del negocio, y al poco tiempo rentó también el espacio aledaño, tiró la pared y el lugar creció al doble, ya con un gerente encargado de la operación y él en incesante movimiento entre las mesas y la oficina de contaduría. Después contrató a un administrador y más tarde a un supervisor general, dándole por primera vez la posibilidad de no tener que presentarse al restorán

todos los días. Empezó a invertir en otras empresas y expandió también un círculo social que durante años fue casi inexistente, tanto para esconder su historia como para enfocarse en el negocio. Una de sus obsesiones durante los primeros años en que el lugar funcionaba como reloj fueron las mujeres. Salía dos o tres veces con una, luego cambiaba y enseguida salía con otra más, en una sucesión interminable de jóvenes guapas a las que mimaba y a quienes hacía sentir tan especiales que el día en que dejaba de verlas no daban crédito. Aficionado a los mejores establecimientos de la bohemia urbana, tenía un olfato indiscutible para encontrar el lugar idóneo para cada noche y cada pareja. Fue en esos tiempos cuando se topó con un entorno difícil de imaginar en México.

Nadie recuerda cómo llegó a su primera fiesta. Una posibilidad es que la afición por la música lo llevara a Casa Víctor, en el número 35 de la misma calle Madero, en donde Federico Sánchez Fogarty era una presencia recurrente, aunque, a decir verdad, me costaría trabajo creer que la invitación a una de esas fiestas se diera solo por su propensión musical y que surgiera así, en un lugar público como Casa Víctor. Cabe la posibilidad de que platicaran, que incluso se cayeran bien, pero dudo que un encuentro fortuito de esa naturaleza diera pie a una invitación formal. Otra opción es que una de sus conquistas lo invitara como pareja, o que Pol conociera a alguno de los más cercanos a Tito por la vía empresarial, o acaso por el restaurante; que fueran amigos y que en un arranque de buena voluntad se animara a proponerlo como invitado en una de las reuniones previas a cada fiesta, y que el consejo lo aprobara simplemente por venir bien recomendado. Sea como fuere, la noche en que vestido de etiqueta puso un pie en el Patio Imperial y vio a un señor que dirigía a una orquesta inexistente frente a la pista de baile, su vida en el Distrito Federal dio un vuelco.

Federico Sánchez Fogarty nació en San Luis Potosí el 6 de julio de 1901, el mayor de seis hermanos cuyos padres, Federico Sánchez Andalón y Marie Francis Fogarty O'Neill, también conocida como Minnie, venían de lugares muy distintos. Su madre nació en Lowell, en el estado norteamericano de Massachusetts, en una familia que salió huyendo de la hambruna de las papas que a mediados del siglo XIX forzó a cientos de miles a emigrar de Irlanda. La papa, originalmente americana, producía dos veces más calorías que el grano, era barata y fácil de cosechar. En cien años, de 1750 a 1850, la población europea se duplicó gracias a ella, y en septiembre de 1845, cuando granjeros de toda Irlanda notaron una nueva enfermedad en las hojas de la planta, junto con un fuerte hedor a podredumbre, un tercio de la población dependía casi exclusivamente de ella para sobrevivir: tres millones de personas. El hongo que causó la tragedia llegó dos años antes desde Estados Unidos, como si el nuevo mundo reclamara la presencia de aquellos inmigrantes del otro lado del Atlántico, y la negligencia del gobierno británico hizo que los estragos fueran irreversibles en el corto plazo. En ese entonces Irlanda era una colonia más del Imperio, los católicos pobres eran discriminados por los protestantes de ascendencia inglesa o escocesa, tenían prohibido comprar y vender terrenos y por eso dependían de terratenientes que buscaban despojarlos de sus territorios. La hambruna representó para los protestantes la perfecta excusa para apropiarse de las vastas extensiones de tierra que los humildes campesinos ya no estaban en condiciones de mantener. Los católicos morían a montones, con tantos muertos que incluso se veían forzados a saltarse los ritos funerarios, y quienes todavía contaban con algo de valor lo vendían para comprar un pasaje en barco hacia América, en buques de carga que se usaron para transportar pasajeros en las peores condiciones posibles. Era común que un veinte por ciento de los viajeros muriera en el camino, y en ciertos casos las bajas superaron el cincuenta por ciento. Una población de alrededor de ocho millones, tras la hambruna se redujo más de un tercio, al rebasar el millón de muertes y los dos millones de emigrantes que huyeron entre 1847 y 1855. Los Fogarty O'Neill venían de Cork, y en América comenzarían de nuevo.

Si sufrieron en tierra irlandesa, si algunos de sus familiares fallecieron en esos tiempos, si arriesgaron la vida al cruzar el océano y

si tardaron en acoplarse y tener una vida digna en el nuevo continente, es un ejercicio de plena especulación, no solo para mí, sino para mi abuela. Lo que a su vez escuchó de Minnie, su abuela, está más relacionado a su vida en México que a esos tiempos remotos. Ella nunca pisó Irlanda, aunque sí volvió a Lowell mucho tiempo después. El lazo irlandés se fue perdiendo tras los saltos de país en país, y en tres generaciones ya era un vago recuerdo que requería de una elección consciente para rememorarlo. En cambio, de haberse quedado en la zona de Massachusetts, esas mismas raíces se habrían fortalecido con la cantidad de emigrantes nacionalizados estadounidenses, su descendencia seguiría pintándose de verde el 17 de marzo, el día de San Patricio, y Tito no habría nacido.

En 1877 nació Minnie, y cuatro años después emprendieron el camino a México. La velocidad con la que emigraron de nuevo puede sugerir que el proceso de adaptación no fue una empresa fácil, y que había más oportunidades de este lado del Río Bravo. En Coahuila los esperaba una oferta de trabajo de parte de la familia Madero, décadas antes de que Francisco Ignacio liderara la Revolución, y como el padrastro de Minnie era ingeniero, lo más probable es que su área de especialización fuera la minería, acorde con las propiedades de los Madero. Nacieron dos hermanastros más y de nuevo se mudaron, ahora a San Luis Potosí, en donde acabaron desperdigados algunos de los soldados irlandeses que durante la guerra de intervención se cambiaron de bando para luchar al lado de los mexicanos en contra del ejército de la Unión, que buscaba quedarse con más de la mitad del territorio. Cientos de soldados irlandeses desertaron ante la manera en que los civiles, las mujeres y los niños eran maltratados por las tropas que invadieron territorio mexicano. Los voluntarios yanquis, cuya fortuna dependía de los saqueos a la población, estaban acostumbrados a violar mujeres, jóvenes e incluso niñas; más de una iglesia llena de gente que solo buscaba protegerse de una batalla que ni entendían ni provocaron fue incendiada también por ellos; y, además, los yanquis encontraban mil maneras de torturar a los prisioneros rendidos. Eran sanguinarios, habituados a matar indígenas a lo largo y ancho de la Unión, hasta casi erradicarlos, y veían a los mexicanos con esos mismos ojos. Se podría caer en el error de pensar que todo esto formaba parte de las costumbres bélicas de la época, si no fuera por el ejemplo que puso la delegación irlandesa dentro de ese ejército invasor, al rechazar con una acción heroica esas prácticas inhumanas. Al saberse del bando equivocado, o, más precisamente, del lado del transgresor, equiparándose con los ingleses que hacía no tanto invadieron y después colonizaron su propio país, en 1847 buena parte de los irlandeses que luchaban bajo las órdenes del ejército de la

Unión cambiaron de bando para formar el Batallón de San Patricio, que lucharía como parte del ejército mexicano hasta el final, cuando usaron hasta la última bala para defender el Convento de Churubusco, días antes de que el Castillo de Chapultepec también cayera. El ejército de la Unión colgó a muchos; otros, como el mayor John Riley, acabaron en Veracruz, y otros más se establecieron en San Luis, por donde pasaron en ruta hacia la capital.

Tampoco sabemos si la relación de Minnie con aquella comunidad fue estrecha. Lo único que tengo claro es que a mi abuela le gusta contar esa historia, que se ha convertido en una pequeña fuente de orgullo al recordar a sus ancestros, y yo solo pongo atención cuando llega a asomarse el tema, a veces con detalles nuevos o incluso con algunos cambios impuestos por las imperfecciones de la memoria. Hoy mi abuela está hecha de pura memoria.

Los Fogarty O'Neill llegaron al desierto en el que se asentó esa pequeña colonia de irlandeses perdidos en México, y ahí fue donde creció Minnie, «mujer formidable, indómita, claridosa». Su padre puso una ferretería llamada Fogarty & Dickinson, con toda probabilidad junto a un socio de ese apellido, y ya fuera por los pesares que venía arrastrando, ya fuera para olvidarse de un mundo que no era el suyo, a su madre le gustaba tomar y desquitarse con ella. Para una niña que con los años se convertía en adolescente, su casa era un infierno, víctima de una situación violenta y opresiva que llegaría hasta el escritorio de un juez, quien tras un examen minucioso ordenó que dejara su casa para irse a vivir con otra familia. En ese tiempo conoció al abogado Sánchez Adalón, «lo mejorcito que había a su alrededor», según las palabras textuales que mi abuela le escuchó decir, y no tardaron en casarse.

Los Sánchez Fogarty vivieron en San Luis hasta los catorce años de Federico, cuando en plena Revolución tuvieron que salir huyendo hacia la capital porque su padre era el líder de una de varias facciones políticas que se disputaban el control de la región. Uno de sus adversarios llegó al poder, y una de sus primeras acciones fue ir en su búsqueda para matarlo, él se escondió en un baúl y de milagro salvó el pellejo. Llegaron sin nada a la ciudad, con cuatro hijos y dos más que nacerían ahí. Por razones que aun en ese entonces fueron imposibles de dilucidar, don Federico, hombre culto y estudiado, no volvió a trabajar. Le faltó circulación en una pierna que le tuvieron que amputar, y se dice que era tan leído que al delirar en su lecho de muerte recitaba fragmentos del *Quijote* , su libro predilecto. Don Federico lo leía en voz alta para su esposa y después Tito haría lo mismo con Carlos, el hermano menor que moriría muy joven, por quien sentía una auténtica devoción. La pasividad del padre cosechó

poco amor dentro de una familia forzada a sobrevivir sin su ayuda.

En cuanto llegaron a la capital, antes de que ella consiguiera un trabajo de repostería, Minnie puso a trabajar al primogénito empujando carbón, y cuando él se quejó del trabajo duro y de lo mal hablados que eran sus compañeros de faena, su madre le dijo: «Esas palabras ya las conocías, y si no, ya era hora de que las fueras conociendo». Su siguiente puesto fue lo que podríamos llamar un becario, una labor que en ese entonces era conocida como *office boy* , en la compañía inglesa Associated Portland Cements Manufacturers y que en México llevaría el nombre de Cementos Tolteca, en donde escalaría dentro de la institución hasta llegar a ser gerente de ventas y publicidad, cuando el oficio de publicista era una verdadera novedad en el mundo.

Vivían en la colonia Juárez cuando Federico conoció a Magda. A sus veintidós años era el soporte económico de su familia, y el día en que vio a aquella niña de catorce, cuyo padre acababa de morir, quedó pasmado. Ella asistía a una escuela católica en Coyoacán, y cuando empezaron a verse más seguido entre amigos en común, la madre de Mamayas y los padres de Tito rechazaron la posibilidad de esa relación, pero ellos continuaron con los encuentros fortuitos bajo el nerviosismo de las primeras citas, entre chaperones y con el recato que marcaban las viejas costumbres, y esa sensación de lo prohibido se convirtió en un afrodisiaco más. Dada la madurez que la vida lo obligó a conquistar pronto, él estaba seguro de lo que quería, mientras que para ella podía parecer una travesura adolescente sin mayor trascendencia. Durante ese primer momento ninguno flaqueó, y al ver que las cosas avanzaban, en un firme intento por despistar a los enamorados la mandaron por un año a un colegio de monjas a la ciudad de San Luis, en el estado de Misuri, con la esperanza de que se olvidara del tema. Para Tito, Misuri quedaba al otro lado del mundo. Sin saber a ciencia cierta el lapso que duraría la ausencia, con el miedo de que al regresar ya no tuviera memoria de él, la esperó paciente, metido en sus labores para seguir escalando dentro de la Tolteca. Ella por su parte no paró de pensar en él, y al volver, aunque les prohibieron ser novios, Tito siguió insistiendo. La perseverancia era un ingrediente del que no podían prescindir si querían que su relación sobreviviera a las presiones de ambas familias, que era como tener al mundo entero en su contra. Se obstinaron en un rumbo lleno de obstáculos, en breves encuentros bajo el radar, ocultos y enamorados. La noche en que coincidieron en una fiesta Tito le propuso escaparse, ella sintió una descarga de adrenalina y sin pensarlo demasiado aceptó. Era apenas una niña. A su edad, un corazón romántico no habría podido elegir otra opción. Con los dados

echados se pusieron manos a la obra para cumplir un plan que hoy no solo parecería descabellado, sino que además sería ilegal: un joven de veinticuatro convenció a una chica de dieciséis de irse a vivir juntos. En estos tiempos él habría acabado en la cárcel.

A Tito dos amigos más grandes le prestaron un departamento, ella fue a casa de su madre a sacar una pequeña maleta con lo indispensable y salió de ahí con el mayor sigilo del que fue capaz, jugándoselo todo. Mi abuela afirma que a Tito, al momento de verla aparecer esa noche con su maleta, le temblaron las piernas: esa frágil e ingenua niña se había vuelto su responsabilidad. Quizá se veían solos por primera vez, en un espacio ajeno a ambos, y es de suponer que le sacaran jugo a esa nueva intimidad. En un círculo social que hoy nos parecería minúsculo, la averiguación por parte de la familia de Mamayas no tomó mucho tiempo, su hermano mayor irrumpió en el departamento con un par de amigos, y en pleno escándalo se la llevó de vuelta a casa. Con el honor irremediablemente mancillado, la única salida fue planear una boda discreta a celebrarse tres días más tarde, bajo el invento de una cuestión laboral que los forzaba a esa inexplicable premura. Tras contraer nupcias fueron solos a comer al San Ángel Inn, el primer paso oficial de su vida juntos, y al llegar esa misma noche a vivir con la familia de Tito, le tocó a ella asumir las consecuencias reales de sus actos.

Pronto se mudaron al edificio Condesa y ahí mismo, en el departamento, nació mi abuela María Rosa, a las once de la noche del 31 de octubre de 1926, al compás del Danubio Azul. Mamayas estaba tan nerviosa que se ponía el cloroformo en la oreja, frente al doctor y un orgulloso marido que con el tiempo desarrollaría una personalidad dominante que a cambio exigiría sumisión.

Mientras tanto, Carlos, el hermano de Tito, compró un terreno en la colonia del Valle en el que construyeron bajo un plan hipotecario, ahí se mudó la familia Sánchez Fogarty y la única tarea que le encargaron al padre fue pagar la hipoteca con el dinero que sus hijos le daban, hasta el día en que se enteraron de que llevaba rato sin cumplir con su cometido. Con Mamayas embarazada de Javier, su segundo hijo, se vieron obligados a dejar el edificio Condesa para regresar a vivir con la familia de Tito y entre todos pagar la deuda acumulada, en una dramática vuelta al hacinamiento que bien pudo haberse evitado. El resentimiento hacia el padre irresponsable fue desde ese momento un hecho consumado. Poco después se mudaron a la quinta María Luisa, en donde nació la tía Magas, y dos mudanzas más tarde llegaron a Romero de Terreros, cerca del domicilio de don Artemio del Valle Arizpe. El espacio en donde Tito ponía música fue bautizado como el Salón Verde, inaugurando con esa ocurrencia en

apariencia insignificante una fecunda tradición de bautismos que culminaría con la grandilocuencia del Tercer Imperio Mexicano, nacido en la siguiente residencia de su camino itinerante, en la que se establecieron de una manera más definitiva.

En ese entonces Tacubaya era un pueblo pequeño rodeado de llanos, con una vista clara del Castillo de Chapultepec y con la fama de ser una zona venida a menos, a la que Tito consideró mudarse solo por el precio al que le ofrecieron el inmueble de Joaquín A. Pérez número seis, construido en 1840 como una casa de campo para la gente que vivía en el Centro. Aunque no era lo que alguna vez fue, con varias casonas como testigos de viejas glorias, aún vivía ahí lo que se entendía como «buenas familias», en la época de la persecución cristera. El sacristán de la parroquia de San Miguel Arcángel era quien rentaba la casa, y para que el Estado no se las arrebatara, los dueños lo desalojaron y pusieron en su lugar a Tito, profundamente anticlerical, con una renta de cien pesos al mes: una verdadera ganga. Para mi abuela no era una casa bonita sino espaciosa, un lienzo listo para ser transformado por la personalidad de sus nuevos inquilinos, cuyos lazos con dicho inmueble se profundizarían tanto que eventualmente la comprarían. Aunque en un principio Tito no estaba seguro de que el experimento de vivir ahí funcionaría, al poco tiempo se había adueñado del espacio de una manera tan personal que fue volviéndose parte de él.

En vez de abrir el portón completo, que originalmente llevaba a las caballerizas, entraban por la puerta chica de ese enorme pedazo de madera; lo que fue el comedor del sacristán se convirtió en una amplia sala, bautizada como el Salón Sagrado; la sala se tornó en la recámara principal; mi abuela y su hermana dormían en el Cuarto Francés, así nombrado por los libros franceses que poblaban las repisas; y el pasillo terminaba en la pequeña habitación de Javier.

Como parte de su estrategia de publicidad para Cementos Tolteca, en celebración de la nueva fábrica de la cementera en Mixcoac, en agosto de 1931 Tito lanzó la convocatoria para un concurso de pintura, dibujo y fotografía que giraba en torno a esa construcción modernista. Para ese entonces la empresa contaba con la revista *Tolteca* , distribuida de forma gratuita en el Distrito Federal con el objeto de poner en relieve las ventajas del cemento, y desde ahí fue lanzado el concurso con una bolsa de siete mil pesos divididos en varios premios. Fue un hecho sin precedentes que confirmaba su posición de avanzada en una profesión que empezaba a dar sus primeros pasos, un publicista y relacionista que apoyándose en el mundo del arte impulsaba un producto en el que creía, y que en efecto cambiaría los procesos de construcción a nivel mundial. Además de él,

otro de los jurados fue Diego Rivera, y entre los ganadores estuvieron Juan O'Gorman, Rufino Tamayo, Jorge González Camarena, María Izquierdo, Pablo O'Higgins, Carlos Tejeda, Lola y Manuel Álvarez Bravo y Agustín Jiménez, entre muchos otros. Participaron 121 pinturas, 93 dibujos y 282 fotografías, una selección de los trabajos ganadores se exhibió en el Museo Cívico del Teatro Nacional, hoy Palacio de Bellas Artes, y en los años siguientes se usarían para promocionar el producto de la cementera. El concurso fue un parteaguas en el México de aquel tiempo, y una de sus inesperadas consecuencias fue el encuentro entre Sergei Eisenstein y mi bisabuelo, que aprovechó su estancia en México para invitarlo a visitar la fábrica en Mixcoac. Cuenta la leyenda que el cineasta ruso filmó ahí una secuencia para el epílogo de la película ¡ *Qué viva México* !, aunque en las versiones que he logrado ver, el pietaje de lo filmado en la Tolteca debió quedarse en el suelo de la sala de montaje. Hay también quien sospecha que entre el grupo que asistió a la fábrica pudo haber estado Rivera, y que después pudieron haber hecho una visita a la casa-estudio diseñada por O'Gorman en San Ángel Inn, cuya construcción estaba ese diciembre en su etapa inicial. Tomando en cuenta que Eisenstein fue arquitecto antes de ser cineasta, no es una teoría del todo descabellada, y pondría a estos célebres personajes junto a Tito en un lugar en el que más de medio siglo después se llevaría a cabo una exposición en honor a Sánchez Fogarty.

A decir verdad, el único precedente de ese concurso se remonta a algunos años antes. Cuando empresarios de varias cementeras organizaron el «Comité para propagar el uso del cemento» en 1923, el encargado de la publicidad fue Tito, quien primero lanzó un concurso relacionado a las propiedades de los esqueletos de concreto armado y, poco más tarde, fundó la primera revista que editaría él, llamada *Cemento* , con varias portadas a cargo de González Camarena. Fue el primer intento de unir al mundo del arte con una campaña de publicidad específica. Luego vendría, con mucha más fuerza, el concurso arriba citado, y poco después, en 1945, fundaría la Agencia Mexicana de Relaciones Públicas, la primera en el país, que habría de manejar sin abandonar su puesto en la Tolteca. Un ensayo que flota en la red abre con estas palabras:

> Resulta imperdonable que, a casi cuarenta años de su muerte, los poquísimos que recuerdan a don Federico Sánchez Fogarty lo hagan exclusivamente por sus famosas fiestas. Cientos de miles de comunicólogos, publicistas y publirrelacionistas ignoran los aportes de uno de los personajes más influyentes de la Comunicación en México durante más de cincuenta años. Sirva

la presente obra como un homenaje al maestro y creador de las Relaciones Públicas en el continente.

En 1989, en un intercambio que primero apareció en la revista *Critique* , más tarde en *High Times* y poco después en un par de libros, dos entrevistadores le preguntaron al etnobiólogo y psiconauta Terence McKenna: ¿cuál crees que sea la meta última de la evolución humana?

Lo pensó por un momento y respondió:

—Una buena fiesta.

El tema quedó ahí, y aunque semejante respuesta a una pregunta compleja causó risas, la idiosincrasia de McKenna nos permite saber que hablaba completamente en serio. Me cuento entre quienes pensamos que tiene razón, y con toda seguridad mi bisabuelo y sus acólitos habrían estado de acuerdo: no hay nada como eso para justificar el proceso evolutivo de la raza humana. Es una cima a la que hemos llegado, una celebración de la vida, de la amistad, de la música, de la palabra; una síntesis de lo que somos. Una buena fiesta es el espíritu humano en una de sus expresiones más puras y mejor logradas, la compañía entre seres que comparten un camino: un consenso armónico dentro del caos del universo, la manifestación de algunos de nuestros sueños y la encarnación de todas las posibilidades juntas. Es un puesto fronterizo entre un antes y un después, una fase de reconciliación que ve hacia dentro y hacia arriba, anclada en el aquí y el ahora. Es vernos a los ojos y sonreír. Espíritus sensibles que permiten vernos un poco más puros, un poco más abiertos, en un diálogo con el pasado y el futuro. El fin de una buena fiesta borda con la muerte, y alargarla es no querer abandonar la vida.

Un típico día en su vida comenzaba con el desayuno en casa, el mismo taxi lo esperaba para llevarlo a la Tolteca, en Mixcoac, antes de su reunión con el gerente general, y de ahí se dirigía a su oficina del Centro, en el número 23 de la calle Bolívar, un edificio en el que hace algunos años filmé parte de las escenas iniciales de mi primera película, en un balcón sobre Madero, sin saber que entre esos muros trabajó Tito. Solo ahora, quince años después, caigo en la cuenta de que es el mismo lugar. A la una y media se dirigía con un par de amigos a la RCA Víctor en Madero 35, la tienda de discos en la que tomaban asiento frente al whisky que religiosamente les servían, para darse a la tarea de escuchar fragmentos de los discos llegados esa mañana. Lo revisado se dividía en dos: los que se quedaban y los que

se llevaría a casa en calidad de préstamo para escucharlos detenidamente y así decidir cuáles compraba. A veces pasaba al Sanborns de los azulejos, en donde gente cercana de todos los ámbitos se juntaba a tomar café y a hablar de todo un poco, y de ser necesario volvía un rato más a la oficina. En el edificio de la compañía de seguros La Nacional, frente a Bellas Artes, estaba Central de Publicaciones, la librería de Alberto Misrachi, un buen amigo de Tito desde la época en que vivieron en el edificio Condesa, al inicio de su peregrinaje por la ciudad. Ahí se vendió la gran parte de los mil doscientos cincuenta ejemplares vendidos de un tiraje total de dos mil quinientos en tres ediciones distintas de *Don Quixote and Sancho* , en un espacio que además fungía como galería y centro cultural. En ese edificio trabajaba también Adolfo, mi otro bisabuelo por el lado paterno, en su puesto de director general de la aseguradora, y hacia 1966 sería su hijo, mi abuelo Jack, quien lo reemplazaría y ocuparía esa silla.

Tito seguía su recorrido hacia el tren rápido que pasaba por 5 de Mayo y lo dejaba en Tacubaya, siempre en el vagón de atrás para que mi abuela y la tía Magas lo identificaran cuando pasara por la colonia Juárez, en donde se ubicaba el colegio Winsor. Corrían para alcanzarlo, se subían con él y llegaban juntos a casa, en un trayecto que muchos años antes también hizo el padre de Mamayas y que seguía hasta lo que hoy es Altavista, que a inicios del siglo xx era un poblado aledaño a una Ciudad de México ceñida al Centro.

Es difícil saber a ciencia cierta en qué momento nació la afición de Tito por la música. La adolescencia en plena Revolución no parece un caldo apto para este divertimento, menos con la mudanza de San Luis a la capital y el peso del trabajo duro a una edad temprana. Lo más probable es que se diera al terminar aquellos años de convulsión nacional, cuando los puestos sucesivos que tuvo en la Tolteca comenzaron a afianzar una posición económica más o menos estable. Lo que sabemos es que en 1925, cuando el disco de vinilo a 78 revoluciones se había popularizado, junto con las bocinas que amplificaban el sonido, Tito convenció a su madre y a su hermano para que los tres compraran un fonógrafo capaz de sacarle jugo a los discos que se volvían famosos. Era una caja de madera hecha por The Victor Phonograph Company, cuya bocina-amplificador en la parte de arriba tenía la forma de una corneta. Ya en Tacubaya, antes de cenar ponía música clásica en el Salón Sagrado, también llamado Sala Sanctorum, al que los niños tenían prohibido entrar si él no los invitaba. Era el espacio más imponente de la casa, de doce por siete metros, de techo alto y una suerte de domo rectangular que permitía que entrara el sol por medio de tragaluces a cada lado, para que así

los rayos iluminaran los libros, el fonógrafo y la colección de discos. Era común que invitara a sus hijos a acompañarlo a escuchar música, platicar o leer.

A mediados de la década del treinta Tito y Mamayas aprovecharon la amplitud de la nueva casa para corresponder invitaciones pasadas, y la primera convocatoria fue a tomar el té un sábado por la tarde. El té dio paso a cocteles a las siete de la noche, y ya entonados, aprovechando la colección de discos y la variedad de géneros, Tito empezó a tocarlos y se pusieron a bailar. Poco después, a ese grupo íntimo se le ocurrió la idea de hacer una reunión más grande, y Tito insistió en que fuera de etiqueta rigurosa, yendo en contra de la moda del momento impuesta por el presidente Cárdenas, que prohibió la etiqueta a nivel institucional. Por un lado, la decisión obedecía al recuerdo de sus padres que salían así vestidos a los bailes de La Lonja en San Luis Potosí, a los que no pudo asistir porque antes de que tuviera edad se desató la revuelta armada, pero además veía ese estilo como una forma de homogeneizar la indumentaria que de lo contrario podría coartar la armonía. Las señoras vestirían de largo, y para esa primera fiesta se contaron alrededor de sesenta invitados, la capacidad máxima del Salón Sagrado. Fue todo un éxito. El sábado siguiente la volvieron a organizar, pero a esa solo llegaron unos cuantos, esos cuantos acordaron seguir haciéndolo y así comenzó a formarse el grupo cuya evolución llegaría a extremos fantásticos. En un principio era solo con invitación impresa, después los más cercanos podían convocar a quienes desearan, previa consulta y aprobación, y finalmente decidieron juntarse en el hotel Ritz, también sobre Madero, el martes anterior a las fiestas para conformar la lista de invitados, y a la semana siguiente volvían a reunirse para hablar de los mal portados o de quienes llegaron sin ser requeridos. Cualquier falta a las reglas —llegar bien vestidos, bien comidos, guardar un comportamiento a la altura de las circunstancias y, sobre todo, bailar— implicaba el destierro.

Así nacieron los Grandes Sábados, que primero sucedían en el Salón Sagrado y después, tras una remodelación del Palacio Fogartino, se mudaron al nuevo Patio Imperial, en el que cabían poco más de cien personas, a un lado del jardín y de la fuente que llevaría por nombre Sleepy Lagoon. El zaguán de entrada era la Calle de Alcalá, a esta se unía el Barrio de Santacruz —el pasillo que llevaba al Salón Sagrado y a la Suite Presidencial—, las bocinas conectadas al fonógrafo eran las Trompetas de Jericó y una tubería rota que bañaba una ventana se iluminaba para convertirse en la Fuente de Arabia. De esa manía de ponerle nombre a todo salió la idea del Tercer Imperio Mexicano, que históricamente seguía al de Iturbide (1821-1823) y al

de Maximiliano (1863-1867), y que, dentro de ese juego, causó que buena parte de los asistentes fueran adquiriendo títulos nobiliarios. Él tuvo los sucesivos nombramientos de Director del Real Fonógrafo, Rey de los Barrios Bajos y Primer Ministro; Luis Barragán fue el Duque del Pedregal, Procónsul y, en 1954, Soberano del Imperio en calidad de Regente; Samuel García Cuéllar fue Duque de Zaragoza, Sabatino Egregio, Procónsul y Regente; Manuel Corcuera fue Primer Príncipe de la Sangre, Jefe de la Leal Oposición y Promotor del segundo y fallido motín de Aranjuez («con el que habían urdido disolver la pujante Escuela Imperial»); el pintor Carlos Tejeda fue por un tiempo el Emperador, y su hijo, el Rey de Roma; Álvaro Escobar, Gran Cruz de la Real Orden Sabatina y Beau Brummel del Salón Sagrado; Enrique del Moral, Palatinado del Barrio de Triana; Alberto Isaac, Real Pintor de la Escuela Imperial. Había un Duque del Volga, un Rasputín, un Conde Drácula y un cabecilla de los Conspiradores de la Flor de Lis. La lista es amplísima. Al negarse a llevar un título, Mamayas fue bautizada como El Pueblo, en el que residía el verdadero poder.

Los Grandes Sábados daban comienzo a las once de la noche y terminaban cuando el Primer Ministro lo juzgaba conveniente, cerca de las tres de la mañana. La recepción de los primeros comensales duraba alrededor de media hora; sonaban los vasos, chocaban los hielos y fluía la plática como obertura. Ellas lucían sus mejores galas, ataviadas como si en verdad asistieran al baile de un gran imperio, mientras ellos cuidaban su apariencia con esmero. La luz disminuía al son de la primera pieza, a menudo una de tantas interpretaciones de *The Breeze And I* , y Tito escogía, junto a un comité, a una mujer distinguida de entre las invitadas para bailar con ella y de esa forma abrir pista, transformándose en la Reina de la Noche. Al término de la melodía regresaba al Podio Imperial, reservado exclusivamente para él, y de ahí en adelante cambiaba discos toda la noche y apagaba y prendía luces, entre el coqueteo, el guiño romántico y los tacones que sonaban sin cesar. Con la corte a todo su esplendor, entre humo, risas y música, uno de los gestos más sonados de sus fiestas era su afición por tomar la batuta y dirigir la orquesta imaginaria detrás de él, variando el volumen y el tono del fonógrafo conforme al ambiente y usando como batuta un pincel que González Camarena le robó a José Clemente Orozco. Su técnica mejoró el día en que Carlos Chávez fue a su casa a probar los discos recién grabados de dos composiciones suyas, en el equipo más fino de la ciudad, y aprovechó para enseñarle a dirigir una orquesta como es debido. Esa era la cumbre de la noche. En un tiempo en que cualquier fiesta involucraba cena y música en vivo, la idea de llegar cenados y solo poner discos era totalmente novedosa.

La recta final llegaba con la temida Hora de la Pantufla, cuando las parejas se acercaban entre sí para dar pie a las calmaditas, antes del gong, el instrumento oriental que usaba Tito para que los invitados se dieran por enterados de que, por esa noche, todo había terminado. Entre los Grandes Himnos —las piezas más aplaudidas— estaban *Change Partners, Amén, I Must Have Been so Very Blind* y *By The Light of the Silvery Moon* . Algunos de los asistentes más famosos fueron Arthur Rubinstein, Dolores del Río, el Dr. Atl, Miguel y Rosa Covarrubias, Rufino Tamayo y Edmundo O'Gorman.

Al romperse un disco, algo que de vez en cuando sucedía, la Guardia lo ponía sobre el Cojín Imperial de la Orden Púrpura y lo depositaba en el Incinerador Monumental, un quemador de basura encargado de proporcionar el debido funeral a cada orquesta que para siempre dejaría de tocar en el Imperio. Con ayuda del técnico David Guadarrama, Supremo Artífice y Fiel Mantenedor del Sonido del Palacio Fogartino, Tito separó los sonidos graves de los agudos, a estos los volvió a separar y terminó por repetir la operación una tercera vez utilizando tres amplificadores. Tres perillas para los graves y tres más para los agudos daban la posibilidad de enriquecer el sonido de las grabaciones originales con mucho éxito y una inversión monetaria significativa.

Los nombres cambiaron conforme a la edad de los invitados: a los Grandes Sábados les siguió la Escuela Imperial, que en vez de arrancar a las once era a las diez, y cuando se mezclaban algunos seleccionados de ambos grupos se hacían llamar los All Imperial. Después surgieron los Tés Locos, el domingo en la tarde en lugar del sábado, a los que al final también asistieron sus primeros nietos, mi papá entre ellos.

La fama de aquellas fiestas se extendió por habladurías de boca en boca y por menciones esporádicas en la prensa. Se dice que fue Salvador Novo, bajo el seudónimo de Carmen Reyes, quien antes que nadie comenzó a referirse a ellas públicamente en la columna Martes de las Gómez. Después fue Gilberto González y Contreras quien intentó retratar el «Imperio de Ilusión» en un artículo para la revista *Mañana* , en 1949. Las crónicas de Radar en el periódico *Excélsior* también intentaban acercarse a lo que ocurría en Tacubaya, aunque ninguno de estos cronistas no autorizados asistió a esas celebraciones. Escribían de oídas, y a veces reportaban lo que Tito el publicista quería que se supiera, fuese verdad o no. Se sabía de ellas tanto que un día, en un almuerzo de los consejeros de la Confederación de Cámaras Industriales al que asistió Tito como uno de los fundadores, el entonces presidente Miguel Alemán le preguntó si tenía algún parentesco con el Sánchez Fogarty que dirigía el fonógrafo.

—Ese soy yo, señor presidente.

—Pero es que usted es persona seria.

—Es que lo que yo hago cuando dirijo el fonógrafo también es cosa seria.

Con sus preguntas el presidente dejó en claro que conocía del tema y que le divertía, en un encuentro que Tito calificó más tarde como Conferencia de la Cumbre, un diálogo entre el Primer Ministro del Imperio y el Presidente de la República.

El término Disc Jockey fue acuñado por Walter Winchell en 1935 en referencia al locutor de radio Martin Block, quien ponía discos entre sus intervenciones para dar la impresión de estar transmitiendo desde un salón de baile. En 1941 la revista *Variety* le hizo eco, en referencia aún solo a la radio. La entrada en Wikipedia dice que en 1943 fue Jimmy Savile quien lanzó la primera fiesta de baile con Disc Jockey en el mundo, cuando tocó discos de jazz en el primer piso de la Loyal Order of Ancient Shepherds en Otley, Inglaterra. La nota cuenta con decenas de referencias en la red y una bibliografía de ocho libros. No obstante, la primera fiesta del Tercer Imperio puede rastrearse al 18 de julio de 1936, en la que no nada más se escuchó jazz sino también música tropical, tangos argentinos, temas románticos, valses, chachachá, mambos y piezas cubanas para raspar el guarache y sacudir la polilla. Eso y las aportaciones técnicas al fonógrafo en fechas tempranas deberían de ser suficientes para ponerlo en el mapa como uno de los DJ pioneros en el mundo, si no es que el primero, pero es raro que a naciones periféricas como la nuestra se les dé cabida en las tramas inconspicuas de la historia de occidente. El Duque de Otranto publicó en la prensa, circa 1968: «Por sus salones desfilaron las damas más bellas de nuestra sociedad, mientras Federico, batuta de oro en mano, dirigía a las mejores orquestas del mundo a través de su fonógrafo, sin saber que estaba lanzando al mundo una nueva moda, las “Discotheques”, donde la juventud de hoy, a falta de fiestas fogartinas, se divierte y al mismo tiempo hace gimnasia». Es cierto que en el 47 fue Savile quien primero contrató a un obrero metalúrgico para soldar dos fonógrafos caseros con el objeto de evitar el silencio forzado por el cambio de discos, algo que Tito ni siquiera contempló, pues creía que esos lapsos eran necesarios para cambiar de pareja, tomar aire, servirse una copa o descansar un poco.

El también llamado Imperio de Tacubaya arrancó durante la expropiación petrolera, atravesó la Segunda Guerra Mundial —que por vía del exilio dotó de personalidades internacionales a los bailes imperiales— y terminó en el apogeo de la Guerra Fría, antes de la ola de cambios culturales que traería consigo la década del sesenta. Se

entronó como una leyenda urbana dentro de la Ciudad de México, en paralelo a la época de oro del cine nacional, y a ese circo llegó Pol a principios de los años cincuenta.

Por una cuestión cronológica, la primera fiesta a la que asistió debió ser un All Imperial. Los Grandes Sábados que inauguraron la tradición en 1936 fueron clausurados en el 47, cuando Pol apenas se acoplaba al país y no tenía forma de dar con ese rincón del mundo. La fundación de la Escuela Imperial fue el 31 de octubre de 1942, el cumpleaños número dieciséis de mi abuela, quien, aunque era un poco aniñada y no le interesaba tanto el baile, se dejó llevar por la insistencia de su padre, empeñado en apadrinar a una nueva generación. La nombró Secretaria de Estado de la Escuela Imperial, le enseñó a bailar y ella corrió la voz entre su grupo de amigos, y el sábado a las cinco de la tarde empezó la música y bailaron hasta la medianoche. En esos días Tito leía una biografía del bailarín ruso Vaslav Nijinski, quien tuvo a la escuela del zar de principios de siglo como un lugar fundamental, a la que asistían los chicos con aptitudes para el baile. Durante los próximos cinco años se alternaron cada mes los dos tipos de fiesta, hasta que la clausura de los Grandes Sábados coincidió con el año de la boda de mi abuela con mi abuelo Jack —el Conde de Cataluña, dada su lejana ascendencia— y por dos años solo existió la Escuela Imperial, ya con Javier y Magas y sus grupos de amigos. En 1949 vio la luz el All Imperial, una mezcla de ambas generaciones bajo la figura de lo que Tito llamó delegaciones: mi abuela invitaba a seis o siete parejas que se vieran un poco más grandes y que no fueran con chaperones: la Delegación Juvenil, y él escogía a una Delegación Sabatina que se viera joven y que le gustara moverse al son de los nuevos ritmos que ponía para los chicos. A esa tuvo que haber llegado Pol en el 51 o el 52, porque mi abuela está segura de que al año siguiente ya formaba parte de los invitados intermitentes a esos All Imperials. No fue de los más cercanos, de aquellos a los que Tito les daba el título de Regente, Emperador o Rey, dependiendo de la temporada y de las intrincadas políticas del Imperio, y no era de los asistentes más comunes, pero a partir de ahí fue una presencia cada vez más recurrente. Por su edad formaba parte de la Generación Perdida, aquellos que estaban entre los señores de la casa y sus hijos, cuya importancia yacía en su capacidad de unir a esas dos corrientes.

Lo primero que se habría encontrado Pol al entrar a la casona de Tacubaya es a los miembros de la familia recibiendo a los invitados,

de etiqueta y de largo, como si estuvieran en un país que poco se parecía al México de aquella época. Era entrar a una burbuja en la que todo se replanteaba, para sumergirse en el rigor del fonógrafo y la pista de baile. El servicio consistía en un portero, un encargado del guardarropa y un cantinero, que podía servir whisky, ron, agua mineral y refrescos. En un rincón, en una mesa iluminada con una vela había fruta, quesos, galletas y un dip de mayonesa, cebolla picada y sardinas que hacía Mamayas, lo indispensable para que el hambre no acabara con el baile, asumiendo que los invitados llegaban cenados. La cantina estaba abierta para todos, pero si a alguien se le pasaban las copas estaban los denominados Comités de Vigilancia, dispuestos a sacar a quien se emborrachara y a revisar que las parejas, durante las piezas románticas, tampoco se sobrepasaran. Quien haya llevado a Pol debió de instruirlo bien, o quizá intuyó lo que no se debía hacer, si no difícilmente habría sido invitado de vuelta.

Mi abuela lo recuerda como una persona amigable. Aunque era siete años mayor, se acercaba a platicar o a sacar a bai lar a alguna de sus amigas, con un fuerte acento gachupín que junto con otros extranjeros le daban a esas tertulias un aura cosmopolita que encajaba a la perfección con ese entorno. Y eso sí: acudía siempre con una pareja distinta, a menudo la más atractiva de entre las invitadas. Se dice que la tía Magas tenía debilidad por él, a pesar de llevarle once años, y aunque era imposible hablar con Tito mientras ponía y quitaba discos y dirigía la orquesta, Pol procuraba quedarse hasta el final para estrecharle la mano, al estar prohibido despedirse durante la fiesta. La lógica detrás de esa regla vital es que las despedidas tienden a hacer que decaigan los ánimos; y así, para mantener el espíritu en alto, quien quisiera agradecerle tenía que hacerlo en otro momento y no a mitad de la noche. A nadie debería de interesarle saber que ya te vas.

Una de las posibles maneras en que se conocieron, si no se habían encontrado antes en el Centro, es que, en uno de esos cierres, después del gong y de que los últimos se arrodillaran en la pista para pedir que pusiera otra pieza —cosa que casi nunca sucedía— Pol se acercara a Tito para invitarlo al restorán, haciendo hincapié en lo cerca que estaba de su oficina.

—De esa forma le correspondo esta invitación —pudo haberle dicho.

Podría haber sido la primera vez que asistió al Palacio Fogartino, o quizá esperó algunos sábados para acercarse a un hombre que le llevaba casi veinte años, pero que Pol ya sentía tan cercano como cualquiera de su generación, pues Tito tenía alma de joven. Lo que sabemos es que al visitar el restorán de Pol, lo hacía junto con otro miembro de la Generación Perdida: el Embajador de Inglaterra y

Decano del Cuerpo Diplomático, Archibaldo Burns, quien, dentro de la más pura diplomacia internacional, hacía las veces de enlace, iniciándose así una amistad que solo se detendría con la muerte.

No podría decirse que el lugar de Pol suplantó a las tertulias en Sanborns o el whisky en Madero 35, más bien se añadió a las opciones sociales en el Centro, fue otro lugar en el que Tito podía dar rienda suelta a sus más finas obsesiones, a esas charlas que en realidad eran lo que mantenía vivo al Imperio, la cera que lo pulía y le daba una dimensión más allá de la pista de baile.

Mi abuela recuerda a Pol unido al grupo que los domingos se organizaba para rentar bicicletas y embarcarse en recorridos que llegaban a San Ángel o a Coyoacán por la recién inaugurada avenida Tasqueña, hoy Miguel Ángel de Quevedo, en lo que Tito llamó La Ruta Jimmina. Iban también a ver los avances de la construcción del Pedregal guiados por Luis Barragán, su artífice, y al poco tiempo el grupo se convirtió en La Armada, quienes se quedaban atrás eran los Acorazados Pesados y Tito era El Almirante, al presumir sus dotes para esquivar a aquellos perros que se aparecían a darles un susto: los feroces Submarinos. La convivencia familiar de los Sánchez Fogarty y anexas podía hacer que Pol se hundiera en la añoranza de su tierra y su gente, con un dejo de compasión por su autoexilio, y tal vez lo obligaban a pensar en los pasos que lo forzaron a huir de su país. Quemó sus naves sin un verdadero propósito, varado en México y sin ganas de volver, agradecido por la acogida que le dio un grupo de gente sensible y un tanto excéntrica. Las rutas en bicicleta los domingos bajo la dirección del Almirante lo convencieron de que un día, cuando estuviera listo, tendría una familia propia, quizá también con tres hijos con los que esperaba tener una relación como la que Tito tenía con mi abuela y sus hermanos. Así crecieron las raíces que por décadas lo arraigaron aquí.

Para entonces ya existía el Té Loco —«el más loco de mis engendros», el primero de los cuales brotó después de uno de esos paseos en bicicleta—, que arrancaba el domingo al son de las campanadas de San Miguel, la iglesia de atrás de la casa que en los anales del Imperio era considerada como su Catedral. Como el horario dependía de la estación del año, podían empezar entre las cinco y las siete de la tarde, y terminaban a la medianoche. La vestimenta era casual, la lista de invitados era inexistente, no había recepción al inicio de la fiesta y tampoco había botana. Tito aprovechaba para poner la música moderna que ya empezaba a escucharse, los primeros acordes de rock que en breve tomarían por asalto al mundo entero.

Pol asistió a uno de los siete Conciertos Nostálgicos, esas tertulias improvisadas cuando por algún contratiempo no se pudo

convocar a una fiesta ordinaria, y también fue a un Din ner a la Nightclub, que básicamente era una cena con ambiente de baile, con las mesas alrededor de la pista. La mezcla de gente era uno de los atributos de las veladas en Tacubaya, la facilidad con la que Tito podía juntar a individuos que de otra forma jamás compartirían una mesa, y eso hacía que la plática fluyera por la más variada ruta temática. Esos cimientos de Pol en México le abrieron un panorama social difícil de encontrar en otro contexto, abundante y ecléctico. Fueron los años formativos que en España nunca tuvo, y otra forma de alejarse de su vida pasada.

Quizá Tito nunca fue consciente de la importancia de su amistad para ese gachupín perdido en un país del que apenas comenzaba a apropiarse. Aunque Pol fue un allegado sobre todo al final, entre la familia que se ampliaba con nietos y bisnietos y los tantos amigos acumulados con el tiempo, Tito con trabajos se daba abasto, y la afluencia de contertulios a su alrededor era algo que daba por sentado. Pol en cambio construía una vida desde abajo y como si careciera de una historia personal, en un renacimiento sin lazos anteriores. Un par de lugares en el mundo que tenían poco que ver, y que por gracia del Imperio se enriquecieron mutuamente.

La época de mayor intensidad en su amistad con Pol fue la misma en que su relación con Mamayas parecía desfallecer. La diferencia de edad y la juventud de ambos —pero más de ella— a la hora de casarse, sumados al temperamento y a la fuerte personalidad de Tito, se tradujeron en sumisión y obediencia por parte de su esposa. Durante décadas le hizo caso en todo, se doblegó ante sus opiniones sin demostrar un punto de vista propio, se sometió a sus designios en aras de la paz y la tranquilidad de la familia. Era atenta y callada y se desvivía por darle gusto, desde el peinado y la manera de vestir, pasando por la decoración de la casa y hasta en sus hábitos nocturnos, cuando iban en busca de las mejores orquestas de jazz y de música cubana sin importar el horario y la categoría del lugar en cuestión. Acudían al cabaret Barba Azul, bajo la batuta del maestro Emilio B. Rosado, y los recibían como si fueran la pareja ideal, fruto de la imagen que proyectaban, pero lo cierto es que el peso de esa subordinación hacía mella en el espíritu de una mujer que añoraba libertad.

Un buen día se atrevió a decirle que ya no podía seguir así: quería separarse. Tito, sorprendido, buscó alternativas para no llegar a lo que consideraba un extremo, ante una determinación de hierro que no podía ignorar. A partir de ese día y en lo que discutían las posibles alternativas en torno a su futuro, Mamayas dejó de salir en las noches a los lugares de siempre, y Tito recurrió a su gente más cercana para que lo acompañara, entre quienes desde luego se encontraba Pol. Tras acudir a un centro nocturno o a una reunión casera, Tito los invitaba a Tacubaya a charlar un rato más y escuchar música, en sesiones llamadas Midnight Impromtu y en las que ella solo a veces participaba. Las últimas fueron sin la presencia del Pueblo, y cuando no se tiene el apoyo de ese amplio segmento del Imperio es fácil que el régimen se resquebraje. Pol fue uno de los testigos de esa suerte de ruptura entre una pareja que parecía indestructible, cuyo resultado fue que Tito tuviera más tiempo para su círculo de amigos, para irse de juerga guiado por un olfato que no fallaba a la hora de buscar lo más sobresaliente de la escena musical en la ciudad, y pasaban la noche hablando, en varias ocasiones acompañados también por Archibaldo. El vínculo que los unía se hizo más fuerte, el anecdotario se profundizó y la intensidad de sus noches fue más espesa, en una época

que para Pol debió significar un privilegio. La madre de Santiago tiene la impresión de que, en ese tiempo, cuando aún no lo conocía, Pol adoptó de una manera más sincera y más consciente a esa figura de maestro, ávido por las mieles de la experiencia y de ese corazón bohemio. Alguna vez le dijo que esa fue la etapa más fervorosa de sus días como exiliado.

En una de esas escapadas, el trío terminó en un establecimiento de mala muerte después de haber pasado por otros dos, descendiendo por pasos hasta llegar a ese rincón oscuro y lleno de humo en donde la banda retumbaba a todo sabor y los tragos eran casi regalados. Uno de sus temas de conversación era la vida romántica de Archibaldo, quien a fines de la década del treinta conquistó a Dolores del Río, antes de su matrimonio con Orson Welles, y que en esa época salía con una Elena Garro que lo volvía completamente loco. Hablaba de ella, de su sensibilidad, de sus problemas de dinero y de los viajes que hacían juntos, en confesiones que a veces lo hacían temblar de impotencia ante una mujer cuya inteligencia lo deslumbraba y lo sacaba también de quicio. Pol escuchaba con atención hasta que Tito rompía la charla en el instante en que un fragmento de una pieza musical le parecía relevante: alzaba las manos y las movía al son del ritmo, en una versión en miniatura de su dirección de orquesta, para luego volver a una plática que podía haber mutado hacia los supuestos recuerdos de Pol sobre la Guerra Civil. Archibaldo escribió en el *Botafumeiro* que esa noche sonaron dos tiros a un lado de la barra, atrás de ellos. La música fue suplantada por los gritos, Tito los tomó del brazo para que lo siguieran a una puerta detrás del escenario, por la que ya se había esfumado la banda, hasta llegar a una escalera de servicio que quizá les salvó la vida. Acabaron fumando en el Palacio Fogartino con jazz de fondo, y jamás supieron el saldo de aquella noche, pues ni un solo diario mencionó lo sucedido. Para ellos fue solo un susto, y al poco tiempo regresaron a los bajos mundos de la gran Tenochtitlán.

Dentro de la recién conquistada independencia de Mamayas estuvo la compra de un rancho en Nepantla de Sor Juana Inés de la Cruz, en donde en 1959 se puso la primera piedra de una casa que sería solo de ella, y a la que eventualmente se iría a vivir. Identificó la casa en que nació Sor Juana, se apalabró a una persona que trabajaba en la oficina municipal para que ese lugar abandonado se resguardara, y lo arregló con plantas y flores. Aprendió a manejar, tuvo coche, se cortó el pelo y empezó a ser ella, llena de actividades alejadas de la vida bohemia a la que se ató por amor a Tito. Para ese entonces ya era profesional de bridge, que aprendió a los diecisiete años con mi abuela recién nacida, cuando la señora Healy, su vecina en el edificio Condesa, la invitó a jugar. Esa tarde regresó a su departamento casi en

lágrimas, ofuscada por no haber entendido nada; Tito la vio y pidió varios libros por correspondencia para aprender juntos ese juego de naipes. El problema es que Tito era un pésimo perdedor: por ejemplo, en un partido de tenis en el que Mamayas iba arriba en el marcador, al reírse después del pésimo golpe de su contrincante, la persiguió con la raqueta en alto hasta salirse de la cancha, seguir por la calle y por varias cuadras hasta que la perdió. Desplantes como aquel lo obligaron a dejar el bridge, pero Mamayas siguió jugando. Durante la Segunda Guerra Mundial dio clases para ganar dinero y donarlo a la Cruz Roja, en la casa de Tacubaya organizó el primer torneo de duplicado —una modalidad del bridge— y de ese grupo salió el primer club de bridge de la Ciudad de México. Jugaba en torneos internacionales y fue a un par de olimpiadas, y a varios de esos viajes la acompañó Tito, ahora con los papeles invertidos, ella la parte dominante de una pareja que luchaba por sobrevivir.

Se dedicó también a la jardinería y al diseño de paisajes y abrió una tienda de plantas en Polanco, en un renacimiento que entre otras cosas provocó la venta de la casa de Tacubaya, muy a pesar de su marido, en el ocaso de un Imperio del que solo quedaban vestigios. Podríamos decir que, oficialmente, el Tercer Imperio Mexicano duró de 1936 a 1959, con más de trescientas fiestas, algunos destellos posteriores y una última celebración funeraria en 1970, a petición de sus nietos mayores. En esa ocasión, mi tío Freddy fue el encargado de organizar que entre los nietos invitaran a ciento veinte chicos y ochenta chicas, para que así cada mujer pudiera contar con una pareja de baile en todo momento. El formato sería el de un Té Loco: atuendo informal, comenzaría a las cinco de la tarde y terminaría a las ocho, y, como excepción dentro de esa modalidad de fiestas, habría tragos. Ante el miedo de que los invitados no fueran a aplaudirle al director de orquesta después de cada pieza tocada, ya con el concepto de la discoteca en todo su esplendor, tanto en México como en el mundo, sus nietos le aseguraron que no tenía de qué preocuparse: el público aplaudiría. Dieron las ocho y media de la noche, pasada la hora en que debió de haber sonado el gong, y el puñado de antiguos miembros de los Grandes Sábados que asistieron a ese último evento, algunos de la Escuela Imperial y otros de los All Imperials, se arrodillaron en la pista frente al podio y aplaudieron con todas sus fuerzas. Los nietos y muchos de sus invitados se les unieron, y de esa manera Tito siguió poniendo música hasta poco antes de las doce, imponiendo un récord de casi cuatro horas de música después del punto en que todo debió haber terminado. En los Funerales del Imperio los aplausos nunca cesaron.

Me cuesta imaginar lo que significó para él separarse de aquella

casa. Una pequeña muerte, sin duda. Una amputación, y el principio del fin de su vida. No hay registro de ese momento. ¿Quién registraría su propia destrucción?

Para ese entonces el círculo de amigos que fundó el Tercer Imperio se había desperdigado. Pol conoció a la madre de Santiago en el 65, un año después se casaron y al siguiente nació su único hijo. Ya con familia propia, la diferencia de edad resultó un obstáculo infranqueable y su relación se enfrió. Tito se retiró y se mudó con Mamayas a las suites contiguas en la calle de Hamburgo que compraron con la venta del Palacio Fogartino, una para él y otra para ella, juntos pero separados, y él construyó La Troje, un espacio erigido en un terreno aledaño a la casa de Mamayas, dentro del mismo rancho, en donde conservó su colección de discos, el fonógrafo y todos sus libros. Siguió leyendo a los clásicos, se apasionó con la filosofía y la economía y no se perdía cada semana la lectura del *New Yorker* .

El último evento en que participó fue el aniversario número cincuenta de un matrimonio que se negó a romperse, en el Club Deportivo de La Nacional. Fue por supuesto de etiqueta, él iba de frac, y, después de años de no hacer fiestas, dirigió la orquesta por última vez. Luego se fue a vivir a Acapulco con su hijo Javier, un día se cayó en la regadera y se rompió el fémur, y en ese viaje al hospital le encontraron una bolita en el cuello. Regresó a la ciudad y rápido decayó. Fumador empedernido, murió de cáncer el 4 de septiembre de 1976. Mi abuela recuerda a Pol en el funeral, callado y con ojos llorosos, el reverso de la ligereza que lo caracterizó. Para ella fue una sorpresa que la muerte de Tito le afectara tanto. Le dio el pésame con solemnidad y ella lo abrazó sin poder contener las lágrimas.

—Por gente como tu padre vale la pena la vida —dijo con serenidad, palabras que mi abuela nunca olvidaría.

Tito escribió dos libros: *Vida y muerte del Tercer Imperio Mexicano* , el recuento de las fiestas parafraseado en estas páginas, y su ya mencionado *Quixote* . Gallo y Padilla le dedican un capítulo en *Heterodoxos mexicanos* , en el que citan primero «Un polvo mágico» y luego hablan del resto de sus ensayos sobre el cemento, publicados en las revistas patrocinadas por la Tolteca. Los textos que escribió para otras publicaciones están reunidos en *Juntos pero no revueltos* , su obra más difícil de conseguir. Su vuelco a la escritura se dio como resultado de su afición por la lectura y tal vez un poco por necesidad, primero porque alguien tenía que cantar las loas del cemento para popularizarlo, más tarde como cronista de un imperio que necesitaba de alguien que contara su historia y finalmente por la urgencia que sentía de una traducción del *Quijote* más cercana a lo que él consideraba el espíritu cervantino. Para un hombre educado en

castellano cuya lengua materna era el inglés, «las traducciones existentes hacen ver a don Quijote como un payaso barato y a Sancho como un tonto inanimado. Los americanos del norte deben de reconocer en don Quijote a un héroe, no a un tipo loco que entretiene con sus payasadas. Solo así podrán comprender al sur», escribió en el prólogo. Me pregunto si fue consciente de las semejanzas que lo emparentaban con la creación de Cervantes.

A quien puedo evocar con claridad es a Mamayas, cada lunes en casa de mi abuela, lúcida y cariñosa, y me acuerdo también del rancho al que íbamos dos o tres veces al año, en el que pasábamos horas perdiéndonos en los terrenos que lo rodeaban, entre árboles de aguacate y una retahíla de invernaderos. La Troje permanecía cerrada. Yo era muy chico para entender quién fue el hombre que la construyó, ese ubicuo antepasado que me intrigaría tanto, cuya estela se dejaba sentir al acercarme a ese monolito de cemento y de paredes altísimas, o tal vez he ido construyendo esa percepción de manera retrospectiva. Tal vez de niño era solo un pedazo de cemento abandonado, y con los años recuerdo todo eso con los añadidos que mi obstinación ha ido recopilando. No sé en dónde acabaron sus discos, la enorme biblioteca, ni quién se quedó con el fonógrafo de un Imperio que me tocaría conocer solo en papel. Tito murió casi tres años antes de que yo naciera.

El rancho de Mamayas se vendió tras su muerte, en cambio la Troje quedó en manos de mi tía Susy, quien la remodeló como casa de retiro para grupos grandes, con varios búngalos añadidos y un salón de actividades múltiples. Ahí se han llevado a cabo las comidas de la familia Sánchez, un conjunto bastante nutrido: mi abuela tuvo seis hijos; la Magas, cuatro, y Javier, cinco, todos ellos también tuvieron varios y en mi generación soy de los pocos que aún no tiene descendencia. Además, están los hijos y los nietos de los hermanos de Tito.

Los principales esfuerzos de reconstrucción de aquella época han sido primero el folletín que hace tiempo escribió mi abuela. *Recuerdos del Tercer Imperio Mexicano* narra de una manera transparente y sin adornos lo que eran esas fiestas y la experiencia de vivir en la casa de Tacubaya. Lo hizo para satisfacer la curiosidad de la gente que todavía le pregunta sobre lo que pasó entonces, porque el libro no es una descripción de lo que sucedía entre esos muros, sino otra fábula más dentro de sus fantasías, más ficción que documental. El segundo fue la exposición y el catálogo de la muestra de 2013 titulada *Federico Sánchez Fogarty, un visionario de su tiempo* , en la Casa Estudio Diego Rivera y Frida Kahlo, en la que entre otras cosas se exhibieron las piezas que comisionó desde su puesto de relaciones públicas en la Tolteca, a partir de esa suerte de mecenazgo que representaron los

concursos que organizó. Se dice que un buen número de artistas en diversas disciplinas le deben a esas convocatorias el inicio de sus carreras. La exposición estuvo a cargo de Ana Luisa Sánchez, nieta de Luis, uno de los hermanos menores de Tito, que al salir huyendo de San Luis Potosí tenía meses de haber nacido. Ella también creció con las historias de un extravagante tío abuelo, y al hacer su tesis doctoral en Sevilla recorrió de principio a fin la evolución de la Ciudad de México, y en algunos textos lo mencionaban. Años después repasó el proyecto arquitectónico de Ciudad Universitaria y ahí estaba otra vez de una manera fugaz; le siguió la pista y eventualmente ganó un concurso para armar la expo e imprimir un catálogo de primer orden. Es la muestra más completa de lo que significó ese alquimista cultural para nuestro país, ese «heterodoxo entre los heterodoxos» a quien celebró tanto Nacho Padilla.

La casa en la que floreció el Tercer Imperio es hoy El Rojo de Tacubaya, una galería de arte cuya dueña es la actriz Patricia Bernal, madre de Gael García, quien con su equipo de trabajo mantiene el lugar en perfecto estado. Tardó un par de años en limpiarla, en quitar plafones debajo de los techos, después de cien camiones que llenó de cascajo. Los dueños intermedios entre la familia Sánchez Cos y Patricia la modificaron en varios detalles: cerraron puertas y abrieron otras, y por algún extraño motivo le agregaron lozas a unos techos que se fueron haciendo cada vez más bajos. El cemento se tragó a los tragaluces y la casa se oscureció. Mi abuela afirma que hoy luce como en la época en que vivió ahí, cuando se deslizaba por las escaleras en un disco de plástico junto con sus hermanos. Los espacios están vacíos y las paredes son prístinamente blancas, a la espera de una nueva exposición que las llene de obra. Del Patio Imperial, idéntico a como lo dejó Tito, el baile ha sido desterrado. Lo que antes fue el centro de gravedad de una de las personalidades más excéntricas de la capital es ahora un pie de página en una colonia llena de vida, un sitio olvidado durante décadas que busca resurgir a través del arte, en una mutación más de sus funciones. No solo me reconforta que esté en pie, sino que se conserve de forma íntegra, gracias al esfuerzo titánico de Patricia, que le tiene un auténtico cariño. No podría estar en mejores manos.

Quizá el futuro traiga una reinterpretación de la expo de 2013 en el mero Palacio Fogartino. En ese entonces la galería no existía, y Ana Luisa formaba parte del equipo que manejaba la Casa Estudio. Si una muestra de tales características se pudiera montar de nuevo, hasta aumentada, podríamos también bailar.

Amatlán de Quetzalcóatl (2019-2020)

Para el día en que Luca mencionó la situación en la que estaba Santiago yo llevaba más de un año sin verlo. Desde que salí huyendo del Centro la vida había dado un par de golpes de timón. Primero dejé el puesto de asistente de Karla y me recluí en el Virreyes hasta terminar la novela histórica. Sería un poco exagerado decir que al final me arrepentí de haberme embaucado en un proyecto que necesitara de tanta investigación, pero sí puedo decir que las últimas semanas fueron atroces, entre el bajón por lo sucedido y la enorme carga de trabajo. Cada nuevo chapuzón en una biblioteca era tan pesado que al volver no podía pensar en nada que tuviera que ver con el manuscrito: encendía la televisión y la tarde se pasaba volando entre series diseñadas para dormir la consciencia, que era justo lo que necesitaba. Olvidarme del mundo, aunque fuera por un rato. Mis últimos días en el hotel los pasé sin ver a nadie, un espectro recorriendo los pasillos, hasta el día en que puse el punto final. Ya no tenía nada que hacer ahí. Con lo ahorrado en el bar tomé un autobús a Xalapa, con la intención de alejarme de la capital, desanimado. Me hospedé en casa de una chica a la que conocía de tiempo atrás, que varias veces me había invitado a visitarla, yo siempre con una buena excusa para no hacer el viaje. Era el momento. Los primeros días los pasé durmiendo, luego di con un lugar de música en vivo en donde era fácil colarse para ver a las bandas, y encontré una librería de viejo en una antigua casona, con mesas para tomar café y cerveza. Entre ese par de establecimientos iba y venía, de día el café y la pesca entre los anaqueles, de noche el baile desaforado.

Al principio congeniamos. Las mañanas las pasábamos en la cama, a ella le gustaba hacer grandes desayunos y yo la observaba moviéndose en la cocina, a contraluz, en un estudio en el que convivían la cocina, la sala y un colchón gigante. En la tarde salía a trabajar y yo partía a la librería a jugar partidas de backgammon antes de seguir al bar ya entrada la noche, y pronto se cansó de que la despertara de madrugada apestando a alcohol y tabaco. Me pidió que parara y no paré, y a los diez días de haber llegado me corrió. El dueño de Los Argonautas, que pronto se volvió mi amigo, liberó un cuarto lleno de triques para que pasara las noches en la parte trasera de la casa que albergaba la librería.

—No te lo puedo dejar gratis —dijo mientras clasificaba una

nueva camada de libros—. Va a ser todo un pedo dejarlo más o menos decente, y te vas a quedar con la responsabilidad de tener llaves. Pero sí te lo puedo dejar baras.

Fue una buena solución. Dormía entre todo tipo de artefactos caídos en desuso, lámparas y sillas, una cafetera y un ropero gigante relleno de cajas cerradas con cinta de aislar, una alfombra enrollada y dos burós que nada más estorbaban. Los cojines del sillón en que dormía estaban en buenas condiciones, y a pesar de que no era lo más cómodo, era suficiente. Mi capital comenzó a esfumarse con ese gasto, las noches se alargaban de nuevo hasta el amanecer y una vez más entraba en ese *loop* del que busqué salirme al dejar la ciudad, solo que ahora no tenía un proyecto pendiente. Sin una dirección, esas noches a la deriva perdían el sentido, si alguna vez lo tuvieron las del Centro Histórico. Cada vez conocía a más gente y la intensidad nocturna aumentaba de una manera vertiginosa. El día en que me ofrecieron un puesto en la cocina clandestina del mejor chef de la ciudad, cuando ya no tenía con qué pagar la noche siguiente, hice un esfuerzo por cerrar la puerta que se me quería abrir. Sentí el vértigo de no poder zafarme de un estilo de vida en el que solo perdería más tiempo, ya que, si el tiempo es lo más preciado que tenemos, hay una responsabilidad en la manera de usarlo. Por vez primera me empecé a ver más viejo, consciente de que el tiempo fluye cada vez más rápido, de que se nos acaba. No podía caer de nuevo en la espiral de la noche y sus adorables demonios.

Volví a la capital y me instalé en un colchón inflable que tenían dos amigos que vivían en una casa a solo tres cuadras de la casona de Tacubaya, una coincidencia que en ese momento yo ignoraba. Retomé las clases de cine como estrategia de supervivencia y me di a la tarea de buscar un lugar propio en el que pudiera llevar una vida un poco más estable, como la que tenía antes de conocer a Santiago. Qué manera de descarrilarme en un breve desliz.

Con las rentas en la metrópoli subiendo como espuma me dio por explorar los alrededores, di vueltas por la zona del Ajusco y fui ampliando la búsqueda hasta llegar a Amatlán, en donde el alquiler equivalía a una fracción de su costo en la Ciudad de México. Encontré una casa conformada por un espacio en el que la sala, el comedor y la cocina se unían bajo un gran domo que con un sistema de poleas podía oscurecerse, frente al ventanal que daba a un bosque en primer plano y a lo lejos a una parte del Tepozteco, de una sola habitación y con decenas de plantas que poblaban cada rincón de la casa y que trepaban las paredes. Vivía con lo esencial. Una vez a la semana me desplazaba a la ciudad y pasaba la noche en el departamento de algún amigo o en casa de mis papás, bajo una tranquilidad que funcionó

como antídoto a los tiempos previos. Rara vez comía fuera de casa, el alcohol estaba casi desterrado y las distracciones se reducían a los dos o tres vecinos que de vez en cuando me invitaban a alguna celebración. Así pasé meses. A la distancia veía las cosas un poco más claras. Recuperé el tiempo para leer por gusto, no solo con el fin de nutrir lo que estuviera escribiendo, desempolvé un guion de largometraje y me puse en contacto con las publicaciones en las que solía colaborar, con la intención de reactivar mi participación en ellas.

Ahora sé que el aislamiento es lo que más me conviene. Soy feliz entre la gente, el problema es que puedo llegar a descuidarlo todo en aras de la convivencia, abandonarme al vaivén de la pandilla. Me considero un ser débil ante la tentación, estoy dotado de una gran facilidad para ceder ante el primer mezcal, por eso para mí la reclusión es necesaria. Varios días sin hablar con nadie, luego un breve intercambio con la gente del mercado y de vuelta al ensimismamiento. Escribir en la mañana, corregir a medio día, leer en la tarde y, en un buen día, escribir otro rato por la noche. La rutina. Clase el miércoles a las cinco y otra el jueves temprano y de vuelta a Amatlán. La vida circular. Fui transformando la casa en una biblioteca: traje los libros que tenía en casa de mis papás, los que fui dejando en casas de amigos y los que se quedaron con el Hechicero al saldar mi cuenta en el Virreyes.

—Te los cuido —me dijo con un abrazo, y el día en que pude regresar por ellos me contó que poco después de la noche en que acabamos en el hospital, Karla cerró el bar y se largó de ahí—. Creo que hasta se mudó a otro país. —Bajó los ojos—. No sabes cómo me da en la madre lo que está pasando. En todas partes hay tipos dileando en los baños, como les pasó a ustedes, pero ahora ya es una práctica común. Nadie se salva. Aquí nos hemos cagado, todavía no vienen porque es un lugar tranquilo. Pero ¿te acuerdas de los revens que organizábamos en el lobby?

—Obvio. Legendarios.

—Pues ya mamó. Ya no me animo a hacerlos, la neta. Me da miedo que si vuelvo a hacer uno vengan esos güeyes y se queden aquí de planta o me pidan que les avise con tiempo cuando se arme otro. A esa gente le vale madre, lo único que les importa es vender. Los tiempos han cambiado mucho, vamos de mal en pior.

—¿Y el Flores Cruz no puede hacer nada?

—Ese güey está metidísimo. No se sabe hasta qué grado, y pues justo ese tipo de mamadas son las que no quieres averiguar si no te quieres meter en pedos. Ya todos los que vivían cerca se fueron, abandonaron el puto barco. La gente que viene es otra. No está tan chida. Yo estoy viendo también a dónde me voy, chance al desierto.

Ya ni el pinche Santi se da sus vueltas. ¿Lo has visto?

—Para nada. Estoy en otro canal.

—Ta bueno.

Me alejé con la impresión de estar dejando para siempre una parte de mi vida. Qué rápido pueden cambiar las cosas. Las fuerzas que nos expulsaron tenían una potencia que pronto terminaría desfigurando el barrio hasta dejarlo irreconocible. De un día para otro todo cambió.

En el departamento de Santiago dejé también varios libros, pero no me lo quería topar. Me quedé con un juego de llaves que me dio poco antes de pelearnos, para que usáramos la sala como oficina de producción, para poder entrar y salir sin depender de él. Prefería que se quedara con mis libros antes de volver a verlo.

Mientras que la serie basada en mi novela yacía enterrada, *Antes de la revolución* llegó a manos de un editor que me pidió cambiarle el título y agregarle una capa más de ficción, un delgado recubrimiento de invención a los hechos narrados. La Historia sin atributos no era suficiente, y el hecho es que si antes dije que era una novela basada al pie de la letra en las fuentes a las que recurrí para contarla, no es del todo cierto. Es casi verdad, salvo en el caso de tres o cuatro pasajes que amplié bajo el único amparo de mi imaginación, sin una fuente capaz de respaldarlos. Hacer lo mismo en otras instancias a lo largo de la novela no representaba en realidad un problema, simplemente disolvía mi ilusión de contar una trama totalmente apegada a la Historia, porque también es cierto que cualquier construcción dramática es una ficción, por más apegada que esté a las fuentes originales. Lo que se convirtió en *Al filo de la revolución* fue concebida como una novela, y decir que era un libro de historia narrativa era negar las libertades y la estructura heredadas del género. A fin de cuentas no soy historiador, soy un novelista apoyándose en la historia para narrar una novela histórica. Ahora pienso que mi editor tuvo razón. Ni un minuto dudé en aceptar sus recomendaciones y sumergirme de nuevo en las páginas de un proyecto que a partir de ese momento tomaría un aspecto más acorde con lo que se espera de una obra de esa naturaleza. Necesitaba algo que me regresara la fe en la escritura, y esa oportunidad era lo único que había a mi alrededor. Además de estar de acuerdo en lo que me dijo, no tenía otra opción, o quizá estuve de acuerdo precisamente porque no tenía otra opción. Esa primera versión un poco más, digamos, académica, no dejaría de existir; quizá, de haber interés en ella, algún día podría salir a la luz, entretanto me enfocaría en el nuevo manuscrito, en los añadidos y en la reestructura del primer capítulo para que funcionara de forma cronológica.

Un día salí a caminar hacia el Tepozteco para romper la rutina. Deambulé por los caminos que suben, sin saber a dónde me conducirían, en una excursión que duró casi cuatro horas, y me sorprendió lo placentero que resultó ese paseo, a pesar de la piel ardida por la exposición solar. Era la primera vez que vivía en el campo. He pasado meses o hasta un año en ciudades casi tan grandes como la Ciudad de México, porque para efectos prácticos, cualquiera que trabaje en casa no pasa de las colonias aledañas, y un viaje de media hora en auto ya se vuelve un cierto tipo de límite. La línea que va de Coyoacán al Centro y a Chapultepec marca un triángulo del que pocas veces tuve que salir a lo largo de mi vida, por eso Buenos Aires puede ser una ciudad hermana y Los Ángeles no se queda lejos. Andar por la montaña empezó a ser mi único pasatiempo fuera de casa, ya con sombrero y bloqueador solar, con un morral para cargar agua, almendras y algo de fruta. Fui descubriendo caminos empinados y desfiladeros en los que a veces había que escalar, lugares en los que nadie me encontraría si sufría un accidente, sin recepción en el teléfono celular. Llevaba también un cuaderno que rara vez usaba, después me llevé un libro para sentarme bajo la sombra de un árbol en la parte más alta del cerro y ahí me quedaba hasta la puesta del sol.

En ese cuaderno empecé a escribir lo que podía ser una biografía abreviada de Tito. Mi abuela resolvía las dudas que surgían mientras avanzaba, fui a su casa por libros y algunos papeles más, cartas y postales y algunas notas curiosas, como esta, escrita a máquina y enviada por correo en papel membretado:

> Magda y Federico Sánchez Fogarty
> envían a Rosa y Julio Ricaud, una de las últimas hojas de papel blasonado en existencia, como recuerdo del ya finado Imperio de Tacubaya, y anexan pruebas de dos capítulos que formarán parte de las «memorias» que empieza a escribir el ex Maestro, ex Primer Ministro y ex Alteza Serenísima, cuyo libro tal vez salga a la luz a fines del presente año.
>
> A 10 de agosto de 1959.
> Palacio Fogartino
> J. A. Pérez 6
> Tacubaya

Las páginas que la acompañaban eran en efecto extractos del libro que aún estaba armando, con ese lenguaje, rimbombante hasta la carcajada, con el que sobre todo se divertía él. Las preguntas a mi abuela se multiplicaban, y en un viaje a la ciudad me quedé con Luca y le hablé de lo que estaba haciendo. Me escuchó mordiéndose los labios para no interrumpirme, y al final dijo:

—Sí supiste lo que le pasó a Santiago, ¿no, carnal?

No tenía idea, y de inmediato se dio cuenta. Se tapó la cara con las manos, las pasó por las orejas y se agarró del cuello.

—Pensé que sabías.

—¿Está bien? —pregunté con toda la tensión a cuestas.

—Más o menos. Está bien, pero está guardado.

—¿En el bote?

—Nelson. No sé bien qué pedo con el lugar en donde está, pero suena como un *rehab* muy ajax.

—Uta. ¿Y cómo llegó ahí?

—Por atascado, obviamente, y tengo entendido que sí pasó por el bote, por lo menos unas horas.

—¿Cómo sabes?

—Hace rato que me lo había estado topando.

—¿En dónde? Si casi ni sales.

—Fue a dos fiestas en las que toqué, estuvo cagado, en las dos la seguimos y le pasé mi fon y desde ahí aftereamos ya varias veces. Me buscaba un chingo para ver si andaba de fiesta. La mayoría lo mandaba la verch, pero de repente sí me agarraba colocado y caía solo, o a veces con uno o dos camaradas. No mames, cómo aguanta ese güey. Nos sienta a todos.

—Sí, ya sé. Desde el día que lo conocimos se le veía la madera que tiene pal reven.

—Caoba fina.

—Buloke australiano.

Me vi forzado a rematar el gag. Sonrió y continuó.

—En fin, el caso es que así conocí a dos que tres personajes de su rodada, y uno de ellos fue el que me contó lo que pasó. De lo más *random* , me lo topé en la banqueta del Parnita.

—¿Y qué chingados pasó?

—Pues creo que muchas cosas. De entrada se estaba metiendo

todo, bien atascado, y además se agarró a una chava casada y el esposo se enteró y contrató a unos polis para que lo caparan y lo metieran al tambo por díler.

—No mames. ¿Y funcionó?

—Funcionó por unas horas, ya sabes, pero como tiene billete salió rápido, y fue a buscar al esposo a su casa para partirle la madre.

—¿Cómo se enteró?

—Creo que el esposo quería que se enterara que él fue el responsable de que lo arrestaran. Pensaba que estaba rotísimo y que le iba a costar trabajo salir. Seguro creyó que a billetazos iba a lograr que lo enjuiciaran y de veras lo metieran al tambo por un rato, pero el Santi se contrató a unos megabogados y pus obvio que se la peló el otro cabrón. Es que a veces parece pordiosero el hijo de su puta madre, nadie se imaginaría que tiene varo, porque además ni chamba tiene, ¿no?

—Así es. ¿Y entonces?

—Pues resulta que al esposo le encanta el trompo, y la madre se la partieron a él.

—No maaanches…

—Acabó en el hospital el pendejo, con unos dolores horribles y todo moreteado, pero no rajó. Inventó que se cayó de las escaleras bajando de su departamento, y pus en el hospital le creyeron o decidieron dejarla ahí.

—Se la buscó.

—Exacto. Entonces, cuando salió, pues olvídalo. Se deprimió cabrón porque además no podía ni caminar bien y todo le dolía, y se empezó a inyectar.

Respiré hondo y abrí los párpados de par en par.

—¿Cómo ves, bróder?

—Era lo único que le faltaba —dije todavía impresionado.

—Y pues esa chingadera sí lo tiró gacho. Ya no salía de su casa y lo andaba combinando con toño. Se puso tan vegetal que ya ni bajaba a abrir la puerta. Le aventaba las llaves a los dílers o a los chavos que le echaban la mano con las compras, y dicen sus cuates que entre toda esa banda poco a poco le iban chingando cosas, un robo hormiga que hasta ellos ya empezaban a notar y que al Santi le valía madres. El día que fueron a su casa disque a hacerle una intervención estaba tan ido que no entendía nada. Era imposible comunicarse con él, y ahí fue cuando se lo llevaron al lugar este que te digo. Entró ahí casi pataleando, según me contó este güey.

—Órale —dije ya sin aliento.

—Sí, carnal. Se llevaban cabronsísimo tú y él. ¿Qué pasó?

Y fue mi turno de contarle la precuela.

Esa noche no pude dormir, con la imagen de Santiago encerrado tras puertas bien aseguradas, y así pasé varias noches. En Amatlán fue igual. Averigüé en dónde estaba, hablé por teléfono y me dijeron que todavía no podía recibir llamadas ni visitas, tendría que esperar por lo menos un mes y a partir de ahí empezarían a considerarlo. La urgencia de verlo se disipó con esas palabras y regresé a la rutina, y en el siguiente viaje a la ciudad me llevé las llaves de su departamento y antes de tomar la carretera de vuelta pasé a recoger los libros que dejé ahí. El caos era mil veces peor que antes. Una ligera capa de polvo cubría toda superficie, y los libros estaban desperdigados y mezclados por doquier. Revisé cada centímetro del departamento para recuperar algunos tomos preciados, y entre ellos me encontré con el *Botafumeiro* y decidí sacarle copias para usarlo como referencia en la biografía, y en lo que esperaba al copiado de la papelería separé algunos papeles que también podrían servirme. En la esquina en que guardaba los cuadros ya no había ni uno, ahora suplantados por los informes que le entregó Oliveira a lo largo de los años, el último paquete ya abierto y archivado junto al resto. Me los llevé a la habitación y comencé a hojearlos: la mayoría eran textos escritos a máquina, seguramente por el inspector; también había fotografías, copias de documentos oficiales y correspondencia, además de transcripciones de entrevistas con nombres y fechas. Era un trabajo de muy largo aliento. Pensé que sería mi única oportunidad y no resistí a la tentación de hacer lo mismo que con los papeles de nuestra investigación, pero al llegar con una caja llena de documentos a la papelería ya estaba cerrada. Primero lo interpreté como una señal para que desistiera. Volví al departamento a dejar todo como lo encontré y antes de salir vi el ejemplar de *Don Quixote and Sancho* en la parte más alta del librero de su cuarto, y al fin pude leer una dedicatoria que me defraudó. No sé qué esperaba. Decía así: «Para mi muy querido Pol, para que encuentre un camino que lo llene de júbilo y así venza a sus propios molinos de viento. Con todo cariño, FSF». ¿Qué tipo de revelaciones creía que podían surgir en la dedicatoria de un libro? Lo seguí hojeando y un viejo telegrama cayó al suelo. Estaba fechado el 30 de noviembre de 1943: «El paquete está en camino. Guarde toda discreción. El T. se pondrá en contacto». El remitente estaba en alemán, no tenía firma y una letra pequeña impresa bajo la fecha decía: Berlin, Deutschland, y eso me convenció de no dejar pasar esa oportunidad. Ya estaba ahí. Después podría decidir qué hacer, tendría opciones. Debía aprovechar la situación, así que esa noche salí por unos tacos, volví al departamento, cambié unas sábanas que no podían estar más sucias y me acurruqué en su cama leyendo las *Confesiones* de San Agustín, uno de sus libros predilectos. Pronto me quedé dormido.

Fue extraño: tras días de batallar con el sueño no me costó nada caer profundo entre sus cosas, con visiones extraordinarias en las que volaba, o me veía atrapado en un laberinto del que no encontraba salida. Abrí los ojos ya avanzada la mañana y tardé gran parte de la jornada en sacarle copias a cada página de los informes. Eché un vistazo por última vez, ya con una voracidad implacable, y encontré un sobre con documentos en portugués, al parecer el trámite de defunción y el papeleo para liberar el barco de la marina. También les saqué copias. Salí de ahí con la sensación de haber profanado una antigua tumba, lleno de papeles que costaba trabajo cargar, como un loco que no sabe lo que está haciendo, pero es feliz. Me avergoncé un poco de sentirme bien después de lo que acababa de hacer, y no puedo explicar por qué me llené de un vago sentimiento de triunfo. O quizá sí: logré lo que Santiago me negó de una manera tan contradictoria, invitándome primero y cerrándome el camino después. La amistad dio un giro hacia el antagonismo, y esa era una clara victoria sobre él, que además no podía hacer nada. Debí de sentir angustia por aprovecharme de esa manera, el no enfrentarlo directamente era un tipo de cobardía, aunque la verdad es que no pude hacer otra cosa.

Dejé la pila de copias fotostáticas en una esquina de la sala, entre libros apilados en el suelo, y las dejé reposar mientras terminaba otros proyectos. Las notas biográficas estaban más o menos acabadas, pero aún eran eso, partes de algo más grande, y con la información sobre Pol en mi poder ya era posible juntarlas. Un documental sin ayuda quedaba descartado, pero algo tenía que salir de aquel embrollo. Seguí con mis labores y olvidé los papeles robados hasta que no tuve nada más que hacer. Pensé que si iba a inmiscuirme en eso debía primero elegir un método, por más general que fuera, para luego hacer un plan de lo que podría construir a partir de unos datos sobre los que tenía varias sospechas y ni una sola certeza. Se me ocurrió llenar fichas técnicas con lo que sabía y lo que iría encontrando, y no tardé en cambiar de fórmula. En los primeros días de abril, a inicios de la pandemia que azotó al mundo entero, con las clases canceladas y sin poder salir mucho de casa, comencé una pesquisa de escritorio que tardaría un buen rato en concluir, que cubriría los meses más estrictos del aislamiento sugerido por las autoridades.

Informe Oliveira: diario de una interpretación (1937-2018)

7/4

El primer paso es organizar el material en forma cronológica. Hay cinco paquetes. El primero, el único al que antes tuve acceso, y solo en fragmentos, es de diciembre de 2010; el segundo es de octubre de 2012; el tercero, de mayo de 2014; el cuarto, de enero de 2017; y el quinto no tiene fecha: fue el que Santiago recibió en noviembre de 2018. Lo más relevante del primero es la transcripción de la entrevista ya citada; además, hay otros documentos y varias fotografías que debí de haber sacado a color en vez del blanco y negro del resto. Mi decisión precipitada hizo que no hiciera nada con la cabeza fría. Tuve que haberlo pensado con detenimiento para separar lo que ameritaba copiar con mayor fidelidad, no nada más a color, pero no pienso regresar. Trabajaré con lo que tengo. Hay también copias de los documentos de identidad de Ana y de su hermana, y una mención de los padres de Pol en un periódico de Vigo del año 1954.

10/4

Hay mucho que no entiendo. Por lo que me platicó Santiago sé que cada carpeta se hizo para ser explicada por Oliveira, no para darse a entender por sí sola, sin ayuda, y ese detalle hace que el trabajo de interpretarla sea un proceso lento y tedioso. Tanto que juré alejarme de temas históricos y aquí estoy otra vez. Increíble. Caí más rápido que un cojo, aunque también quiero dejar claro que esto es otra cosa. Aquí no hay historia, no hay una huella narrativa entre tantos folios, entre tantas referencias aisladas. He pasado horas revisando papeles sin llegar a una sola hipótesis, sin dar con un detalle interesante, lo que sea, algo que valga la pena anotar aquí. A veces pienso que estoy perdiendo el tiempo, que de no ser por la reclusión a la que me obliga la pandemia ya habría hecho todo a un lado. Nombres que no dicen nada, caras desconocidas y sonrientes al lado de Pol, documentos oficiales sin un comentario capaz de explicar su relevancia. Parecería que el método de Oliveira consiste en la desorganización, como si hubiera escondido sus descubrimientos al ponerlos en medio del caos, volviéndolos impenetrables. Sería una técnica interesante, el escondite a simple vista. No sé de qué manera avanzar.

14/4
Los días transcurren empantanados. Dejo de lado las carpetas para no saturarme de información abstracta, para no hartarme antes de empezar. Retomo lecturas olvidadas, autores que hace tiempo no leo y que me dan una sensación de alivio. Es como estar de nuevo en casa, entre sus páginas. Si nada surge, este cuaderno en forma de diario dejará de tener sentido.

16/4

Una serie de papeles dentro del primer reporte, que primero descarté por estar en portugués, demostraron su relevancia. Después de ir y venir entre las carpetas regresé al principio y les presté atención. Con ayuda del traductor en línea supe que eran valuaciones de cinco cuadros y una escultura, como sospeché desde que Santiago me hizo acompañarlo a entregar uno. ¿Por qué, si quería mantenerlo en secreto, me jaló a hacer esa entrega? ¿Me consideraba tan cercano que no le importó que supiera, o más bien tenía otros planes? Quizá en ese momento sí consideraba darme acceso a estos reportes, y esa era una manera de romper el hielo con respecto a su contenido. Algo así como una preparación para lo que me iría a encontrar, porque una vez que sabes lo que son esos documentos, varias cosas quedan a la vista. La valuación se hizo tras el desalojo del departamento en Pontevedra, ya que estaba rentado, y se llevó a cabo en Lisboa, quizá en el despacho de Oliveira. En algunos casos las cifras son altísimas, apenas debajo del millón de euros. El individuo de la colonia Anzures debía de ser un intermediario, porque dudo que quien recibió la pintura tuviera el capital suficiente para colgarla en una pared suya. Esa casa no da el ancho para los números que refleja la valuación. También tengo que tomar en cuenta que no es lo mismo un posible precio de lista que uno fuera del mercado, por abajo del agua, porque hay detalles que apuntan a que las piezas pudieron tener un pasado complicado, y que Santiago tenía poca o ninguna idea de ese asunto antes de la muerte de su padre. El reporte deja bastante clara la posición de Oliveira, que en ocasiones se convierte en consejero. Una nota adjunta a la valuación incluye este párrafo:

> No recomiendo que este inventario pase por los ojos de una autoridad. Podría perderlo y podría ser un escándalo. Aún no amerita cárcel, siendo el propietario su señor padre, pero si transcurre más tiempo o hace una transacción con ellos la responsabilidad se transfiere a usted. Desde este momento, legalmente, usted tiene conocimiento de lo que significan estas posesiones.

Se comportaba también como su abogado, y en un momento me

planteé la posibilidad de que fueran socios, de que por ayudarlo Oliveira se llevara una tajada, aunque no encontré ninguna prueba que avalara esa teoría. Sigo sin descartarla. Tal vez llegaron a un acuerdo de palabra para no dejar un rastro de papel tras ellos.

También se comportaba de una manera un tanto paternal.

La valuación omitía el nombre de los autores en cada uno de los casos, una omisión deliberada. Me pregunto cómo movieron las piezas de Pontevedra a Lisboa, pero, más aún, cómo le hizo Santiago para traerlas a México. Las porosas fronteras entre Galicia y Portugal no debieron ser un obstáculo serio, y el paso a América debió de haberse dado poco a poco. A fin de cuentas, tuvo varios años para moverlas: del mes de septiembre de 2010 —fecha de la valuación— a mediados de 2017, cuando se mudó definitivamente al DF . Sé que hizo varios viajes durante esos años y que pasaba semanas o incluso meses en México antes de volver. De cualquier manera, debió de ser un trámite complicado, y en una conjetura tal vez apresurada pensaría que provocó ansias. Podría ser esa la razón de su demora en hacer la fiesta de bienvenida a la que me invitó. Meses de no contestar un solo mensaje, podría haber estado ocupado en esto.

19/4

Voy y vengo entre tanta tinta, y una sensación de estar faltándole al respeto a quien alguna vez consideré como un amigo me llena a veces de culpa. Las barreras que me voy topando al tratar de interpretar lo que tengo enfrente son una señal para que desista. No tengo un verdadero motivo para seguir, más allá de la curiosidad. Podría quemar todos estos papeles, hacer una fogata en el bosque, un ritual que le rinda homenaje a una amistad perdida y que dé por terminada esta mala idea. Me libraría de un peso enorme que no tengo ánimo de cargar, sería una posible salida a toda esta confusión, en la que por ahí voy encontrando cosas.

Por ejemplo, en el segundo reporte, el catálogo de una exposición de arte es lo más llamativo de entre tantos pliegos insípidos. Es un viejo folleto apenas legible, se notan los colores deslavados en la copia a blanco y negro, las esquinas gastadas por el tiempo: la apertura en agosto de 1942 del Musée National d'Art Moderne en París, con obras de Georges Braque, Raoul Dufy, Fernand Léger, Aristide Maillol y Henri Matisse. Según la nota de Oliveira, estaba entre los papeles que encontraron en el departamento de Pontevedra. Es difícil imaginar el traslado de Lisboa a París en ese momento de la guerra: para llegar hasta la capital francesa sin temor habría sido necesario un salvoconducto que valiera ante las autoridades alemanas, de lo contrario habría sido una locura aventurarse por ese camino para asistir a una exposición de arte. Ya desde lo que sabía Santiago gracias a la hermana de Ana estaba clara la relación de Pol con una facción de los alemanes en Portugal, pero contar con un acceso que le permitiera cruzar las nuevas fronteras impuestas por las hostilidades iba más allá de lo que pensé probable. Existe la posibilidad de que no fuese él quien viajó a París, sino que alguien le diera el catálogo, como regalo o como referencia, pero, entonces, ¿por qué lo guardó durante toda su vida? Que ese objeto permaneciera en su poder sugiere que fue un viaje importante, una exposición que quizá lo marcó, si bien solo puedo especular. Sobra decir que no hay boleto alguno que confirme el viaje, ni otro indicio de su estancia en París en ese momento. Si tuviera que adivinar diría que ese viaje fue un detonante, que marcó un antes y un después, pero no podría decir por qué. Es más bien un deseo.

20/4

Recién me entero de que estamos atrapados por la pandemia. Con cientos de miles de muertos en el mundo y algunas decenas en nuestro país, los comuneros tomaron la decisión de cerrar los accesos al municipio de Tepoztlán, que implica también el pueblo de Santo Domingo Ocotitlán y el de Amatlán de Quetzalcóatl, llamado así porque, según cuenta la leyenda, ahí nació Ce Acatl Topiltzin Quetzalcóatl, un mítico gobernante que se empeñó en crear una sociedad pacífica dedicada al conocimiento.

No es posible entrar, y si uno quiere salir se arriesga a que no le permitan regresar. Quizá hablando con ellos se podría llegar a un acuerdo, el caso es que, para efectos prácticos, la comunidad está cerrada. A pesar de que se ha dicho que aislar un área de esta manera es ineficiente, aquí las decisiones se toman por consenso. La estructura de los comuneros se parece a la de los ejidatarios, es su manera de organizar y repartirse la tierra, y bajo esa autoridad se rigen todas las propiedades de la zona. No hay notario que valga ante ellos. Por mi parte, no estoy seguro de que estas medidas de aislamiento sean las más adecuadas, y pese a ello hay una impresión de seguridad en comparación con el resto del país, como si aquí estuviéramos a salvo gracias al nivel de organización de la comunidad. Leí en las redes que los pueblos de Oaxaca hacen lo mismo, velando por su gente y dejando fuera al resto. La distopía se ha instalado en el territorio, y el tiempo será la única vía de comprobar cuáles son las medidas más efectivas contra el contagio. Quién iba a pensar que el mundo se iría a desarticular de esta manera. Mientras tanto sigo sumergido en un enredo en blanco y negro.

21/4
Ya estoy más familiarizado con todo esto. Puedo ver que, a lo largo de los tres primeros reportes, Oliveira hace un esfuerzo por darle seguimiento a lo que encontraron en el barco atracado en la marina, lo que él pensaba que era una investigación clara que tenía que ver con la época de Salazar. Hay cronogramas de sus visitas a los lugares anotados y de la búsqueda de aquella gente que Pol consignó en el papel, sin un solo resultado alentador. Rápido se convertían en callejones sin salida. En una de sus pocas observaciones personales, Oliveira anota:

> «Persigo fantasmas. Ya todos han muerto».

En la copia de una de las páginas más importantes que dejó Pol, en la que apuntó la mayoría de los nombres y los relacionó entre sí con flechas, el inspector puso una cruz a un lado de quienes confirmó su muerte: la gran mayoría. Es cada vez más claro que Oliveira continuó con esa búsqueda, y que Pol no había avanzado mucho antes de que lo alcanzara la muerte. Si llegó a Lisboa el 17 de febrero de 2009 y murió el 3 de junio de ese mismo año, tuvo tres meses y medio para llevarla a cabo, mientras que el inspector tardó años en saber lo que pasó con la mayoría de ellos, aun con toda su experiencia y luego de pasar su vida entera en esa ciudad. Pol, como extranjero, y a su avanzada edad, apenas pudo rascar la superficie de lo que buscaba. Lo que a la vez encuentro es una honda curiosidad por parte de Oliveira: realmente le interesaba el caso. En varias instancias se nota una frustración que no logra ocultar ante la falta de resultados, algo que podría ser visto como una mera actuación, digamos, literaria, para hacerle creer a Santiago que le importa y que está llevando a cabo su encargo a pesar de esa falta de resultados. Fingir que trae puesta la camiseta. Es una posibilidad, y si fue así, entonces, además de investigador y consejero, era un buen fabulista, al mantener al personaje a lo largo de varios escritos durante años. En verdad parece que no solo estaba ahí por la paga. Tenía ganas de llegar al fondo.

23/4
Ayer encontré una carta en medio del segundo reporte. Justo cuando pienso que todo es inútil doy con algo que me da esperanzas. Escrita en cursivas, sacada de entre los papeles del departamento en Pontevedra, dice:

> Bogotá, abril 15 1953.
> Estimado Pol,
> Pedí yo a amigo que va a México que encontrara dirección tuya y trajo esta. Espero sea correcta.
> En su momento no hubo despedida, no hubo tiempo, y ahora que ya estoy busco mandarte un saludo. El señor embajador me contó en carta que fuiste a México, me pregunto si gusta. En donde estoy aterrizo apenas, es muy pronto para saber que pienso.
> Que desastre acabo todo, pero sobrevivimos.
> Espero te encuentres.

El papel no lleva distintivo y no hay un sobre. Lo que me intriga es ese «sobrevivimos», que parece un alivio. Debe hablar de la guerra, y por ahí se asoma un embajador. Fue claramente escrita por un inmigrante que apenas llegaba y que estaba lejos de dominar el idioma del país que le abrió sus puertas. Sin firma, lo único que tengo para compararla con otras es el tipo de papel y de letra, el estilo de esa caligrafía. Es como jugar memoria, el pasatiempo en el que tienes que adivinar en dónde viste la otra carta igual a la que destapaste. ¿Me estoy convirtiendo en un simple sabueso? ¿Estoy perdiendo mi tiempo?

26/4

Llevo días sin ver a nadie. Hoy cumplo un mes de reclusión voluntaria. El único momento en que intercambio palabras con alguien es al salir de compras, y aun así no pasa de los monosílabos básicos para cada transacción. Lo demás es subir a la montaña, siempre vacía, contemplar parajes huecos, pasar a un lado de gente que va con otro rumbo y mantener la distancia. Me gustaría tener la opción de hacer un viaje a la ciudad, aunque fuera por unas horas; sentarme a tomar café, reír un poco, porque sobre todo es la risa la que se ha ido. Una película cómica en la computadora me puede sacar una sonrisa, nunca una carcajada. Para eso es necesaria la presencia humana.

No es que tenga miedo. Trato a toda costa de no contagiarme, pero no por miedo. Es primero para actuar de acuerdo al colectivo, y después por la posibilidad de terminar en el hospital, por remota que sea. Confío en mi cuerpo, sé que aguantaría, pero no tengo intención de comprobarlo.

Apenas recordé que el plazo para que empezaran a considerar visitas en la institución donde está Santiago se cumplió hace unos días, un lapso que sin duda se ampliará hasta que la situación vuelva a una cierta normalidad. Se encontrará con otro mundo el día en que al fin pueda salir. Todo habrá cambiado. La verdad es que si no puedo verlo, tampoco tengo ganas de hablar por teléfono. ¿Qué le podría decir? Que estoy enmarañado con todo lo que me llevé de su departamento, que en realidad necesito su ayuda, que no sé lo que estoy haciendo. Seguramente podría explicarme gran parte de lo que no he podido penetrar, es la única persona que tiene la llave para que tanta información cobre sentido, y nunca la va a soltar. Cada vez estoy más convencido de que hubo un momento en que sí consideró involucrarme, y que fue un arranque pasajero, que tan pronto se dio cuenta de lo que significaría, se arrepintió. Un secreto compartido corre el riesgo de ya no ser un secreto. De no haber sido por el *shock* que le produjo la muerte de Oliveira, jamás se le habría cruzado por la cabeza transmitirle todo eso a otra persona. Antes contaba con el inspector para hablar sobre el caso, alejado por un océano en los últimos tiempos, sí, pero al menos era alguien con quien podía conversar abiertamente. Por eso empezó a medirme, para ver cómo

sería, me dejó ver la punta del iceberg todavía debatiéndose, indeciso ante una coyuntura que iba más allá de una simple amistad. Se quedó cerca de un límite que en realidad no quería cruzar, y que al final nunca cruzó, o no del todo.

Si no hubiera contingencia y la vida siguiera su curso, si me permitieran verlo, ignoro lo que haría, qué le diría, cómo escondería lo que sé, aunque sea poco. Esa encrucijada un día será la mía, me tocará tomar una decisión a todas luces imposible. Por eso hay cierta comodidad en el encierro, en que el mundo se congele por unos meses; hay un consuelo detrás de tanta soledad. Tenemos que comprar tiempo, dicen los expertos, y en mi caso no puede ser más preciso. La necesidad de comprar tiempo de una manera generalizada no pudo llegar en un mejor momento. Dentro de la calamidad me siento afortunado, aunque la fortuna no dure eternamente. Ya tendré que enfrentar a los demonios. Un día habrá que salir a reanimar el mundo del que hicimos un paréntesis, para volver a echarlo a andar. Y ese día ya no habrá excusas. No obstante, aún hay tiempo. Ni siquiera vale la pena pensar en ese día, todavía lejano, en el que habremos salido de esta. Hoy puedo estar seguro de que nadie me interrumpirá mientras contemplo desde adentro un laberinto.

1/5

Tomé algunos días de respiro. La aridez de las copias fotostáticas, de la montaña de información sin estructura, de los escuetos comentarios del inspector, me tenían cansado. Ayer salí de casa al amanecer y volví entrada la tarde. Pasé el día entero arriba. Me llevé un libro y apenas lo abrí. No quería pensar en nada, o más bien no quería pensar en esto. Tenía que despejar mi mente atolondrada, y ahora estoy de vuelta. Sobre todo, hay una cosa que no entiendo: cómo pudo durar tanto la investigación, cómo fue que Santiago y Oliveira insistieron en seguir hasta que murió uno de los dos. Nueve años de búsquedas es un exceso. Si solo pudiera hacerle una pregunta sería esa. Podría ser hasta un caso clínico.

8/5

Hay días que hacen que todo valga la pena. Después de muchas horas sin dar con nada interesante, ubicar una pieza clave dentro del rompecabezas da un sentimiento de satisfacción, e impulsa. Rezo por más días como ese, que a su vez me llevó por rutas que tardé en agotar. Lo que encontré estaba en el quinto reporte, y aunque se adelanta a la cronología, no puedo evitar incluirlo en este punto: sé quién fue el embajador que se menciona en la carta fechada en Colombia. La ficha que funcionaba como documento de entrada a México en la déca da de 1940, algo así como un salvoconducto, contiene el nombre y los datos principales de Pol y está firmada por un general Aguilar. Fue ese trozo de papel lo que hizo que Pol pudiera viajar a este país, y según el acervo histórico-diplomático de la Secretaría de Relaciones Exteriores disponible en línea, el embajador de México en Portugal de mayo de 1944 a marzo del siguiente año fue el general Francisco Javier Aguilar González, un personaje salido de la más pura picaresca mexicana. Entre otras cosas, fue colaborador de los alemanes a lo largo de muchos años, aunque quizá su verdadera filiación era con el dinero, y las fuerzas del Eje fueron para él una manera más de enriquecerse.

Sin poder meterme a una librería, escarbé en los rincones menos visitados de la red para bajar en PDF el estudio de Juan Alberto Cedillo sobre *Los nazis en México* , en el que Aguilar González ocupa un lugar preponderante: salió de la Revolución mexicana luego de formar parte de la escolta de Francisco I. Madero, su primo, y más tarde peleó en la División del Norte hasta que una derrota ante el Ejército Constitucionalista lo obligó a fugarse a Texas, en donde pasó hambre y perdió a un hijo. Fue taxista y jornalero y ahí aprendió las artes del contrabando en la frontera, volvió a México para unirse al Plan de Agua Prieta y, al triunfar sobre las fuerzas de Venustiano Carranza, ingresó al Colegio Militar como maestro, de ahí subió el escalafón de la jerarquía castrense y durante años fue agregado militar en Estados Unidos, Suecia e Italia, hasta que el presidente Cárdenas lo nombró embajador en Japón y China. Sin embargo, lo más sobresaliente de una vida plagada de abusos e irregularidades es su participación en el armado de una red de contrabando de opio, marihuana y heroína hacia Estados Unidos, pagada y suministrada por Alemania y Japón

como parte de un plan para distraer a ese país, inundándolo de droga. Los capos de ese primerísimo cártel mexicano eran él, encargado del contrabando, con la experiencia de haber pasado litros y litros de whisky durante la prohibición desde su puesto de agregado en Washington; Gonzalo N. Santos, exgobernador de San Luis Potosí y encargado de las relaciones públicas, y Donato Bravo Izquierdo, responsable del lavado de dinero. Esa red planeada originalmente para distribuir estupefacientes se convertiría en la base del espionaje alemán en México, coordinada en parte por Roberto Trauwitz Amezaga desde la oficina de Manuel Ávila Camacho en Palacio Nacional, sin el conocimiento del presidente, según afirma Cedillo. Aguilar González expandió los tentáculos del espionaje a todos los niveles de gobierno.

Tuvo que haber sido él, en su papel de embajador en Lisboa, quien facilitó la entrada a México de un joven colaboracionista, pero cuando años después Pol se topó con problemas migratorios, no hay rastro que indique la presencia del general en la solución de su caso. Tal vez su encuentro en Portugal no pasó de esas fronteras, lo cual encaja con los esfuerzos de Pol a partir de ese momento: separarse de lo que fue su vida durante la Segunda Guerra Mundial.

A la figura de Aguilar González le dediqué días de obsesión frente a la computadora, tratando de reconstruir sus pasos más allá de su cruce con Pol, y dentro de lo que encontré hay dos motivos por los que cabe mencionar su participación como embajador en Vichy, de fines de 1940 al 42, menos de dos años antes de ser enviado a Lisboa. El primero es de carácter cultural y tiene que ver con la llamada «maleta mexicana», que contenía tres cajas con 127 rollos de negativos que Robert Capa, Gerda Taro y David Seymour tomaron durante la Guerra Civil española. Los rollos apenas lograron salir de la península, y cuando los nazis llegaron a París, una de las posibilidades era esconderlos en la embajada del país latinoamericano que por órdenes del aún presidente Lázaro Cárdenas daba asilo a quien lo pidiera. El también fotógrafo y experto en revelado Cziki Weisz, judío y húngaro al igual que Endre Friedmann —el verdadero nombre de Capa—, se acercó al consulado mexicano en Marsella y depositó los rollos en manos de un chileno que sí logró entrevistarse con el cónsul. Hizo entrega de los negativos que Weisz le imploró rescatar, antes de ser detenido por la policía del gobierno colaboracionista de Pétain, sin que el chileno supiera lo que contenían las fotografías ni el nombre de quien las tomó. El cónsul recibió las tres pequeñas cajas con rollos, y en su primera entrevista con Aguilar González, recién nombrado embajador, las entregó. Un año más tarde, cuando el gobierno mexicano le declaró la guerra al Eje, lo destituyeron por varias

razones, entre las que destacan sus intentos por influir en Washington para infiltrar a un tipo comprado por el cártel dentro del Comité de Defensa estadounidense, y por llevar una relación comercial de contrabando con la mafia marsellesa. Tras un periplo por varias ciudades, volvió a territorio nacional con algunos documentos extraídos de la embajada y con las tres cajas de negativos, los guardó en un armario y se olvidó de aquello. Después de Portugal fue embajador en Suecia y su última morada diplomática terminaría siendo Argentina, en donde retó a duelo a un diputado que lo acusó de contrabandista. Murió en 1972, su viuda en 1990, y entonces le tocó a su hija ordenar el legado de sus padres, y los 127 rollos pasaron a manos del hijo de una de sus mejores amigas, quien años después los cedió al Centro Internacional de Fotografía en Nueva York, fundado y dirigido por Cornell Capa, hermano del afamado fotógrafo.

El segundo motivo para subrayar su paso por Vichy es la predilección que tenía por el oro. Otro de los «negocios» de la fichita que fue Aguilar González fue el jineteo de las remesas que se enviaban de México a los refugiados españoles en territorio francés, montos pagados por la Junta de Auxilio con la finalidad de salvar vidas en tiempos de emergencia, en un lugar clave. Eran el brazo que el entramado republicano podía tenderles a quienes se encontraban en los peores aprietos, una organización que solo mediante el servicio diplomático mexicano podía hacerse presente en el sur de Francia. Apenas llegó a la embajada, en vez del tradicional envío mensual pidió que fuera por trimestre o cuatrimestre, después cambiaba los dólares a francos para ganar en esa transacción, y luego compraba oro en Suiza para venderlo más caro en Francia. Fue un detalle que Pol y Francisco Aguilar tuvieron en común, y tal vez algo de lo que hablaron. ¿Habrá pagado Pol el favor con oro nazi? A decir verdad, me cuesta trabajo creer que su relación quedó acotada por los años de la guerra y que no salió de Portugal. Para alguien como Aguilar González, un favor de ese calibre no implicaría nada más dinero. La pregunta es si volvieron a verse en México y si fue así, para qué.

9/5
Es increíble que, después de haberlo destituido por sus nexos con el contrabando a nivel internacional, volvieran a darle una embajada, y en un lugar tan estratégico en ese momento histórico. En vez de que sus días en el servicio exterior llegaran a su fin, lo recompensaron con la embajada en Lisboa. Es inaudito. Eso habla de sus lazos políticos, y hasta de una red que hoy permanece escondida entre las telarañas que dejan tras de sí los años. En ese entonces, el secretario de Relaciones Exteriores fue Ezequiel Padilla. Quizá estaba involucrado, aunque los siguientes pasos diplomáticos de Aguilar González hablan de lazos más bien transexenales. ¿Hasta qué nivel llegaban sus conectes?

10/5

Esto se empieza a poner divertido. Dentro de la aridez de la investigación hay una perla que nadie más pudo haber identificado. En un apéndice del reporte de mayo de 2014, el tercero, Oliveira reunió una serie de papeles que no pudo clasificar en ninguna otra parte, los que no le decían nada. Entre el menú de un restaurante en Madrid y una lista de pendientes sin fecha que empezaba con ir a la tintorería y terminaba con la compra de un queso parmesano, encontré esta «Crónica oficial de la corte», acompañada de una nota en la que solo había un gran signo de interrogación escrito con plumón, subrayado y rodeado por un círculo. No sé por qué siento un hondo placer al imaginarme al inspector rompiéndose la cabeza al tratar de encontrarle un significado dentro de la vida de Pol, tal vez buscando un mensaje encriptado en un párrafo que parecía sacado de la más zafada disputa social, algo que pudiera guiarlo. De cierta manera me identifico: mientras que él abría caminos entre lo que tenía, yo abro los míos dentro de las rutas que él dejó en obra negra. Somos las dos caras de una misma moneda, el artífice del laberinto y yo, que llevo semanas recorriéndolo. Cuando en su momento esta crónica llegó a manos de Santiago, no tenía idea de lo que significaba, y dudo que la recordara años más tarde, cuando al fin leyó el libro de Tito, repleto de composiciones del estilo. El signo de interrogación y el doble subrayado con plumón azul dejan entrever la frustración de Oliveira batallando con una serie de palabras y frases sin pies ni cabeza, que con toda seguridad habrían de vencerlo.

> Después de la ya histórica disolución a sombrillazo limpio de los Estados Generales, y de haber sido tan gentil de aceptar el Duque de Nueva Orleans el cargo de Embajador cerca del Conde de Barcelona, el último pretendiente a un trono que queda en el mundo; el Pleno de la Corte ha decidido estudiar a fondo la demanda presentada por nuestro antiguo y desterrado Emperador, en favor de su hijo, el Rey de Roma; pero tomando en cuenta su todavía corta edad y siendo indispensable que, en lo posible, se le ponga a salvo de las arcaicas influencias de que es víctima en su hogar, es probable que, como condición para seguir adelante en el proceso abierto, se pida a su por lo demás

> ilustre padre que renuncie a la patria protestad por lo que atañe a su educación en materia protocolaria, encomendándola a Don Antonio Robles Belina, recién graduado del TÉ LOCO y elevado al rango de Gran Maitre de Ceremonial, en el ALL IMPERIAL.

Escrita a máquina, esta crónica suelta lleva impreso el estilo de mi bisabuelo en cada renglón, y es probable que le provocara pesadillas a un portugués en busca de un sentido más allá del juego. En una trama de espías bien podría ser un mensaje cifrado, un guiño al mundo real a partir de nombres inventados que pasaran como un alias. ¿Pensaría Oliveira que Santiago era el Rey de Roma, en vez del hijo de Carlos Tejeda, el amigo de Tito, o que los duques y condes tenían que ver con la guerra? ¿O simplemente hizo a un lado uno de tantos documentos oficiales del Tercer Imperio Mexicano sin tener conocimiento de la nacionalidad de dicho registro? El lenguaje tiene más que ver con la España cortesana que con el Nuevo Mundo. A cualquiera lo habría confundido. Pese a ser el único capaz de atar ese cabo, no lo tomo como una victoria porque no es algo que ayude a la investigación, ni aunque sea un poco. Es solo la certeza de que ese documento no tiene relevancia dentro de tantas otras cosas que tampoco la tienen. Es más bien otra derrota.

11/5

Hay mucho que no hace sentido. Revisé los demás y descubrí que hay un apéndice igual al del tercer reporte en todos, la cuestión es que en los dos primeros no se nota, no hay nada que divida lo importante de lo descartado, mientras que del tercero en adelante está delimitado por una cartulina. Los conforman una serie de papeles que parecen inservibles para el marco de la investigación. Su única función podría ser de memorabilia para Santiago, como el álbum de recuerdos de un padre distante, sin ningún interés más allá de eso. Aparte de los apéndices, hay todo tipo de documentos dentro de los reportes que tienen la pinta de ser piezas esenciales en potencia, pero que en realidad no sirven de nada, ni para Oliveira ni para mí. Recortes de periódico, fotostáticas de documentos de identidad, como el pasaporte o el acta de nacimiento, con tratos de diversa índole: uno de compraventa, un pagaré y otro de confidencialidad que cualquiera pensaría que traería información importante, con la única finalidad de que el firmante guardara el secreto de la próxima apertura de una sucursal del restaurante del Centro que aparentemente nunca se concretó, y un sinfín de papeles más que desde mi punto de vista no aportan a la averiguación. De esos están llenos los reportes. Hay mucha paja, no sé si como parte de un esfuerzo de Oliveira para justificar la paga o si de verdad creía que eran piezas que, aun cuando en ese momento no parecían encajar, podían ser útiles en el futuro, a la luz de revelaciones todavía no descubiertas. Sea como haya sido, parte del trabajo de interpretación es reconocer esas falsas pistas y tener a la mano lo que sí sirve.

14/5
Investigación histórica del inspector Nicolau Oliveira (1/2)

Dentro de las piezas fundamentales hay una fotografía con un texto adjunto en el que Oliveira explica quién comparte el cuadro con Pol. Hay muchas otras fotos regadas por las cinco carpetas, en los apéndices y dentro de los reportes, pero ninguna con la prominencia que el inspector le dio a esta. Según su explicación, tardó meses en descubrir la identidad de los dos tipos que acompañan a Pol en el jardín de las Tullerías, en París: otra vez París.

Los tres de pie. Pol está al centro y no voltea a la cámara; a su derecha se encuentra Bruno Lohse, distraído en un punto fuera de cuadro; y a su izquierda Karl Buchholz, el único que nota el disparo del obturador. Visten traje oscuro y están bien tapados, circa 1943 según el cálculo del inspector. De esta fotografía se desprende una de las teorías más relevantes de los reportes, la piedra de toque para llegar a varias conclusiones y a algunas conjeturas que rebasan lo comprobable tanto tiempo después. Es un pedazo de información verdaderamente emocionante. Antes de dar con él, muchas veces pensé en abandonar un esfuerzo que parecía estéril. Todas las señales me sugerían eso, y contemplé la posibilidad de que esas historias estuvieran destinadas a permanecer en secreto, porque nunca dudé que las revelaciones existían. Lo que estaba en duda era mi capacidad de penetrarlas. La teoría de que Oliveira había de alguna manera encriptado su investigación me atormentaba a diario. Ahora sé que no es así, y mi emoción ante lo que significa esta fotografía vuelve a avergonzarme. No debería de celebrarlo.

En fin, sigo con los hilos que ató Oliveira a partir de una sola imagen.

Lohse fue uno de los principales responsables del saqueo de arte en París a lo largo de la ocupación nazi, amigo cercano de Hermann Göring —un consumado coleccionista de arte— y miembro de la Luftwaffe, lo cual implica que estaba bajo órdenes directas del Reichsmarshall. Que Pol aparezca retratado con un personaje de tan alto nivel en el escalafón de la ocupación alemana en Francia explica mucho. Es una de esas pruebas que atan todas las demás y que dan pie a las más variadas especulaciones. El tercer individuo, Buchholz, tenía

una librería y una galería de arte en Berlín antes de 1933, poco más tarde abrió una en Nueva York y en los años que duró la guerra abrió otra en Lisboa, en donde es posible concluir que conoció a Pol. Es casi increíble que la imagen haya sobrevivido, dada la trascendencia de las revelaciones que surgen a través de ella. Creo que solo hay una manera de explicar que Pol la guardara después de la guerra, que viajara a México, que se la llevara de vuelta a España y que se quedara entre sus cosas en Pontevedra hasta el día de su muerte: el lazo que lo unió a esas personas iba más allá de la superficie. Pienso en dos opciones: que hayan sido buenos amigos, o que se enorgulleciera de haberse codeado con alguien de tan alto rango, lo cual querría decir que sus simpatías siempre estuvieron con los nazis y que no se arrepintió después. La tercera opción no me convence, pero tampoco es imposible: que la fotografía se quedara entre sus cosas por error, como tantas otras, que le dio tan poca importancia que ni siquiera le prestó atención. Otra posibilidad dentro de tanta suposición.

Ana fue quien se dedicó a vender arte, según la versión de su hermana, y no Pol. Desde la entrega en la colonia Anzures pensé que los cuadros podían venir de esa conexión, que Pol se mantuvo en contacto con el mundo en el que se llegó a mover Ana y que de alguna forma le sacó ventaja, aunque esa teoría tiene un agujero. Para que una colección sobreviviera hasta hoy tuvo que haber sido bastante grande, no nada más una tajada en los últimos meses de la guerra. Lo que sabemos es que Ana dejó Lisboa a inicios de 1943, aunque a la luz de esta fotografía el relato de su hermana podría perder credibilidad. Si damos como válida la idea de que Ana le contó todo, y que su hermana fue totalmente sincera con Santiago, entonces la pregunta es cómo le hizo Pol para que su conexión con Lohse y Buchholz pasara bajo el radar de la mujer con quien vivía, el viaje o los viajes a París, la paulatina acumulación de cuadros, etcétera. Es lo menos probable. Las otras dos posibilidades son más creíbles: ya sea que la hermana de Ana haya guardado el secreto —si bien tomando en cuenta lo que sí dijo no tendría mucho sentido—; o que Ana le ocultó a su hermana una parte sustancial de sus actividades y de sus conexiones en Lisboa. Ambas le restan veracidad a la charla con Santiago.

En este punto el inspector se aventura a delinear una primera teoría a partir de las pruebas reunidas, y para ello se basa en una investigación histórica que va más allá de las pistas con las que cuenta. Será la primera de una serie de elucubraciones que dan una sensación de cierre, una manera de aterrizar tantos datos, aun cuando sea imposible saber a ciencia cierta si esas teorías están ancladas en lo que en realidad pasó, o si son un producto de su imaginación, por más

conocimiento que tuviera del tema. Pero no me adelanto. Empezaré con esta.

Una de las fuentes de ingreso que los alemanes usaron para financiar la guerra fue la venta de obras, algunas de ellas catalogadas como arte degenerado, que básicamente consistía en las corrientes alejadas del realismo, como el impresionismo o el cubismo. Lohse era uno de los encargados de la Einsatzstab Reichsleiter Rosenberg (ERR), una organización dentro del Partido Nazi encargada del saqueo de arte en todos los territorios ocupados y dirigida por Alfred Rosenberg, quien además administraba los campos de concentración de Europa del Este. A Lohse le correspondía París, con tres países neutrales como las vías de salida de las obras de arte: Suiza, España y Portugal, y la galería disfrazada de librería que Karl Buchholz regenteaba en Lisboa era uno de los principales puntos de venta, con la de Nueva York tan solo a un viaje trasatlántico. Incluso hacia mediados de 1944, después del desembarco de los aliados en Normandía, Goebbles, Ribbentrop y Himmler le enviaron a Buchholz un secretario para cerciorarse de que el inventario estaría protegido, ya pensando en lo que pasaría si perdían la guerra. Mandaron sus colecciones personales a Portugal para mantenerlas a salvo, y Oliveira cree que Pol también tuvo que ver con eso.

Otro de los destinos del arte saqueado era el Führermuseum en Linz, Austria, la ciudad en la que creció Hitler, cerca de donde nació. El plan era diseñar un espacio para exhibir el arte europeo más tradicional, el preferido del *führer* , como parte de un complejo de construcciones que llevaría el nombre de Centro Cultural Europeo, y para eso era necesario llenarlo de arte. La misteriosa desaparición de varios cargamentos hizo que la organización de Rosenberg entrara en conflicto con los planes culturales de Hitler, con Göring defendiendo a Lohse y Martin Bormann —el secretario particular del *führer* — tratando de quitarlo de en medio. Que Lohse formara parte tanto de la ERR como de la Luftwaffe significaba que tenía los medios para transportar el arte robado, mientras que además echaba mano de la Gestapo para las operaciones que involucraban moverlo por varios países. El problema es que Lohse resultó tan voraz en su forma de apropiarse de lo que encontraba a su paso que en 1943 Bormann dio la orden de que fueran los agentes del museo quienes directamente se encargaran de escoger y transportar las piezas, es decir, lo sacó del juego.

La tesis de Oliveira es que Pol pudo haber sido una parte fundamental dentro de la operación de Lohse, que tenía su propia agenda. Era el encargado de guardar lo más preciado para la colección personal de Göring, que amaba el arte, pero él también se quedaba

con mucho, y esos cargamentos que salieron del *Jeu de Paume* en París y que nunca llegaron a su destino bien pudieron terminar en Lisboa en las manos de Buchholz y de Pol Espasí. El galerista alemán sabía mover arte, pero no tenía las conexiones a ras de suelo que a Pol le tomó años desarrollar en una ciudad tan compleja como Lisboa en ese entonces. Tanto Lohse como Buchholz lo necesitaban para que el engranaje funcionara como debía, era el facilitador capaz de amortiguar la entrada y salida de mercancías por medio de sobornos en los más bajos estratos de la autoridad portuguesa, sobre todo al principio. Una vez inaugurada la ruta, ya bien aceitada, quizá pudieron prescindir de él, si bien a Oliveira no le cabe duda de que hubo un punto en el que Pol fue un elemento indispensable dentro de los trámites que debían de pasar bajo el radar de la embajada alemana y de los agentes que husmeaban por doquier. Pocos conocían los resquicios administrativos de la ciudad como él.

Claro que lo que afirma Oliveira tiene lógica, lo que faltan son pruebas. Tenemos la fotografía y están los cuadros, el resto son elucubraciones basadas en una corazonada, y en su análisis de la historia del arte en aquellos años y en esa región. El inspector era en efecto un estudioso de la historia, no solo de su país sino del mundo, con una predilección por ciertas épocas, sobre todo los años de esa guerra y del resto de la dictadura salazarista. No cita fuentes, pero eso no quiere decir que no las haya. Lo que es un hecho es que de alguna parte tuvieron que salir los cuadros que Santiago usaba como fuente de ingreso, y que debieron de ser más de los que llegaron hasta él. Para dar con esta teoría Oliveira debió de haber pasado por otras, en un proceso de eliminación que terminó con una explicación plausible pero difícil de comprobar más allá de las fechas que coinciden, de los lugares y de la más que probable amistad entre los tres. La teoría resuelve las principales incógnitas en cuanto al origen de aquellos cuadros, pero sin un solo detalle capaz de avalarla.

Quiero ignorar el sentimiento de satisfacción que me produjo todo esto. Por una parte, lo que disfruto es llegar a comprender algo, como si al fin desenterrara un tesoro que tardé en encontrar, y me levanta el ánimo pensar que fui capaz de aclarar lo que parecía impenetrable. Todo eso me gusta. Lo que no quiero que me guste es mi papel de testigo de una historia trágica, porque eso tuvo que haber sido para Santiago. Eso no puedo disfrutarlo. Me remuerde la consciencia y, sin embargo, no puedo parar, menos ahora que los contornos empiezan a dibujarse con mayor nitidez, ya con cierta claridad en el rumbo al que se dirigen lo que antes eran solamente sombras. Esta luz en el camino podría ser también una suerte de perdición, una luz que ilumina lo que debería de permanecer en la

oscuridad.

15/5

El inspector le otorga a su teoría dos párrafos bastante más escuetos de lo que me tomó explicarlos. Amplié un poco sus datos para dar mayor contexto y para esclarecer el entorno histórico y la identidad de las personas a las que menciona, pues queda claro que el destinatario y él hablaron del tema, y que el par de párrafos dentro del reporte sirven como registro más que como una verdadera fuente de información. Al final son elucubraciones. Los contados momentos en los que se anima a adelantar ese tipo de teorías lo hace de esa manera, restándole importancia a esas posibilidades basadas quizá en coincidencias o en información abstracta, aunque no dudaría que para él son los frutos de mayor importancia dentro de las cinco carpetas. Es como si su faceta de historiador, nacida por accidente o por una vocación que hasta entonces mantuvo sedada, fuera la más tímida, en la que menos confía y a la que le da una mínima entrada dentro de un trabajo que le llevó años. Pudo haberse explayado como lo hacen justamente los historiadores, quienes a veces a partir de menos se lanzan a urdir teorías disfrazadas de conclusiones a las que parecería que llegaron por medio de datos duros. Es una decisión elegante: mencionar lo que piensa sin darle mayor importancia a algo que no es totalmente comprobable.

Lejos de hacer una lectura lineal de cada de reporte, de prin cipio a fin, del primero al quinto, hice una revisión aleatoria tratando de respetar el orden cronológico. Hasta este punto he ido más a fondo en los primeros, aunque hay días en que no resisto la tentación de adelantarme y ver lo que hay más allá, por eso desvelé algunas cosas que ahora sé que existen, pero que todavía no examino a profundidad. Al principio creí que lo mejor sería enterarme en el mismo orden que lo hizo Santiago, y aunque no lo estoy cumpliendo, procuro no lanzarme hacia el final antes de pasar por lo que pueda comprender del camino que llegará hasta ese punto, y así desenhebrar el posible método que siguió Oliveira. Puedo ver cómo los reportes más tardíos son más densos por ser más reveladores y quizá un poco más oscuros, y creo que su método fue armar diferentes líneas, cada una de las cuales le tomó tiempo. Meter un documento en un reporte quería decir que ya no lo necesitaría, que dentro del marco de su indagación esa referencia estaba dada de alta, ya sea porque sirvió como pieza

dentro del rompecabezas o porque no tenía nada que aportar. Si algo podía representar un avance en la pesquisa lo guardaba hasta poder exponerlo como parte del todo, o hasta desecharlo como inservible. Hizo una labor de filtro y también un poco de narrador, de armador de tramas dentro de la propia investigación para que Santiago las pudiera digerir ya estructuradas, o con algo cercano a una estructura. Daría lo que fuera por haber sido testigo de las pláticas que acompañaron a estos papeles, que definitivamente no estaban planeados para aguantar un escrutinio independiente. Todo lo que tengo enfrente es el anexo a unas conversaciones de las que sé muy poco.

Tengo entendido que se veían a menudo. No era una situación en la que el inspector se tomaba meses investigando para luego entregar un reporte y nada más. Y rara vez se encontraban en un despacho o en un espacio que diera la impresión de trabajo, sino que se veían para comer o para beber en restaurantes y bares de Lisboa. De esa forma Oliveira también fue una suerte de guía de la ciudad, hasta que Santiago llegó a dominarla. Además, sus encuentros no solo tenían que ver con eso. No siempre había avances, y de todas formas se veían. Es de suponer que Santiago pagaba las cuentas y el inspector aceptaba gustoso. Entonces hablamos de entre siete y ocho años de charlas, depende si se cuentan desde que se encontraron por primera vez en 2009, o si se toma el año siguiente como punto de partida de la averiguación formal. Una cantidad exuberante de horas-diálogo que eran en realidad el resultado de todos sus esfuerzos. Lo que veo ahora es un sucedáneo, la sombra de lo que hizo Oliveira, su lado menos atractivo y el más críptico. Por eso esto no pasa de ser el diario de una interpretación.

16/5

Otra pieza fundamental dentro del tercer reporte es la copia de un documento de la Oficina de Servicios Estratégicos (OSE), la agencia de inteligencia estadounidense que precedió a la CIA , fundada por orden de Franklin D. Roosevelt en 1942 con el fin de coordinar las actividades de espionaje de los aliados, por un lado, y contrarrestar los esfuerzos del Eje en ese mismo frente. Se formó para lidiar con la guerra y se disolvió tres años después, y sería hasta 1947 cuando el presidente Truman daría la orden de crear la CIA . No sé cómo Oliveira obtuvo la copia de un documento así: un resumen de los diecisiete reportes hechos por la Unidad de Inteligencia de Arte Saqueado, divididos en tres partes: trece informes que detallan las actividades de trece personas encargadas del saqueo por parte de los nazis, entre las que no se incluye a nadie del círculo cercano de Hitler; tres un poco más extensos: uno sobre las actividades de la ERR en Francia, otro sobre la colección privada de Göring y otro sobre el museo de Hitler en Linz; y un reporte final, más amplio aún, que se entregó en abril de 1946, ya con la OSE disuelta. La lista de nombres, es decir, la red de colaboradores nazis, es extensísima, y está dividida por países. A Bruno Lohse le dedican uno de los trece reportes de la primera parte, de quince páginas, con su nombre ligado a decenas de otros nombres, cuyas acciones se desarrollaron en Alemania, Francia, Holanda, Bélgica, Suiza y Portugal. A Karl Buchholz, en cambio, solo se le menciona por sus actividades en Portugal. Su ficha dice:

> Buchholz, Karl. Lisboa, 50 avda da Liberdade. Librero de Berlín que abrió una sucursal en Lisboa en 1943. Se sospecha que trabajó para von Ribbentrop y Goebbels, y de posible tráfico de saqueos. Socio de Lehrfeld, nacional portugués. Antes de la guerra fue socio de Curt Valentin, refugiado alemán comerciante de arte ahora establecido en Nueva York (Galería Buchholz, East 57th Street). Se cree que Valentin no tuvo contacto con Buchholz durante la guerra.

Y su nombre está ligado al de otro, también clasificado dentro de Portugal: «Gessmann, Wilhelm (alias Alexander, Joan Charles; Alendorf, Wilhelm). Espía internacional; representante de los

establecimientos Buchholz de venta de arte y de libros en Berlín y Lisboa».

Lohse y Buchholz no aparecen ligados en parte alguna del documento, y Pol está ausente. Tampoco está Ana. Es asombrosa la cantidad de gente que formó parte de la red de saqueo nazi, miles de nombres que desfilan en casi todos los países europeos; en los cuatro neutrales había una fuerte presencia de estos agentes facilitadores: Suiza, Suecia, España y Portugal. El empeño de los alemanes por robar todo lo que encontraban a su paso es impactante, y el solo número de colaboradores con los que contaban habla de la debilidad del ser humano ante el dinero, incluso en esos tiempos aciagos, o tal vez precisamente por eso. El robo fue sistematizado con la típica eficiencia alemana, aunque por los resquicios de su organización desaparecieran centenas de piezas a lo largo de aquellos años.

No sé qué pensar sobre la ausencia de Pol en un documento en el que aparece media Europa, si bien la ausencia de Ana confirmaría las palabras de su hermana en el sentido de que ella jamás trabajó para los alemanes, sino más bien para la gente que se veía obligada a vender sus pertenencias para poder huir del continente. No es descabellado pensar que, gracias a su capacidad para pasar desapercibido, y habiendo escondido bien sus huellas, Pol haya volado bajo el radar de la Unidad de Inteligencia de Arte Saqueado, como imagino que tantos otros en muchos lugares lo hicieron. Tengo que aceptar que todo sería más fácil si su nombre apareciera (más fácil para mí, pero mucho más difícil para Santiago). El reporte cobraría un nivel de certeza necesario para afirmar lo que Oliveira sugiere, y que no estoy seguro que al final vaya a tener. Moverse en la incertidumbre es más agotador que ir de la mano de las evidencias.

19/5

Hoy se cumplen ocho semanas desde que llegué por última vez de la ciudad. La rutina se ha convertido en la columna vertebral de mi existencia. Duermo a la misma hora y despierto ocho horas después, todos los días, sin excepción, sin nada que pueda representar un obstáculo. Se dice que la peor parte de los contagios en nuestro país ya ha pasado. Hay quienes no le creen al gobierno, y otros a los que les importa poco lo que digan los científicos, en un escenario inédito que se ha aprovechado políticamente de la manera más ruin. El golpeteo diario al presidente se ha vuelto una constante, y el ambiente enrarecido es tóxico. La unidad que han mostrado otros países ante la pandemia es envidiable, aquí la reacción fue la contraria. En vez de aliviar las heridas juntos, se profundizan, la nación entrará dividida a una crisis económica agudizada por el desplome del precio del petróleo: la tormenta perfecta para un país polarizado. He ido de consumir la mayor cantidad de noticias a aislarme del aparato informativo para luego solo revisar las cifras diarias, en un balance entre saber lo que está pasando y no perder la cordura, porque esto tiene que pasar. Las aguas recuperarán su cauce. Dentro del infortunio tengo la suerte de vivir en las faldas de la montaña. Como bien y hago ejercicio, y dedico gran parte del tiempo a mi obsesión por el informe del inspector. La situación me orilla a devorarlo todo y a tratar de encontrar un sentido en medio del caos, sin otra ocupación que esta. La escuela de cine suspendió las clases hasta nuevo aviso. Nada de lecciones a distancia, nada de tareas, nada de entregas para cerrar el año. O quizá eso lo hacen los coordinadores académicos. Para qué mantener a los maestros si los coordinadores pueden asignar labores. Mis gastos han disminuido casi hasta la inexistencia, pero hay que pagar la renta. El casero está dispuesto a aguantar un par de meses, hasta que las cosas se restablezcan y las actividades se reanimen de nuevo. En la desdicha colectiva hay solidaridad; además, de aquí no se sale. Llevamos semanas con las vías bloqueadas. Hay comercios abiertos pero vacíos, gente que trata de sobrevivir ante la embestida económica. Sin poder salir a comprar libros bajé varias aplicaciones en las que pueden leerse los formatos electrónicos: Kobo, Kindle, ePub, y ahora en vez de esperar días a que lleguen, o de trasladarme a una librería, los tengo segundos después de comprarlos. La pantalla de la

computadora no es ideal, pero es mejor que nada. En vez de ahogarme en la monotonía decidí intercalar la disección del informe con otras lecturas sobre el mismo tema. Espías, Lisboa, la Segunda Guerra, los nazis, el arte robado, Europa. Me he vuelto un experto. La única manera de explotar el contenido de las carpetas es tratar de ponerme a la altura de su autor, y es lo que trato de hacer. En tan poco tiempo no puedo saber más que Oliveira sobre la historia de Europa y la de su país, sin embargo lo intento. Y también pienso en Santiago. A veces me encantaría poder contarle todo lo que sé, que me diga si voy bien o si doy palos de ciego, conversar sobre su padre, saber cómo era, si fue cariñoso o si entre ellos hubo siempre una barrera. Quisiera que me contara tantas cosas. Otras veces no puedo siquiera imaginar lo que pensaría de mí si supiera en lo que estoy metido. Lo recuerdo y siento la sangre subir hasta la cara, y me sonrojo, humillado en lo indigno de mi posición, y entonces dejo de pensar en él. Me rehúso a marcar al sanatorio. He comenzado a temerle a la noche, que llega con sueños pesadillescos sobre lo que podría suceder cuando lo tenga enfrente. Por eso quiero que esto nunca termine.

21/5

Al inicio de la cuarta carpeta hay un recorte de periódico acompañado de cinco cuartillas escritas a doble espacio por Oliveira. La nota del diario anuncia la muerte del hijo de Victor Ferro, espía durante la Segunda Guerra Mundial en el bando de los aliados, infiltrado en el tráfico del oro nazi en Lisboa. Es un texto breve sin una imagen que lo acompañe, con datos esenciales, relegado a las páginas de menor importancia. Al inicio de las hojas anexas se hace referencia a un archivo de audio que no recuerdo haber visto cuando estuve en el departamento de Santiago, no había nada adjunto al reporte, pero es probable que esté en algún cajón o en su computadora. Ese audio contiene la entrevista que el inspector le hizo a Cátia, la viuda, y lo escrito es un resumen de ese intercambio, no una transcripción fiel del diálogo. Entonces, lo que tengo es una versión diluida de lo que podría ser la pieza más relevante de toda esta pesquisa. No sé en dónde la hizo ni cómo fue el trato con quien supongo era una señora mayor. Tampoco hay una fecha, ni siquiera en el recorte del diario. Confieso que mientras leía el escrito de Oliveira me temblaban tanto las manos que me vi forzado a dejar las hojas sobre la mesa de la cocina. Además, en varias ocasiones tuve que detenerme. Forjé un tabaco, después de meses de no tocarlo, y salí a fumar entre los árboles, antes de llegar al final del texto. La potencia de esas palabras me sobresaltó más que la fotografía con Lohse y Buchholz, no sé por qué. Tal vez porque es una cuestión un poco más íntima, y sobre todo porque no son elucubraciones, sino el recuento de un testimonio que implica un nivel de responsabilidad más directo. Es muchas cosas. Traslado aquí la síntesis del inspector para volver después a ella:

En un tiempo flanqueado por la época de primavera y el inicio del verano del año 2009, el señor Espasí buscó y encontró a António, cuyo matrimonio con la señora Cátia se contaba en décadas. Al verlo le anunció que tenía ciertas revelaciones sobre su padre, revelaciones que debía de transmitirle con urgencia, y le rogó que le prestara oídos. António, que en paz descanse, aceptó. El señor Espasí arribó a su hogar bajo un semblante lúgubre, y habló en un portugués que se notaba herrumbroso pero estructurado. Utilizaba palabras que cayeron en desuso dede aquellos tiempos de la dictadura.

«Nadie está nunca preparado para lo que nos contó ese hombre.

Aunque mi marido casi no recuerda a su padre, que murió cuando él tenía cuatro años, siempre se preguntó lo que hubiera sido su vida de haber contado con la figura paterna que le hizo falta».

Relató su vivencia durante la Guerra Civil española, parló sobre su exilio voluntario en Portugal y sobre los años convulsos de la Segunda Guerra en la ciudad de Lisboa. El señor Espasí buscaba aclarar para ellos las circunstancias y los razonamientos en torno a la senda que lo llevó a esos procederes, en aspecto arrepentido del pasado que iba a revelar.

El señor Espasí dijo que cuando él habitó en Lisboa se daba un acuerdo no parlado entre la policía secreta y los agentes alemanes que operaban en el país, que superaban en número a los de todas las otras naciones. Un acuerdo en el que los primeros se hacían de la vista gruesa en relación con los segundos. La policía secreta, entonces, lo presionó con fuerza para que los ayudara, bajo amenaza de hacerle la vida imposible como el inmigrante que era. Aceptó. Al poco tiempo de principiar como informante, tuvo una asamblea con un ciudadano alemán, que lo citó más tarde en un sitio lejos de ahí. Se presentó con amplia curiosidad y el agente le ofreció dinero a cambio de la data que ya recababa para los portugueses. En esos días apenas sabía sobrevivir, y al ser datos sin mayores implicaciones, aceptó.

La señora Cátia recuerda que en ese momento el señor Espasí hizo un paréntesis. Eligió dejar en claro que, antes de que los aliados ganaran la guerra y liberaran los campos, nadie sabía de las atrocidades cometidas durante la guerra en nombre del nazismo, y ella recuerda que hasta fue forzado a detener la narración para tomar aire y calmar los arrebatos que le producían esas tantas memorias. Dijo que para él era simplemente otra manera de ganar dinero, y los alemanes pagaban de buen modo y con puntualidad.

Avanzó la guerra. En el otoño de 1942 lo citaron para introducirlo a un funcionario de mayor rango dentro del escalafón alemán, que en tono conciliador le dijo que estarían prestos a aumentar el pago si él fuera capaz de juntar más y mejor data de manera exclusiva, fuera de la sabiduría de los portugueses. Le dijo también que en el hotel Métropole se encontraba en una postura de privilegio para observar a las personas que llegaban y salían de la ciudad, para ver con quién se congregaban y, con suerte, saber sobre los tópicos de los que conversaban, y le transmitió el sentimiento de ser un individuo significativo, parte de una familia grande. Dijo que nadie había tenido ese trato con él. Hasta esa coyuntura él era un cero a la izquierda al que nadie notaba. Aun la policía secreta se aprovechaba de cada ocasión para hacerlo sentir poca cosa, para enfatizar el poder que disponían sobre él y para colocarlo en el sitio

de inmigrante que le concernía. Los alemanes, por el contrario, le daban su sitio y lo remuneraban a buen modo, proyectaban una imagen de resguardo y de camaradería que hasta ese día nunca conoció. Tras esa audiencia, para él quienes merecían salir avantes en el esfuerzo bélico eran ellos, que tenían una digna manera de tratar a las personas y se encontraban mejor preparados que el resto, porque era manifiesto que su configuración era la más consumada y la mejor organizada de la ciudad de Lisboa.

Su circunstancia económica se optimizó enseguida, lo cual se transformó en un ingrediente de coerción para que hallase lo que le demandaban que hallara, con hincapié en mantener la situación en un alto grado de secrecía. Tenía censurado parlar del tema con la mujer con quien habitaba. Ocultar ese segmento de su vida buscaba la doble finalidad de garantizar que no se darían filtraciones y de protegerla, y él así procedió, porque para esos días los acataba en todo. Lo habían ganado. Le solicitaron cruzarse al Frankfurt y andar algunas calles al Francfort, dos idóneos hoteles para recabar data por el desconcierto con el que ambos procedían. Aceptó. La correspondencia era colocada sobre el mostrador para que de esa forma cada huésped indagase lo que era suyo. Al descubierto quedaban los destinatarios y los remitentes, una infalible fuente de noticias, sin medidas de seguridad en su haber.

El lobby del Métropole era el sitio de reunión de agentes varios con el oficial de alto rango, y aunque no era viable que dejase su puesto en el restaurante, ellos sabían que podían contarlo como uno de los suyos, era su individuo en el interior del hotel, con cada vez mayores responsabilidades dentro del organigrama de la inteligencia alemana. Le iniciaron a dar nombres concretos para identificar, que en muchos casos nunca se cruzaban en su rumbo dado su estrecho campo de acción, a pocas calles y solo tres hoteles, pero en otras oportunidades sí conseguía dar con alguno de los nombres del listado que le adjudicaban. Podía transmitirles en qué habitación pernoctaba o a qué huésped visitaba, o lo señalaba con prudencia para que un agente alemán pudiese ubicarlo. Cuando eso sucedía era recompensado con oro, ya fuera en lingotes estampados con la insignia nazi o con monedas, y el otorgamiento se ejecutaba de forma nocturna, en una concesionaria de venta de automóviles. Acudía a la hora pactada y el mismo hombre le entregaba un paquete ya compuesto para él, parte de una articulación perfecta que operaba como cronógrafo.

Principiando 1944, con las fuerzas del Eje en agonía, los alemanes tomaron disposiciones paulatinamente más draconianas, y fue en esos tiempos en que el nombre del padre de António llegó a los

ojos del señor Espasí, quien no tuvo que hacer demasiado para detectarlo. La policía secreta lo tenía ubicado como trabajador del MI6, el servicio de inteligencia británico en el exterior, en un momento crítico de la guerra en que la data atravesaba de un lado a otro con plena facilidad. Mediante un módico intercambio financiero, un policía portugués le dio las señas de su domicilio, y Pol no hizo más que otorgársela al primer agente alemán que se apareció, ganando otro lingote como parte de un encadenamiento de corrupción del que no fue plenamente sabedor hasta varios meses posteriores. En los días inmediatos al final de la guerra conoció que una gran porción de los hombres que detectó para los alemanes se desvanecieron sin rastro, y más tarde conoció que algunos finalizaron en un presidio de Berlín y otros en campos de concentración. Pocos sobrevivieron.

Tras las revelaciones de las atrocidades nazis, el señor Espasí finalizó sus días en Portugal atemorizado, probablemente arrepentido. Se ocultó en la morada de un pescador que le alquiló una habitación por el tiempo en que urdía lo que sería su abandono del país, sin conocer si las fuerzas aliadas irían en su busca. No quería correr riesgos de ser detenido. Un día, uno de sus enlaces alemanes le insinuó acudir a la embajada mexicana, ocupada recientemente por un simpatizante nazi que le podría viabilizar un conducto de salida.

Existe una frase que me quedó marcada: «Essa culpa não é apagada, mesmo com todo o ouro de Lisboa».

26/5

Me tomó días digerir lo que Oliveira contó con semejante naturalidad. Una vez más, el sentimiento de ser un intruso se apoderó de mí, y había una parte que ya no quería seguir. ¿Qué estaba haciendo? Un impulso que pudo ser pasajero a la hora de encontrarme con los reportes en el departamento de Santiago ahora me ataba a un material que no estaba hecho para que lo leyera una persona como yo, con nada en juego. ¿Qué sentiría yo si ese hubiera sido mi padre? ¿Cómo habría reaccionado? ¿En qué estado me habrían dejado estas revelaciones? Me sumía en unas tinieblas a las que ya empezaba a temer.

Había otra parte de mí que no pensaba en otra cosa más que en continuar. La curiosidad y el hecho de que nadie supiera lo que estaba haciendo me empujaban a seguir leyendo. Y esta parte era más fuerte que la otra.

En términos prácticos, es una pena que no tenga acceso al audio original, a pesar de que tendría que traducirlo. Tengo que confiar en la fidelidad de la versión del inspector, sin contar con los detalles que el audio directo podría proporcionar. Es una síntesis que Santiago podía usar como acompañamiento de la grabación, como una guía, y de lo que estoy seguro es que a lo largo de varios encuentros Oliveira le dio su versión de lo que sucedió durante la entrevista, con lujo de detalle. Lo imagino elaborando sobre el lenguaje corporal de Cátia, haciendo énfasis en sus expresiones, en la manera en que dijo alguna frase. Por otro lado, hay tela de dónde cortar. Lo primero que me viene a la mente es que, entonces, el último viaje de Pol fue de expiación. Da la impresión de haber buscado a los descendientes de las víctimas de sus delaciones, o al menos es lo que podría ser este caso en particular. La síntesis no menciona la palabra perdón, pero sí dice «probablemente arrepentido». ¿Por qué «probablemente»? ¿Qué en la grabación lo hizo llegar a esa conclusión? Quizá el contexto general es suficiente para llegar a esa deducción. Si iba en busca de perdón, era algo que ya nadie podía darle, y Pol era quien más necesitaba de esa conversación. Si el padre murió cuando António tenía cuatro, para él significaba la prehistoria. Regresé a la página de nombres unidos por flechas, la parte esencial de los papeles que dejó Pol en el barco, y ahí estaba, en letras grandes y con tinta negra, el

nombre de Victor Ferro, seguido de números que marcaban su fecha de muerte durante la guerra, y una flecha a un lado dirigía la mirada hacia el nombre de António, en letras más pequeñas, con la misma caligrafía, pero con tinta azul. Era eso. Oliveira debió de sentir gran satisfacción al dar con alguien capaz de explicarle qué hacía Pol en Lisboa, alguien que además tuvo la suficiente apertura como para darle una entrevista en la que se devela tanto. El resto del reporte está dedicado a las teorías del inspector en torno a lo que dijo la viuda, teorías en las que me detendré con calma, pero lo que no explica y no vuelve a tocar es esa frase final en portugués. ¿Por qué no la tradujo? Le he dado muchas vueltas. Podría ser la opinión del propio Oliveira, que mediante las comillas separó lo que pensaba de lo que le dijeron, pero no lo creo. Cuando propone algo de su ronco pecho siempre lo hace en una hoja aparte, para que sea claro que eso viene de él, que no es parte de su investigación, como las páginas que le siguen a la entrevista. Sería rarísimo que lo introdujera así, al final de una síntesis que pretende captar la esencia de la charla. Debe de ser una cita directa de la viuda, un juicio sobre lo que hizo Pol cuando fue joven, que el inspector no fue capaz de repetir de viva voz cuando veía a Santiago, y que no se atrevió a traducir, pero que no dudó en incluir a la hora de armar el reporte. Es una frase lapidaria, dicha y escrita para hacer un tipo de justicia. Si Santiago escuchó la entrevista completa o si se limitó a enterarse de ella por las palabras de Oliveira y por este resumen, seguirá siendo una incógnita. Como haya sido, podría asegurar que fue una forma de insertar algo que de otra manera se habría perdido en ese archivo de audio, algo que Oliveira consideró importante y que no supo cómo tratar. Una de esas verdades que cuesta tanto decir a la cara.

31/5

Entre más descubro lo que sucedía en Lisboa en la época de la guerra, más encaja este caso. Hasta he llegado a creer que de haber vivido en ese lugar en ese momento hubiera sido difícil no involucrarse de alguna forma en el conflicto, y eso me hace comprender un poco más a Pol, no juzgarlo de una forma tan categórica. A veces me da un poco de lástima. Es difícil explicar lo que siento. No lo tengo claro, y mi postura ante él cambia constantemente.

La capital portuguesa era también la capital del espionaje internacional. Ambos bandos tenían gente ahí, espías, y nadie tenía más que Alemania, que incluso antes de la invasión a Polonia preparaba el tablero en un lugar tan lejano como ese. En el verano de 1937, el doctor en leyes Eberhard von Stohrer fue nombrado embajador en Madrid, en donde ya había sido secretario de la embajada durante la Primera Guerra, cuando fue el orquestador del espionaje alemán en España. Su función en ese entonces fue mantener la neutralidad española, facilitar la entrada de agentes alemanes a Francia a través de los Pirineos y aprovechar los submarinos para colocar saboteadores en diferentes puntos de las costas del Mediterráneo, actividad por la que fue expulsado de la península. Veinte años después regresaba con más experiencia y todo el conocimiento previo, dispuesto a poner los cimientos para una red de espionaje que buscaría superar con creces lo que se hizo antes. Primero se concentró en el puerto de Vigo para que ingenieros alemanes construyeran un aeropuerto en donde aviones nazis pudieran aterrizar y obtener piezas de repuesto, de ser necesario, pero su principal meta estaba del otro lado de la frontera. Stohrer supo prever que Lisboa sería el centro del espionaje en la guerra por venir, o tal vez fue una idea trazada desde la Cancillería del Reich con años de antelación. En cualquier caso, tan pronto como puso un pie en España se dio a la tarea de crear un extenso entramado de gente en Lisboa que le reportara directamente a la embajada. La meta era tener ojos y oídos en cada rincón de la ciudad, que no fueran solo un puñado de agentes quienes proporcionaran información, sino un tejido hecho de cientos de personas que pasaran desapercibidas, la colectividad como parte del plan para estar en todas partes al mismo tiempo y así poner en práctica el concepto de ubicuidad. A esa

situación se enfrentó Pol desde el momento en que puso un pie en la capital portuguesa.

Eso no quiere decir que no había espías de mayor rango, además de la gente de a pie seleccionada para colaborar con los alemanes. Más bien jugaban ambas posiciones. Por ejemplo, Ian Fleming se inspiró en sus viajes a Lisboa en plena guerra, cuando fue parte del servicio secreto británico, para crear los escenarios de sus novelas sobre James Bond, y el casino de Estoril es donde nació la idea de los espías jugando a la ruleta o al blackjack, vestidos de etiqueta en medio de la tensión y la desconfianza. Los alemanes, no obstante, le dieron poca importancia a aquellos espías de élite que fueron tan relevantes durante la Primera Guerra, y más bien confiaban en la información que venía desde abajo, como atestigua la novela de Graham Greene inspirada en el caso de Juan Pujol, alias «Garbo», que fingió unirse a los alemanes dándoles información falsa desde Madrid, más tarde en Lisboa y finalmente en Inglaterra, cuando el MI6 al fin lo tomó en serio. Alemania tenía tanta confianza en la información que recibía de él que Pujol se convirtió en un elemento sustancial para desviar la atención del enemigo en los momentos decisivos, como el desembarco en las playas de Normandía. Debe ser el único que recibió distinciones de ambos gobiernos, la Cruz de Hierro alemana y la membresía de la Orden del Imperio Británico. La novela de Greene sucede en La Habana antes de la revolución, pero el caso fue tomado de su experiencia como parte del mismo MI6 del que formó parte Juan Pujol.

Las circunstancias en Lisboa debieron ser muy cercanas a las que pinta *Casablanca* , el clásico cinematográfico de 1942. De hecho, los papeles que le caen a Rick son un salvoconducto que permite pasar por la Europa ocupada por los alemanes para llegar a Portugal, es decir, que de Marruecos no había posibilidad de llegar a América, sino que solo era un puerto neutral que podía funcionar como un punto previo al verdadero sitio de escape. La diferencia es que Pol era un simple mesero, o cuando menos viajaba con esa bandera, y en vez de hacer esfuerzos por no involucrarse decidió vender sus servicios al mejor postor, que en su caso resultó la peor versión de la nación alemana.

4/6

La resistencia a seguir persiste. Una manera de evadirme ha sido ampliar mis paseos en la montaña, y en vez de hurgar en las carpetas he leído otros libros que flanquean el caso sin abordarlo. No leo sobre Pol, sino sobre lo que había a su alrededor. Me gustaría tener las fuerzas para detenerme, sin embargo, estoy metido hasta la médula, y, aunque haga un paréntesis, no puedo parar. Tengo que saber más, a pesar de esta aprensión que borda con la esquizofrenia.

9/6
Tropecé con esta cita de Elena Garro:

> La historia, como las matemáticas, es un acto de la imaginación. Y la imaginación es el poder del hombre para proyectar la verdad y salir de este mundo de sombras y actos incompletos. Yo no renuncio a mi calidad de hombre, y el hombre es el lenguaje. Hay que hablar, aunque nos cueste la vida. Hay que nombrar a los tiranos, sus llagas, sus crímenes, los muertos, a los desdichados, para rescatarlos de su desdicha. Al hombre se le rescata con la palabra.

Antes de hurgar en la vida de don Archibaldo, la figura de Elena me parecía distante, anclada en un pasado remoto al que no tenía contemplado acercarme. Ahora hay un resurgimiento de su obra y de lo que significó para las letras en México. Hay al fin una edición de sus cuentos completos, una reedición de *Los recuerdos del provenir* y algunos trabajos biográficos. La cita es del drama *Felipe Ángeles* , y vino a darle un soplo de vida a un diario que amenazaba con estancarse. La consciencia que me carcomía por dentro había bloqueado mis intentos de continuar. Apático y desganado, estaba otra vez sin ánimo de seguir. Abandonar un proyecto que sentía envenenado era una opción cada vez más apetecible, y solo estas palabras fueron capaces de traerme de vuelta a la mesa de trabajo. Voy a hablar, o, en este caso, a escribir, aunque me «cueste la vida», porque «al hombre se le rescata con la palabra». En vez de verlo como una afrenta a la privacidad ajena elijo verlo como un rescate, una reivindicación y una manera de sanar, al «proyectar la verdad» para «salir de este mundo de sombras», en un pleno «acto de la imaginación». No pudieron ser más certeras, en un momento en el que a punto estuve de renunciar a todo esto. Fue un desvío necesario. Alejarme por un rato de los papeles de Oliveira cambió mi perspectiva, me hizo ver este ejercicio como algo más que un simple abuso de confianza. Me revitalizó.

17/6
En los datos extraídos de la entrevista no se mencionan los nombres de los agentes con quienes colaboró Pol, y en un escrito a manera de introducción a las teorías a las que llegó por su cuenta, Oliveira afirma que fue una de las preguntas que le hizo a Cátia. Era el más interesado en conocer unos datos que Pol evitó mencionar y que, según ella, su marido tampoco pidió. Para António debió de haber sido un encuentro incómodo, al parecer Pol esperaba un mayor interés de su parte. Lo cierto es que no tuvo mucho que decirle ante la con fesión que escuchó de sus labios.

Al igual que en el caso previo, las teorías del inspector son escuetas y en ocasiones llegan a ser crípticas. Tardé varios días en verificar, aterrizar y decodificar los descubrimientos que hizo, y en muchos casos agregué contexto para ser incluido aquí, aunque en realidad mi aportación fue poca y sobre todo se concentró en hilar narrativamente los nombres y los datos a veces inconexos.

Investigación histórica del inspector Nicolau Oliveira (2/2)

En ese tiempo el embajador de Alemania en Lisboa era Oswald von Hoyningen-Huene, difícilmente alguien con quien Pol se hubiera encontrado, pero tanto el líder del servicio de inteligencia de las ss en la embajada, Erich Shröder, como el jefe de defensa de la 2.ª División en España y Portugal, Hans-Jochen Rudloff, pudieron haber establecido contacto con él, o el jefe de la organización de guerra en Portugal, el mayor Ludwig Kremer von Auenrode, alias Albert von Karsthoff. Para empezar a armar el mencionado plan de von Strohrer, bajo la batuta de Ribbentrop y Rudolf Hess, enviaron a Lisboa a un hombre identificado en los libros de historia como Herr Biefurn, en ciertas fuentes catalogado como asistente personal de Heinrich Himmler, el encargado de la Gestapo, uno de los tres hombres más cercanos a Hitler y, según Philip K. Dick, quien habría de suceder al *führer* tras su muerte si los alemanes hubieran ganado la guerra. Aunque se habla de Biefurn en algunos libros, ese apellido no parece existir en Alemania, y tampoco hay un primer nombre para acompañarlo. Una teoría que circula en la red es que el supuesto Biefurn es en realidad Rodolf Blaum, nacido en 1914, parte de la

embajada alemana en Portugal durante la guerra. Este personaje estableció relaciones con el centro nocturno Arcadia y con el Olympia antes de 1939, en donde puso como bailarinas a mujeres alemanas que se hacían pasar por rumanas o yugoslavas, una de las primeras misiones que formarían parte de la amplia red de espionaje antes mencionada. A ese entramado es al que más tarde pertenecería Pol, y en efecto, el lugar en donde Biefurn se reunía con varios de sus agentes era precisamente el lobby del hotel Métropole, por lo que hay una alta probabilidad de que fuese él a quien Pol le reportaba, o quien recibía esos reportes en primera instancia.

Para el comienzo de la guerra, la policía secreta en Portugal ya tenía lazos subterráneos con la delegación alemana, no como parte de una política estatal, sino de forma independiente. Las simpatías de los brazos armados del Estado salazarista estaban con los fascistas, incluso al grado de adoptar el saludo nazi hasta que fue evidente que perderían la guerra, mientras Salazar hacía todo por esconder su preferencia. El día en que recibió la noticia de la muerte de Hitler impuso tres días de luto, y fue uno de los tres dirigentes nacionales que enviaron condolencias a Berlín. Bajaron las banderas en los edificios públicos, y solo dos días antes de la rendición alemana se rompieron las relaciones entre ambos países. Si su esfuerzo por mantenerse neutral justificó gran parte de sus acciones en relación con la Alemania nazi, estas últimas no tenían sentido fuera de una cercanía ideológica o emocional por parte de Salazar.

De entre los secuestrados por agentes nazis en Lisboa, el caso más conocido es quizá el de Berthold Jacob, periodista y escritor alemán que denunció las prácticas armamentistas de la Reichswehr en los años veinte, después de asumirse pacifista luego de su participación en la Primera Guerra Mundial. Lo acusaron de traición y lo encerraron durante meses, poco más tarde emigró y en 1935 lo capturaron de nuevo, pero en ese momento la presión internacional fue más fuerte que el régimen, y se vieron obligados a soltarlo. Se exilió primero en Francia y después en Portugal, una huida posible gracias a la ayuda de Varian Fry, periodista estadounidense cuya red de rescate logró salvar del Holocausto a alrededor de tres mil refugiados opositores al régimen nazi. Según *The Lisbon Route . Entry and Escape in Nazi Europe* , de Ronald Weber, a Jacob lo secuestraron al salir de la oficina de los unitaristas, una corriente del protestantismo que estableció también una vía de salida de Europa, y esa oficina estaba en el hotel Métropole. El reporte de Fry al regresar a Nueva York hablaba de una organización secreta especializada en secuestros y operada por la Gestapo en Portugal, y añadía que «mínimo una docena de valiosos refugiados han desaparecido en los

últimos dos meses». Que Pol fuera quien dirigiera el dedo en dirección a Jacob es bastante plausible, y dentro de ese mosaico está también José Correia de Almeida, un agente portugués que recibía dinero de los alemanes, de quien también se cree que tuvo que ver con su secuestro. Tras su captura, Jacob fue transportado primero a una cárcel en Madrid, después a una prisión de la Gestapo en Berlín y de ahí al hospital judío en el que murió en febrero de 1944.

La concesionaria de automóviles de Diniz d'Almeida estaba en la Avenida da Liberdade, cerca de la plaza Rossio y del Métropole, y su aparente negocio era la venta de Buicks. La Oficina de Servicios Estratégicos estadounidense estimó que ahí se guardaban hasta tres mil kilos de oro que posteriormente era trasladado a varias compañías alemanas en Lisboa, y nunca sabremos el número de agentes que como Pol iban ahí a cobrar. En julio de 1943, la BBC de Londres transmitió un mensaje de los aliados dirigido sobre todo a Portugal: a partir de ese día, el oro que estuviera marcado con la insignia nazi sería considerado robado, por ser producto del saqueo a los pueblos invadidos. Mientras banqueros simpatizantes nazis como Ricardo Espírito Santo lavaban el dinero entre bancos alemanes, suizos y portugueses, gente como Pol podía recurrir a fundidoras en Oporto para eventualmente salir del país con sus ganancias, ya sin marcas que sirvieran para identificar su origen.

En tiempos de guerra, el precio del oro era mucho menos volátil que cualquier moneda. Se estima que cien toneladas acabaron en Portugal después de pasar por Suiza, principalmente debido a la venta de tungsteno —un metal usado para fabricar armamento— pero también producto de la exportación de comida y textiles. Al terminar el conflicto, el gobierno estadounidense le pidió a Salazar que entregara cuarenta y cuatro toneladas para reparar algunos de los robos perpetrados por los nazis, pero el dictador contestó que ese oro venía del comercio legal con Alemania y que en su momento no sabían que era robado. Estados Unidos detuvo la exportación de trigo a Portugal y congeló todos los activos portugueses en su país, y a pesar de esas medidas Salazar no cesó en su resistencia, hasta que en 1953 los aliados desistieron en su empeño de cobrarle. Se habrían de conformar con las cuatro toneladas que estaba dispuesto a ceder. La Guerra Fría empezaba a endurecerse y era vital que Salazar les permitiera seguir usando las Azores como una base estratégica, después de que un antiguo tratado de amistad entre Gran Bretaña y Portugal fuera la excusa para que los aliados las utilizaran durante la Segunda Guerra Mundial, sin romper oficialmente la neutralidad portuguesa.

No podría afirmar sin lugar a dudas que Pol estuviera ligado de

esta forma a ese mundo. Es un intento de armar el rompecabezas de una manera informada a partir de las piezas con las que se cuenta. Es una probabilidad.

19/6

La cuestión del oro nazi es un tema espinoso que involucra a Suiza, Suecia, España y Portugal, y tiene que ver con el robo no solo a los países invadidos, sino también a las víctimas del Holocausto, quienes legalmente eran considerados apátridas para así ser despojados de sus bienes sin trabas burocráticas. Entre el botín estaban relojes, joyas y dientes de oro que acababan en la fábrica de la moneda de Prusia, según instrucciones del Reichsbank. Es quizá el dinero más sucio en la historia reciente del mundo, cuyos secretos nunca se sabrán del todo. Entre lo que el inspector recopiló sobre el tema hay documentos diplomáticos y varios recortes de periódico sin más explicación que su contenido.

En orden cronológico, el primero es un documento de 1946 sobre el Acuerdo de Washington, que consistió en la exigencia de las fuerzas aliadas a los bancos suizos para que regresaran los activos alemanes de los que se beneficiaron durante la guerra. Después de largas negociaciones, los suizos aceptaron devolver una fracción del oro nazi guardado en las bóvedas de sus bancos, presionados por la Comisión Tripartita para la Restitución del Oro Monetario, un panel en el que había representantes de Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos, disuelto hasta 1998, después de que la Conferencia de Londres de diciembre de 1997 impusiera el retorno del oro robado por los nazis. Cuarenta y un países se reunieron para llegar a un arreglo final entre los aliados, las fuerzas del Eje, las naciones neutrales y los ocupados por los alemanes, todos bajo la consigna de obtener una retribución razonable para los sobrevivientes del Holocausto y para las asociaciones de protección social que a fines de los noventa ayudaban a los descendientes de las víctimas. Se abrieron los archivos de todos ellos, incluyendo los del Reichsbank, de la antigua Unión Soviética y del Vaticano, en un esfuerzo conjunto sin precedentes. Fue el primer reconocimiento multilateral sobre la importancia de reparar algunas de las consecuencias del Holocausto. La delegación alemana estimó que 14.5 millones de dólares de ese entonces, en oro, fueron extraídos de las víctimas, y los bancos suizos, alemanes, austriacos y franceses terminaron pagando miles de millones de dólares en reparaciones después de una serie de auditorías que llegarían a ser las más caras, y tal vez las más profundas, en la historia de la humanidad.

Dudo que estas consideraciones fueran algo en lo que Santiago estuviera interesado. Por eso Oliveira no elabora, sino que simplemente aporta los pedazos de información que fue encontrando a su paso, ya fuera por una inquietud personal o por accidente, que una cosa lo llevara a la otra. También puede ser una manera de opinar indirectamente sobre las acciones de Pol, adelantándose o poniendo las condiciones para los temas que tocaría en el quinto y último reporte. Después de los documentos y las notas sobre el oro, hay dos recortes del *New York Times* , uno sobre un simposio organizado en Nueva York en 1995 para hablar sobre el arte robado durante la guerra, y otro sobre la Declaración de Washington de 1998, en la que oficialmente se establecieron los once principios en los que se basaría el mundo del arte de ese momento en adelante, para restituir a los descendientes de los dueños originales lo saqueado por los nazis durante la guerra.

No puedo evitar sentir un cierto malestar ante la manera en que Oliveira busca aleccionar moralmente a Santiago a partir de estos recortes y documentos. Es obvio que cuenta con la superioridad moral en ambas cuestiones, lo que me parece indigno es que lo presuma, que se aproveche de un encargo que no necesariamente está relacionado con la ética y la moral, y que no fuera algo que le dijera de frente. O quizá lo hablaron y esto es una vez más el apéndice de esa conversación. Creo que hay una parte de resentimiento. Entre más escarbaba en la figura de Pol y en las circunstancias a su alrededor, más lo pintaba como a un adversario, como alguien contra quien debería de luchar de cualquier manera posible, incluso después de muerto. A veces también pienso que puedo estar exagerando en mi lectura de lo que cada pieza del rompecabezas significa dentro de la relación entre Santiago y Oliveira. Quizá estoy demasiado involucrado. He perdido el sentido de imparcialidad que tenía cuando empecé, y no veo la manera de recuperarlo.

22/6

Antes de entrar al quinto reporte quiero dejar constancia de un descubrimiento propio. En el apéndice de la cuarta carpeta hay una copia de un documento de identidad. Imposible recordar si es la copia del documento original o si es la copia de la copia, y si en ese caso la copia en el reporte era a color o a blanco y negro. Tampoco importa mucho. Lo que no recuerdo es ver documentos originales, más bien todo estaba conformado por copias. Oliveira debe de haber armado un archivo para resguardar los originales, para no entregarle a Santiago esas piezas únicas. La mayoría eran copias fieles y en muy buen estado, a color y en alta definición. Los casos contrarios se debían a que el original era viejo o estaba deteriorado, no por negligencia del inspector a la hora de copiarlos, o eso fue lo que pensé al entregar las carpetas a la papelería, al momento de organizar el material para darle instrucciones a la encargada.

La copia del documento de identidad llevaba una fotografía de Pol cuando era joven, durante su estancia en Lisboa, de nariz recta, labios abultados y una mirada seria, penetrante, con el cabello corto y bien rasurado. La imagen contrastada lo hacía parecerse a un Jimmy Stewart con el cabello desordenado. La fotografía como tal no es rara: a lo largo de las cuatro primeras carpetas hay varias y en mejor definición que esa. Lo que llama la atención es que debajo de su cara está el nombre de John Ostins, evidencia de una falsificación, lo cual a estas alturas no me sorprende en absoluto. Al igual que debió de sucederle al inspector, reconocí esa discrepancia en los primeros días de mi exploración, cuando me permitía ir y venir entre carpetas sin un orden riguroso. Era como ir de pesca y esperar correr con suerte. Un documento falso podía ser importante si había algo con qué ligarlo, y ese algo llegó con el documento de la Oficina de Servicios Estratégicos que enlista a los colaboracionistas, en el que está Buchholz y está Lohse pero no está Pol. El que aparece es Ostins.

> Ostins, Joan Rolland. Lisboa, Castilho 690 / Hotel Central, Caldas da Rainha / Hotel Av Palace. Sospechoso de ser agente enemigo, reportado por transferir altas sumas de dinero y saquear obras de arte. Se registran viajes a Francia y a Suiza desde la península ibérica. Se cree que en algún momento

trabajó con Lohse y con el ERR . Está en la lista de gente requerida por los aliados.

Lo tengo como un descubrimiento porque Oliveira no lo menciona. La lista se encuentra en el tercer reporte mientras que la copia del documento está en el apéndice del siguiente, es decir, no le dio importancia. De darse cuenta, no hacer hincapié en eso hubiera sido un grave descuido de su parte, él que fue tan pulcro en su manera de analizar los materiales con los que contaba. En sus reportes le dio espacio a detalles que en comparación serían verdaderamente insignificantes, por eso me resisto a creer que lo vio y lo dejó pasar: iría en contra de su tenacidad. Asumo entonces que no hizo la conexión entre lo que decía ese papel y uno de los cientos de nombres que aparecen en la lista de la OSE . Es verdad que para hacer la conexión había que revisar la lista con lupa, y eso toma tiempo. De no ser por el aislamiento, es probable que yo tampoco lo habría notado.

Ahora lo evidente: John Ostins no es lo mismo que Joan Rolland Ostins. Podrían ser dos casos distintos, que haya existido Joan y que por alguna extraña coincidencia Pol usara ese apellido y un nombre común en inglés, que en portugués se traduciría como João. Pese a esa válida objeción, casi podría asegurar que se trata de la misma persona, porque en lo que atañe a este caso no creo en las coincidencias: que alguien con un nombre tan similar también colaborara con los alemanes y además con Lohse, que viajara dentro de Europa durante la guerra y que se le acusara de saqueo de arte. Ese conjunto de atributos va más allá de una simple coincidencia. Si tengo razón, Pol estuvo cerca de ser capturado por los aliados al final de la guerra, y su historia habría cambiado radicalmente. Es posible que no hubiera llegado a México, y Santiago no existiría.

Hay algo edificante en el hecho de sumarle un detalle más a una averiguación tan exhaustiva. Una vez más lo siento como una victoria, y una vez más me siento incómodo con ello, en una situación llena de dicotomías y contradicciones. Si estuviera revisando estos papeles con Santiago sería otra cosa, o si cuando menos tuviera su permiso. Como están las cosas nada es realmente satisfactorio, cualquier avance significa también un golpe anímico. Sueño con sentarme frente al inspector para compartir ideas e impresiones, porque él sería la única persona en el mundo con quien podría hablar con sinceridad. Lo comprendo y creo que él también me comprendería. En contraste estoy completamente solo, en sentido literal y metafórico. Extraño también las noches desaforadas que viví con Santiago. La pasábamos bien. Puedo confesar que lo echo de menos.

25/6
En otro de esos momentos en los que me he visto forzado a alejarme de todo este asunto, para mantener cierta salud mental, tomé un libro que hacía años me entusiasmó, leí fragmentos al azar y en ese vaivén, con fines más bien lúdicos, me encontré con este pasaje:

> Conocemos multitud de detalles sobre la vida, la apariencia física y el carácter de los personajes que han atravesado este relato; a pesar de todo, este libro debe de considerarse como una ficción, una reconstrucción verosímil a través de recuerdos parciales, más que como el reflejo de una verdad unívoca y certificable.

Para efectos de estas notas, el título y el autor no tienen relevancia; incluso podría ser que, de mencionarlos, entorpecerían la reflexión que me provocó esta sola idea. Dejando de lado esos datos, ¿podría decirse lo mismo de esto que ahora escribo? ¿Debe de ser esto considerado una ficción, una «reconstrucción verosímil» de lo que entiendo como realidad? Puede ser, a pesar de mis intentos de permanecer apegado a los hechos, a los reportes de Oliveira, a las fuentes y a mi experiencia. Por un lado, toda representación de lo que entendemos como realidad acaba siendo un tipo de ficción: no existe la objetividad; sin embargo, también creo que la palabra «ficción» daría una idea equivocada de lo que cuentan estas páginas, que pensándolo bien tampoco sabría cómo describir. Es una tarea que no me corresponde. En todo caso, sirva esto como constancia de las dudas que me aquejan mientras avanzo.

26/6

Cerrar las fronteras del municipio no fue una medida infalible. Según cifras oficiales aquí se han originado trece casos, aunque es difícil saber cuál es el parámetro de las autoridades para señalar el lugar de un contagio. De entre la gente con quien he platicado, en el mercado del barrio, nadie sabe quiénes son esos supuestos infectados, y más bien el rumor es que pobladores de alrededor vienen aquí a tratarse, burlando los retenes de los comuneros. Pero solo son rumores. Lo que es un hecho es que son pueblos en los que la gran mayoría se conoce, por eso, si los casos oficiales no tienen nombre, las cifras del gobierno federal no son fiables. Tras décadas de pésimos gobiernos hemos heredado una desconfianza congénita ante cualquier acción del Estado. La cuestión son los comercios, en los que el golpe económico se empieza a sentir. Si nadie puede entrar entonces no hay consumo, o el consumo se reduce al mínimo, porque la zona depende de la población flotante que viene sobre todo de la capital. Quizá tienen razón, la salud es más importante, pero ¿qué pasará después? Quienes viven al día no tendrán qué comer. El panorama se oscurece con cada día que pasa, con cada día en que las fronteras permanecen cerradas. La sensación de encierro cala hasta los huesos.

30/6

El quinto reporte se divide en dos, y no contiene nuevas pruebas, solo más teorías. Los datos duros se encuentran repartidos en los otros cuatro, mientras que el quinto parecería a simple vista como una conclusión, una manera de cerrar a partir de la Historia a grandes rasgos, en el que Oliveira incluye circunstancias que no influyen directamente en el caso concreto de Pol. Por eso la idea de conclusión es engañosa.

La primera parte es una larga exposición sobre los juicios inmediatamente posteriores a la guerra y hasta nuestros días. Comienza en el primer juicio formal, en el campo de concentración de Dachau, y también habla de las cerca de dos millones de violaciones a mujeres alemanas por parte de los soldados rusos que llegaron a liberar pueblos y campos de concentración, de trabajos forzados, de tránsito y de exterminio. Analiza con cierto detalle los juicios de Núremberg y se mete a fondo en el proceso que llevó a los juristas a acuñar los términos de «crímenes contra la humanidad» y «genocidio». Toca el juicio de Eichmann y cita varios fragmentos de *Eichmann en Jerusalén* , el estudio elaborado por Hannah Arendt, y es evidente que se identifica con ella, como si él a su manera estuviera haciendo lo mismo con el caso de Pol, dotando de contexto lo que hizo, aunque para eso tenga que dar un rodeo kilométrico. Al igual que ella, Oliveira hace gala de sus conocimientos con un poco más alarde, aunque crea que su único lector será Santiago. Hay que tomar en cuenta que lo recibió en México en noviembre de 2018, o sea que es el único reporte sobre el que no platicaron en persona, por eso Oliveira va mucho más allá en la manera en que se extiende sobre lo que piensa. Se vio forzado a escribir lo que antes era hablado.

Ignoro los detalles del envío. Puedo imaginar que el inspector dejó instrucciones precisas, o que alguien a su alrededor estaba al tanto del encargo y pudo enviarle a Santiago ese último paquete. Ignoro también si había un aviso de confidencialidad o si alguien del otro lado del Atlántico conoce los detalles de todo este embrollo, porque cabe la posibilidad de que esta carpeta haya sido leída antes de ser enviada. No lo sé, y tal vez Santiago tampoco. Lo único que podemos afirmar es que alguien encontró la forma de que esto llegara a sus manos.

Aborda el tema de Fritz Bauer y los juicios que impulsó en Alemania de 1963 a 1965. Más que identificarse, a él le tiene reverencia. Para el inspector, Bauer es un hombre de acción que logra lo que antes nadie se atrevió a hacer: confrontar por vez primera a los alemanes con las atrocidades de su pasado, y aprovecha para mencionar el *Libro marrón: criminales de guerra nazis en Alemania Occidental* , en el que Albert Norden muestra cómo la jerarquía alemana seguía infestada de nazis que en su momento tuvieron posiciones importantes dentro del Tercer Reich, y que no por eso fueron descartados para seguir en puestos de liderazgo en todos los rubros, alrededor de mil ochocientas personas entre las que había ministros, generales, jueces, fiscales, oficiales de policía y funcionarios destacados. De ahí pasa a Estados Unidos y hace una severa crítica de la Operación Paperclip, encaminada a reclutar exnazis para enfrentar al comunismo soviético: «Usaron, protegieron y le abrieron la puerta a cientos de miles de exoficiales de las SS y la SD , agentes y jefes de la Gestapo, oficiales de inteligencia del Abwehr, científicos y propagandistas nazis, Einsatzkommandos, voluntarios de la Waffen SS , soldados del ejército de Vlasov, traidores nazis y autores de la limpieza étnica», según Richard Rashke en *Useful Enemies: America's Open Door Policy for Nazi War Criminals* , ampliamente citado por Oliveira, quien batalla para contener su rabia ante el cinismo de los imperialistas, sin recordar que Portugal también fue imperio y que también hizo todo tipo de tropelías algunos siglos antes. El orgullo que siente al enfrentar al FBI y a la CIA con esas contradicciones es notorio: los desenmascara ante la doble moral que los caracteriza.

Los logros de la congresista Elizabeth Holtzman y la Oficina de Investigaciones Especiales para contrarrestar las acciones pasadas no son suficientes para el inspector portugués, se quedan cortos ante la desfachatez de lo que hicieron en aras de la Guerra Fría. Hace un recuento de varias páginas sobre lo que sucedió con John Demjanjuk, y llega hasta los casos de Reinhold Hanning y de Oskar Gröning, un guardia y un contador del campo de exterminio de Auschwitz que fueron juzgados a sus noventa y cinco y a sus noventa y cuatro años de edad, respectivamente, y es más o menos aquí cuando empiezo a darme cuenta de lo que se propone con estos largos rodeos. Todo es un preámbulo para juzgar a Pol a su manera, que a los noventa años vagaba por la tierra de Oliveira en busca de aquellos fantasmas que lo persiguieron durante su vida. En esos pliegos el inspector se convierte en fiscal y en juez, protegido por el océano de distancia que lo separa de Santiago. Al fin menciona todo lo que se había guardado, lo que no se atrevió a decir de frente, y para ello no escatima en información y capacidad de análisis. Después de revisar a consciencia la forma en

que países como Austria o Italia lidiaron con sus exfascistas, y de subrayar cómo Hitler, Himmler, Goebbles, Heydrich y Eichmann, junto con los otros trece asistentes a la conferencia de Wannsee que pusieron en práctica la llamada solución final, hicieron todo para mantener en secreto lo que sucedía en los campos, escribe:

> Presiento que para Pol todo fue una horrorosa sorpresa, cuando salían a la luz testimonios de sobrevivientes, largometrajes de ficción, libros y películas documentales tras las que no cabía dudar que la pesadilla fue auténtica, y que él fue una parte de ese mecanismo. O no lo miró así. O pensó que sus acciones no estaban cerca de lo que se produjo a miles de kilómetros, porque si no tenía sabiduría de todo eso, ¿cómo podría ser verdad que formara parte?, y ese pensamiento pudiera ser legítimo. No obstante, su poca participación fue, sin sombra de dudas, en beneficio del lado alemán, y eso es pertenecer a esa facción. La distinción entre alguien como él y un joven contador en un campo de exterminio es que uno conocía lo que pasaba y el otro solo percibió el conflicto a la lejanía, y le ganó ventaja. Nadie hubiera procesado a un individuo como Pol por los crímenes del Holocausto, obvio, y no sé si exista una sola corte en el mundo en la que hubiera cabido enjuiciarlo en algún tiempo de su vida. Un ciudadano español residente en Portugal otorgando información a los alemanes queda en una zona gris muy grande en el derecho internacional. Personas como él, de encarar a la justicia en alguna de sus configuraciones, ni siquiera llegaría a ser un símbolo de utilidad. El tiempo, la inversión económica y el empeño que acarrea un enjuiciamiento internacional sería desperdiciado en alguien cuya vela en el entierro fue tan débil, con una llama tan poca que apenas vale una mirada dentro del mundo jurídico del concierto entre naciones.

Entonces la corte son estos papeles, el juicio queda como las confesiones de lo que en realidad pensó el inspector a lo largo de su investigación, algo que debió de haberle llegado a Santiago como un relámpago, algo para lo que no estaba preparado.

Siento una honda compasión por él. No puedo evitar pensar en el lugar en que se encuentra, porque todo está conectado. También pienso que pude haber actuado de una manera más empática, que pude haberlo ayudado.

31/6

Casi al fin de ese extenso recorrido por los juicios a los criminales de la Segunda Guerra hay algo aún más perturbador, algo que tal vez Oliveira pudo haberse ahorrado y no lo hizo: «Lo cierto es que ignoramos el resto de los casos de desapariciones y tal vez torturas en los que Pol estuvo. Ignoramos asimismo el número». Una frase llena de veneno.

3/7

Como un apartado antes de terminar esa primera parte, en lo que podría funcionar como un epílogo, el inspector levanta un poco la vista para tomar en cuenta la manera en que las naciones han lidiado con su responsabilidad. Examina con diversos grados de intensidad casi treinta comisiones de la verdad en poco más de veinte países, de Lituania hasta Argentina, en las que revisaron a distancia su participación durante la guerra y los años de la posguerra. Tuvo que ser una generación distinta la que pudo cuestionar desde otro lugar lo hecho por sus padres y por sus abuelos en esos tiempos tan oscuros. Quizá algo en el cambio de milenio los obligó a mirar atrás. De entre todas, hay dos esfuerzos que para él son en verdad sobresalientes: la Comisión Matteoli en Francia y la Bergier en Suiza, que profundizan a un nivel extraordinario en situaciones de las que en realidad salen manchados. Y por única vez hace una severa crítica al papel que jugó Portugal. Si a mediados o a fines de 1944, cuando era evidente que el Eje perdería la guerra, los países neutrales hubieran cesado sus negocios con Alemania; si hubieran detenido el suministro de tungsteno y de ciertos productos alimenticios, en el caso portugués, el conflicto habría terminado antes y se habrían salvado decenas de miles de vidas en un punto en el que continuar la guerra ya no tenía sentido, producto de la locura de Hitler. Oliveira culpa a Salazar, pero también se pregunta por qué su pueblo tardó tanto en deshacerse de él, cómo adquirió un control tan apabullante que hasta acabó por emparentarlos con algo tan siniestro como la Alemania nazi. En un breve momento de reflexión personal asume con cierto dolor la responsabilidad de la nación portuguesa en 1944, el año en que él nació. «En términos de la Segunda Guerra Mundial —escribe—, no existía la neutralidad. Quien no estaba en contra asistió a los alemanes a prolongar la guerra».

4/7

Ahora tengo pesadillas. He dejado de dormir de corrido. Despierto a medianoche, a veces asustado, otras con una tristeza que me corroe y me mantiene en vilo hasta el amanecer. Me cuesta controlar mis pensamientos. La rutina que antes mencioné se ha esfumado, sin querer me quedo profundamente dormido a mitad del día, y en la noche me cuesta conciliar el sueño. De nuevo: todo está conectado. Pienso en muerte y destrucción, en el dolor, en un tiempo opaco y nebuloso que me devora. En sangre y campos ensangrentados, en seres enclenques que mueren de hambre. Pienso en la peor faceta del ser humano. Pienso en el horror.

La segunda parte del quinto reporte comienza citando de manera extensa un libro escrito por Simon Wiesenthal, el cazador de nazis más famoso del mundo, responsable de encontrar y desenmascarar a muchos de esos criminales escondidos a plena luz del día en los más inusitados rincones del orbe. Ese hombre obsesionado en llevar a juicio a los responsables del Holocausto, sobreviviente de los campos de Janowska, Cracovia-Płaszów, Gross-Rosen, de la marcha de la muerte a Chemnitz, del campo de Buchenwald y finalmente del de Mauthausen-Gusen, ese hombre a quien le fue arrebatado todo menos la vida —y eso de milagro— escribió *El girasol. Sobre las posibilidades y los límites del perdón* , en donde cuenta la historia de un joven miembro de las ss que en su lecho de muerte pidió hablar con un judío para pedir perdón por las atrocidades que cometió en su corta vida militar. En ese instante, Wiesenthal no sabía si él mismo vería la luz del día siguiente. Lo pusieron frente al soldado, y ante semejante petición se mantuvo en silencio y fue incapaz de otorgar un perdón que no sabía si podía dar. Además de esa historia, el libro es un compendio de respuestas muy variadas a la situación que cuenta Wiesenthal, en el que participan diversas personalidades, del dalái lama y el arzobispo Desmond Tutu —cuyos argumentos giran en torno a la idea de que ante todo está el perdón—, a académicos y estudiosos del judaísmo para quienes Wiesenthal no tenía ningún derecho de perdonar en nombre de los muertos. Fue publicado por primera vez en París en 1969 y desde entonces se ha ampliado en varias ediciones que aumentan el número de respuestas, de las diez en la versión original a cincuenta y tres en la más reciente.

El inspector menciona también el juicio de Oskar Gröning, en el que una judía sobreviviente lo perdona, y la noticia da la vuelta al mundo. Ella piensa que al perdonar a todos los nazis los ha vencido. Por otro lado, en el juicio a Reinhold Hanning otra sobreviviente sostiene que el asesinato masivo es un crimen imperdonable, y que solamente es posible analizarlo y aprender de él. Dos posturas opuestas y contradictorias. En estas páginas Oliveira sobre todo pregunta, propone casos que en realidad forman parte de un debate, de un encuentro de ideas en desacuerdo.

Albert Speer, el arquitecto de Hitler que salvó el pellejo en

Núremberg, y que vivió una condena de veinte años al fin de los cuales publicó dos libros y se convirtió en algo así como una estrella nazi, fue el único de la plana mayor de los acusados que aceptó una responsabilidad común, incluso en relación a los campos con los que él no tuvo nada que ver directamente. El texto que escribió para ser incluido en el libro de Wiesenthal dice: «Mi culpa moral no está sujeta a un plazo de prescripción, en toda mi vida nunca podrá borrarse», en la misma vena de lo que piensa Traudl Junge, la secretaria personal de Hitler en cuyas memorias está basada *La caída* , la película de Oliver Hirschbiegel. En la entrevista que aparece al inicio y al final de la película, parte de un largometraje documental, Junge afirma que con el tiempo el peso de la culpa la oprimía cada vez más, y después de cincuenta años está enojada con la joven ingenua que no se dio cuenta de lo que estaba pasando, al grado de no poder perdonarla. Poco antes de su muerte, en una conversación telefónica, dijo: «Creo que estoy empezando a perdonarme». Claro que entonces la pregunta que Oliveira le hace a Santiago de una manera abierta, apenas disimulada con estos ejemplos, es qué fue lo que pasó por la mente de su padre a lo largo de su vida y en esos meses finales. Una cuestión irresoluble, sin duda, pero digna de considerarse.

Y no acaba ahí. El inspector le da rienda suelta a sus dotes de investigador al hacer una radiografía sobre la polémica en torno a la ley de prescripción de crímenes que se dio en la década de 1960, cuando concluyeron que los crímenes en contra de la humanidad no deberían de prescribir jamás. Un tema significativo, aunque en el caso de Pol no tenga esas mismas implicaciones. Oliveira aprovechó el asunto para vaciar una serie de preocupaciones individuales que no necesariamente cabían en ese espacio, pero lo hizo de todas formas.

Tal vez lo que más me impresionó fue su dominio de la obra de Karl Jaspers, la serie de ponencias que dio en la Universidad de Heidelberg en 1945 en particular. Recién terminada la guerra, le habló a un pueblo derrotado y envilecido, y justo en esos tiempos, quizá los más difíciles de su historia, lo confrontó con la idea de la culpa y la clasificó en cuatro: culpa criminal, culpa política, culpa moral y culpa metafísica. Mientras que las primeras dos se juzgan desde fuera, una por un juez o un grupo de jueces y la otra por los vencedores —en el caso de una guerra— las dos finales son juicios internos. Dentro de este esquema, en Pol habría una culpa criminal, aunque mínima en comparación con los grandes criminales de su época, pero sobre todo una culpa moral y una culpa metafísica. Así define Jaspers esta última: «Existe una solidaridad entre seres humanos que nos hace a todos corresponsables por cada mal y cada injusticia en el mundo, especialmente por crímenes cometidos en

nuestra presencia o con nuestro conocimiento. Si fallo en hacer lo que sea necesario para prevenirlos, yo también soy culpable». El peso de su culpa era sobre todo interno, y como «ningún ser humano puede juzgar moralmente a otro», es un infierno que por fuerza se vive en soledad. Solo por el hecho de pedir perdón, es decir, de arrepentirse, queda manifiesta esa culpa moral, que podría ser imposible de expiar por completo. Jaspers habla de purgar la culpa, de vivir un proceso de purificación a partir de asumirla de una manera cabal y verdadera. Enfrentarla a partir de la humildad, la acción y la moderación, y en el caso de Pol, incapaz de compartir la culpa metafísica con todo un pueblo, ese proceso interno de metamorfosis y renovación se llevó a cabo en las guaridas más lejanas de su alma, a puerta cerrada, hasta el final de sus días en que volvió a la escena del crimen para desafiar a sus fantasmas. Quizá ni él supo si ese último acto de expiación sirvió para enmendar su culpa. Quizá fue demasiado tarde, pero al menos fue. Jaspe rs concluye: «Un crimen es expiado; la responsabilidad política está limitada por un tratado de paz y por ende tiene un fin. Pero, por su propia naturaleza, las culpas moral y metafísica no pueden ser expiadas. No cesan. Quien carga con ellas entra en un proceso que dura toda la vida». Tal fue el destino de un hombre, como tantos otros, que no supo sortear la tormenta de la que más sangre manó en el mundo moderno, cuyo espíritu sucumbió con el vendaval que nos arrasó como parte de una humanidad que en esos años llegaría a ampliar los límites más crueles de lo que somos capaces.

8/7

Me pregunto si no estoy sobredimensionando la responsabilidad de Pol, si el mismo Oliveira no es culpable de exagerar esa postura moralista que ya he tocado. Podría ser. No pasó por ningún tribunal, ni siquiera estuvo bajo la mirada de nadie que supiera de sus actos, salvo al final, y terminó sus días en una búsqueda laberíntica hacia un pasado escurridizo que había dejado de existir para que él pidiera ese perdón. Nadie sabrá lo que significó el peso de aquellos hechos a lo largo de su vida. No sé si algún día sepamos si encontró a alguien más, si pudo enfrentarse no solamente a António, sino a otros descendientes de sus víctimas, ni qué le dijeron. Si pienso en ese encuentro me pregunto: ¿Qué pudo hacer António ante una confesión de ese tamaño? ¿Qué podrías decirle a uno de los implicados en la muerte de tu padre, alguien que intervino en su desaparición? Pero también: ¿Cómo entender la idea de inocencia en medio de una guerra, frente al hijo de otro espía?

11/7

Ahora quisiera proponer dos ideas sobre el perdón. Al igual que Oliveira aprovechó un espacio para ir más allá de lo requerido, yo tomaré este. No estoy seguro si tiene que ver con Pol o con mi relación con su hijo, con lo que estoy haciendo al llevar este diario, con el exceso de confianza y de curiosidad que me llevó a tomar lo que no es mío para apropiármelo. Quisiera aclarar que nunca hubo una intención de dolo. No busco hacerle daño a nadie, sino al contrario. En el mejor de los casos, este es un proceso de sanación a un nivel colectivo, que va más allá de la figura de Pol en particular.

En fin, dos cosas:

Una de las joyas del *Quijote* es el prólogo, en ambas partes, pero sobre todo el que escribió en 1604 y en el que urde la artimaña de desdoblarse, de incluir en la ficción la realidad del autor que escribe un prólogo y no sabe qué poner. Jordi Gracia apunta en su biografía de Cervantes: «Escribir el prólogo lo saca de la ficción y lo mete en la realidad, y se trata justamente de conseguir encontrar el pasadizo que lo devuelva a la ficción, y es lo que va a hacer: trama otro relato breve, un microrrelato sobre un escritor que ha de escribir un prólogo y no sabe bien cómo salvar el paso», un tempranísimo brochazo de genialidad, años luz adelantado a su tiempo. Aunque no lo vuelve a hacer dentro de la narración de ambas partes, porque «no solo rehúye las referencias palmarias a sí mismo, sino que incluso escatima al narrador el empleo del yo», según Francisco Rico, su firma como autor está impresa de tal forma que «para muchos lectores que lo ignoran casi todo sobre Cervantes, uno de los grandes atractivos del *Quijote* es la percepción de esa velada omnipresencia del autor, junto a la curiosidad, la simpatía y hasta el cariño por el individuo de carne y hueso que se adivina detrás del retablo». Podríamos decir que un lector de este par de obras no solo se enamora del Quijote y de Sancho, sino también de Cervantes.

Es en ese contexto ensayístico en donde cita un versículo de la Biblia que vale la pena traer a colación: *Ego autem dico vobis: diligite inimicos vestros.* «Por el contrario, yo os digo: amad a vuestros enemigos», Mateo V 44. Si fuésemos capaces de seguir esa máxima, tal vez el mundo sería distinto. Y aquí me vuelvo a preguntar si Santiago alguna vez fue mi enemigo, si lo es aún, si todo esto es un proceso de

venganza por lo que me haya hecho sentir, o por desdeñarme como cómplice en el proceso de inducción en la vida de su padre. No lo sé.

La segunda: un monje budista, tibetano, fue torturado en una cárcel china. Años después, frente a un gran auditorio, le preguntan:

—Maestro, ¿tuvo miedo?

Recapacita unos instantes y contesta:

—En un momento tuve miedo de perder la compasión hacia mi torturador.

12/7

Al final del quinto reporte hay una nota en la que el inspector anuncia una última entrega, que debido a su muerte nunca llegó. Entonces, lo escrito en ambas partes podría ser una introducción a lo que vendría después, un marco teórico para contener ese eslabón perdido. ¿Cómo interpretar lo que no se sabe? Quizá lo más importante queda fuera de cuadro. Quizá no hay nada.

18/7

De entre los muchos vericuetos por los que me llevó este recorrido me llené de historias de arte robado, perseguido por el recuerdo de lo que vi bajo la manta que cubría el cuadro que llevamos a la casa de la colonia Anzures. He reconstruido en mi mente los detalles que pude ver, las figuras y las siluetas, los colores del óleo. Calculo que, en total, desde que bajamos los escalones de su departamento hasta que lo descargamos de la camioneta, pude ver casi un cuarenta por ciento de esa obra. El contraste entre el gris amarillento y el azul con un brochazo de color rojo, en un paisaje desolado, y los ojos de un soldado viéndome de frente. Eché mano de todos mis recursos para saber cuál era esa pintura, y quiero pensar que lo descubrí.

En marzo de 1933 una redada por parte de las Tropas de Asalto, las SA , interrumpió la fiesta de inauguración de una exposición del denominado arte degenerado en la galería de Alfred Flechtheim, en Berlín. En un espacio en el que se mezclaba la élite financiera con estrellas de cine y artistas de todo tipo, en lo que hasta ese momento había sido un ambiente bohemio y de plena apertura, las copas y la música se interrumpieron tras el sonido de las botas en el suelo. Todos corrieron desaforados y las tropas se apropiaron de más de treinta obras, entre las que se encontraba una de Otto Dix pintada el año anterior, titulada *Nostalgia* . Existe el registro de su salida de Alemania hacia el Banco Nacional de Suiza en 1939, desde donde un par de años más tarde saldría un cargamento de oro y otras piezas de arte en un vehículo con el emblema de la bandera suiza, que cruzaría Francia y España para llegar a Lisboa, con la idea de venderlas ahí o de transportarlas después a la galería de Buchholz en Nueva York, como parte del financiamiento del esfuerzo bélico nazi. En el archivo en línea de la Galería Nacional de Berlín encontré la copia coloreada de una fotografía en blanco y negro de esa pintura. En esa cuasirrestauración de los colores originales puede apreciarse el sombrío esplendor de un paisaje en ruinas que combina el escenario posterior a una batalla con la claridad de una mañana de invierno y un campo arado a lo lejos. Transmite a un tiempo calidez y desesperación, y desde el título es una contradicción. ¿Quién podría sentir nostalgia de un pantano ensangrentado? Dix peleó en la guerra, como voluntario, de 1915 a 1918, fue herido en el cuello y una vez

terminado el conflicto usó su experiencia como base de una parte significativa de su obra.

La verdad es que no puedo estar seguro de que el cuadro que ayudé a transportar fuera ese. La memoria es un músculo que traiciona: nunca estaremos seguros de los espejismos que nos muestra como certezas. Pecaría de soberbia si me atreviera a asegurar que mi reconstrucción visual de los retazos que vi ese día no deja duda de que un día cargué uno de los cuadros perdidos de Otto Dix. Podría decir que, si no lo es, tiene dimensiones similares, y en general se le parece mucho. Queda entonces la nostalgia de esa probabilidad.

21/7

La última reflexión que anotaré en este diario es la sospecha de que Santiago me cerró el camino para protegerme. No por falta de fraternidad o de confianza, sino al revés: precisamente porque había ese nivel de cercanía decidió no compartir conmigo el lado oscuro de su padre. Es probable que le pasara lo mismo que a mí, incluso a mayor escala; que las pesadillas no lo dejaran en paz, que lo más tenebroso haya invadido su espíritu y que le costara trabajo librarse de ellas, y que, por consiguiente, no quisiera incluirme en ese mundo potencialmente dañino. De ser así estaría frente a una amistad que no logré entender, y que en tal caso no correspondí como es debido. Una razón más para que estas páginas se hundan en una ambivalencia que no soy capaz de esclarecer. Quizá nunca debí de haber llegado hasta aquí.

El último encuentro (2020)

En una primera instancia, la cuarentena bajó de intensidad de una manera paulatina. Los comuneros de Tepoztlán, por haber limitado la entrada de gente durante más de tres meses, tenían poco más de cuarenta casos acumulados para fines de junio, según cifras oficiales. Como se confirmó en otras partes del mundo, es imposible cerrar por completo una zona determinada. Siempre habrá quien consiga entrar. Era una ilusión mantenerse inmunes, dada la cantidad de casos en los municipios aledaños, aunque en comparación sí lograron minimizar los contagios. Por su parte, la Ciudad de México tardó más en abrirse. Ahí las cosas son más complicadas, pues el nivel de hacinamiento es justo lo que la epidemia requiere para expandirse. En retrospectiva es evidente que el gobierno debió de limitarse al anunciar que lo peor había quedado atrás. El primer aviso en ese sentido fue a mediados de mayo, y todavía a inicios de agosto los casos a nivel nacional seguían subiendo semana con semana, en una operación gubernamental que en general se manejaba bien, aunque todavía vendrían varios meses de fuertes altibajos. Los hábitos alimenticios de la mayoría de los mexicanos fue un componente adverso; no obstante, al compararnos con otros países, queda claro que pudo ser mil veces peor.

El sanatorio en el que se recluyó Santiago quedaba a las afueras de la capital, cerca del Desierto de los Leones, esa zona boscosa que nada tiene que ver con su nombre. Marqué a inicios de julio para saber si recibían visitas, y la respuesta fue que esperara dos semanas más, que ellos como institución no abrirían sus puertas hasta que se recuperara cierto grado de normalidad. Podía hablar con él por teléfono, me explicaron antes de colgar, y otra vez me negué. Después de esperar tanto aguardaría un poco más.

La agitación no me dejaba en paz. Me costaba trabajo concentrarme hasta en lo más básico. No podía ver una película hasta el final y menos una serie, leía poco y al salir a caminar me sentía cansado, sin ganas ya de estar ahí y sin saber tampoco a dónde ir,

atrapado en un laberinto de mi propia construcción. Las pesadillas disminuyeron en magnitud, mas no el insomnio. Batallaba para dormir y despertaba al alba, en un torbellino de distorsión que me legó una calidad de ojeras ante las que una amiga se quedó perpleja. Antes de poder detenerla se levantó de la mesa del restorán en donde tomábamos una cerveza, fue a su casa a media cuadra y me regaló una tableta de valientes que habrían de suplantar esa mole de ansiedad. Mis recuerdos de los siguientes días me vienen desenfocados, borrosos, entre la tableta y las botellas de vino que compré para acompañarla. Viví en las nubes antes de marcar de nuevo al sanatorio.

—Venga el miércoles a mediodía —fue la indicación preparada de antemano. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo, y en las noches anteriores a ese miércoles tampoco pude dormir. Las pocas horas de sueño que logré conciliar estuvieron marcadas por un nuevo tipo de alucinaciones de las que recuerdo ciertos detalles, sobre todo el sentimiento de angustia que viene de esos tétricos mundos oníricos, de saber que los demonios andan cerca. Ese día desperté en plena oscuridad, me di un baño y emprendí el camino a la ciudad con las primeras luces, dándole prisa a esos pasos perdidos. No sabía qué le diría, y entre más lo pensaba menos me salían las palabras. Quizá era mejor escucharlo a él, estar preparado para que se desahogara. Y por supuesto la confesión. Tenía que dejar en claro lo que sabía, debía explicarle el proyecto, convencerlo de que era una buena idea y tranquilizarlo si no estuviera de acuerdo, y al pensar en su reacción se me helaba la sangre. Me sentí pequeño y me avergoncé de haberme puesto en esa posición. La verdad es que no tenía ganas de verlo.

La ciudad recuperaba su ritmo. Había poca gente en las calles, menos tráfico, una sensación de forzada normalidad que nunca había sentido, muchos con cubrebocas y lentes de laboratorio, otros con mallas de plástico transparente que les protegían la cara, y otros más sin precauciones, como yo, que hasta ese punto de la cuarentena no usé un solo accesorio. Es lógico pensar que la pandemia fue más llevadera en el campo que en las ciudades, en donde hay menos espacio, sin otra opción que desconfiar de la gente que te rodea, como si todos estuvieran infectados. Era una ciudad un poco más callada, un poco más discreta. El golpe fue duro.

Con tiempo de sobra tomé un café y visité tres librerías, quizá el espacio que más echaba de menos. Me dieron un cubrebocas desechable antes de entrar, me tomaron la temperatura por primera vez y me llenaron las manos de gel antibacterial. Deambulé por los pasillos con la mente en otra parte, haciendo esfuerzos para concentrarme en los textos de las contratapas, preso de la inseguridad. No había comido, pero tampoco tenía hambre, y por un momento

pensé en faltar a la cita, en olvidarme de Santiago y no volver a verlo. Qué fácil parecía una escapatoria como esa. Volver a Amatlán, a la rutina, a cualquier otra cosa que no fuera verlo. El estómago se me hacía nudos, me senté en la banqueta y esperé a que pasara el tiempo. Aún podía pasar algo que me impidiera llegar hasta el sanatorio, una causa de fuerza mayor tras la que podría escudarme. Tropezar delante de un camión en plena avenida o ser víctima de un asalto, algo que me hiciera desaparecer, lo que fuera. Mientras tanto el reloj avanzaba.

El sanatorio era una casa enorme conectada por un camino de terracería flanqueado por árboles, y lo operaba una combinación de personal médico y «consejeros emocionales» encargados de las sesiones de grupo obligatorias, que además estaban disponibles si algún interno requería de atención personalizada, lo cual era bastante común. La mujer que me recibió dijo que el director no estaba, y que tenía las puertas abiertas para estar con Santiago el tiempo que fuera, sin pasar de las ocho de la noche. Me sorprendió ese nivel de libertad. Esperaba límites de tiempo y espacio: una hora en un cuarto o una sala, por ejemplo, y no más. Había imaginado un discurso en el que me explicaban las reglas, temas sobre los que no podíamos hablar y alguien observándonos detrás de un espejo. Me vi siendo registrado por un guardia de seguridad que con su sola mirada me tenía amenazado. No había nada de eso.

—¿Le podría pedir un favor? —me preguntó en tono de súplica.

—Por supuesto.

—Trate de convencerlo de que es hora de readaptarse.

—¿Readaptarse?

—De salir, de que está listo para retomar su vida.

Mi cara de confusión la obligó a explicarse.

—Antes del aislamiento debido a la pandemia estaba a punto de cumplir las seis semanas, el tiempo que recomendamos como mínimo, y estaba hasta impaciente de que ese día llegara. Lo que pasa es que tardó en adaptarse al estilo de vida aquí dentro. Llegó porque ya no le quedaba de otra. Nadie lo obligó, aquí nadie entra en contra de su voluntad, pero la situación en la que se encontró era tan insostenible que tuvo que ceder. Es lo más normal, casi la regla. Este lugar es siempre el último recurso, y a nadie le gusta echar mano de él.

La seguí cuando se dirigió hacia la puerta para salir al jardín.

—Le costó mucho trabajo adaptarse, y lo único que lo mantenía enfocado al tratamiento era el calendario. Le gustaba saber que cada día era uno menos de los que debía cumplir. Podía irse cuando quisiera, y él decidió seguir el tratamiento sugerido y permanecer aquí las seis semanas.

—Me da gusto escucharlo.

—Sí, a nosotros también nos dio gusto ver que estaba luchando, a pesar de las adversidades. Llegó la pandemia y sus planes de salida se pospusieron, Santiago se relajó y aceptó la circunstancia en la que ahora el mundo estaba metido, y en vez de verlo como un castigo lo vio como algo inevitable, y no sabe el provecho que le sacó. Su actitud dio un vuelco. Entró a las clases de yoga y a las sesiones de meditación, que antes aborrecía, y empezó a hablar cada vez más en las charlas de grupo. Ahora solo entra a las clases de yoga. Medita en su habitación y ya no le interesa convivir con sus compañeros. Dejó de hablar en las charlas, tal vez porque ya dijo todo lo que tenía que decir. Creemos que está más que preparado para salir, desde hace rato, pero ahora que esta parte del país ha recuperado el pulso, es el momento indicado.

—¿Y no lo pueden obligar a irse?

—El doctor Gil no quiere llegar a eso. Hemos corrido a gente, pero siempre por romper las reglas. Nunca hemos tenido que correr a alguien que simplemente no se quiere ir. Es un caso insólito. Es común quedarse más de seis semanas, en muchos casos es lo más recomendable, dependiendo del tratamiento y la situación de cada interno. Pero, en su caso, llegar a los tres meses y medio y no tener siquiera un plan de salida es un extremo.

Asentí y se detuvo. Hizo un gesto con la mirada y ahí lo vi, a lo lejos, sentado de espaldas en una terraza.

—Pero tampoco lo presione. Es más: si siente que sería un comentario fuera de lugar, no diga nada. Déjenoslo a nosotros. A fin de cuentas, no es tan grave. Me atreví a decírselo porque usted es su amigo, ¿no?

—Sí —dije sin saber si eso era verdad.

—Bueno, pues entonces ya lo sabe. Lo dejo a su discreción. Está usted en su casa.

Se dio la vuelta y me dejó solo. Quise tomarla del brazo y decir cualquier cosa para alargar la conversación, como un niño desamparado. Ya no había excusas. Anduve los pasos que me separaban de él, en silencio, sin quitarle los ojos de encima. La terraza daba a un desfiladero, con una imponente vista de las montañas y al fondo la ciudad, todo lleno de árboles. Estaba descalzo con las chanclas a un lado, vestía pantalón corto, una sudadera abierta al frente y lentes oscuros, y bebía de un recipiente y un popote de metal que solo podía ser mate, que re llenaba con un termo de agua caliente. Me detuve antes de que advirtiera mi presencia y me quedé observándolo. No despegaba la vista del desfiladero.

—Siéntate. No te quedes ahí parado —dijo sin voltear a verme.

—¿Cómo estás, bróder?

Hizo un ademán con el brazo para que tomara asiento a un par de metros. Sonreí para romper el hielo, y ni siquiera me miró. Le dio otro sorbo al mate hasta que se lo acabó, lo cebó y me lo acercó.

—Hace años que no lo pruebo.

Calló y volvió a perder la vista en lo que parecía un abismo. Tomé un poco, la acidez del mate me llenó de asco y se lo regresé.

—Sabe a madres. ¿Quién te pegó esa costumbre horrible?

—Un argentino, quién más. Después de un mes de tomar diario con él me volví aficionado. Ya se fue, y aquí me hacen el favor de traer hierba cuando alguien va a la ciudad.

—¿Y te gusta?

Se llevó la bombilla a la boca y dejó que mi pregunta ociosa quedara en el aire. Nos quedamos un rato en silencio.

—No quiero importunar. Si no estás de humor…

—¿A qué viniste?

Había olvidado la sequedad de Santiago en sobriedad, el punto opuesto a su versión fiestera. Qué fastidio.

—A ver cómo estabas —contesté nervioso—. Desde que supe lo que pasó quise venir, pero primero no podías recibir visitas y luego vino la cuarentena.

Se terminó de nuevo el mate y lo volvió a cebar.

—Por teléfono te dijeron que estaba bien, seguramente.

—Sí.

—Entonces, ¿a qué viniste?

La pregunta podía ser hostil, aunque el tono era más bien neutral. No era una amenaza ni un inconveniente, sino una sencilla pregunta, la que más temía responder. Mentí:

—No sé.

—Mis huevos —dijo sin pensarlo—. ¿Qué te parece mi nuevo hogar?

—Agustín Lara.

Sonrió.

—¿Quieres café, agua, algo de comer?

—No, gracias.

Seguimos contemplando la inmensa lejanía.

—Qué belleza —acoté para matar ese silencio opresivo—. Nunca pensé que hubiera un lugar así tan cerca de la ciudad. Qué pinche privilegio.

Asintió sin decir palabra y al terminarse el agua se levantó.

—Voy a la cocina a calentar más. ¿Vienes o te quedas?

—Vamos —contesté con ganas de cambiar de aires, con la esperanza de que el movimiento redujera el grado de incomodidad en el que estaba subyugado, porque no era un sentimiento compartido. A

Santiago le daba lo mismo.

Lo seguí por el jardín hasta una puerta lateral que conectaba con la cocina, por lo que podía ser una entrada de servicio. Rellenó la tetera de agua y encendió la estufa. Nos miramos a los ojos por primera vez. Llevaba días, tal vez semanas sin rasurarse.

—Me da gusto verte —dije con cierta sinceridad, y él suspiró.

—¿Y qué andas haciendo en estos días?

—Regresé a dar clases. Están cerca de avisarnos qué va a pasar con el siguiente semestre. Me urge, porque ya me quedé sin varo.

—Qué raro —dijo sarcástico.

—Sí, caray. Pásame un cuadro, ¿no? —reviré en tono de broma.

—Ya no hay. Se me terminó la herencia. Tanto cuidado que tuvo mi jefe para preservarlos para que me los chutara en pedas. Les dedicó tanto que hasta compró un velero para llevárselos a España, y a mí no me duraron nada.

—¿Y cómo te los trajiste tú?

—Traje los puros lienzos, como si fueran planos arquitectónicos. Los marcos los mandé aparte y por eso en la aduana me cobraron poco. Fácil, la verdad. Tuve suerte de que no me revisaran los tubos con los supuestos planos, eso sí.

—¿Y de dónde los sacó él?

—Si después de todo te atreves a preguntar eres un imbécil.

La tetera silbó, llenó de nuevo el termo y salió de la cocina a paso lento. Lo seguí. No había nadie alrededor.

—¿En dónde están todos?

—Depende. Hay una sesión de grupo de los recién llegados. Como no pudieron recibir gente en tres meses ahora llegaron de sopetón. Se fueron muchos al mismo tiempo, esto es como un momento de transición entre dos grupos que no llegaron a convivir aquí dentro, como normalmente pasa. Un escenario raro para las formas habituales de aquí. Por lo general la gente llega a cuentagotas, no de un tirón como ahorita. Además, con tanto desmadre hay más gente que necesita de un lugar como este.

—Y tú, ¿cuándo sales?

—No sé. Cuando esté listo.

—Llevas ya un rato, ¿no, güey?

—No lo suficiente.

Regresamos a las sillas frente al desfiladero.

—¿Entonces qué haces aquí? —volvió a preguntar, y esta vez tuve el arrojo de empezar a hablar.

—Quería contarte del proyecto en el que estoy metido.

—¿Sobre qué?

—Sobre ti, sobre mí, sobre tu jefe y sobre Sánchez Fogarty.

Sobre todo esto.

—Qué hueva.

—Quería pedirte permiso para —me interrumpió de una manera abrupta.

—Haz lo que chingados quieras, ni me preguntes. Yo no me quiero enterar. No quiero ni tocar el tema.

—Pero es que tienes que saber de qué se trata, si no te puede agarrar en curva.

Soltó una carcajada que me causó escalofríos.

—Lo que me va a agarrar en curva es que me quieras interrogar.

—Solo quiero que sepas en qué ando.

—Sale, pues ya sé. Puedes estar tranquilo.

Enseguida cambió de tema. Hablamos un rato sobre Luca, se relajó un poco y me invitó a almorzar. Había un lugar especial para que los visitantes pudieran comer con los internos sin importunar al resto, únicamente en ese horario. Acepté a regañadientes. No tenía ganas de alargar la visita, pero su actitud no me dejó otra opción. Tenía que aprovechar esa oportunidad para sacar los temas que tenía en la agenda, sobre todo la pregunta que le hice en cuanto trajo los platos con pollo y ensalada. Cada interno era responsable de atender a sus visitas.

—¿Por qué tu papá se fue de México?

Soltó los cubiertos, respiró profundo y me volteó a ver con una seriedad apabullante.

—¿No te cansas?

—Es solo una pregunta. Todavía me acuerdo cuando tú eras el más interesado.

—Sí, pero eso fue antes.

Le sostuve la mirada como una manera más de implorar. Se recargó en el respaldo de la silla y aventó la servilleta al centro de la mesa.

—Es la última vez que te contesto sobre estas mamadas, ¿okey?

Asentí.

—Ahí te va: la verdad es que no sé. Nunca me lo dijo. Yo era un adolescente cuando se fue a vivir a España, en ningún punto me dio una explicación y yo no se la pedí. Estaba demasiado metido en mis pedos como para fijarme en los suyos. Esa es la verdad.

Bajé la cara y me llevé a la boca un pedazo de jitomate.

—Claro que no es lo que querías escuchar, ¿no? Tienes que entender que yo no tengo todas las respuestas. Nadie las tiene. Hay de repente indicios de cosas, contornos, nada más.

—¿Como cuáles?

—He llegado a pensar que lo amenazaron.

—¿Quién?

—No mames, si no sé nada mucho menos eso. Alguien que sabía quién era en realidad.

—¿Y quién era en realidad?

Giró la cara hacia la ventana y guardó silencio. Luego dijo:

—No tengo la menor idea. Quien sea que haya sido era alguien muy distinto a quien yo conocí.

—Pero ¿cuál era la amenaza?

—Desenmascararlo, claro. Era lo que más miedo tenía, que se descubriera lo que escondió con tanto esmero.

Se inclinó sobre la mesa y seguimos comiendo.

—Ya empecé a escribir —dije al terminar la ensalada.

—Me vale madres. Yo lo único que quiero es librarme de eso. Es un tema al que le he dedicado demasiado tiempo, dinero y esfuerzo, y que me ha drenado el alma. Ya fue suficiente. Ahora estoy en una etapa muy diferente, y eso es lo primero que debe de quedarse atrás, en el pasado, como corresponde. Por eso ya no quiero saber nada.

—Y yo apenas estoy arrancando.

Sus ojos me miraron con una potencia fulminante. Dejó los cubiertos, apoyó los codos sobre la mesa y juntó las manos.

—¿Te has puesto a pensar en por qué te quieres meter en todo este pedo? Antes de ponerte a husmear en mi vida y la de mi familia ponte a pensar en la montaña de inseguridades con las que cargas. Empieza por ahí. Ya luego te pones de intelectual a analizarnos a nosotros, ¿cómo la ves?

No supe qué decir.

—Seguro te sientes muy acá, ¿no? Tú con esas fiestas de tu bisabuelo y yo con los tropiezos de un padre que no paró de cagarla. Pero déjame decirte una cosa: el que más tiene pedos en todo este desmadre eres tú, que andas fisgoneando por todas partes para llenar un vacío que ni siquiera sabes que tienes. ¿Si no por qué te interesarían estas vidas que no tienen nada que ver contigo? Estás buscando en cualquier otra parte lo que falta en la tuya, y en vez de asomarte hacia dentro ves siempre hacia fuera. Un poco patético, ¿no crees?

Le sostuve la mirada por un momento y enseguida volteé a la ventana. No quería caer en su provocación. En mis planes para ese encuentro estaba escucharlo, y eso es lo que me tocaba hacer. Al quedarse callado, pensé que no iba a tener otra oportunidad de hacer mi revelación, y entonces dije:

—Tengo que confesarte algo.

Una gota de sudor frío resbaló sobre la sien. Santiago se comió el último bocado, se levantó sin mirarme y tomó mi plato. Antes de

salir del comedor privado lo escuché decir:

—Ni de pedo.

Esperé a que volviera. En los minutos que pasaron pensé en sus palabras, en sus ganas de herirme, antes aun de saber lo que hice. Le di un trago al agua y miré el reloj. Seguía sin regresar. Tal vez sus palabras no estaban diseñadas para herirme, o no del todo. ¿Tendría que ver con los conceptos que absorbió dentro del sanatorio? Si algo debe hacer quien ingresa a una de estas instalaciones es confrontarse, y ahora quería que yo me confrontara según sus ideas. Qué seres tan distintos éramos él y yo. Al ver que no volvía me levanté y anduve hasta el escritorio de registro, desde el que un recepcionista me sonrió con amabilidad.

—Estoy esperando a Santiago Espasí.

—Deme un segundo.

Marcó un número de teléfono, dio mi nombre y prestó atención a lo que le dijeron antes de colgar.

—El señor Espasí le agradece su visita y le desea buen viaje.

—¿No puede salir a despedirse?

—Se ha retirado a su habitación por lo que resta del día. Si quiere verlo debe agendar una cita para otro día.

Me congelé en medio del recibidor, con las manos metidas en las bolsas, en otra de esas situaciones incómodas que solo Santiago era capaz de causar. Emprendí el viaje de vuelta en una nube de confusión, sin saber qué había pasado, si éramos amigos o todo lo contrario, si me dio permiso de hacer lo que quisiera o si más bien evadió cualquier responsabilidad, o ambas. Qué frustración. Pensé en el proyecto, al que ya no daría marcha atrás. Era un hecho que los hoyos en la historia seguirían ahí, no había siquiera una remota posibilidad de involucrarlo, de que accediera a cooperar. Debía enfrentarme al texto solo. Ese encuentro dejó en claro que jamás sabría lo que tanto quería saber, porque si él había perdido el interés, o se había forzado a perder el interés, no había nadie en este mundo capaz de dar con eso. ¿Cómo funcionaba la venta de arte clandestino, qué noticias traería el último reporte? Ninguno de los resultados que imaginé a partir de esa visita se cumplió, sino uno que ni consideré. Entre la cooperación total y la negativa rotunda se coló esa suerte de área gris en la que podía hacer mucho, pero sin ayuda. Siguieron meses de trabajos forzados para acabar de darle forma a todo esto, en los que encarné aquellos espectros que debían cruzar por estas páginas.

No lo he vuelto a ver. Supe que tardó un poco en salir, pero que eventualmente lo hizo. Ignoro si ha vuelto a las andadas, sumido en las profundidades de la noche, o si dejó esa vida a un lado para

renovarse, como tenía planeado. No sé en dónde vive. Ninguno de los dos hemos hecho nada para vernos. Quiero pensar que fuimos amigos, pero quién puede saberlo. Ahora que doy todo por terminado temo su reacción, y espero que entienda la necesidad que me llevó a contar su historia y la de su padre, que no fue producto de mis inseguridades, o no completamente. Me gustaría que le guste.

Y en última instancia está la Historia. Este ha sido un esfuerzo por esclarecer los motivos que nos empujaron a la tragedia, una manera de iluminar nuestros instintos más sombríos, y una confesión *post mortem* . Quizá Pol, al final de su vida, lo entendió así, o al menos quisiera pensar que así fue. Quisiera pensar que él me dictó las partes más ácidas de este relato, que a él le habría gustado que alguien lo contara, y que por estas páginas seguirá disculpándose por su poca humanidad, por su ambición, por sus equivocaciones de juventud. No obstante, lo que al fin acabé contemplando fue mi propio egoísmo, mi afán de cerrar un círculo que no me correspondía, mi hambre de captar una trama robada. Por eso espero que Santiago comprenda, en donde quiera que esté, lo que este libro significa para nosotros, para todos nosotros.

Agradecimientos

La mirada de Valentín Ortiz fue imprescindible para llegar a la versión final de este libro. Sus ideas respecto a la estructura fueron esenciales. Agradezco también la lente de Rafael Toriz en la pulida final, y los apuntes de Verónica Flores y Ana Karen Larios. A Martina, a Dana, y a todas las voces que hacen eco en estas páginas.

Acerca de l autor

J uan P atricio R iveroll . Después de estudiar Comunicación en la Universidad Iberoamericana se especializó en dirección de cine en el American Film Institute, en Los Ángeles. En poco más de una década fue docente en la Universidad Iberoamericana, las escuelas de cine Arte 7 y Mantarraya, y en Casa del Lago Juan José Arreola. Ha colaborado, entre otras, en las revistas *Casa del tiempo, Luvina, Revista de la Universidad de México,* y en los sitios Replicante, Pijama Surf, El blog de cine de Letras libres y Polemón. Dirigió, produjo y escribió dos largometrajes de ficción: *Ópera* (2007) y *Panorama* (2013), y ha publicado dos novelas: *Punto de fuga* , editada en Nueva York en 2014, y *Fuegos artificiales* al año siguiente, bajo el sello Tusquets México. *Al filo de la revolución* es su tercera novela.

© 2024, Juan Patricio Riveroll
Publicada mediante acuerdo con VF Agencia Literaria
Diseño de la colección: Guillemont-Navares
Fotografía de portada: © Arcangel
Derechos reservados
© 2024, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial TUSQUETS M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx
Primera edición impresa en México: julio de 2024
ISBN: 978-607-39-1593-9
Primera edición en formato epub: julio de 2024
ISBN: 978-607-39-1616-5
No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright* .
La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).
Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

Planeta

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE

Mar de historias

Pacheco, Cristina
9786073920698
620 Páginas

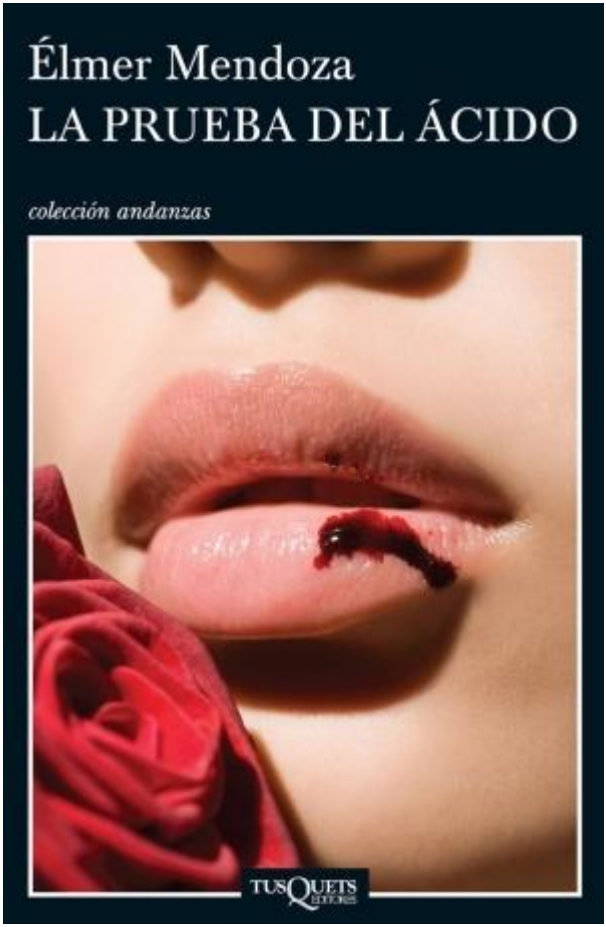
Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Mar de historias es una antología de algunos de los mejores relatos que Cristina Pacheco publicó durante más de treinta años en La Jornada

Dramática, conmovedora y no exenta de sentido del humor. La vida es un alud de anécdotas y lo cotidiano, el escenario de lo insólito. Una abuela secuestrada por su nieta, una esposa que lleva un diario para hablar con el marido ausente, un jardinero inválido que no sabe cómo entrará al paraíso sin una pierna, un hombre acusado de infidelidad por culpa de un terremoto, un niño que ve espuma de olas en el salitre o unas viejitas que contratan a un bailarín exótico.

Son muchas las historias que componen el mar de gente con el que nos cruzamos a diario y ninguna merece naufragar en el olvido. Íntima, nostálgica, sobrecogedora, envuelta en una prosa ágil que también disecciona la psique de sus protagonistas, en *Mar de historias* —antología de algunos de los mejores relatos que Cristina Pacheco publicó durante más de treinta años en La Jornada— la crónica dialoga con el cuento a través de una entrañable galería de personajes del México auténtico, aquel que nos sorprende y nos indigna todos los días.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La prueba del ácido

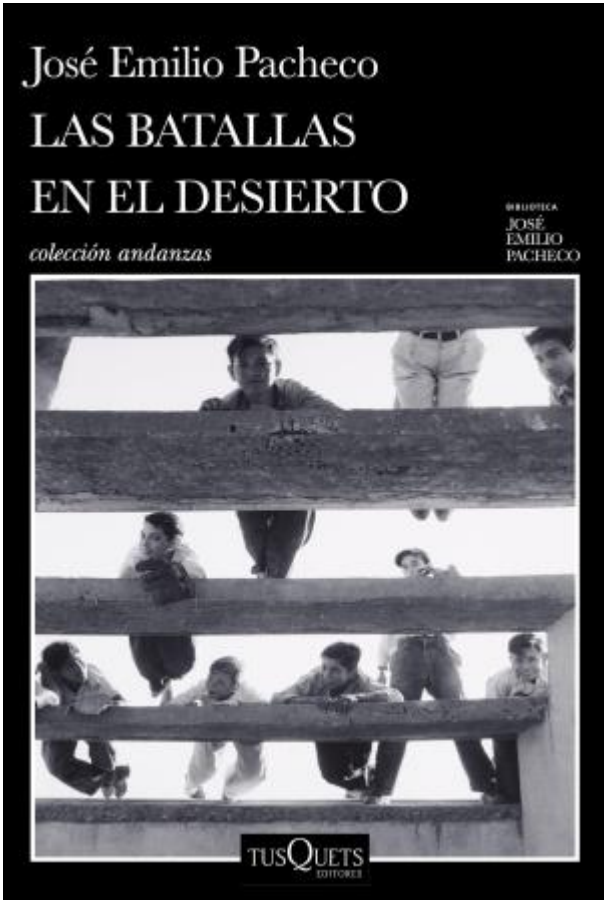
Mendoza, Élmer
9786074215052
304 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Vuelve el detective Edgar «el Zurdo» Mendieta, ahora comisionado para investigar el asesinato de la bailarina de prostíbulo, Mayra Cabral de Melo, a quien le mutilan un pezón. La pesquisa lo obligará a involucrarse más aún en el mundo del narco, que acaba de iniciar una guerra contra el Estado mexicano. El país es un polvorín. El Zurdo tendrá contacto con oscuros políticos, con un boxeador fracasado y con una reserva de caza donde el padre del presidente de Estados Unidos acaba de sufrir un atentado. Vivirá los peores días de su vida y se enfrentará al FBI, al contrabando de armas y a un tortuoso pasado que no lo deja en paz. Samantha Valdés, ahora convertida en jefa del Cártel del Pacífico, se reencuentra con el Zurdo

y cerrará el círculo de sus peligrosas amistades. En este imposible rompecabezas, Mendieta irá vislumbrando la resolución del asesinato de Mayra.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Las batallas en el desierto

Pacheco, José Emilio
9786073912686
80 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

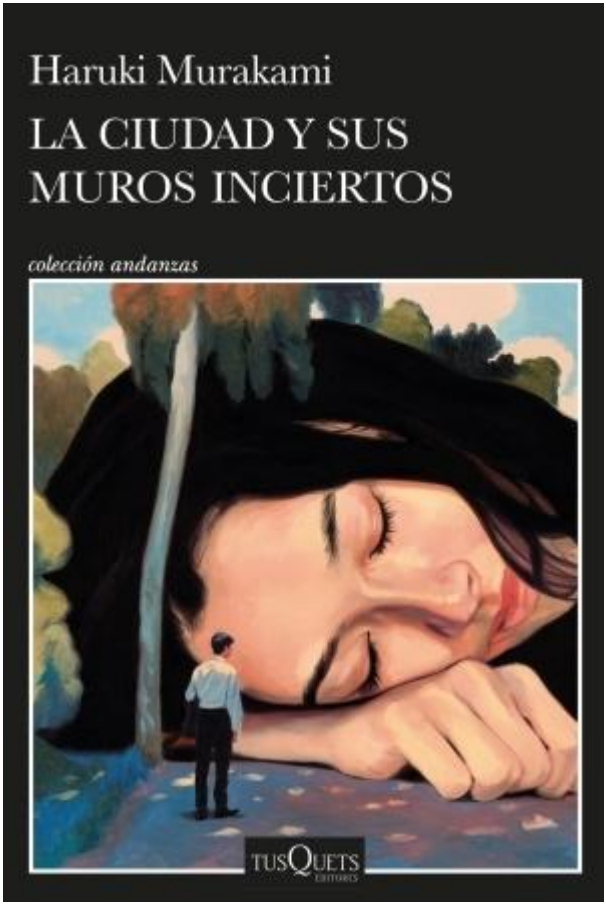
Un legado invaluable que nos invita a seguir leyendo, escribiendo y soñando

México crecía vertiginosamente, el mundo atravesaba un momento angustioso, la Ciudad de México se convertía en una metrópoli moderna, todo parecía al alcance de la mano, el aire tenía un aroma a novedad. La vida era una aventura, los niños jugaban a la guerra en Oriente Próximo: batallas en el desieron que se decidían en patios terregosos. Fue la época en que Carlos soñaba y recorría las calles de la colonia Roma con impaciencia propia de su edad. Aunque el mundo giraba presuroso, nada fue tan determinante para él cono el día en que conoció a la madre de su mejor amigo y en ella descubrió los resquemores que acompañan al

primer amor y ponen fin a la infancia.

Obra atemporal de la literatura mexicana y universal, José Emilio Pacheco recrea una época -la de un país que perdía su inocencia- y rescata ese momento en que nos despedimos de la niñez para arrojarnos al lacerante desafío que es crecer.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La ciudad y sus muros inciertos (Edición mexicana)

Murakami, Haruki
9786073911467
552 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

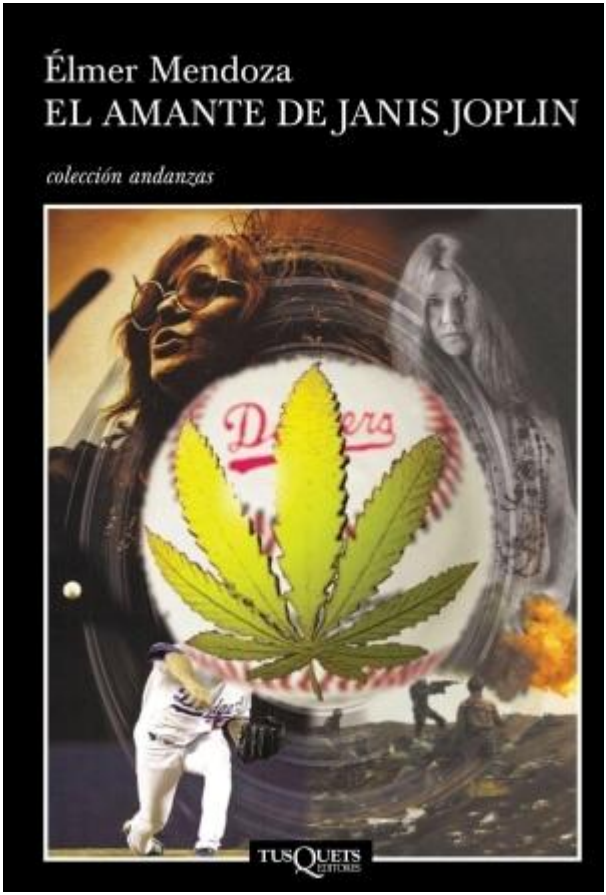
Cuando nos rodean los muros, la aventura de toda una vida quizá consista en franquearlos. El regreso de Murakami a la novela después de La muerte del comendador.

«Atención: Murakami —igual que los Beatles— provoca adicción.» **Rodrigo Fresán, *El País***
«Murakami merece el Nobel.» **Rafael Narbona, *El Cultural (El Mundo)***
«Murakami es el mejor escritor vivo.» **Pablo d'Ors, *Abc Cultural***

«Leer a Murakami es una experiencia transformadora, es adentrarse en un bosque, bajar a un pozo, pasear por un sueño.» **Antonio Lozano, *La Vanguardia***
«Murakami es un grande.» **Carlos Zanón, *El País***

Poco se imagina el joven protagonista de esta novela que la chica de la que se ha enamorado está a punto de desaparecer de su vida. Se han conocido durante un concurso entre estudiantes de diferentes institutos, y no pueden verse muy a menudo. En sus encuentros, sentados bajo la glicinia de un parque o paseando a orillas de un río, la joven empieza a hablarle de una extraña ciudad amurallada, situada, al parecer, en otro mundo; poco a poco, ella acaba confesándole su inquietante sensación de que su verdadero *yo* se halla en esa misteriosa ciudad. De pronto, entrado el otoño, el protagonista recibe una carta de ella que quizá suponga una despedida, y eso lo sume en una profunda tristeza. Tendrán que pasar años antes de que pueda atisbar alguna posibilidad de reencontrarla.
Y sin embargo, esa ciudad, tal y como ella la describió, existe. Porque todo es posible en este asombroso universo donde la realidad, la identidad, los sueños y las sombras fluctúan y escapan a los rígidos límites de la lógica.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El amante de Janis Joplin

Mendoza, Élmer
9786074215076
200 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Desde que David Valenzuela, un joven ingenuo y poco lumbrera, mató en defensa propia a uno de los hermanos Castro, conocidos narcotraficantes del Triángulo Dorado en la región de Sinaloa, su vida se convierte en una huida llena de oportunos golpes de suerte y en la que se cruzará con los más variopintos personajes que, sin él pretenderlo, le involucrarán en situaciones tanto trágicas como cómicas. Así, en Culiacán, primera estación de su peregrinaje, entrará en contacto con la guerrilla a través de su primo el Chato; será testigo del oscuro proceder de la policía judicial; viajará con el equipo de béisbol que entrena su tío a Los Ángeles, donde a punto están de ficharlo los Dodgers y donde se enamora de Janis Joplin tras un inaudito encuentro; y afianzará su amistad con el Cholo, un humilde pero ambicioso

narquillo… A partir de entonces ya no será dueño de su vida, y, obsesionado por volver a ver a «la Janis», tendrá que sortear todo tipo de obstáculos.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)